

á la presidencia, y en el que debe haber instalado un tubo acústico que comunique con la presidencia. Asimismo se situarán en dicho puesto los dos alguaciles.

Art. 40. Desde el instante en que ocupe la presidencia hasta que haya terminado el espectáculo, adoptará cuantas resoluciones crea del caso y conduzcan al buen orden de la lidia.

Art. 41. Dispondrá que se detenga y expulse de la plaza al espectador que abandone su asiento y salga al redondel á pedir autorización para ejecutar cualquiera suerte, como igualmente á todo el que se lance al redondel antes de que el tiro de mulas salga para arrastrar al último toro.

Art. 42. El presidente tiene obligación de presenciar todas las operaciones preliminares del espectáculo, como son la prueba de caballos, reconocimiento y apartado de las reses dispuestas para la lidia, examen de garrochas, banderillas, monturas, etc., y examinar si todas las dependencias de la plaza están en las condiciones necesarias.

Art. 43. Si repentinos aguaceros cayeran momentos antes de empezar la corrida, ó ya comenzada, tendrá en consideración para suspender la corrida el parecer de los matadores, en primer término, y el de algunas reconocidas personas que asistan á la corrida en representación del público, para disponer lo que se deba hacer en justicia.

Si la función no hubiese comenzado, los billetes serán valederos para cuando la corrida se verifique, y ordenará el presidente se anuncie la devolución de su importe á los espectadores que así lo deseen.

Si se suspende después de comenzada la función, aunque sea inmediatamente después de la salida del primer toro, se considerará como terminada, y el público no tendrá derecho á la devolución del importe de las localidades.

Art. 44. No consentirá en modo alguno que salga á la plaza cualquier lidiador que no esté anunciado en los carteles, sin haberse puesto el cambio en conocimiento del público con la debida anticipación, acompañando al aviso la advertencia de que el que no esté conforme con la sustitución ó cambio puede devolver el billete en los despachos y recoger su importe.

Art. 45. Castigará al lidiador que falte á cuanto debe hacer para cumplir su misión ó se encare con el público; á los dependientes del redondel que se extralimiten de los deberes de su cargo, é impondrá correctivo inmediato á cuantas faltas se cometan por unos y otros.

CAPITULO IV

DE LOS PICADORES.

Art. 46. Los picadores deben obligar al toro para que entre á la suerte de varas el mayor número posible de veces, pero sin acosarlo ni taparle la salida, buscándole siempre como prescribe el arte.

Art. 47. Los picadores no se despegarán de los tableros más de dos cuerpos de caballo para ejecutar la suerte, y sólo cuando las condiciones del toro lo requieran podrán adelantarse hasta los tercios.

Art. 48. Picarán por su turno riguroso y en el sitio que el arte previene. Ninguno podrá poner más de un puyazo seguido, á no recargar el toro la suerte.

Art. 49. Cuando un caballo resulte herido de un modo repugnante, será retirado y sustituido en el menor tiempo posible, para no dar lugar á legítimas protestas del público.

Art. 50. El picador que pierda un caballo se retirará del redondel precisamente por el callejón y nunca por en medio de la plaza.

Art. 51. Ningún picador podrá apearse del caballo que monte para tomar el de otro compañero bajo pretexto alguno.

Art. 52. Durante el primer tercio de lidia habrá constantemente en el redondel dos ó tres picadores, á fin de que las reses no se enfrien ni se retarde la suerte.

Art. 53. No picará diestro alguno que no esté anunciado en los carteles, sin que previamente, y con la anticipación debida se haga saber al público su sustitución, ni los que trabajen podrán retirarse de la plaza hasta que la presidencia haya dado por terminada la corrida, y esto después de haberla saludado llegando á caballo debajo del palco que aquella ocupe.

Art. 54. El picador tiene obligación de asistir á la prueba de caballos, no pudiendo delegar esta obligación en ningún compañero. Asimismo asistirá al reconocimiento de puyas y monturas.

En la prueba escogerá cada picador cinco caballos, tres de los llamados de primera y dos de los denominados de comunidad.

Art. 55. Para picar en tanda por primera vez en corridas de toros es preciso solicitar el permiso de la autoridad directamente ó por medio de la empresa de la plaza en instancia dirigida á la autoridad superior de la provincia, en que se haga constar las circunstancias que justifiquen la petición, acompañando á aquella una certificación de haber probado su suficiencia, suscrita por tres picadores de alternativa y carteles de haber figurado como tal picador en corridas de novillos ó como reserva en fiestas de toros propiamente dichas.

Art. 56. En la puerta que conduzca á la cuadra de caballos habrá un dependiente de la autoridad que recoja las garrochas mientras los picadores cambien de caballo ó estén desmontados, sin que puedan dejarlas en otro punto ni apartarlas de la vista del público.

Art. 57. Para su exclusivo uso marcará cada picador tres sillas por lo menos, con sus estribos arreglados, con el fin de que no se detengan en salir á la plaza.

Art. 58. Cuando el presidente lo ordene, se retirará á la cuadra á cambiar de caballo.

Art. 59. Sérán castigados severamente los picadores cuando por ser un toro boyante ó blando se empeñen en picarle fuera de turno, ó cuando por ser duro y seco esquiven la pelea; cuando con intención conocida despaldillen á las reses ó si se interpongan al estar otro colocado en turno, cosa impropia de todo buen picador y contrario á lo que prescribe el arte; cuando intenten apurar demasiado los caballos entre las protestas del público, y cuando desobedezcan cualquier mandato de la autoridad ó del jefe de lidia.

CAPITULO V

DE LOS PEONES Y BANDERILLEROS

Art. 60. Al espada más antiguo de los que figuren en los carteles corresponde la dirección de la lidia, y á él están obligados á obedecer y respetar todos los lidiadores, que ejecutarán cuanto les ordene con arreglo al arte.

Art. 61. No podrá ningún peón, bajo pretexto alguno, llamar la atención de las reses á su salida para torcer su salida natural ni torearlas para hacerlas perder facultades

ó que se fijen, puesto que si tal cosa fuera menester, es obligación de los espadas el ejecutarlo.

Art. 62. Durante la suerte de varas sólo habrá en el redondel uno ó dos peones designados por el director de lidia, con el fin de correr á las reses si fuese preciso, pararlas, refrescarlas, hacerlas salir de querencias, abrirlas ó colocarlas en disposición de que los picadores puedan ejercer su cometido.

Art. 63. De igual modo, en el segundo tercio, sólo habrá en el redondel el número de peones estrictamente necesarios para auxiliar á los encargados de banderillar, en unión del espada ó espadas á quienes corresponda y del sobresaliente.

Art. 64. Banderillarán únicamente los diestros anunciados ó los que los sustituyan, con autorización de la autoridad y previamente puesto en conocimiento del público y en el orden preciso.

Art. 65. Si el primero de los banderilleros hiciera dos ó tres salidas en falso, sin necesidad y sólo por falta de decisión, entrará en juego el segundo, y si á éste le ocurriera lo mismo, volverá á entrar el primero, y si transcurrieran en esta operación más de ocho minutos, el director de lidia ordenará la retirada de los banderilleros y dispondrá que salgan otros á sustituirlos.

Art. 66. Cuando los banderilleros retarden la colocación de las banderillas por dejar que los peones de auxilio pasen el tiempo corriendo á las reses de adentro á fuera y viceversa, el espada les amonestará para que llenen su cometido; y si la presidencia viere que esto no se dispone por el director de lidia, amonestará á los banderilleros por medio de sus agentes; pero si transcurriesen de ocho á diez minutos en la ejecución de la suerte sin haberla terminado,

impondrá un fuerte correctivo á los lidiadores encargados de consumarla.

Art. 67. Terminada que sea la suerte de banderillas, los diestros entregarán los palos que no hubiesen clavado á los chulos encargados de alargárlas, quienes cuidarán á su vez de recoger las que hubiesen caído al suelo inmediatamente, sin que nadie pueda apoderarse de las banderillas, divisas ú otros objetos.

Art. 68. Serán objeto del castigo que estime oportuno la presidencia:

1.º El lidiador que para acelerar la muerte de los toros les pinche en los ijares;

2.º Los que ahonden desde la barrera ó el redondel los estoques;

3.º Los que recorten á los toros sin necesidad justificada;

4.º Los que desobedezcan al jefe de cuadrilla ó á la autoridad;

5.º Los que se insolenten con el público, ya de palabra, ó ya con ademanes groseros é impropios;

6.º Los que se interpongan é impidan que, una vez en la plaza los cabestros, puedan estos retirar al toro; y

7.º Los que al cambiar un tercio no obedezcan inmediatamente lo dispuesto.

CAPITULO VI

DE LA DIRECCIÓN DE LA LIDIA Y DE LOS ESPADAS

Art. 69. Corresponde al espada más antiguo la dirección de la lidia, quien cuidará que ésta se lleve á efecto según arte, y que se ejecuten todas las suertes con el orden debido, á fin de evitar desgracias.

Art. 70. El director de lidia se presentará al presidente diez minutos antes, cuando menos, de comenzar la corrida.

Art. 71. Ninguna cuadrilla podrá abandonar el redondel, bajo pretexto alguno, hasta que el presidente dé por terminado el espectáculo.

Cuando algún espada con su gente tenga que salir de la población á una hora determinada para ir á cumplir compromisos contraídos en otra, lo pondrá en conocimiento de la empresa para que ésta á su vez lo haga saber al presidente, á fin de que, de acuerdo, se adelante la hora de empezar la corrida.

Como esto pueden hacerlo los espadas con la anticipación necesaria, salvo en casos excepcionales, los presidentes deberán tenerlo muy en cuenta.

Art. 72. Durante el primer tercio sólo estarán en el redondel para auxiliar á los picadores, cuando fuese menester, los espadas y el sobresaliente.

Para correr á los toros, variarlos de terreno ó refrescarlos, sólo consentirá que haya uno ó dos peones, que marcharán siempre á conveniente distancia y sin llamar, bajo pretexto alguno, la atención de las reses.

El director de lidia cuidará de que el personal restante de la cuadrilla permanezca en el callejón separado de las tablas para no llamar la atención del toro.

Art. 73. Los matadores anunciados estoquearán alternando los toros que se lidien en cada corrida, sin consentir que en la misma tome parte persona alguna que no sea de las cuadrillas y esté anunciada.

Si algún espada se inutilizara en la lidia, el matador más antiguo de los que quedasen estoqueará los que correspondan al inutilizado.

Si el jefe de lidia fuera el lesionado, el que le siga en antigüedad y le sustituya ejercerá desde aquel momento sus funciones y será responsable del buen orden en el redondel.

Art. 74. El matador de toros, en la ejecución de su cometido, prohibirá que haya en el redondel y á su lado más peones que los que juzgue indispensables en caso preciso.

Art. 75. El matador que al recibir el tercer aviso de la presidencia, por no haber dado muerte al toro, cualquiera que sea el motivo, no se retirase inmediatamente, será castigado en la forma que juzgue la presidencia.

Si persistiese en pinchar al toro para evitar que los cabestros lo conduzcan al corral, será detenido una vez terminada la fiesta, imponiéndole una fuerte multa por cada una de las veces que pinche ó lo intente.

Lo mismo hará con los demás lidiadores de á pie que le ayuden en esta faena.

Art. 76. Ningún espada podrá torear de capa los toros que corresponda matar á un compañero; únicamente podrá efectuarlo el director de lidia después de haberlo indicado al espada de turno.

Art. 77. El espada director de lidia designará los turnos de brega y descanso de los peones, de acuerdo con sus compañeros. Del cumplimiento de estos turnos es el único responsable.

Art. 78. Si el director de lidia ó cualquier espada no fuese obedecido por alguno de los lidiadores de las cuadrillas, le mandarán inmediatamente al estribo; y si persistiese en su falta de obediencia, darán cuenta á la autoridad para que, con arreglo á la falta, le imponga el correctivo correspondiente.

Art. 79. Cuidará de que á la salida de los bichos del

toril estén situados los picadores de tanda á la izquierda del mismo, á más de diez metros, sin separarse de la barrera, y de que no haya á la derecha de la puerta de los chiqueros peón alguno que pueda llamarles la atención y torcerles la llamada salida natural.

Cuidará asimismo que entre los dos referidos picadores se sitúe el espada más moderno, el sobresaliente ó un peón de reconocida competencia, á fin de que si el bicho, á su salida, partiese hacia los picadores y les acometiera y derribara, acudir en su auxilio.

Art. 80. Tendrá el espada director de lidia mucho cuidado de que persona alguna, desde dentro del callejón, moleste al toro cuando pase barbeando las tablas.

Art. 81. No consentirá que dentro del callejón permanezcan más personas que los lidiadores que estén de descanso, los carpinteros, los dependientes de la autoridad y los mozos que hayan de auxiliar á los picadores en sus caídas, y éstos sólo durante el primer tercio; así como también los empleados que designe de antemano la empresa.

Art. 82. Procurará el director de lidia que durante el segundo tercio los banderilleros cumplan con rapidez su cometido, y que no haya para auxiliarles ó correrles los toros más que el número de peones estrictamente necesario.

Art. 83. Cuando haya más de un matador, al consumarse el segundo tercio permanecerá el espada de descanso en los medios para prestar auxilio á los banderilleros, en caso de una arrancada brusca. Cuando sólo un espada esté encargado de la muerte de los toros que hayan de lidiarse, en este caso el sobresaliente ó un peón se colocarán en los medios.

Art. 84. Los matadores anunciados en los carteles matarán alternando todos los toros que se lidien en la corrida, ya sean los anunciados ó algún otro que se suelte por motivo imprevisto.

Art. 85. El director de lidia impedirá que ninguaa otra persona sea ó no de la cuadrilla, se acerque sola ó acompañada á pedir á la presidencia que se le permita matar ó banderillar.

Solamente cuando en los carteles se anuncie que un diestro sin alternativa matará el último ó últimos toros, será cuando podrá verificarlo.

Art. 86. Cuando se inutilicen todos los espadas anunciados, el sobresaliente habrá de sustituirlos, dando muerte á todos los toros que falten por lidiar.

Art. 87. Cuando por algún incidente no puedan seguir toreando uno ó más banderilleros, los de la misma cuadrilla que estén útiles les sustituirán, como igualmente aquellos que el primer espada designe.

Art. 88. Ninguno de los diestros anunciados en los carteles podrá dejar de tomar parte en la corrida, sin justificar la causa ante la autoridad, la que dispondrá que se anuncie con la anticipación necesaria, añadiendo que los espectadores que no estuviesen conformes con la sustitución ó el cambio, podrán recoger el importe de las localidades que adquirieran.

Art. 89. El espada que descabelle un toro sin haberle dado antes pase alguno, siempre y cuando las condiciones de la res no permitan otra cosa, será castigado por la presidencia.

Art. 90. El espada más antiguo de los designados, está obligado á asistir á la prueba de caballos y apartado de los toros, para mayor satisfacción suya y de sus compañeros.

Art. 91. El primer espada es el que designará los turnos de brega de toda la gente.

Art. 92. Ningún espada tolerará que durante el último tercio estén á su lado más que los peones necesarios, á fin de practicar la suerte con el lucimiento debido.

CAPITULO VII

DE LOS VETERINARIOS

Art. 93. Los señores profesores veterinarios designados por la autoridad, reconocerán á las reses seis horas antes por lo menos de ser lidiadas, y á los caballos que hayan de montar los picadores.

Art. 94. Terminados los reconocimientos, extenderán las consiguientes certificaciones en la forma que se requiere, siendo responsables de las faltas que en ellas notaran las autoridades ó el público, y se comprobarán las que tenían antes de ser enchiqueradas.

Art. 95. Los profesores veterinarios encargados del reconocimiento de los toros y caballos tendrán franca entrada á la plaza y ocuparán asientos cerca de la presidencia, á fin de que puedan acudir pronto á responder de los cargos que pudieran hacérseles.

Art. 96. Terminada la corrida, procederán á un segundo reconocimiento de las bocas de los toros y certificar con exactitud de la edad, certificación que pasarán á la autoridad.

CAPÍTULO VIII

SERVICIO FACULTATIVO

Art. 97. A todas las fiestas taurinas asistirán, cuando menos, un profesor médico, un farmacéutico y uno ó dos practicantes para acudir inmediatamente en auxilio del diestro ó del espectador que lo necesitase.

Art. 98. En la enfermería se encontrarán dispuestas desde antes de comenzar las corridas las camas precisas, una de ellas con cubierta de hule para que rebase la sangre.

Art. 99. El arsenal, tanto médico como farmacéutico, será lo más completo posible, no faltando en él hilas, vendajes, tablillas para los apósitos, etc., con arreglo á los adelantos modernos.

Art. 100. Terminada la cura que practiquen, suscribirán tres partes con el mayor número de detalles de la lesión, su situación, extensión, longitud, profundidad y órganos que interesa, de los cuales se remitirán: uno á la autoridad que presida; otro al gobernador civil de la provincia, y el tercero al empresario.

Art. 101. Los agentes de la autoridad impedirán la entrada á la enfermería á los espectadores, permitiéndola únicamente á las personas que designe el facultativo y á un representante de la prensa, en nombre de todos los demás, para que pueda poner en conocimiento del público la lesión que haya sufrido el diestro.

Art. 102. La enfermería de la plaza tendrá el correspondiente botiquín, que permanecerá en ella desde el momento que se haga el apartado.

Art. 103. Asistirá un profesor médico á todas las operaciones preliminares que en la plaza se practiquen con los toros, como son encierros, reconocimiento y apartado, como igualmente á la prueba de caballos.

Art. 104. Los profesores médicos que reconozcan á cualquier lesionado, tan pronto como hayan practicado la primera cura, extenderán los partes necesarios dando cuenta de la lesión reconocida, al presidente y á la empresa.

CAPITULO IX

DEL CONTRATISTA DE CABALLOS

Art. 105. Es obligación del contratista de caballos tener preparado el número de caballos útiles suficiente para la corrida.

Art. 106. Hasta que termine la suerte de varas del último toro, tendrá siempre dispuestos y ensillados, cerca de la puerta de caballos, de 8 á 10 caballos.

Art. 107. Queda prohibido en absoluto que los contratistas de caballos pongan por su cuenta en corridas de toros ó de novillos personal de picadores, ni que figuren en el cartel como tales picadores, individuos que estén á su servicio para compra de ganado, cuidado de cuadras y demás.

Art. 108. Tendrá asimismo el número de dependientes preciso para atender al servicio de montar picadores, retirar los caballos de la plaza que estén mal heridos, rematar á los que no puedan ser retirados de la vista del público y preparar para el arrastre á los que hayan muerto.

CAPITULO X

DE LOS CARPINTEROS, MOZOS DE PLAZA Y DEMÁS DEPENDIENTES

Art. 109. Para franquear las puertas de la barrera cuando sea necesario, recomponer las tablas de la misma en los desperfectos que sufran durante la lidia, y otros accidentes, habrá una brigada de carpinteros que permanecerán en el callejón cerca de las puertas y en los promedios de las mismas para acudir donde sea preciso.

Art. 110. Estos carpinteros asistirán al apartado, y en él estarán encargados del juego de puertas de los jaulones y toriles para que la operación de separar los toros se practique con la mayor facilidad posible y sin que las reses se perjudiquen.

Art. 111. Queda terminantemente prohibido que los mozos destinados al servicio de los picadores puedan estar en el redondel sino el tiempo preciso para ayudarles á levantar y montar, ó retirar los caballos.

Art. 112. Serán castigados con severidad los mozos que, bajo cualquier pretexto, vayan de un lado á otro del redondel, con objeto de cambiar la dirección ó inclinaciones de las reses; estándoles prohibido marchar al lado ó detrás de los jinetes para arrear los caballos, pues para esto deben bastarse los picadores. Estos, si los caballos no obedecieran, deberán abandonarlos y marchar en busca de otro por el callejón.

Art. 113. Los mozos encargados de quitar de la vista del público los despojos de los caballos y cubrir la sangre lo verificarán en el menos tiempo posible y sin llamar la atención del toro que se esté lidiando.

Art. 114. Los mozos designados para auxiliar á los picadores, permanecerán entre barreras y detrás de los jinetes mientras dure el primer tercio para saltar al redondel sólo en el momento que lo requiera el cumplimiento de su obligación.

Art. 115. El mozo de servicio ó dependiente de plaza que llamase la atención de los toros, ya á la salida de éstos del toril, ó durante su lidia, de cualquier manera que sea, será retirado de la plaza y puesto á disposición del presidente, como lo será asimismo el que, estando en el redondel se dedicase á coger divisas ú otros objetos.

Los dependientes de la autoridad deben vigilar por el exacto cumplimiento de cuantos artículos se refieran al mejor servicio del redondel,

Art. 116. El número de mozos destinados al servicio de cada picador debe ser el de dos.

Art. 117. El timbalero y los dos clarineros encargados de anunciar el principio de la corrida y el cambio de los tercios de lidia, estarán colocados en un lugar conveniente, siempre que no sea la meseta del toril, desde donde vean con facilidad las señales de la presidencia.

Art. 118. En el plano de la meseta del toril no deben permanecer más personas que el mayoral y los dependientes necesarios para colocar las divisas y hacer pasar las reses de un departamento á otro.

Las troneras por donde se colocan las divisas, deben estar rodeadas de una verja de hierro ó madera de 70 centímetros de altura, aunque sea movediza, para prevenir cualquier accidente.

Art. 119. Para que un Gobernador autorice la presentación en una plaza de un matador de toros que haya de alternar por primera vez en corridas propiamente dichas,

debe proceder la petición del diestro á la empresa y de ésta al Gobernador en una instancia en la que tres matadores de toros que lleven más de dos años ejerciendo de tales hagan constar, bajo su firma, la suficiencia del nuevo espada, acompañando carteles y revistas de corridas en que haya tomado parte.

Art. 120. En los programas y carteles de todo espectáculo taurino, se harán constar las prevenciones de la autoridad que se relacionan con el público, á fin de que sepa á qué atenerse cuando falte.

Art. 121. Las multas que se impongan por la presidencia no bajarán de 5 pesetas ni excederán de una cantidad prudencial á las faltas que se cometan por la empresa, contratistas, lidiadores, mozos y dependientes de la plaza.



CAPÍTULO XLI

TOREO PORTUGUÉS

La hermandad por los toros.—¡Abajo los detractores!—Dumas, Madame Severine, Coope, Gautier.—El rejoneo á la portuguesa.—Caballeros rejoneadores.

Va tan íntimamente unida la historia del toreo portugués á la del español, que apenas si se diferencian en algunos detalles.

Verdadero punto de hermandad entre ambas naciones han sido las corridas de toros, hasta el extremo de aceptar como suyos nuestros lidiadores, aplaudiendo sin reserva su temeridad y su arrojo, ajenos siempre á patrioterías de mal gusto, y á sensiblerías cursis, y dispuestos al férvido entusiasmo que en el alma más tranquila provoca de continuo el espectáculo de nuestra fiesta favorita.

Saben demasiado que á las corridas de toros no se las puede exigir más de lo que dan ni ver en ellas esas trascendencias filosóficas que se empeñan en achacarles los que presencian indiferentes el juego del boxeo que mata ó por lo menos desnariga á un hombre; el juego del polo que destrñona é inutiliza á los más ágiles y hermosos caballos, y

las carreras en que el jockey se descrisma; los que pidiendo sin cesar carne cruda para satisfacer su apetito tienen el egoísmo de no presenciar ni sufrir viendo cómo se vierte la sangre de la víctima que pedazo á pedazo han de devorar en el sabroso roosbeef.

¡Ah! La humanidad es así; siempre la eterna fábula de Samaniego realizada; siempre el brutal estómago con hambre, y las uñas prontas á desgarrar y los labios ávidos de fijarse sobre los bordes de la herida para chupar la sangre como el hurón, condenando después con el gesto hipócrita y melindroso, cuando la digestión hiposa deja paso apenas al análisis del espíritu, el ansia brutal.

En Francia comen todos los días más de 40 millones de habitantes y todos reclamarán carne fresca, imponiéndose, por consecuencia, el sacrificio de innumerables reses. Es casi seguro que los más graves detractores de nuestra fiesta nacional serán inimitables comedores de magras. Dumas (padre), por ejemplo, aquél que dijo que las fortalezas españolas se rendían á la primera intimación, y cuya imaginación brillante no le puede disculpar á nuestros ojos de ser el escritor más injusto, tenía especial predilección por los asados y las buenas lonchas de ternera y los buenos jigotes de vaca; Mad. Severine y Coope, probablemente habrán hecho más gasto de carne que Teófilo Gautier, nuestro defensor entusiasta.

Pues bien; toda esa inmensa multitud, comiendo el solomillo de vaca con más avidez y más ruido que los gusanos de seda la hoja del moral, ¿cuántos golpes de maza no representan en los mataderos de París y de los departamentos?

Puestas en fila las reses que es necesario sacrificar á la hora del sacrificio, podría compararse su espectáculo á un

campo lleno de espadaña tronchado de súbito por la furia del vendaval. Y, sin embargo, esas sutiles y etéreas criaturas sacan á relucir la ley Grammont y quieren que el toro sea animal doméstico. En ese país brotan sociedades protectoras de todos los animales hasta que llega la hora de comérselos, que es precisamente lo que antes hacían los indígenas de Nueva-Zelanda con los náufragos que conseguían atrapar.

¿No es cien veces, y dentro de lo relativo, más espiritual el ver sacrificar un toro en un lugar que no tenga los asquerosos miasmas de un matadero, dándole ocasión para defenderse y derecho á atacar, siendo burlado y arrojando su furia, sufriendo á menudo los efectos de su encono desesperado? ¿No es mil veces, repetimos, más espiritual que amarrarle dejándole sin defensa, surgir de pronto y hacerle rodar de un mazazo?

Eso admitido, detractores de mi alma, ¿qué trataréis de demostrar? ¿Que siempre es odioso el espectáculo de la sangre? ¡Oh, sí, muy antipático! Sobre todo, es más cómodo decir: «Vertedla, vertedla, pero que no lo vea yo; dádmela en vajillas de oro, en treinta y dos platos con más adornos que los que se prodigaban en los antiguos banquetes florentinos; sacrificad para obsequiarme vuestro buey más hermoso y más joven ante el ara divina de mi estómago, mientras me baño en agua de rosas en el lugar más recóndito y silencioso del bosque, donde los gorjeos de las aves no dejen llegar hasta mí los tristes balidos de la víctima; descuartizad y hundid vuestros brazos hasta el codo en las entrañas palpitantes, y apartad con gran cuidado los riñones, que es mi plato especial; preparadme entre adornos de odoríferas yerbas el suculento solomillo, y al servirlo presentáos á mí con las manos limpias, muy lim-

pías, donde yo no vea una sola gota de sangre que me produzca lástima ó asco. ¡Ah, sí! Yo como por necesidad y soy miembro de una sociedad protectora de animales y plantas, pero encierro mis ideas en estos silogismos.

«Toda planta debe brotar para que yo la arranque.

Todo animal tiene derecho á vivir, luego es natural que yo me lo coma.»

Contra todos los estadistas, contra todos los filósofos, contra todo lo que preconicen esos ciudadanos que pretenden velar por la dicha del pueblo, destruir con argumentos sin lógica las costumbres porque á ellos no les gustan, á ellos, que componen la minoría, hay una suprema razón, y es la siguiente:

El pueblo tiene más razón que nadie.

Cuando adopta una costumbre ó profesa una religión y mantiene con desvelo su culto y su fe, no hay que dudar que lo que mantiene es bueno.

Por eso precisamente las provincias meridionales de Francia, Arlés, Nimes, Bayona y Mont de Marsán, tan aficionadas á las corridas de toros como Madrid, Sevilla y Barcelona, mantienen enarbolado constantemente el estandarte de la rebelión contra todo decreto y toda ley que tienda á prohibir nuestra fiesta, que ya es también suya.

No importa que el prefecto trate de impedir la entrada al circo: el pueblo va, el pueblo empuja, y entra, y pide que se corran los toros á uso español, y el pueblo funda periódicos taurinos, y publica vocabularios con términos tauromáquicos, para poder sentir más hondo el conocimiento de lo que el espectáculo es, y aprender más de prisa las denominaciones de sus distintos lances.

Nimes, Arlés, Bayona... vosotras dais un empujón á los Pirineos, colocándolos más allá del pueblo del *Tartarin*,

inmortalizado por Daudet: vosotras, lo mismo que Lisboa, Porto y Santarem, os vais haciendo hermanas nuestras por la comunidad de gustos. Adelante siempre: la fiesta de toros no es una derivación del antiguo circo romano, donde el gladio y las garras terminaban la vida de los hombres. No es el Spoliarium de estas fiestas hacinamiento de entrañas de hombres descuartizados por las fieras, sino la fiera sacrificada noblemente por el hombre, para repartir después su carne entre la gente que necesita comer barato.

Los toros son una diversión que se extiende y sube como la marea, sin que puedan contener su movimiento ascendente diques ni propósitos. Palmo á palmo ganará terreno, y de la misma manera que Hernán Cortés y Vasco de Gama conquistaban lentamente Méjico y las Indias, así la afición á las corridas, adelantando, conquistará este departamento hoy, el otro mañana; triunfará en París, por llevarla el pueblo; invadirá como la oleada de la inundación la parda línea de los Vosgos por la derecha, subiendo de España, mientras hacia el Noroeste, precipitándose en la Vendée y en Bretaña, se detendrá un momento en el canal de la Mancha, esa masa líquida en cuya superficie circulan ya las corrientes glaciales del polo, pero pasará al fin y se apoderará de Londres, mientras rueda con fantástica rapidez sobre el suelo de Prusia.

Entonces la afición, lanzando un grito estentóreo de entusiasmo, proclamará la fiesta española, fiesta universal. ¿Será realizable este sueño? Mientras vaya ganando terreno, por lo menos se puede tener esperanza.

¿Chi lo sa?

Pero no divaguemos, y sea con nosotros el método.

Hablábamos de Portugal, de la hermosa patria de Ca-

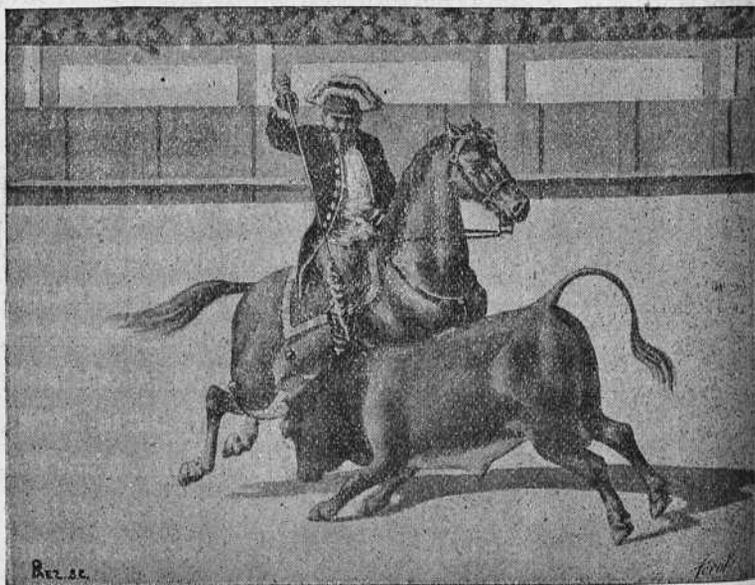
moens, y decíamos que su toreo no se diferenciaba del nuestro sino en ligeros detalles.

Digamos los que son.

En primer termino, la parte principal del toreo portugués es la caballescá.

El rejoneo.

Pero rejoneo con rejón de los de forma de hoja de peral, al antiguo uso de España; rejón de muerte y no de adorno, clavados por peritísimos caballeros que, en vez de la airo-sa ropilla, visten para estos lances la casaca de terciopelo, y en vez del fieltro con airón, el sombrero de tres candiles, festoneado con plumas.



Caballero portugués rejoneando

El rejoneo á la portuguesa no consiste en citar al toro y esperarle, rejoneando por la derecha mientras el peón le empapa por la izquierda con el capote, sino en buscar á la res, esquivarla, correatar en derredor suyo, poniendo á

prueba el que lo ejecuta sus condiciones de habilísimo jinete; cambiar de pronto la dirección que se lleva, y, por último, y estando la fiera en condiciones, cruzar por delante de ella á toda velocidad, clavar y quebrar el rejón, quedándose con el puño como trofeo.

Hagamos mención de los caballeros del vecino reino que más se han distinguido en esta suerte.

He aquí los principales:

José Bento d'Araujo

Este distinguidísimo rejoneador, cuyo excelente trabajo han tenido ocasión de admirar los aficionados madrileños más de una vez, nació en Junquería el año de 1852, y cuenta, por consecuencia, en la actualidad, cuarenta y cuatro años.

Dotado de una afición sin límites y un valor rayano en la temeridad, se presentó por primera vez ante el público de su país en 1874, alcanzando unánimes aplausos, y captándose, desde luego, la admiración y las simpatías del público, pudiendo decirse que desde aquella tarde data la celebridad de este caballero.

Después tomó parte en varias corridas verificadas en Sacavem, Campo de Sant'Anna, Porto y otras plazas de provincias, alternando con el célebre Monteiro y Manuel Mourisca.

Sembrada de flores en Portugal su senda de artista, quiso ver otra nueva tapizada para él en el extranjero, é imitando á nuestro D. Luis Mejía:

Saltó á Francia, ¡buen país!

toreando con satisfacción general en París, Nimes, Marsella, Arlés, Avignón y Mont de Marsán, que siempre se han distinguido en festejar á los lidiadores célebres, y en proteger á los desconocidos. Araujo puede contar su paso por Francia como una victoria legítima, y su trabajo de aquella ocasión, como uno de los que más pueden enorgullecer al que lo practica. Los periódicos se deshacían en elogios del gentil caballero, haciendo su apología y señalándole como uno de los más decididos y notables lidiadores portugueses.

Entre los distintos artículos y poesías encomiásticos que se le tributaron entonces, gustó mucho la siguiente composición publicada por el periódico taurino de Nimes, titulado *El Picador*, en su número del 28 de Mayo de 1893.

MADRIGAL AU CABALLERO EN PLAZA, BENTO D'ARAUJO.

¡Voyons! Caballero sois toujours admirable
 Et fais que pour longtemps tu sois incomparable,
 Ton royal coursier et toi, si ravissant,
 Vous saver mériter les applaudissements!
 Ton jeu superbe et grand, d'une grâce infinie
 Du sang-froid, de l'adresse, entretient l'harmonie!
 Tu es l'enfant gâté des spectateurs Nimois,
 Redouble donc d'ardeur, car pour eux, tu le vois
 Il faut non seulement planter tes javelines
 Mais leur monter aussi ce que chacun divine;
 Le goût parfait de l'art, qui fait seul leur régal
 Pour que tu puisses d'eux parler en Portugal.

L. S. ***

Sintiendo la nostalgia de la patria después de dos años de ausencia, volvió á ella en 1893 para continuar, quizá con más ardimiento que antes, su larga y envidiable carrera de

triumfos, como lo prueban las delirantes ovaciones que alcanzó en Lisboa toreando en la plaza del Campo Pequeño.

La plaza española en que más se distinguió, fué en la de San Sebastián, donde mató un toro de un rejonazo como pudiera hacerlo Don Duarte, cuando rejoneaba en la Plaza Mayor de Madrid.

Bento d'Araujo es hombre de educación esmeradísima, temperamento activo, y carácter franco y generoso, de esos que se granjean amistades por donde van.

En cuanto á su personalidad artística, nos atendremos al juicio emitido por el director del notable periódico portugués *A Tourada*, que tenemos á la vista,

Dice así:

«José Bento d'Araujo, á quien todos admiran por la corrección y lucimiento de su trabajo, pertenece al número de aquellos á quienes debe más el arte tauromáquico, porque ha sabido engrandecerle de una manera notable por la forma que cultiva con tanto esplendor. Su manera de lidiar está incontestablemente basada en los conocimientos más recónditos del arte y no intenta una suerte que no tenga el resultado apetecido. Las suertes de *gaiola* (1) las tiene practicadas con toda brillantez en las corridas en que ha trabajado en Campo Pequeño. Buen pulso y consintiendo siempre á los toros, su trabajo es, por regla general, el más correcto y lucido posible, siendo muy raro el ver un hierro colocado por el aplaudido caballero fuera del sitio en que deba estar. Dotado de un valor que pasa de los límites de lo ordinario, para él no hay toros de difícil lidia.»

Como nota final podemos añadir que el caballero Bento d'Araujo toreó en España con general aplauso, y descon-

(1) Las explicaremos después.

tando la plaza de San Sebastián ya mencionada, en la de Santander, donde se distinguió rejoneando toros de D. Vicente Martínez, de Colmenar; en la de Barcelona, donde trabajó en seis corridas, y, por último, en Madrid, á la que vino contratado por dos corridas, agradando tanto que la empresa tuvo que ajustarle por otras tres.

Alfredo Tinoco da Silva

Notabilísimo caballero que cuenta los días en que actuó por las ovaciones recibidas es D. Alfredo Tinoco.

Nacido en Lisboa en 5 de Julio de 1855, se distinguió desde su más temprana edad por su decidida afición á las lides taurinas, en que intervino ya cuando aún no contaba quince años.

Su primera salida tuvo lugar en el Campo de Sant'Ana, en una corrida organizada por la Comisión Taurómaca permanente el 14 de Agosto de 1873, y desde entonces, como la de su compañero Araujo, su vida artística fué un continuado triunfo.

Su debut como rejoneador habilidoso se verificó en 1 de Junio de 1876, en una corrida de beneficencia celebrada en Lisboa. Hasta entonces había ejercido de banderillero y forçado, llamando notablemente la atención en el difícil arte de Pablo Herraiz en otra corrida que se dió en 24 de Agosto de 1874 á beneficio de los heridos de la guerra civil de España.

Jinete duro y garboso, capaz de domar el más indomable potro del Atlas ó de las llanuras argentinas; elegante de figura, y con un valor indomable, no hay toro que por fiero que sea le haga retroceder. Su caballo, dócil instru-

mento de su voluntad, obedece á la menor presión de las riendas, y va paso á paso hacia el toro; el bruto parte rugiente de rabia; Tinoco entonces imprime con las rodillas una ligera presión al corcel, que salta, burla á su enemigo, le sortea, le cansa, estrechándole más en cada vuelta, hasta que el jinete deja caer la mano nerviosa que empuña el rejón, quebrándole con airoso ademán y alzando en seguida el mutilado puño del arma como un trofeo de victoria.

Para los aficionados de Madrid no es Tinoco un desconocido. Frecuentes han sido las ovaciones que se le han tributado en nuestra plaza, así como en las más importantes de nuestra nación y en las principales de Francia, donde se rinde culto verdadero á la fiesta taurómaca.

Adelino de Senna Rapozo

Hombre de trato esmeradísimo, con el que consigue tantas simpatías como con su bravura y donaire, es este caballero, que nació en San Pedro de Sul en 23 de Febrero de 1857.

Contaba treinta y dos años cuando apareció por vez primera en la plaza de Aldegalleja, como aficionado, siendo muy aplaudido. Pero no fué considerado como verdadero lidiador hasta que fué contratado para la plaza de Sierra del Pilar.

Alternó por primera vez en la plaza de Campo Pequeño el día 16 de Julio de 1893, concediéndole este derecho el notable lidiador José María Casimiro Monteiro, en la tarde en que se celebró la corrida dedicada al banderillero portugués Rafael Peixinho.

En Madrid rejoneó, en compañía de Alfredo Tinoco, la tarde del 25 de Julio de 1893.

Ha toreado además, con general aplauso, en Setúbal, Villafranca, Elvas, Cintra, Moita, Barreiro, Coimbra, Évora, Tondella, Torres, Vedras, Almada, Viseo y Nazareth, donde un toro de la ganadería de Froes le produjo una herida grave y además la fractura del pie derecho.

Luis Do Rego

Remitámonos á lo que uno de sus biógrafos, Salvador Marqués, si nuestros recuerdos no mienten, decía, en Mayo de 1888, en *O Tureiro*, de Lisboa, anticipando que la brillantez de su artículo resume todo lo que se pueda hablar respecto al trabajo de los rejoneadores de Portugal.

Dice así:

«Desearía preguntar á esos sentimentalistas que derrochan por ahí una retórica banal y enemiga de la fiesta de toros, si asistieron alguna vez á estas brillantes lides, que demuestran el supremo lucimiento de nuestro toreo, cuando los preceptos taurómacos, los primores de la equitación, el donaire y la valentía del caballero, el arranque impetuoso del toro y los movimientos rápidos del corcel son los detalles que constituyen ese cuadro arrebatador que emociona el ánimo profundamente, haciendo prorrumpir á las multitudes en gritos de entusiasmo.

»Si asistieron á alguno de esos lances, no lo habrán podido contemplar impasibles; y si no asistieron, ¿por qué fallan contra las corridas de toros?

»Uno de los modernos lidiadores que más reúne esas prodigiosas condiciones de rejoneador es ciertamente el airoso y valiente caballero á que nos referimos.

»Vedlo, lidiando con asombrosa altivez é inquebranta-

ble denuedo; venciendo con las dotes que la naturaleza le ha dado para la equitación la fogosidad de su caballo *Leotard*; arrojándose á la lucha con la alegre despreocupación de la mocedad, y un coraje y una presencia de ánimo esencialmente varonil; dando alegría á la fiesta, y saliendo incólume de los lances más arriesgados; pero de tal modo, con tanto arte, que es imposible que el más hipocondríaco, el más falto de sensaciones, no rompa en aplauso entusiasta ante el trabajo del gentil caballero, que sintetiza la gallardía y el valor.

»Hagamos constar ahora algunos datos biográficos del simpático lidiador.

»Luis Do Rego Da Forneca Magalhaes, nieto del gran estadista que dejó en las páginas de la historia política portuguesa un nombre inmortal, nació en 31 de Agosto de 1859.

»Desde muy pequeño comenzó á presenciar corridas y á manifestar su decidida afición por la fiesta, afición que más tarde debía llevar á la arena á uno de los más arriesgados mantenedores.

»Hizo su presentación como caballero en la plaza de Villa-Franca de Xira en 8 de Agosto de 1880, en una corrida que se celebró á beneficio del hospital de aquella población.

»Toreó con mucho arrojo, colocando once hierros en brillantes suertes, y cuantos aplaudían á esa espléndida estrella pronosticaron desde luego que el arrojado *debutante* llegaría á ser uno de nuestros más distinguidos caballeros.

.....

»A los pocos días toreó en Alhandra en compañía de Alfredo Tinoco, José de Mascarenhas y Jerónimo Vianna...

El público colmó de aplausos el trabajo del caballero.»

Hasta aquí el biógrafo; nosotros añadiremos estos datos entresacados del mismo artículo, que no publicamos íntegro por su extensión.

En 29 de Junio de 1881 toreó en Lisboa en una corrida dedicada á Tinoco, lidiando al toro *Rasteiro*, de la ganadería de Roquete, al que puso siete hierros magníficos y dos pares de banderillas. En este mismo año, en una función á beneficio de Bento d'Araujo, lidió magistralmente un toro del Conde de la Atalaya, acabando por poner hierros cortos, empleando igual procedimiento con otro magnífico toro de la ganadería de Marqués, ya lidiado en otras ocasiones, y ganando la ovación más grande que, según el repetido biógrafo, se ha escuchado en la plaza de Santa Ana.

En 1883, y en una corrida celebrada en honor del rey de España D. Alfonso XII, Do Rego terminó su trabajo, poniendo hierros cortos á *gampa*, suerte que hasta entonces no había sido ejecutada.

En Madrid, y en competencia con Tinoco, rejoneó dos toros de Palha Blanco, mereciendo del público y la prensa los mayores elogios.

En Sevilla rejoneó un toro de Benjumea, produciendo extraordinario entusiasmo, recibiendo muchos regalos, entre ellos un magnífico alfiler de corbata orlado de brillantes.

Do Rego posee la cabeza de dicho toro, que fué estoqueado por el espada José Ruiz (*Joseito*).

Ha toreado además en Lisboa, Santarem, Cartaxo, Moita, Almada, Montemor ó Novo, Elvas, Extremoz, Cintra, Caldas, Nazareth, Thomar, Setúbal, Góllega.

Luis Do Rego une á sus extraordinarias aptitudes de toreador, las de jinete tan consumado, que su caballo *Leotard*, verdadero caballo de sangre y tan acostumbrado á la lidia,

que burla de continuo las acometidas de los toros á saltos de carnero y carreras inesperadas, no ha logrado sacarle de la silla una sola vez.

Manuel Casimiro d'Almeida

Es paisano de Adelino Rapozo, y nació en el año de 1858.

Su biografía como lidiador es muy poco extensa.

Empezó por figurar en algunas corridas celebradas en Vireu como banderillero, mozo de forçado, etc., alcanzando generales simpatías por su decisión delante de los toros.

Después toreó como aficionado en distintas plazas, pero la primera vez que se distinguió como caballero rejoneador, fué en San Pedro de Sul, su ciudad natal, en 1879.

Viéndole torear en cierta ocasión un afamado y rico *sportman* portugués, le comprometió para que tomara parte en una corrida organizada á beneficio de la *Asociación de bomberos voluntarios de Vireu*, gustando al público de tal modo, que su nombre empezó á gozar de gran prestigio entre los aficionados.

En la tarde del 4 de Mayo de 1891, se presentó por primera vez ante el público de Madrid, alcanzando una nutridísima ovación, sobre todo en la suerte de banderillas, suerte á la que, más que á todo, debe su popularidad, pues reúne inmejorables condiciones para ejecutarla, ver llegar, buen pulso, consentir mucho y apretar clavando.

Su alternativa data de 1892, y le fué conferido tal derecho en Lisboa, que es donde alcanzó mayores éxitos.

Fernando d'Oliveira

Nació en Benavente el día 12 de Marzo de 1859.

Empezó por dedicarse á estudiar la carrera de comercio con provechoso resultado, pero aficionándose cada vez más por ese espectáculo que ha hecho colgar tantas becas y togas en proyecto, sentó plaza como caballero rejoneador, alcanzando así más triunfos y más éxitos que seguramente hubiera logrado con su primera profesión.

Toreó por primera vez en Villafranca de Xira en 1879, recorriendo varias plazas de España y cosechando aplausos en todas ellas.

El toreo de Oliveira se distingue del de los demás en lo alegre y preciso que es. Mide los tiempos como ninguno, no da vueltas inútiles, y suele rejonear á la española de un modo elegantísimo, yendo paso á paso hacia la res, picando espuelas de pronto y saliendo como una exhalación por el costillar, mientras clava y quiebra el rejoncillo, terminando la suerte de una manera brillantísima.

Es lo que pudiéramos llamar el torero de la buena escuela, que ha entendido que la figura del rejoneador no es puramente decorativa; que cuando el toro está en los medios escarbando impaciente y los lidiadores de á pie no se atreven á tender la capa, quitando al animal de un terreno que tan favorable puede ser al rejoneador, es de muy mal gusto hacer ejercicios de picadero, haciendo al caballo dar corbetas ó galopar de través, y perder el tiempo inútilmente.

Fernando d'Oliveira, además de lo observador que demuestra ser para el arte que con tantas ventajas cultiva, es de los lidiadores más arriesgados que pasan ante la cara de los toros.

Fernando Ricardo Pereira

Una noche se acostó siendo aficionado nada más, y al amanecer del día siguiente, y del mismo modo que el viejo de Espronceda se sintió joven, Pereira se sintió torero.

Hombre de acción y adinerado, no tuvo que esperar conveniencias de empresas para presentarse ante el público, y tomando la plaza de Cruz Quebrada, debutó de una manera tan brillante, que nadie vaciló en creer que el arriesgado mozo tenía en su alma todos los gérmenes del buen lidiador.

En cuantas plazas toreó, alcanzó entusiastas ovaciones y recibió innumerables regalos, distinguiéndose sobremanera en una corrida organizada en Almada á beneficio de la *Asociación de socorros mútuos*, en que rejoneó alternando con Manuel Casimiro y Adelino Rapozo.

No es aún Pereira un artista consumado, pero si en el poco tiempo que lleva rejoneando ha conseguido una envidiable reputación, ¿á dónde no puede llegar quien como él tiene una fuerza de voluntad sorprendente, un valor sin límites, y unas dotes de observación tan grandes?

Como todos los que Dios destina para llegar á ser grandes en algo, vacila, titubea, tiene la alegría de éste, mezclada con la serenidad de aquél, la gallardía de Araujo, la nerviosidad de Tinoco, imita á perfección, pero aún no ha logrado ese sello original que distingue tanto: el estilo propio. Cuando lo consiga y fije su toreo de un modo definitivo, Pereira está llamado á ser uno de aquellos á quienes deba más la tauromaquia portuguesa.

Quedan trazadas á grandes rasgos las biografías de los más principales rejoneadores de la nación vecina, conoci-

dos todos ó casi todos de los públicos españoles, para los que jamás han sido extranjeros, sino hermanos.

Ni las conveniencias políticas, ni las divisiones que los hombres ó las pasiones han establecido, pueden borrar la identidad de raza. Ellos, habitando la hermosísima región resguardada por Galicia, Castilla, Extremadura y el suelo andaluz y bañada por el Atlántico, donde el Miño muere y adonde el Guadalquivir lleva sus ondas azules, no pueden olvidar que un día se llamaron españoles, y que si con tal nombre no se pudieron quedar, se quedaron, sin embargo, con el temperamento fogoso y la imaginación ardiente de Pizarro y Ercilla, reflejados en Vasco de Gama y Camoens.



CAPÍTULO XLII

Sobre implantación de las corridas con toros de puntas.—Opiniones de la prensa.

Al toreo portugués le hacen falta nada más dos detalles para estar seriamente constituido: Que los toros que se lidien sean de puntas, y que la suerte de los pegadores se relegue á los cerrados y dehesas, como lo está por nosotros su equivalente, ó sea la de mancornar.

Todo lo que no sea dejar libre al toro el único medio de defensa que tiene, no nos parece toreo, sino parodia. La lucha, para serlo, necesita dos contendientes, ya sean hombres, ejércitos, facciones, etc.; necesita que los dos enemigos, salvo las condiciones de superioridad que dé la naturaleza á uno de ellos, estén colocados en situación casi idéntica para poder acometerse; batirse á pistoletazos un hombre de gran vista con un ciego, es adoptar todas las circunstancias de asesino, descontando lo que de su parte pueda poner la casualidad. Con toros embolados pierden su mérito las mejores suertes, y estas ideas nuestras las sintetizó Salvador Sánchez (*Frascuelo*), el torero verdad, cuando, invitado para ir á París á torear toros con bolas, respondió vivamente: *Yo no toreo en mojíngangas.*

En cuanto los portugueses implanten la lidia de toros de puntas en vez de los de cuernos enfundados, y adquiriera la lucha toda su grandiosidad, desaparecerán los pegadores, espectáculo que no tiene otro fin que la demostración de la fuerza bruta, toda vez que el arte no entra para nada en semejante suerte.

Si es cierto que la prensa es el eco de la opinión, los portugueses opinan como nosotros en lo tocante á la supresión de los embolados.

Veán como prueba nuestros lectores lo que decía respecto á este asunto en el número de *A Tourada*, correspondiente al 12 de Mayo del año último, el inteligente escritor tau-rino Eduardo Aguilar, uno de los más grandes entusiastas de la fiesta española:

«Millares de veces lo tengo dicho y hoy lo repito de nuevo. Nada son mi competencia é inteligencia para tratar de un asunto tan delicado; pero uso de mi derecho de aficionado, abriendo camino á la propaganda y tratando de imponer por la convicción idea tan noble.

»Es vergonzoso decirlo; pero es verdad.

»Los que más se debieran unir en las mismas filas y obedecer á una consigna, ejerciendo el apostolado del verdadero arte, gastan el tiempo en escribir frivolidades sobre tal ó cual individuo, tal ó cual cosa; pero ninguno alza la voz, para con más ó menos elocuencia, declararse partidario de la verdadera tauromaquia.

»Yo quisiera que demostraran mis frases ese ideal mío que debía ser el ideal portugués, pero no puedo. Dios no me ha concedido esa penetrante agudeza que adivina los limpios horizontes del porvenir, que sintetiza al par que desenvuelve las ideas en elevados conceptos.

.....

»Si no me ha concedido esos dones dióme en compensación un alma creyente y un corazón que palpita.

»Palpita, sí, siempre, á impulso de la emoción que me produce, ese arte que me fascina, ese arte que tanto adoro.

.....

»¡Salve Arte! ¡Salve España!

»El pueblo portugués no tiene genio ó es demasiado indolente; si no fuera así sería el primero en protestar contra aquellos que no consienten que se mate un toro y dejan morir de hambre á una familia que les pide pan.

.....

»La tauromaquia en Portugal es como una flor á la que no se dejara desarrollar sus más hermosos pétalos.

.....

»¿De qué vale que unos cuantos digan «queremos toros de muerte; queremos que se respete el arte inmaculado», si el pueblo calla adormecido por palabras hipócritas?

.....

»Mientras el pueblo se deje adormecer, nada se hará.»

El mismo Sr. Aguilar escribía en otra ocasión lo siguiente:

«En este país no hay toros ni corridas, sino sencillamente plazas y toreros. Ya es bastante.

»Eso que todos hemos convenido en llamar corridas, para mí no pasa de ser un simulacro de la gran diversión española en que el arte es un deber (1) y una gloria el valor.

»Aquí nada de esto acontece; ¿para qué?

»¿Para qué es necesario el valor donde se lidian toros sin defensa?

.....

(1) Ojalá fuera así.

»Yo soy un *aficionado* que nadie conoce, que todos se preguntan de dónde viene; pero que está por los toros con astas limpias, toros de muerte, toros que sean *toros* y no carneros.

»Desde el momento en que las corridas constituyen una lucha del hombre contra el toro, en que aquel vence por el arte y la inteligencia ó se deja vencer por la fuerza bruta de su enemigo, tanto uno como otro deben ir á la arena tales como son; el uno con el pecho repleto de valor y ávido de triunfo, el otro ávido de sangre y ferocidad.

»Es una lucha desigual; el uno posee el arte con todos sus engaños; el otro sólo la rabia de ser vencido.

»El uno tiene muleta y espada para matar; el otro tiene astas afiladas y limpias para matar también; hé aquí la única igualdad de la lucha.

»Muéhos á las corridas españolas las llaman barbarismo porque hay sangre en ellas; pero á la cobardía de las corridas portuguesas ¿cómo la llamarán?

»Un domador lidia con sus panteras y leones, y no les suprime ni los dientes ni las garras; lidia con ellos en su estado natural; un día puede morir en sus garras; pero este es el valor de su trabajo, que era el peligro, el riesgo, la muerte. Lo mismo, pues, debe suceder al hombre que se dedica al arte arriesgado de Romero, *Costillares*, Montes y *Chiclanero*.

»En este país *de tanta protección para los animales* hay toros que han sido corridos más de diez ó veinte veces, y lo que sucede es que el toro torea al lidiador en vez de ser al contrario. Es célebre.

»En Portugal, un país que á la fuerza quiere ser torero, es donde se construyen más plazas, pero donde hay menos gente que trabaje en ellas, teniendo que venir de España

todos los *maletas* y toreros de *enchurrada* para compensar esa falta.

»No acontecería esto si aquí se verificasen corridas más genuinas y verdaderas, en que cada cual, con más ó menos habilidad, se hiciese *matador* y formase cuadrillas, hiciera excursiones al extranjero como hacen los toreros españoles, y no faltaría gente que quisiera seguir la profesión taurómaca.

.....

»Las corridas en este país se pueden comparar á un hombre á quien se le ataran los brazos para darle de bofetadas sin riesgo. Estos son los magníficos pares de banderillas que se ponen á un toro embolado.

»¡Ah España, España! Si tú no fueras tan célebre, esa grandiosa fiesta que se llama *Corrida de toros* te lo haría ser.

»Yo me alegraré mucho que las inocentes fiestas de embolados, una de las vergüenzas taurinas del fin del siglo XIX, sea demolida para siempre y podamos entonces gritar: ¡Vivan los toros!»

Aparte de las violencias y nerviosidades de estilo del notable articulista portugués, es necesario confesar que tiene razón.

O se verifican las corridas con toros de puntas, ó todo lo demás es hacer las cosas á medias, ó, mejor dicho, quitar el efecto de un espectáculo que por mucho que la razón lo condene tiene su razón de ser en las luchas de sangre.

Echegaray lo ha dicho en *Haroldo el Normando*:

¿Vas á medias? Ya no vas.
 ¿Das con tasa? Dar mezuino.
 Lo divino, si es divino,
 es ser todo y ya no es más.

La nube cuyo manto cárdeno rasga la exhalación, es funesta; pero ha de ser así para ser grande; la tempestad sin truenos, el simoun sin violencia, el Océano sin el rumor tenebroso de sus oleadas, que abarcan todo el horizonte y van á romper sobre la costa, que parece que aprestada á luchar espera su furia con sus enhiestos picos, para romperlas en espuma y detenerla y hacerla retroceder jadeando, y luchar siempre. La lucha titánica del león, que atruena el bosque con su poderoso rugido, mientras la serpiente silenciosa, enroscada á sus lomos, le pulveriza hueso á hueso y le rinde y le mata. La guerra, la más terrible de las luchas, porque la hace el hombre para deshacerse á sí propio, todo esto ¿no es terrible? ¿pero no es fatidicamente grande?

Pues quitad esa grandiosidad y tendréis algo que es menos que la parodia y el simulacro: lo ridículo.

Dejad á la nube que pare un momento frente al sol y lo eclipse, sin más incidentes que pasar como otras tantas nubes pasan, como pasan las de la inteligencia cuando las producen los pensamientos y no los dolores. Cambiad el Siroco que soterra á las caravanas, en vientecillo dulce; cortad el vuelo á la tempestad, y contened el ímpetu á las olas. Que en la lid fratricida el hombre no muera, ni el ruido augusto del cañón apague el gemido del moribundo. Llenad vuestras arcas de tesoros y poned vuestro estómago ahito de manjares para no luchar por la vida. Todo eso será útil, todo será bueno; pero no será grande.

Descended detalle por detalle hasta los últimos órdenes de la existencia; bajad del espectáculo del infinito que sólo crea Dios al pequeño espectáculo, creado exclusivamente por y para nosotros; poned sobre el rostro del actor trágico la mascarilla del clown, y la tragedia se convertirá en bufonada; poned sobre las astas del toro nacido para el ata-

que y la independencia bravía, las bolas de madera ó las fundas de cuero, y haced alardes de valor ante él. En la lidia usual hay un aliciente.

El público no sabe lo que va á hacer aquel animal, á cuyo paso se abrirán las puertas del chiquero. No sabe si en el gran libro del destino habrá alguna víctima apuntada á cargo de aquel toro; si al volver de la plaza, y entre las sombras del crepúsculo, verá el bulto de una camilla mortuoria que conduce el cuerpo de algún lidiador malogrado. El aliciente es brutal, pero es humano.

En la lidia de toros con bolas le sucede al público lo que con las obrillas de argumento inocente, cuyo desenlace se entrevee desde la primera escena. Antes de la salida del primer toro, ya se sabe lo que va á pasar.

Esta lucha no despierta entusiasmo; la otra sí.

Por anómalo que parezca, la corrida de toros sin puntas es algo así como un funeral.

Nosotros recordaremos siempre con cierta amargura una corrida que presenciarnos en París, en la plaza de la rue Pergolesse, por donde pasaron casi todos nuestros principales toreros, y de cuya plaza no queda ya ni siquiera el espacio en que estuvo.

A la hora de la corrida, y en medio del continuo trajín de los boulevares, cruzaba de vez en cuando un ómnibus, desde cuyo pescante gritaba un individuo con el mismo tono que si pregonara pastillas para la ronquera: *au carrier de toureaux en avant, mesieurs*; y aquella voz, y aquel individuo y aquel ómnibus solían pasar desapercibidos. Sí; el que quería asistir á los toros tomaba el tren en la estación de San Lázaro, y ¡á los toros en tren! Cosas de París. Pero, en fin, llegábase á la plaza y los españoles contemplaban con ojos atónitos, casi á ras del redondel, un escenario de circo

delante, y tendida todo alrededor una barrera muy bonita pintada de rojo, y arriba una cubierta de cristales de colores, á cuyo través, pasando el sol, iba á teñir con diversos matices el toro que estaba en la plaza.

¡Qué silencio más sepulcral! ¡Qué paseo de cuadrillas más semejante á la publicación de la Bula! Grima daba el contemplar á los toreros que en tantas ocasiones habían mirado á la muerte sin palidecer, señalando el volapié con un plumero, y dejando al toro volver al corral. Los parisien-ses no pudieron darse cuenta de nuestra pasión por la fiesta española. Nos vieron á través de la mascarada.

Sobre esta eterna cuestión de las corridas de toros, sólo se pueden adoptar dos medios:

Admitirlas tales como son, ó rechazarlas en absoluto.

Los entusiasmos de la afición sólo se pueden concebir ante la verdad de la lucha.

Este espectáculo necesita aire, luz, un sol que arroje sus rayos á raudales sin veladuras; una alegría que brille en todos los semblantes, que refluya en toda una muchedumbre; voces de júbilo y gritos salvajes de emoción; un toro de hermosísima estampa que arranque y llegue, y levante el caballo, asombrando con su poder, mientras busca con ojo intranquilo algo en que saciar su insaciable furia, mientras ostenta sus astas poderosas enrojecidas por la sangre; también él la vierte; también á su redondo morrillo llegan sin cesar la acerada garrocha, el arpón de la banderilla y la hoja aguda de la espada; también él muere, pero muere matando, y el hombre que le burla al acercársele suele palidecer, pero se acerca retándole y el desafío es constante y se eslabonan los riesgos, y el público se electriza y ruge de entusiasmo y aplaude. Es un drama de gran espectáculo, ante cuyos efectos se tiene que rendir el espectador.

Lo otro es un fin de fiesta que no puede tener pretensiones.

Lo que se pretende con las corridas de embolados es presentar la diversión quitándola su parte repulsiva:

La sangre.

Y como dice muy exactamente el escritor portugués á que nos referimos antes, sucede todo lo contrario; es decir: que á la fiesta se la quita su único efecto.

La bravura del toro, que desde la soledad apacible de la dehesa pasa á ser burlado en el redondel, bravura de que necesariamente ha de estar desprovisto el que se lidia innumerables veces y degenera en toro sabio; en el animal domesticable, según los franceses defensores de la ley Grammont, ó, mejor dicho, domesticado.

Completaremos este trabajo reproduciendo lo que acerca del asunto escribía otro dignísimo escritor portugués, probando la diferencia que existe entre los dos procedimientos de lidiar reses bravas:

«Los toros corridos—decía,—aun cuando posean las mejores condiciones, son impropios para la lidia. Si transigimos con admitir que lidiados á pie una vez y habiendo acusado buena sangre, acometan otra vez á los caballeros con verdadero coraje, esto nada prueba, considerando la diferencia que existe entre ambos toreo. Con esto no se justifica el sacar al redondel toros que no permiten una lidia brillante, sin la cual no hay toreo. Toros que serán picados, pero nunca toreados.

»Las reglas de la tauromaquia enseñan al torero á luchar con la fiereza de la res, burlándola; pero ¿cómo pueden ser banderilleados y trasteados toros que efecto de la lidia que se les dió anteriormente distinguen con perfección el bulto del engaño? ¿Que desprecian éste y acuden á aquél? ¿Que saben á lo que van á allí y se tapan y cortan el terreno,

cerrando la salida al lidiador, que inevitablemente ha de ser cogido?»

Un torero español, de gran mérito, hablando de este particular, nos refería las emociones que sufrió una tarde toreando en Lisboa.

—Yo toreaba allí por primera vez—nos decía—y esperaba ver salir der chiquero un animalote con muchas patas, cornalón y grande, pero de buena fe, como suelen ser los de mi tierra.

Salió er primero y no me equivoqué; era grande, sí, y cornalón, aunque sacaba fundas en los pitones pa darnos er camelo. Salió sosegao, se paró, y luego parecía como que nos contaba.

¡Camará! ¡Qué arrancás las del animalito! ¡Qué modo de alargar la jeta buscando los pies detrás de los refajos! Los Mirras cran unos probes animalejos comparaos con él.

Yo sudaba.

Capotazo acá, capotazo allí, y el burel, asina que me diquelaba, parecía enamoraó é mi taleguilla.

Entonse llamé al peón más bruto de los de mi cargo, y le dije:

—Miá ese animalillo, no te hará pupa; déjate cogé, hijo, á ver si se le pasa el ansión.

—No pueo, maestro.

—¿Por qué?

—Porque le quio á osté mucho; y si ahora yo me voy hacia él y me entrego, se va á enseñá mal, y cuando osté haga por él, no le va á dejar una costilla sana.

—Güeno—le dije;—pus entonces echa pa lante y vamos á esperar que mus vaya cogiendo á tóos por turno. Ese toro es doctor.

Ahora pasemos á otro capítulo.

CAPÍTULO XLIII

Toreo á caballo.—Condiciones de que deben estar adornados los caballeros ó rejoneadores.—Cortesías.—Suerte de frente.—Suertes á toro parado («á tira ó estribeira»).

A pesar de ser el rejoneo el detalle más sobresaliente del toreo portugués, y á pesar de la admiración que despiertan los caballeros que más se han distinguido en esta lucidísima suerte, es justo reconocer que en el vecino reino se ha escrito muy poco acerca de semejante asunto.

Unicamente merece llamar la atención el trabajo publicado hace muchos años por los inteligentes escritores señores Pacheco y Paiva Pona, y lo escrito recientemente por el notable crítico taurino Pinto da Silva.

En los artículos del último se hacen atinadas consideraciones sobre la forma en que debe ejecutarse el toreo á caballo, doliéndose mucho el escritor de que algunos de los caballeros que torear en las plazas públicas de aquel reino, no posean el exacto conocimiento de las condiciones que se requieren para la práctica de su ejercicio, juntamente con el valor y la sangre fría precisos.

La carencia de cualquiera de estas cualidades, dice con sobrada razón el Sr. Pinto da Silva, basta para que el rejoneador no pueda cumplir como es su deseo, viéndose ex-

puesto no sólo á ser víctima de las acometidas de los toros, que no podrá librar sino á las manifestaciones de desagrado de los espectadores.

El individuo que por vocación ó necesidad abraza esta profesión debe tener como cualidades indispensables valor, serenidad, perfecto conocimiento de la equitación y las nociones precisas del arte de lidiar toros.

Si á esto se añade el poseer elegante figura y montar caballos amaestrados en la práctica del toreo, claro está que tales ventajas han de realzar de un modo notable al rejoneador.

El valor es tan indispensable al que intenta, tanto á pie como á caballo, sortear reses bravas, que sin él no podrá alcanzar el logro de sus deseos; pero, según dijimos en uno de los primeros capítulos de esta obra, no hay que confundir el verdadero valor con la temeridad, puesto que si el uno presta el dominio, la otra enloquece y perjudica.

El que sea temerario ó poco precavido en la ejecución de las suertes, intentando ejecutarlas sin que el toro se encuentre en terreno apropiado y sin que el caballo pueda auxiliarle, lejos de conseguirlo, denunciará poco conocimiento y ninguna prudencia.

Si, por el contrario, se mostrara receloso ó tímido en el momento de llevar á efecto las suertes, estará siempre expuesto á ser víctima de la fiereza de los toros y del desagrado del público, que está dispuesto á perdonar todos los defectos menos la cobardía.

El verdadero valor, ya lo hemos dicho, no consiste sino en saber conservar delante del toro la presencia de ánimo indispensable para ejecutar en el momento preciso la suerte requerida, pensando más en su perfección que en el riesgo que se pueda correr.

La serenidad ha de ser para el torero una especie de indiferencia tan necesaria como el valor, y consiste en no alterarse dentro del redondel sea cualquiera la causa, tanto por los efectos del entusiasmo como por los de desagrado que muestra el público.

En cualquiera de estos casos, el caballero que no supiera dominarse, sobreponiéndose á las impresiones del momento, no podrá conservar la sangre fría tan precisa en tales luchas, y no trabajará con acierto ni aprovechamiento.

Es de absoluta necesidad que el artista tenga dominio sobre el caballo, para la mejor ejecución de las suertes, y esto no se alcanza si, como desde luego se comprende, no conoce, por lo menos, las reglas más esenciales de la equitación.

Tampoco debe ignorar el jinete las condiciones de los adversarios con los que se las ha de entender para ejecutar la suerte con ventaja, con lucimiento y poca exposición.

Le es, por tanto, indispensable, el conocimiento de la acción ofensiva y defensiva de los toros, sus estados en el redondel, sus querencias y clases en que se dividen, á fin de poder efectuar las suertes que cada uno requiere con oportunidad y precisión, al mismo tiempo que le precisa tener un dominio absoluto sobre el caballo para entrar, salir ó esquivar las suertes.

Debe tener bastante firmeza y poder en las piernas para dominar á su corcel en las ocasiones en que lesionado por el toro ó resabiado, procura desensillarle con saltos, cabriolas ó movimientos bruscos: buena mano izquierda para dirigir con facilidad y rapidez y fuerza de pulso, no sólo para castigar al toro en el momento de clavar el rejón á fin de salir velozmente, sacando libre el caballo, sino también para contrarrestar llegado el momento la violencia del topetazo.

Cortesías.—Se da este nombre en Portugal como en España y como en casi todo el resto del mundo, al saludo que hacen los lidiadores á la persona encargada de dirigir los espectáculos taurinos, una vez terminado el paseo, que, por regla general, se verifica del mismo modo que en nuestras plazas.

Terminado el dicho paseo y después que ha saludado todo el personal en grupo, repite aisladamente la cortesía el caballero, dirigiéndose directamente hacia el inspector ó director de la fiesta y recorriendo dos veces la plaza á galope.

Cuando son dos los caballeros que toman parte en la corrida, se siguen las fórmulas antedichas, y para que la segunda cortesía, ejecutada únicamente por los caballeros, resulte más vistosa, marchan juntos hasta una distancia conveniente, en línea recta del palco presidencial, ante el que saludan, separándose allí y tomando cada uno dirección distinta cerca de las tablas, de las que recorren una cuarta parte.

Hecho esto, vuelven á reunirse en el centro del redondel, partiendo desde allí para colocarse convenientemente en espera del bicho que hayan de rejonear, que siempre es el primero de los que se lidian.

Estas cortesías resultan de mal efecto, cuando uno de los jinetes anticipa ó retrasa las evoluciones, y son muy lucidas cuando uno y otro llegan con precisión á los puntos marcados de partida y reunión.

Las cortesías efectuadas por tres caballeros, se subordinan á los principios establecidos de marchar dos caballeros por un lado y el tercero por otro, reuniéndose todos en el centro.

Cuando son cuatro los caballeros, subsisten las mismas reglas, marchando de dos en dos.

Es costumbre de algunos caballeros, después de terminadas las cortesías, y cuando se dirigen á la autoridad, dar una vuelta en rededor de cada uno de los grupos de la gente de á pie, lo que da más brillantez al acto.

En las corridas llamadas á la portuguesa antigua, antes de la presentación de la cuadrilla, entra en el redondel el capataz ó cabo de los forçados, que es quien los dirige, llevando de la brida á la mula de las farpas (rejones y banderillas), la que conduce dos arcas ó cajones con ellas, seguida de un dependiente, á quien se da el nombre de reposero.

Los forçados, una vez descargada la mula, la retiran del redondel, quedando los cajones á cargo del capataz.

Hecho esto, entra en el redondel el encargado de transmitir á todos los lidiadores las órdenes del que dirige la corrida, quien se presenta cubierto y embozado, descubriéndose cuando llega al centro de la plaza.

Hechas estas cortesías, se retirará á cambiar de caballo, poniéndose en seguida á disposición del *inteligente* sin sombrero ni espadín.

En estas corridas el acompañamiento va aumentado con los *campinos* y sus servidores, que conducen el caballo de la brida.

En algunas corridas en que los caballeros son nobles, es costumbre que formen como parte integrante de la cuadrilla y detrás de los forçados, los criados de las casas de dichos caballeros, con las armas al brazo, marchando á continuación de éstos otros criados con los caballos de respeto, por si acaso el que montaran sus amos se inutilizara en la pelea.

Cierran la comitiva, tanto en uno como en otro caso, los *carecas*, ó sean los mozos de toril, encargados de franquear

la salida de los toros, y el *papagaio*, ó mozo al servicio de los caballeros.

Es regla generalmente seguida, que en cuantas ocasiones el caballero pasa por ante el palco de la autoridad ha de hacer un saludo, bien con una inclinación de cabeza ó bien descubriéndose.

Se preceptúa también que las cortesías no sean muy exageradas y que no podrá el artista cumplimentar ó dirigirse á persona alguna sin haber hecho las cortesías correspondientes al inspector ó director de la fiesta, debiendo los caballeros guardar la mayor compostura en todas las evoluciones que hiciesen durante su permanencia en el redondel.

Como en las corridas no se rejonean seguidos los toros dispuestos para esta parte de la fiesta, los caballeros, tan pronto como terminan de rejonear cada una de las reses, se retiran del redondel, y permanecen entre barreras hasta que vuelve á corresponderles el turno.

A su nueva presentación en la plaza no precisa hacer nuevas ceremonias, sino que basta para cumplir con autoridades y público, descubrirse en cuanto pisan la arena.

*
* *

Suerte de frente. — Abandonadas ó relegadas al olvido algunas suertes que hoy sólo se emplean como de recurso, aunque estaban admitidas en el toreo de los tiempos antiguos, así como las que se practicaban á toro *resaltado*, que siempre fueron consideradas como impropias de todo buen lidiador, el trabajo principal del caballero rejoneador consiste en la práctica de tres suertes.

Una de ellas es la de rejonear de frente, que se practica de varios modos, conforme á la ocasión que se presente ó á las cualidades que tenga la res conque haya de ejecutarse.

La primera de estas maneras que se efectúa, es la que

tiene lugar colocándose el caballero de frente al toril, que toma por esto el nombre *suerte de gaiola*.

Para ello preceptúa el arte que el caballero se ha de colocar á una distancia proporcionada de la barrera y de la puerta del toril, y no como frecuentemente se colocan algunos rejoneadores, situándose casi pegados á las tablas, lo que da lugar á que el toro en la mayoría de las ocasiones, al abandonar el chiquero, no se aperciba de la presencia del jinete, y si lo ve y parte hacia él, como el caballero ha avanzado también, esta suerte, que debía ser de cara, resulta de costado, cuyo remate tiene efecto á una distancia desproporcionada, sin defensa ni lucimiento.

La suerte de rejonear á *gaiola*, ejecutándola con arreglo al arte, á pesar de no estar exenta de exposición, es de gran efecto cuando se realiza concienzudamente, y muy apreciada, por cuya razón los artistas deben poner toda su voluntad y su inteligencia en prepararla y ejecutarla en el terreno debido.

La suerte de frente ó de cara, se ejecuta colocándose el caballero en la situación anteriormente indicada, enfrente del toro, al que llama la atención para que acuda, y una vez que parte hacia él espera la embestida, ladeando el caballo lo suficiente en el momento de la humillación, para que no le alcance en el derrote, clavándole el rejón en el centro de la suerte.

También se ejecuta cuando el bicho no acude al llamamiento del lidiador, llevando el caballo al paso y de cara al toro hasta llegar á jurisdicción.

Para efectuar la suerte del primer modo, se requiere que el caballero tenga mucha destreza y valor, y que el caballo obedezca bien, sea rápido en sus movimientos, y que el cornúpeto sea bravo y noble.

Cuando el jinete parte hacia la res, debe llevar el caballo con paso ligero, para que cuando el toro arremeta pueda desviarlo con facilidad sobre la mano izquierda, y realizada la suerte, es decir, clavado el rejón salir con presteza, á fin de que si el toro se revuelve y parte en persecución del jinete, no pueda alcanzarlo.

La suerte de frente puede efectuarse, sin peligro alguno, con los toros boyantes, con los abantos cuando llegan á arrancar, y con los burriciegos de primera categoría, siempre que el jinete tenga cuidado de apartarse rápidamente.

Es más difícil con los toros revoltosos, y no debe intentarse con los que cortan el terreno, sino en casos extremos, y es peligroso con los pegajosos y con los que recargan.

Esta suerte, que es la primera y la más lucida de cuantas se practican en las plazas portuguesas, no puede realizarse todas las veces que el público y los buenos aficionados lo deseen.

Los buenos rejoneadores están en la obligación de aprovechar todas las suertes que les permitan los toros, sin exceptuar ni aun aquellas reses que sean de más difícil lidia.

Los toros en el primer estado que tienen en la plaza se prestan bien á la suerte de rejonear de frente, y aun en ocasiones puede ejecutarse con lucimiento en el segundo estado, dejando para los toros, cuando pasan al de aplomados ó parados, las suertes de rejonear al cuarteo ó á la media vuelta, de que vamos á ocuparnos.

*
* *

Suerte á tira.—La manera de rejonear á *tira* ó á *estribeira*, como también se la denomina, tiene lugar cuando el toro está quieto y el caballero pasa con gran rapidez por delante de su cara.

Esta suerte se efectúa generalmente cuando el animal está sin facultades en su segundo ó tercer estado.

Aun así precisa el caballero montar un caballo que sea bastante ligero, porque tiene, para realizar la suerte, que recorrer tres ó cuatro veces más terreno que el toro, el cual, por la posición que ocupa, le bastan pocos pasos para entrar en jurisdicción.

Estando la res en alguna querencia accidental el jinete tendrá cuidado de salirle más sesgado, pero siempre con suficiente rapidez para evitar que el bicho le alcance el caballo.

El toreo moderno ha puesto en práctica un recurso de mucha utilidad en estas suertes, con el que se facilita su realización, llevando el caballero no pequeñas ventajas sobre su adversario.

Consiste en citar al bicho por la derecha, obligándole á atravesarse un poco. Así el caballero tiene á su favor el viaje del toro cuando embista y la seguridad de realizar su retirada por su terreno sin mayor peligro cuando el toro no recargue.

Es precepto, que no debe tenerse en olvido, que no obstante salir el artista por derecho hacia el toro, ha de desviar el caballo lo preciso sobre el lado izquierdo en el centro de la suerte.

Esta manera de rejonear puede efectuarse con todos los toros menos con los que cortan el terreno, con los de sentido y con los pegajosos.

Uno de los rejoneadores portugueses que más celebridad ha alcanzado en esta suerte fué el conde de Vinioso, que siempre la ejecutó con gran maestría y lucimiento, aprovechando el primer estado de los toros en la plaza; es decir: aquel en que se manifiestan en todo su vigor.

Suerte á la media vuelta.—Es la más usual y sencilla de cuantas se verifican á caballo, y también á la que más se prestan los toros por lo general, siendo, en consecuencia, la que emplean con predilección los rejoneadores.

La suerte de rejonear á la media vuelta se ejecuta de la misma manera que la de banderillar en igual forma, procedimiento que explicamos ya en el lugar correspondiente de esta obra.

El caballero lleva el caballo al paso, marchando por el terreno que tenga, buscando los cuartos traseros del toro, acelerando la marcha cuando lo crea conveniente y citando al llegar á corta distancia con la voz para que la res se vuelva rápidamente y haga por el bulto, en cuyo momento, y al humillar el toro, clavará el rejón y rematará la suerte, saliendo con ligereza por el terreno correspondiente.

Si en las suertes de rejonear descritas antes de la de que venimos ocupándonos el caballero puede escoger indistintamente el terreno que juzgue oportuno para su mejor ejecución, en la de rejonear á la media vuelta tiene que aprovechar generalmente los tercios, ó bien los puntos próximos á la barrera, donde suelen tomar querencia los toros.

Quando estos se encuentren cerca de las tablas, el rejoneador tendrá gran cuidado en medir bien los terrenos y calcular con exactitud si la distancia que media entre el toro y la barrera es suficiente para poder ejecutar la suerte sin peligro para él ó para el caballo.

De esta falta de cálculo, que á veces depende de no conocer bien las facultades del corcel con que se lleva á cabo la suerte, resultan en la mayoría de los casos el deslucimiento de la misma y los percances para el artista.

Quando son dos los rejoneadores que actúan es de mucho efecto la suerte á la media vuelta, y de poco peligro

para el que la ejecuta, puesto que cuando el toro acaba de recibir un rejón y sale rebrincando y doliéndose al castigo y como queriendo desprenderse con sus saltos y movimientos del arponcillo que lleva prendido á su carne, al entrar el segundo rejoneador á la media vuelta el toro no mostrará gran codicia por el bulto, que de nuevo, y por la espalda, le llama la atención; llevando, como lleva, más propósito de huir que de acometer, rehuirá un nuevo castigo y permitirá, por lo tanto, que ejecutada la suerte, pueda el jinete salir de ella con menos exposición, por tener casi la seguridad de que el bicho no ha de perseguirle, dejándole franco todo el terreno.

La suerte de rejonear á la media vuelta sólo deberá intentarse cuando el toro, por sus condiciones ó por las que-
rencias que hubiere tomado, no se prestase á ninguna de las otras, ó bien cuando el rejoneador no tenga mucha confianza en el caballo que monte, bien por la falta de ligereza, bien por ser duro de boca ó por otras causas que juzgase habían de quitarle lucimiento ó exponerle á una cogida.

El abuso que viene haciéndose de esta suerte, practicándola con toros boyantes, revoltosos y bravos, que se prestarían á las suertes de frente y á la de *tira*, sin duda alguna más vistosas, aunque más difíciles, hace que los críticos y los inteligentes condenen con dureza la suerte de rejonear á la media vuelta, practicada con toros de las condiciones antedichas.

De practicarla con reses tales hay que efectuarlo cuando hayan perdido facultades, á fin de poder entrar con entera confianza y salir con limpieza de la cara.

Muchas veces ocurre que, como en Portugal, y según hemos manifestado, los toros suelen salir más de dos veces

al redondel para ser lidiados, conocen ya el camino que toman los diestros cuando salen para rejonearlos de frente, y no sólo no dejan llegar sino que cortan el viaje y obligan á los jinetes á desistir de su empeño.

A tales toros debe rejoneárseles á la media vuelta, única forma que hay de conseguirlo, ayudados por algún lidiador que les llame la atención y los sujete hasta el momento oportuno; y como, según queda indicado, los toros suelen haber salido en distintas ocasiones á la plaza, hé aquí por qué la suerte á la media vuelta tiene que ser la más usual y la más generalizada entre los rejoneadores.

Todo cuanto hemos consignado al tratar de las banderillas á la media vuelta es aplicable á la suerte de rejonear en la propia forma, y debe ser tenido en cuenta para efectuarla con el mayor lucimiento y menos exposición.

* * *

Suertes llamadas de recurso.—A veces la dificultad de ejecutar las suertes de rejonear como el arte prescribe, la precipitación, siempre censurable en los que las practican y el deseo de mostrar al público un arrojo mal entendido, con el fin de buscar el aplauso de la mayoría de los espectadores que, por regla general desconocen las buenas prácticas de la tauromaquia en todas y cada una de las suertes, hace que se lleven á cabo sin necesidad ni utilidad alguna, tanto para el arte como para los caballeros rejoneadores, resultando, por el contrario, en perjuicio propio, las suertes de recurso, expuestas en la mayoría de las veces, y que deberían efectuarse sólo cuando el jinete reconociese entera imposibilidad de poder seguir las reglas que prescriben los buenos tratados de tauromaquia.

Dos son las suertes de esta clase generalmente llevadas á la práctica.

La primera de ellas es la suerte que prometimos explicar, llamada á *garupa* del caballo, que estaba admitida en el toreo antiguo.

F. P. Pacheco, en su *Tratado de Caballería*, impreso en el año 1670, explica del modo siguiente la manera de realizarla:

«Tres variedades hay de suertes que se pueden hacer con el rejón y otras tantas posturas diferentes.

»La primera, que es la más fácil según algunos creen, se ejecuta previniendo el rejón como para clavarlo, y llamando al toro sobre la grupa del caballo, de manera que cuando humille la res para dar la cabezada, coloque el rejón en el morrillo, y haciendo toda la fuerza necesaria para detener el ímpetu del toro, quebrará el hierro, saliendo con presteza del centro de la suerte.

»Esta suerte tiénese generalmente como segura en su ejecución, porque en ella queda libre todo el cuerpo del caballo, y saliendo como debe, será difícil que el toro pueda herir, no habiendo descuido por parte del jinete, ni falta de facultades en el caballo.

»Contodo, ya hoy esta suerte está en desuso y con mucho fundamento.»

Todos los aficionados que conocen lo dicho por F. P. Pacheco en sus estudios y presencian las corridas de toros, saben que la suerte descrita no puede tener la preparación que indica en sus escritos, sino que es más bien una consecuencia de determinadas circunstancias y á veces de una sola, como el citar fuera de tiempo, retraso del caballo en salir oportunamente ó del toro en embestir cuando el caballero le espera.

Al prever esto, y teniendo tiempo de poder salir de la suerte sin rematarla en debida forma, aun empleando este

recurso, debe hacerlo para evitar la posición desairadísima que resulta.

Si tienen disculpa los banderilleros que aprovechan para la ejecución de la suerte el viaje del toro cuando va hacia una querencia determinada ó sale rebrincando de otro par, y esto, no sólo no es peligroso en la mayoría de las veces, porque el toro no ha de hacer por el banderillero, y sí lucido generalmente, no ocurre lo propio en el toreo á caballo, porque el riesgo aumenta extraordinariamente, por la imposibilidad que tiene de ejecutar el rejoneador sus movimientos con toda la ligereza y agilidad necesarias, para revolver el caballo, prevenir el rejón, clavarlo en buen sitio y calcular el terreno que ha de tener en la salida.

Todos cuantos en el vecino reino se han ocupado de estas suertes de recurso, las condenan por ser contrarias á las buenas prácticas del toreo, aunque al ejecutarlas, las masas inconscientes que asisten á la corrida aplaudan á los artistas que las llevan á cabo.

* * *

Reglas generales que el caballero rejoneador debe tener en cuenta y seguir escrupulosamente para el mayor lucimiento de la suerte:

En primer término ha de prestar rigurosa obediencia á las órdenes que le comunique el director de lidia, sometiéndose con prontitud á sus determinaciones.

Conservar, siempre que sea posible, una posición airosa en el redondel; esto es: el cuerpo, derecho sobre la silla; la cabeza, erguida y los pies bien estribados.

Al realizar la suerte no debe levantar demasiado el brazo derecho para colocar los rejones, bastando que lo conserve á proporcionada altura, pues hay jinetes que sin te-

ner en cuenta que esto les es perjudicial, violentan la posición del brazo derecho, no pudiendo, por esta razón, clavar en el sitio debido los rejonés.

Los rejoncillos, como las barbellas, se colocan atravesados, por ofrecer así más resistencia que si se colocasen rectos.

Terminadas las suertes, el caballero no debe arrojar ó tirar el resto del palo del rejón que haya clavado, sin tener otro nuevo arponcillo, para poder defenderse en el caso de que el bicho le aeometiese de nuevo.

En todas las suertes, el artista irá arreglando la marcha del caballo con arreglo á la salida más ó menos rápida del toro, para que reciba el castigo en terreno propio y no como ocurre en muchas ocasiones, que clavan los rejonés después de haber salido de lo que se llama el *centro de la suerte*.

En ningún caso clavará el rejoneador el hierro estando el toro parado. Los rejonés puestos así, son contra todas las reglas del arte, aunque se ejecute con el objeto de hacer que el toro salga cuando no se ha conseguido que abandone el sitio por otros medios.

Siempre es digno de ser aplaudido el caballero que rehuye ejecutar la suerte sin que el toro se fije en el bulto que se le acerca, porque esto implica, no sólo conocimiento de las reglas del toreo á caballo, sino el valor necesario para llevarlas á la práctica.

Cuando el rejoneador al practicar la suerte, por cualquiera incidente no previsto, pierde el sombrero ó las bridas, se desestribe ó sea desmontado, cogerá hierros cortos y con ellos ejecutará la suerte, sin que el público le fuerce á ello, imitando en lo posible al malogrado Sedvem, aquel rejoneador no sustituido por nadie hasta ahora, en la forma de clavar esta clase de rejonés.

En los buenos tiempos del toreo portugués dichas faltas, más ó menos justificadas, eran del agrado de los caballeros rejoneadores, y en el momento de ocurrir se desmontaban, y desenvainando el acero que llevaban al cinto, con él daban muerte á los toros, que es lo que tanto en Portugal como en España se llamó empeño de á pie.

Ya que las plausibles reformas que se han ido imprimiendo al espectáculo han desterrado lances tan poco agradables para que los caballeros, aunque sean muchos sus bríos, no esquiven el llevarlos á efecto, es preciso sin embargo que el jinete al ocurrirle cualquiera de los percances indicados procure en el momento su rehabilitación ante el público, y de ninguna manera puede efectuarlo mejor que ejecutando de nuevo la suerte con sujeción á las reglas del toreo de á caballo, valiéndose de rejones cortos ó sean del tamaño de las banderillas que están en uso tanto en España como en Portugal.

Conceptúanse como buenos, todos los rejones colocados en el morrillo de la res ó muy cerca de él, y como malos los que se clavan cerca de la cabeza, aunque estén altos, en la tabla del pescuezo, y muy atrás de las agujas.

Los colocados pasadas las agujas son los más peligrosos porque indican haber retrasado el momento de clavar, ó que los toros en el instante de llegar al centro de la suerte se han adelantado, en cuyo caso es seguro que se harán con el bulto.

Lo contrario indican los hierros clavados entre el testuz y el morrillo de la res. En este caso el que se ha adelantado ha sido el caballero, por no medir bien el terreno, ó no tener la serenidad necesaria para ejecutar la suerte.

Es contrario al arte, el que los caballeros hagan jirar á los caballos hacia la izquierda después de ultimar la suer-

te. Esto únicamente podrá ser admitido como recurso por jinetes consumados, cuando conociendo que el caballo no salga á tiempo imprimen al jaco la rapidez necesaria para libertarse de la acometida del toro.

El caballero que salga á rejonear y por las malas condiciones de una res huída no pueda ejecutar la suerte después de haberla intentado varias veces poniendo en juego todos los recursos que tiene el arte, puede y debe pedir que se retire de la plaza aquel toro y que se dé libertad á otro, á fin de no quedar en posición desairada, y hacer ver al público que no esquiva en manera alguna el cumplimiento de sus compromisos, sino, por el contrario, que desea complacerle.

El director del espectáculo está facultado para acceder ó no á la petición del caballero, según su leal entender.

Cuando un toro haya de ser rejoneado por dos caballeros, el más antiguo está en la obligación de ejecutar la suerte llamada de gaiola.

Cuando sean más de uno los toros dispuestos para los dos rejoneadores, en el segundo practicará la indicada suerte el más moderno y así sucesivamente.

Ninguno de los caballeros debe clavar dos rejones seguidos, salvo en el caso de que el toro al ser sorteado por el compañero, sin resultado, se le ponga al otro en suerte, ó por hacer el que intenta rejonear dos ó más salidas falsas, repitiendo entonces el que clavó primero, costumbre que debiera ser establecida también entre nuestros banderilleros.

La parte más brillante y característica de las corridas de toros en Portugal, es seguramente la que está encomendada á los caballeros rejoneadores.

En el día, que hay tan pocos banderilleros portugueses

que merezcan el nombre de tales, abundan, surgen como por encanto, caballeros rejoneadores que, apenas han puesto en alguna plaza de tercero ó cuarto orden media docena de hierros, se presentan en las de mayor importancia como si fuesen ya consumados maestros en un arte tan difícil, si ha de practicarse con lucimiento y ajustándose á las reglas del mismo.

El toreo de á caballo, si se tiene en cuenta el número de los caballeros que actualmente se exhiben en los circos del vecino reino, diríase que se encontraba en su apogeo, y no se faltaría á la exactitud de tal afirmación si correspondiese el número de los rejoneadores á sus cualidades como tales.

Si bien es cierto que entre la numerosa pléyade de aficionados á este toreo hay algunos que demuestran conocer las buenas reglas del arte, también lo es que otros parecen desconocerlas por completo, y hacen arte por su cuenta y riesgo, sin ocuparse para nada de lo que corresponde al ejercicio.

El toreo á caballo, para el que hay reglas perfectamente establecidas y definidas, está en la actualidad en camino de una lamentable decadencia, próxima al desprestigio, ya por falta de conocimientos técnicos en los que lo ejecutan, ó por escasa inteligencia en la mayoría de los espectadores, que aplauden inconscientemente cuantos rejones se clavan á los toros, sin atender á la forma en que el caballero hizo el cite, llegó á la cara, consumó la suerte y salió de ella.

En ésta, como en otras muchas suertes de las que se ejecutan en las plazas de toros de Portugal, ocurre lo propio, por lo cual los diestros del vecino reino debían oponer un dique, porque de seguir el camino emprendido, el mal se hará irremediable y será difícil en extremo poder encauzarle de nuevo por los buenos derroteros.

El torco á caballo se encuentra hoy tan adulterado, que ya es poco lo que tiene del clásico, en el que tanta fama alcanzaron Sedven, Vimioso, Carlos Relvas y otros, cuyos nombres son harto conocidos de todos, y para el que hay reglas precisas que los caballeros que quieran ser considerados como consumados artistas, como verdaderos rejoneadores de la buena escuela, tienen la obligación, no sólo de acatar sino de poner en práctica.

En el toreo portugués, la suerte de rejonear fué adoptada cuando se prohibió en las plazas de aquella región el dar muerte á los toros en la forma que se ejecuta en España.

Entonces, los caballeros consentían á los toros, y cuando llegaban al centro de la suerte clavaban los rejoncillos y castigaban con conciencia á las reses.

Hoy son pocos los hierros que se clavan en esta forma.

En general, los jinetes entran desde larga distancia en cualquiera de las suertes, el toro no acomete y el caballero, después de rematar la suerte iniciada, cita y espera al toro á *garupa*, y así, fuera del terreno del peligro, coloca el rejón, lo que muchas veces entusiasma á las masas, que prodigan al caballero grandes ovaciones.

De aquí que el jinete continúe rejoneando en la referida forma, porque el aplauso que se le da en la plaza y repercute en la prensa, le es de éxito seguro para ser buscado por las empresas y obtener un resultado pecuniario que no soñara.

En los buenos tiempos del toreo á caballo eran contados los hierros que se colocaban de tal modo, y esto sucedía únicamente cuando se veía obligado á defender su caballo en los recargues ó acometidas de los toros, por no tener el potro la ligereza necesaria, ó por acudir la res al cite después que el caballero había rematado la suerte.

En la actualidad se sustituye con alguna frecuencia el rejón por los hierros cortos, con la particularidad de colocarlos á pares, no llevando uno en cada mano, sino los dos en una y para esto se atan por la parte inferior y cerca del rejoncillo.

El público gusta mucho de esta suerte y la aplaude con entusiasmo, sin tener en cuenta que es de escaso mérito.

Esta innovación, reducida á sus verdaderas proporciones, bajo el punto de vista artístico es una novedad, pero de escasa importancia y menos mérito.

Para efectuarla, el caballero entra á buen paso de frente ó á la media vuelta; cuarteá al llegar á jurisdicción y cuando la cabeza de la res pasa por la grupa del caballo, esto es cuando se encuentran caballo y caballero libres de la acometida, coloca el jinete las banderillas (hierros cortos).

Los públicos, especialmente aquellos en que abundan los *anacletos*, como llaman en Portugal á los que nada entienden de lo que es el toreo clásico, suelen ovacionar á los jinetes que tal suerte ejecutan, exenta de todo riesgo.

Y no es esto lo peor, sino que muchos caballeros, seducidos por los aplausos que se prodigan en esta suerte, no solo la generalizan y la practican en cuantas ocasiones creen propicias, sino porque el verdadero toreo á caballo, el que se ajusta á lo que prescribe el arte, irá poco á poco olvidándose, abriendo paso á un toreo exento de mérito y de riesgo.

Que el aplauso de los públicos seduce de tal modo á los artistas, sean de la clase que quieran, que con tal de obtenerlo, olvidan hasta los más rudimentarios preceptos del arte, como con estos no consigan su objeto.

Y no son los caballeros rejoneadores los que más culpa

tienen de que estas innovaciones, estas prácticas se introduzcan y abran paso en el toreo moderno, con perjuicio de las buenas reglas del toreo clásico; ellos no hacen otra cosa que orientarse en los gustos del público ignorante, del que aplaude más lo malo que lo bueno, y prescinden por darle gusto de los preceptos del arte que debían seguir escrupulosamente.

Los verdaderos culpables de lo que ocurre en el vecino reino portugués, y de cuanto sucede también tanto en España como en otros puntos donde se celebran corridas de toros en esta ó aquella forma, con las innovaciones perjudiciales que ha sufrido la lidia, son muchos de los que se ocupan de reseñar y juzgar cuanto ocurre en los espectáculos, y una gran parte del público, que encuentra bueno y digno de alabanzas todo lo que ven y no saben apreciar debidamente lo que realmente lo merece, lo que se ajusta al arte, y lo que han practicado los grandes maestros que aquí como allí ha tenido la tauromaquia, lo mismo á pie que jineteando en briosos corceles.

Por esta causa los buenos aficionados de todos los países en que se celebran fiestas taurinas, se cansan y aburren, y hasta reniegan de su espectáculo favorito.

Que necesariamente tiene que ocurrir, cuando un día y otro día ven que el buen arte, que el toreo clásico va poniéndose en olvido, gracias á los lances que van tomando carta de naturaleza en la lidia, sin mérito real, y que no vienen sencillamente á otra cosa, sino á desvirtuar lo de verdadera importancia.

Por eso, tanto en unos como en otros países, los verdaderos interesados en que las corridas no decaigan, y en que el arte tenga el esplendor que le es propio, son los mismos lidiadores.

Estos son, pues, los verdaderamente llamados á volver por los fueros de la buena causa, del arte que les produce no despreciables ganancias, ejecutando rigurosamente las variadas suertes del toreo como están preceptuadas, aplicándolas según las facultades de que le dotó la naturaleza, y las condiciones y estado de las reses que hayan de lidiar.

* * *

Siempre que en las plazas de Portugal se ha intentado implantar la suerte de varas por gente poco diestra para llevarla á cabo, se han levantado unánimes protestas pidiendo desde luego su supresión; pero desde que al torear en ellas acreditados espadas españoles han llevado picadores experimentados, han cambiado los gustos de los espectadores, reconociendo que el picar toros tiene tanto arte y tanto mérito como cualquiera otra suerte de la tauromaquia, siendo más expuesta que otras, quizás más brillantes pero menos peligrosas.

Creíase generalmente que la suerte no era precisa y que podía, por tanto, prescindirse de ella en las corridas celebradas á la española; pero conforme han ido pasando los tiempos la opinión se ha rehecho, reconociéndose desde luego su mucha utilidad para quebrantar las facultades de los toros y dejarlos en disposición de poder ejecutar en debida forma todas las que le siguen sin tanta exposición para los lidiadores.

De aquí que vaya adquiriendo más partidarios cada día la ejecución de esta suerte cuando se practica por buenos picadores con toros que tienen bravura y con elementos de defensa que antes no tenían, puesto que la ejecutaban con puyas de *tienta* y sin tener en su auxilio un diestro que acudiría á salvarles en las situaciones peligrosas en que se veían en muchas ocasiones.

Hoy no sucede así, y la suerte de picar va tomando de tal modo carta de naturaleza, que ya la mayoría de los espadas españoles, al ajustarse para torear en las plazas portuguesas, contraen la obligación de llevar picadores, á fin de que uno ó dos toros de los que se corran sean toreados en la forma misma que en nuestro país, excepción hecha de la muerte, que hasta la fecha viene simulándose y que creemos ha de realizarse en no lejanos tiempos, en cuanto desaparezcan pequeños escrúpulos que aún germinan en determinadas clases.

Cuando ésto ocurra, si bien es cierto que desaparecerán algunas de las suertes que se ejecutan en las plazas de toros portuguesas, otras, como la de rejonear, volverán á ser lo que fueron en pasados tiempos.



CAPITULO LXIV

Toreo de á pie.—Algunas consideraciones sobre la suerte de banderillas.—Banderillas á porta-gaiola.—A la media vuelta.

El arte que inmortalizaron en el vecino reino de Portugal los Cadetes, Peixinhos, Pontes, Lourreiros y Farias, como banderilleros; el conde de Vimioso, Sedven, Relvas, los marqueses de Bellas, Castello Melhor y tantos otros como caballeros rejoneadores, ha llegado en los actuales tiempos á tal decadencia, que son contados los lidiadores á que puede dárselos con propiedad el nombre de toreros, especialmente entre la gente de á pie.

Y esto ocurre porque los que hoy se dedican á entenderse con los astados brutos en las plazas públicas comienzan precisamente por donde debieran concluir.

Correr los toros con el capote es tarea que tienen en poco y desdeñan, en opinión de muchos, por poco vistosa y menos propensa á ser aplaudida por los espectadores que las demás suertes que se ejecutan.

Correr los toros con el capote no es tan fácil como á muchos se les figura, desde el momento en que está sujeto á reglas determinadas y precisas, como lo está toda suerte que se ejecuta con los toros.

Para efectuarlo debe, en primer término, el lidiador, tener en cuenta, á más de las propias, las facultades que tenga el toro, si está ó no en querencia y sus condiciones de lidia, y una vez dispuesto á ello, tender la capa por bajo del hocico de la res, y lo más cerca posible, saliendo luego por derecho con la ligereza necesaria, á fin de no distanciarse demasiado, y de que vaya empapada en el engaño sin distraerse ni tomar viaje á otro lado del que el diestro le haya indicado.

Debe éste cuidar mucho de observar si el bicho le sigue y á qué distancia, puesto que si continuara corriendo sin ser perseguido quedaría completamente desairado.

Cuando el bicho tenga muchas facultades procurará echar el capote sobre largo y por bajo, no deteniéndose en el momento de efectuarlo, porque si arrancase con ligereza, le ganará el terreno y podrá ocasionarle una cogida.

Para evitar este percance tendrá el lidiador la precaución de no correrlo en la misma dirección en que tiene el cuerpo y la cabeza el animal, sino sesgándose lo necesario, y, á serle facil, en el viaje cambiar de mano el capote, que deberá ir moviendo sin precipitaciones que pudieran resultar perjudiciales.

Cuando el toro tenga pocas facultades, entonces le tomará sobre corto, empapándole bien en el trapo, á fin de que se le arranque, parándose al citarle, puesto que, de no hacerlo así, es fácil no abandone la posición que tiene, porque los bichos faltos de piernas no persiguen á los bultos que no pueden alcanzar.

Saliendo el bicho tras el lidiador, éste, en el momento de irlo corriendo, procurará ir deteniendo su carrera, á fin de guardar siempre una distancia proporcionada.

En la carrera no debe flamear el engaño, aunque vaya

embrocado sobre largo, lo que no es expuesto; pues el toro, á causa de su escasez de facultades, no ha de hacerse con el bulto á que persigue, y además, porque flameando el capote, acabará de hacerle perder las patas y quedarse parado en la mitad del camino sin poder lograr el diestro verificar la suerte.

Si el diestro va á correr á un toro que esté en querencia, es preciso que le cite muy en corto, parando mucho y obligándole para que salga tras él.

Cuando el toro que está en querencia conserva muchas facultades, no debe intentar correrle y sacarle de ella el lidiador que tenga pocas, pues teniendo que citarlo muy en corto, cuando el bicho arranque se le echará pronto encima, lo que es expuesto en demasía á un percance, por no estar el diestro prevenido á otra suerte.

Para evitarlo, si no se puede echar fuera al toro con el capote, debe salirse del embroque por medio de un recorte ó bien por pies, después de tirarle el capote al hocico, tapándole la cara si fuera posible.

Lo referido ha de tenerlo también muy presente el diestro cuando le ocurra que al ir á citar al toro para correrlo, y estando el bicho observando su viaje, le salga al encuentro cortándole el terreno, de modo que vayan á unirse y formar un verdadero centro de quiebros y recortes, haciendo necesario las más de las veces valerse del recorte para evitar la cogida.

Si el bicho que haya de correrse no estuviese en querencia, pero que la tuviere conocida, es preciso efectuarlo con gran cuidado, y mucho más si se va á rematar donde está para dejársela libre, puesto que de no hacerlo así, como tenga facultades, aunque no le falten al torero, éste se verá arrollado, porque con el sentido á la querencia no hace caso

del capote ni de cosa alguna que se le ponga por delante.

Su objetivo único es la querencia, y á ella marcha, y si el diestro la lleva tapada con su cuerpo, como el toro aligerará la carrera, tanto más cuanto más se aproxime á ella, es muy fácil verse alcanzado.

Esto puede evitarse dejándole libre la querencia, á la que se dirigirá el toro sin hacer caso de la dirección que haya tomado el diestro.

Si al intentar un lidiador correr á un toro que no tenga querencia, y al meter el capote ve que no obedece, debe desde luego presumir que algún objeto le llama la atención, y en tal caso, antes de repetir el cite para intentar correrlo de nuevo, debe procurar que se retiren los demás toreros que haya á su alrededor, porque de no ordenar esto, es inútil que vuelva á citarlos.

Los toros, en el estado de levantados, salen tras el diestro en el momento que se les cita.

Para correrlos, pues, deberá ejecutarse con las mismas precauciones y en la propia forma que á los que tienen facultades.

En el estado de parados es cuando más aplicación tienen todas las reglas de la tauromaquia.

Con los toros aplomados debe el torero tener no pocas precauciones, y más si conservan facultades, porque no arrancan si no es tomándolos muy en corto.

Son fáciles de correr los toros boyantes, los revoltosos y los que se ciñen, por sus condiciones, y teniendo presente cuanto llevamos dicho.

Son difíciles en cambio, de correr, los toros de sentido que tengan patas.

Para efectuarlo con más seguridad, es preciso que el lidiador tenga muchas facultades y observe con escrupulosi-

dad lo consignado para los toros que las tengan, sin olvidar la condición del enemigo á que ha de burlar.

Son fáciles de correr los toros abantos, por la ventaja que lleva el diestro de que rara vez rematan las suertes.

A los toros burriciegos que ven bien de cerca y mal de lejos, es fácil correrlos, atendiendo á lo que queda expuesto con respecto á las piernas, á su clase, querencias, etc.

Estos toros, á que es preciso citar muy en corto, tienen además la ventaja de que ven mejor el capote que el diestro.

Los burriciegos que ven poco de cerca y mucho de lejos, se corren sin peligro, siempre que se tengan en cuenta sus condiciones.

A esta clase de toros hay que tomarlos siempre de largo, porque de efectuarlo en corto, distinguirán mejor al diestro que al engaño, y si tienen facultades, podrán dar una cogida. Esto, por tanto, se evita citándolos como queda prevenido, porque entonces verán por igual al capote y al diestro, y á éste, la delantera que lleva le asegura el éxito.

Los burriciegos que tanto de cerca como de lejos ven poco, y que tienen la ventaja de que rara vez observan el viaje y persiguen al lidiador hasta rematar, se correrán según las facultades que tengan, y ateniéndose á sus condiciones.

Para correr á los toros tuertos, hay que citarlos por el lado que ven, y en el momento que arrancan, se toma la salida por el contrario.

De tal manera se corren sin peligro de embroque, puesto que ven bien el capote y han perdido de vista el cuerpo del lidiador.

Á los lidiadores que corran los toros sólo debe inspirarles algún cuidado el que conserva muchas facultades.

Con los demás, lleva siempre noventa y nueve probabilidades de éxito contra una.

El recurso que tiene para librarse de los primeros, si no está dotado de muchas facultades, es el capote, con el que teniendo habilidad para manejarlo puede salirse sin peligro de los embroques, llevarlo por donde quiera, y dejarlo en el sitio oportuno para efectuar las suertes.

Al correr, deberá siempre el lidiador ir observando la marcha que lleva el toro, sus facultades y condiciones, para poder darles el remate á tiempo, que es á lo que se llama ver llegar, tan esencial en todas las suertes que se ejecutan con ellos.

Teniendo en cuenta todo lo espuesto no hay dificultad alguna para correr con ventaja á toda clase de toros, tengan pocas ó muchas facultades, estén en este ó en aquel terreno, en querencias naturales, ó se hayan de llevar á otras conocidas.

En el caso de que los toros que hayan de correrse sean de sentido ó estén en querencia, conservando facultades, á más de lo indicado será conveniente que en la salida haya otro lidiador prevenido para evitar cualquier percance al que haya de correr.

No ateniéndose á las reglas, salir á correr un toro es marchar en busca de una cogida segura.

*
* *

El artístico *sesgo*, el vistoso *cambio*, las banderillas á topa carnero, los recortes, el salto de la garrocha, son suertes que están dadas al olvido por los banderilleros portugueses á falta de los debidos conocimientos para efectuarlas sin exposición.

En cambio, abundan las medias vueltas, los cuarteos, y cuanto está exento de peligro y lucimiento.

Claro está que no habiendo variedad en la lidia de reses

bravas y careciendo esta no sólo de las más rudimentarias reglas de la tauromaquia para salvar las dificultades de cada una, el público, por necesidad, en lugar de encontrar placer y diversión al verlas ejecutar, tiene que aburrirse é ir paulatinamente perdiendo la afición al más grandioso de los espectáculos.

Ocupándose de esto, dice un distinguido escritor portugués:

«Aquí, en este jardín, cerca del mar plantado, cualquier muchacho que se considera con agilidad bastante, tenga una pequeña dosis de valor y afición al arte, y ya sea acá ó acullá, hoy ó mañana, consiga pisar un redondel é irse con un par de banderillas á situarse cerca de la puerta del chiquero, aunque le sea completamente desconocida la suerte que haya de ejecutar, el momento preciso de cuadrarse y rematarla, las condiciones de las reses, etc., etc., si por un acaso de la suerte ó de su buena estrella, inconscientemente dejase un par de palos, y algún amigo de los que nunca faltan le aplaudiese, al día siguiente es seguro que, repleta la cabeza de viento, de ilusiones, tratará con desdén á cuantos le conozcan, y dirá con toda la fuerza de sus pulmones:

»*¡Soy un torero!*

»Y no obstante, si cualquiera le preguntase cómo, en qué suerte y de qué modo colocó las banderillas, no sabría explicarlo ni darse cuenta á sí mismo.

»Si después de esto torea en dos ó tres corridas, y en ellas la misma diosa casualidad hace que coloque uno ó dos pares de hierros en buen sitio, es seguro también, de allí á poco, ver en periódicos, carteles y programas anunciar su nombre para cualquier corrida, diciendo sobre poco más ó menos:

»Toma parte en esta fiesta el *insigne y distinguido banderillero* Fulano de Tal, que tanto entusiasmo despertó en la última ó en tal corrida, celebrada en esta ó aquella plaza.

»Si es que no les da por añadir más adjetivos laudatorios que los indicados; que muy bien pudiera ocurrir, dejándose llevar de la moda de los bombos y reclamos.

»Y él, el *banderillero insigne*, el novel émulo de los Robertos y Peixinhos, va de nuevo á coger los palos para clavarlos de cualquier modo, puesto que carece del conocimiento del arte é ignora las reglas que éste prescribe, hijas de la experiencia de muchos años.

»Y es más: él, el *distinguido banderillero*, marcha tranquilo, orgulloso, á colocarse frente á frente de una res, con las banderillas en las manos y los brazos levantados, desconociendo que debe observar atentamente el momento en que el toro ha de llegar á jurisdicción, humillar, dar la cabezada, y sufre el destronque, sin saber cuándo es preciso enmendarse, cuadrar, meter los brazos y salir á tiempo por pies cuando sea preciso, é ignorando que el buen éxito de la suerte consiste en acomodar con oportunidad á cada movimiento del toro los que el arte prescribe para burlarse en su acometida, de forma que el artista consiga su objeto sin peligro alguno.

»Y de este modo comienzan su aprendizaje muchos de los banderilleros de hoy, cuando es cierto y lógico que ellos, antes de pensar en otro trabajo cualquiera dentro del arte de torear, deberían dedicarse por algún tiempo á correr los toros con el capote, estudiando á la vez los estados por que pasan los toros durante su lidia, el modo de obligarlos á acudir á los cites, á sacarlos de las querencias, y cuáles son las suertes que pueden ejecutar durante las transformaciones que sufren.

»Se desprende de todo esto cuán funesta es la verdadera falta de aprendizaje y orientación para el porvenir de cuantos abracen el espinoso arte de lidiar toros.

»El célebre Francisco Montes, autoridad irrecusable en la materia, decía:

«No será jamás buen torero el que no posea las cualidades de valor, ligereza y un perfecto conocimiento de su profesión; su vida estará siempre en peligro; no ejecutará suerte alguna con limpieza, y tendrá en tensión constante á los espectadores entendidos. Al que no reuna las referidas cualidades, le aconsejo amigablemente y muy de veras, que busque otra profesión si es torero de oficio, y si lo hace por afición, que no toree reses de más de tres años; que éstas sean boyantes, y que, para alejar el peligro, las embole ó les corte la punta de los cuernos.»

Y esto que dice el distinguido escritor portugués, ocurre á cada momento, no sólo en aquel país, sino en la mayoría de los en que se celebran espectáculos taurinos, dando funesto resultado, no sólo para los individuos, sino para el arte, puesto que con sujetos que no conocen las reglas que prescriben las buenas prácticas del toreo, tiene que caminar al desprestigio y muriendo el espectáculo por falta de toreros.

*
**

Cuando el que tenga verdadera afición al toreo y desee llegar á ocupar un buen puesto en la profesión, haya aprendido en debida forma el manejo del capote, conozca las condiciones que tienen las reses, las transformaciones que sufren durante la lidia, y sepa qué clase de suertes pueden ejecutar con cada una, entonces puede adelantar un paso más en el ejercicio y banderillar.

Cuando estos comiencen á practicar esto deben acostumbrarse á ejecutarlo, tanto por el lado derecho como por el izquierdo, que es una condicion importante que ha de facilitarles mucho su trabajo y un valioso auxilio para el mayor lucimiento del artista.

El que banderillee, tanto por uno como por otro lado, se evita en multitud de ocasiones el que al tener que abandonar el sitio que eligió para practicar la suerte, por partir el toro hacia él por el lado opuesto al que banderillea, el público atribuya á miedo lo que es únicamente falta de costumbre en el ejercicio.

Debe también el banderillero evitar que el toro invada su terreno, porque es seguro que, á más de no poder ejecutar la suerte, sufra un percance desagradable.

Debe procurar mucho que al entrar en suerte no haya ningún peón que pueda llamar la atención del bicho.

Procurará salir en falso las menos veces posibles, puesto que las salidas sin ejecutar una suerte redundan en perjuicio de los matadores, por lo mucho que los toros aprenden.

Una vez entrando en suerte, no debe retroceder.

Debe también merecer toda la atención de los lidiadores para entrar á banderillar, que los toros estén igualados de las manos y en su posición natural.

Quien no reuna, pues, todas las condiciones que son precisas, haga lo que Montes y cuanto personas sensatas que se han ocupado de toros, aconsejan:

Dejar de una vez para siempre una profesión en que el valor sin conocimiento de lo que es el arte y sus reglas precisas, para nada sirve, porque estará expuesto á cada paso á perder su vida.

Que en la lidia de toros no ocurre lo que en otros ejerci-

cios: que en poseyendo alguna de las condiciones que son precisas, puede seguirse adelante.

En los toros, todas son indispensables á la vez.

Las unas son complemento de las otras, y la falta de cualquiera de ellas, basta para que el individuo no pueda lograr el ser lo que se llama un torero.

Y el que en más alto grado las reuna todas, aquel seguramente es el que será mejor entre los demás, y á quien tendrán que acatar y reconocer todos como maestro.



CAPÍTULO XLV

La suerte de banderillas en Portugal.—Apuntes sobre algunos banderilleros portugueses.—Formas de parear más en uso.—Banderillas quebrando á porta gaiola.—Al cuarteo.—Aprovechando.—A la media vuelta.—Cómo se banderilleaba antiguamente.—Reglas de rejonear á caballo de D. Miguel Marcelo Tamariz.

Decía un general en cierta ocasión:

—Señores: tan brutal es la guerra, que, créanme ustedes, yo suprimiría en el ejército los Remington y los sustituiría con rifles, pero cargaría los cañones con pólvora sola.

—Y eso, ¿por qué?—le preguntaron.

—Por el estrago que hacen.

—¿Y quiere usted sustituir al fusil por rifle que hace veinte disparos por minuto? ¡No se comprende!

—Ahí verá usted; hacía inofensivos los cañones, porque la carnicería me repugna; la otra bala hiere con más aseo. Ante todo, me gustan las pequeñas muertes.

Esto podríamos decir nosotros refiriéndonos al toreo portugués y á su suerte de banderillas.

Repugna la muerte del caballo por lo brutal; la del toro, no sabemos, pero quizá sea por lo ignominiosa; enloquece el derramamiento de sangre á grandes dosis, pero no disgusta matar por el sistema homeopático, es decir, vertiendo esa misma sangre gota á gota.

El acero de la espada mata deprisa.

El arpón de la banderilla hace una cisura en el morrillo de la res, rompe venas que arrojan el líquido vital en pequeños surtidores al exterior; pero eso ¿quién lo ve? Nadie suele ser tan curioso que busque con el lente lo que le horroriza. Los ojos se vuelven con horror ante la presencia de un hombre asesinado, y se fijan con gusto y curiosidad en el semblante del hombre á quien el golpe moral asesina, y ese golpe es el deleite de los que acechan el dolor.

A pesar de esto, el que acecha tiene derecho á llamarse bueno, de la misma manera que el que va á los toros y clama contra la implantación de los de muerte tiene derecho de llamarse humano.

¡Cosas incomprensibles de la vida!

Una moral bien interpretada debia prohibir estas ridiculeces.

O toros del todo, ó supresión de la fiesta en absoluto.

O suertes simuladas desde el primer tercio al último, ó suertes reales en todos los tercios.

¿Se quiere evitar el traído y llevado título de *El derramamiento de sangre*, tan propio para un melodrama?

Suprimase la suerte de picar, pero, ¡por Dios! que no se pongan banderillas al toro, que, por serlo, no deja de tener nervios ni de sufrir menos sensaciones que el caballo.

Y ahora vayamos á lo esencial.

Quedamos, pues, en que la suerte de banderillas es la única suerte clásica que no se simula en *os campos*.

La única en que se puede admirar el arte en toda su pureza, por lo cual daremos cuenta de sus principales mantedores.

He aquí los banderilleros más sobresalientes de la nación regida por la antigua casa de Braganza:

Vicente Roberto

Figura en primer término Vicente Roberto, que con José Joaquín Peixinho (padre), constituyó lo más principal de este género de lidiadores.

Roberto nació en Salvatierra de Magos allá por el año de 1836, y fué hijo del celebrado torero Roberto de Fonseca.

Relatar punto por punto la historia de su vida, en esa edad en que todo se convierte en incertidumbres acerca del derrotero que se debe seguir, nos parece tarea inútil.

Diremos sencillamente que á los dieciocho años había fijado su verdadero punto de partida, dedicándose por completo á la lidia de toros, y que ya en 1858 toreaba con su hermano, contratado por el célebre empresario Alegría en la plaza de Lisboa.

Entonces se produjo aquella explosión de simpatías á favor del nuevo torero, que le dieron un nombre admirable en las lides, y que Roberto supo conservar hasta morir. Bastaba que apareciera su nombre en el cartel, para que se cuajaran las localidades de gente ávida por presenciar esas cosas nuevas que en cada corrida espera el aficionado, de su torero favorito. Además, tenía todo su aspecto un sello tan inequívoco de sencillez y dignidad, era tan afable su trato, tan noble y simpático su rostro de valientes líneas, tan expresivos y grandes sus ojos; de tal manera encuadraban á aquel semblante las abundantes y recias patillas, que el ánimo del espectador, sin darse cuenta del por qué, se sentía atraído hacia aquel hombre.

En 1862 hizo su primer beneficio, alcanzando muchas ganancias y no menos obsequios de sus admiradores. Era

toreo especial y poco á propósito para las plazas lusitanas, donde, como ya hemos repetido mil veces, no se practica el toreo verdad, y este toreo precisamente constituía la adoración de Roberto, hasta el punto de ser una monomanía de su carácter. Para lidiar toros de puntas, de los que pueden herir cuando se les castiga, vino á España, toreando en Badajoz y alcanzando grandes ovaciones.

Minado su organismo por la enfermedad que lo había de arrojar al sepulcro, la buena voluntad de Roberto fué tomándose en indiferencia, hasta el punto de que todos pudieron notar su abatimiento cuando se presentó al público por última vez en 1894, en la corrida celebrada en honor de José Joaquín Peixinho.

Murió en Junio de 1896.

José Joaquín Peixinho

Digno heredero de la maestría de su padre fué este famoso lidiador, hoy llorado por la afición portuguesa como una de las glorias de la tauromaquia, arrebatadas prematuramente á la vida.

Nacido en Lisboa el 20 de Octubre de 1853, no pudo presumir seguramente en su primera edad que Dios le tuviera destinado á cosechar tantos laureles sobre la arena de los circos taurinos. Su padre, á manera de nuestro Francisco Arjona, quiso inclinar el ánimo de su hijo hacia otros derroteros, y le hizo ingresar en el Conservatorio de Lisboa, donde, si no llegó á figurar entre los discípulos más brillantes, consiguió, por lo menos, poseer ese difícilísimo secreto que sólo poseen los verdaderos artistas, y que el violín tiene en sus cuerdas reservado para los verdaderos artistas.

Peixinho llegó á ser maestro en violín y piano.

Pero la fiesta de toros le atraía irremisiblemente; esa era su verdadera vocación, y cuando esta llama á su adepto no hay más remedio que obedecer, porque tiene influencias femeninas y halaga con promesas de vanidad.

Su debut como torero, ocurrido á los once años, tuvo una originalidad simpática.

Fué inesperado, y ocurrió por querer salvar á su padre de una muerte cierta; Joaquín asistía á la fiesta como espectador, y en aquella corrida toreaba su padre. Corriendo este á un toro, tropezó y cayó ante la barrera en ocasión en que al animal que le iba á los alcances se le desprendía la bola de uno de los cuernos.

Un grito de horror y otro de admiración surgieron de la muchedumbre simultáneamente.

El de admiración le había producido un muchachuelo de escasa edad que, saltando al redondel, pálido, pero con una presencia de ánimo extraordinaria, se fué hacia la res en el momento en que esta hacía por el bulto de su padre tendido en el suelo. Citó, alegró con la voz á dos pasos, y el animal dió en vago el derrote, reconcentrando toda su atención en el nuevo torero.

Puede imaginarse el lector la sorpresa del público, loco de asombro ante la impasibilidad del muchacho. Una ovación delirante, sostenida; una de esas, en fin, que son la obra de los nervios exaltados y no hijas de la contrata, dió la bienvenida al diestro novel, presintiendo, desde luego, á su ídolo del porvenir.

Desde entonces, y no pudiendo vencer su afición decidida, el padre le empezó á adiestrar en el difícil arte del toreo, y ya en 1866 se presentó como tal lidiador ante el pueblo de Queluz en una corrida en que se corrieron vacas.

La muerte cerró un paréntesis de glorias imperecederas alcanzadas á fuerza de arte y valor: Joaquín Peixinho era un banderillero en la perfecta acepción de la palabra, y practicó el segundo tercio en todas sus formas. Pareó de frente, sesgando, al cuarteo, al quiebro, á toro parado... su toreo era sobrio, elegantísimo, de brazos, rondeño en toda su pureza y de ese que arranca aplausos en todas ocasiones.

Fué uno de los toreros más completos, no sólo entre los lidiadores portugueses sino también entre los españoles de su época.

Joao da Cruz Calabaça

Empezó en 1856, cuando contaba dieciséis años de edad, en la plaza del Campo de Santa Ana, en la misma donde más tarde, en 1870, y en un concurso organizado para otorgar una medalla de oro al torero que más sobresaliera, alcanzó el premio por su arrojo, serenidad y arte.

Tiene facultades asombrosas para el toreo, descollando sobre todas sus condiciones la de agilidad.

Hoy ya no; el tiempo no pasa en balde, y el hombre no es generalmente tan ágil á los cuarenta años, cuando se abulta el vientre y se entorpecen los pies, como en esa primera juventud en que el movimiento de la sangre y la exaltación de los nervios dan al cuerpo flexibilidades de anguila; pero los comienzos de Calabaça en el toreo tienen dos detalles que le colocaron desde luego en primera fila.

Fué uno de los primeros lidiadores portugueses que practicaron la suerte al quiebro, llegando á tener tal dominio sobre ella, que no era raro verle quebrar dos ó tres veces á un mismo toro.

El salto de la garrochá fué para él tan fácil, que nadie llegó á consumarle de un modo tan perfecto.

Calabaça, aplaudido casi siempre por los públicos que presenciaron su manera de torear, lo mismo que Roberto y Peixinho, sintió la vergüenza que impide á los toreros engallarse únicamente con embolados, y se vino á España á torear toros de puntas, verificándolo primero en las plazas de Cáceres, Valencia de Alcántara y Badajoz, y en la de Madrid después, con ocasión del Centenario Colombino, donde se atrajo innumerables simpatías por su modo especial de prepararse los toros para cuartearlos, sin consentir en modo alguno la intervención del peonaje.

Joao do Rio Sancho

Realmente no se sabe cómo hacer figurar á este torero, andaluz de nacimiento y portugués por convicción. Nació en Sevilla, cuna de tantos nombres gloriosos del toreo; se ejercitó en sus prados, correteó por sus dehesas, empezó á lidiar en sus plazas y sintió hervir su sangre bajo aquel cielo eternamente azul, como el Bósforo, para ir después á ostentar su arrojo ante el frío público lusitano. ¡Oh fuerza de la costumbre! tú haces á los hombres olvidar patria, cariños, afecciones, todo. Por tí el indio que vive en las márgenes del Colorado se avendría á habitar sobre la orilla helada del Danubio, y el cingalés de la llanura en los ventisqueros de Suiza; por tí lo que contemplamos hoy con hosco ceño mañana nos parece hermosísimo y digno de los dioses; en fin, por tí se ama y por tí se olvida; tú das la indiferencia y el valor y suavizas este sendero áspero en que los heros y las ortigas nos le harían insoportable, á no ser por tu fuerza soberana.

¿Qué mucho, que acostumbrado nuestro lidiador á vivir en Portugal se hiciese portugués?

El compatriota de los Palomos, los Blanco, Hillo, *Gordito* y Curro halló más cómodo trabajar en la pantomima que ser un número del programa; prefirió los toros embolados á los toros de puntas, el simulacro á la acción; ¡quién sabe si hoy no será el más testarudo mantenedor de nuestra forma de toreo!

Lo cierto es que nuestro biografiado nació en Sevilla en 1833, y se presentó por primera vez en la plaza del Campo de Santa Ana, en Lisboa, donde despertó extraordinarias simpatías su toreo elegante y desembarazado, su agilidad nerviosa, sólo comparable á la del español *Minuto*, y su modo de ver llegar los toros, empaparlos, jugar con ellos y hacer que el capote en sus manos fuera útil para algo más que para flamearlo según la rutina.

Cuando ya era un torero portugués consumado, el hijo de Sevilla volvió á España á torear en corridas á la portuguesa, y el público de España le aplaudió, reconociendo su mérito indudable.

En 1863 toreó en el Havre con otros lidiadores portugueses, despertando su trabajo profunda admiración, que se tradujo en valiosísimos regalos.

Joao do Rio Sancho ha toreado en todas las plazas portuguesas.

Theodoro Gonçalvez

Es natural de Gollegá, donde nació en 1870.

Desde su más pequeña edad nuevo D. Quijote, pero D. Quijote taurómico, se dió á soñar con las lides de tal modo, que para él no existía en la vida mayor aliciente

que el sortear un toro bravo, ni más espléndida gloria que la del torero.

Se presentó por primera vez ante el público en la plaza de Villafranca de Xira, vestido tan ridiculamente, que el pobre mozo, que hasta entonces no había tenido presente que el torero necesita preocuparse también de su indumentaria, tuvo que sufrir una continuada rechifla del público, una carcajada general que nada podía contener mientras se verificó el paseo y la ceremonia de las cortesías; pero cuando el chico tomó los palos y se fué á parear, sucedió algo de lo ocurrido en la plaza de Madrid cuando el inspirador de esta obra se presentó la vez primera.

Un aplauso loco, delirante, ensordeció el espacio; las risas y las cuchufletas se convirtieron en vítores y exclamaciones, y tal admiración produjo el trabajo de Gonçalves, que fué sacado en hombros una vez terminada la corrida y preconizado en el ampuloso lenguaje de sus compatriotas como un sublime torero.

Aquel comienzo de su carrera, que tuvo, sin embargo, tan mal principio, fué la base de su fortuna.

Sabedores los empresarios de distintas plazas portuguesas del éxito alcanzado por Theodoro, se apresuraron á ofrecerle condiciones ventajosisimas, existiendo entre ellos verdadera puja por arrebatársele los unos á los otros, viéndose el diestro verdaderamente apurado para atender á sus multiples compromisos.

Joan Calabaça le dió la alternativa en la plaza del Campo Pequeño en el año de 1892, trabajando con Angel Pastor y alcanzando grandes ovaciones.

Trabajó después en España con motivo del Centenario de Colón, acompañado de Calabaça y de los caballeros Alfredo Tinoco, Manuel Casimiro, Fernando de Oliveira y don

Luis do Rego, mereciendo entusiastas ovaciones del público de Madrid, lo cual significa mucho, figurando aquella tarde, como figuraba, entre toreros de la importancia de *Lagartijo* y *Mazzantini*.

En Badajoz toreó otros dos días toros de Miura y don Juan Antonio Mazpule, en dos corridas en que figuraron como matadores *Quinito* y *Faico*.

En todas las plazas portuguesas fué aplaudido siempre por su arrojo y su perfección como banderillero.

Jorge Cadete.

Compañero de Theodoro, y como él, peritísimo lidiador, recibió también la alternativa de manos de Joan Calabaça en la plaza del Campo Pequeño el 28 de Agosto de 1892. Su toreo es serio y elegante, pero no es, ciertamente, un torero completo. En la suerte de banderillas, si bien se asemeja mucho á su colega Gonçalves, no ha logrado superarle nunca. Así y todo es uno de los toreros predilectos de la afición portuguesa, y su trabajo concienzudo y su deseo constante de agradar le hacen acreedor á esta recompensa, los aplausos, único certificado moral para cuya expedición nada sirven las recomendaciones, sino el propio mérito.

Rafael Peixinho

Es pariente del renombrado José Joaquín, y nació en Lisboa el 1 de Enero de 1861.

Mostrando, como todos, ó casi todos los que torear, decidida afición por el arte de *Hillo* desde su más pequeña edad, su historia es la repetida ya cien veces refiriéndose á cuantos se dedican á esta profesión ú oficio.

Se sabe que toreó una corrida de vacas hacia el año 1876,

noticia que dan los biógrafos portugueses como una gran cosa, cuando nuestros toreros suelen haber salido lesionados en mil capeas antes de figurar como espadas para novillos; en fin, lo cierto es, que en esta corrida nuestro biografiado resultó cogido al practicar la suerte de *gaiola*.

Una de las corridas para él de imperecedera memoria, fué la que se verificó en 1 de Julio de 1877 en honor de su tío, honra del toreo portugués, y en la cual el novel diestro escuchó calurosas ovaciones.

En España ha toreado en la plaza de Badajoz, apadrinado por el espada Luis Mazzantini, y agradando muchísimo.

José Gonçalves Peixinho

He aquí un muchacho que lleva dos apellidos célebres en la tauromaquia y que parece, por consiguiente, obligado á hacer mucho más que otros diestros, siquiera por el honor del nombre.

Nació en Almada en 6 de Septiembre de 1863, y fué cogido gravemente en Santarem en la primera corrida en que se presentó hacia el año 77.

En 1878 volvió á torear en dicho punto con los hermanos Roberto, agradando su forma de lidia de tal modo, que en seguida fué contratado para otras plazas, empezando entonces su reputación como banderillero.

Como torero no es una eminencia; como banderillero no es igual, ni tiene estilo propio, pero, en cambio, su arrojo, su temeridad indudables le han otorgado un puesto preeminente en el mundo de la afición.

* * *

Hemos citado á muchos de los principales toreros portugueses, sin haber tenido la pretensión de hacer sus bio-

grafías, sino dar ligeros apuntes para que el lector distinga desde luego quiénes son los mejores mantenedores del toreo en Portugal.

Indudablemente, á todos los toreros referidos sólo les falta que en Portugal se adopten las corridas con toros de puntas para satisfacción de su amor propio y de su dignidad torera.

Volvemos á repetir que toda la solemnidad que tiene el juego de la vida en que ésta se puede perder, tiene de ridículo el que hace como que la juega sabiendo que no la perderá. Dos hombres frente á frente, hierro en mano, batiéndose á las claridades primeras del día, forman un conjunto sublime que hiela el corazón; pero si se embotan las puntas de sus espadas y el peligro desaparece colocándose los contendientes careta, peto y manopla, entonces la farsa surge tan á lo vivo, que el alma sustituye la admiración con el desdén.

Consignado, pues, que en las corridas portuguesas no existe esa uniformidad que es el alma de las corridas españolas, y que cada uno de los toros que salen al redondel está destinado para una suerte especial, y habiendo manifestado también que uno mismo se juega repetidas veces, con perjuicio manifiesto de los individuos que han de intervenir en la lidia, por lo que de corrida en corrida aprenden los toros, vamos á ocuparnos de las distintas formas de parear usadas por los lidiadores portugueses.

Entre las suertes de banderillas que practican con más frecuencia hay que citar las de frente, al quiebro, al relance, á toro corrido, al cuarteo, á la media vuelta y aprovechando la salida de los toros del callejón cuando han saltado la barrera.

- La más generalizada de dichas suertes es la del quiebro,

que se ejecuta comunmente cuando la res sale del toril. Para efectuarla se coloca el diestro á una distancia prudencial y frente á la puerta del chiquero, procurando que no haya peón ó banderillero alguno en las inmediaciones, á fin de que el toro, al salir, no vea otro bulto que el del que ha de ejecutar la suerte.

En cuanto la res abandona el toril parte en dirección del lidiador que tiene á la vista, y que habrá procurado alegrarle con la voz ó moverse para que se le arranque con más fe.

Una vez logrado esto, y sin variar de sitio, le dejará llegar á jurisdicción, en cuyo momento inclinará el cuerpo y los brazos hacia la derecha ó hacia la izquierda para marcarle el viaje, que el toro seguirá seguramente, á fin de hacerse con el bulto.

Cuando el animal humilla, el torero recobra con presteza su posición primitiva, mete los brazos y clava las banderillas, libre de la cabezada por medio de un quiebro de cuerpo; y, rematada la suerte, saldrá con gran presteza hacia las tablas, para evitar un percance si el toro se revolviese al sentir el castigo.

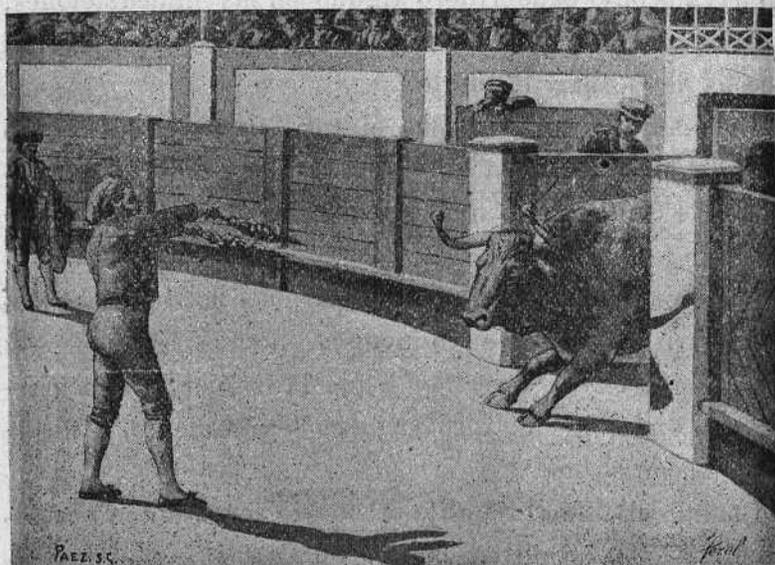
Cuanto más brava y pronta sea la res en su acometida, de tanto más lucimiento resulta la citada suerte, que es de difícil ejecución y no poco riesgo con los bichos que han sido toreados más de una vez.

Esta suerte se llama quebrar á porta gaiola.

Si al trasponer el toro la puerta del chiquero se quedase, el lidiador debe desistir al momento de su propósito y abandonar el sitio para no exponerse á un percance.

Para tener más facilidad en la huida, otro lidiador colocado en el callejón y cerca de la salida de los chiqueros, llamará la atención del bicho con un capote, á fin de que

tome viaje hacia aquel lado y deje el contrario para el compañero.



Citando á porta gaiola.

A porta gaiola se banderillea también prescindiendo del quiebro, colocándose el lidiador á uno de los lados de la citada puerta y á conveniente distancia de la barrera.

Una vez en esta posición y en cuanto el toro abandona el toril, se le llama la atención, y al acudir, el lidiador parte hacia él, y al llegar el toro á jurisdicción, en el momento de engendrar la cabezada, el banderillero cuarteará, meterá los brazos y clavará, saliendo con rapidez, procurando siempre dejar al toro los terrenos de afuera para mayor seguridad, por si el toro saliese en su persecución tener pronto refugio en las tablas.

Cuando un toro salta al callejón, los banderilleros portugueses aprovechan el momento en que sale de nuevo para banderillar entonces.

Se ejecuta esperando el lidiador á la distancia que juzga conveniente con arreglo á las condiciones demostradas por la res y á las facultades que conserve.

Una vez fuera, le cita, sale hacia él hasta el terreno conveniente donde espera la acometida, y en el instante preciso de la reunión cuarteo y levanta los brazos, esperando la cabezada, en la que el toro es el que se clava las banderillas, quitándoselas al lidiador de las manos.

Las demás suertes de banderillas de que hemos hecho mención están en más frecuente uso en Portugal, y no hemos de definir las porque sería repetir cuanto dijimos en los capítulos XII, XIII, XIV y XV.

Lo que sí añadiremos es que allí son pocos los que se ajustan á las buenas prácticas del toreo y á las reglas precisas que hay para la ejecución de cada una de las suertes por razón de la lidia que se da á los toros, y la falta de peones entendidos para prepararlos debidamente y auxiliar á los que han de banderillarlos en sus diferentes estados.

Allí el objetivo principal es banderillar al toro que se destina para esta suerte, viniendo á constituir esto la suerte suprema en aquel país, de tal modo, que el tercio de banderillas es la única aspiración verdadera de aquellos lidiadores.

Esto no quiere decir que no haya en Portugal banderilleros entendidos y dignos de figurar al lado de los mejores de España, como lo son Theodoro Gonçalves, Jorge Cadete, José Dos Santos, Rafael Peixinho, Joço Calabaça, Joço Roberto y otros, sino que son los menos por la índole propia de cómo se practica allí la lidia.

Nadie negará que la suerte de banderillar á la media vuelta está indicada para los toros de sentido, para los que tienen querencias, los que cortan el terreno, los que desarman y para los burriciegos de la clase de los que ven de cerca, y que, ejecutada como marcan las reglas, no sólo es segura, sino de lucimiento para el lidiador; pues bien: véase lo que respecto á ella dice un escritor portugués:

«No aconsejaré á los lidiadores que intenten banderillar á la media vuelta, porque á más de ser una suerte traidora no tiene lucimiento, y la salida de ella es siempre fea, porque si el hombre huye y el toro no le sigue es de un mal efecto.»

Y si tal ocurre con una ¿qué no pasará con las restantes de las suertes?

Estamos seguros que siguiendo en aquel país las corrientes iniciadas de pocos años á esta parte de que en sus plazas actúen con mucha frecuencia toreros españoles y que la lidia de algunos toros se ajuste á las prácticas del toreo español, se perfeccionarán sus lidiadores y se ajustarán más al arte en la suerte de banderillas.

Las primeras banderillas que se usaron en Portugal tenían más de un metro de largas y estaban revestidas de papel ó cintas, y, como en España, se colocaban una á una.

Para efectuarlo se iban hacia la res, llevando en la mano izquierda un capote y en la derecha la banderilla, á que daban el nombre de arpón ó *farpa*, y bien llamando al toro ó esperándole en el momento en que acudía y hacía por el engaño y humillaba, clavaban el hierro.

Este modo de poner las banderillas data de los primeros tiempos del toreo, puesto que los moros ya las clavaban así, sirviéndoles de engaño los mismos jaiques.

Los arponcillos fueron disminuyendo de tamaño desde los últimos años del siglo anterior, tomando las proporciones que tienen en la actualidad desde la segunda mitad del presente, adoptándose la banderilla larga por los caballeros rejoneadores, que son los que en la actualidad las colocan en la forma que hemos descrito.

En Portugal se puso en vigor el colocar las banderillas á pares poco después que en España.

En cambio, alguna de las suertes de banderillar, tal como la del quiebro, se practicó por los banderilleros portugueses antes que por los de nuestro país, y de ellos la tomó el torero Antonio Carmona (el *Gordito*) cuando por los años de 1851 y 52 formaba parte de la cuadrilla de pegadores, con la que hizo su presentación en la plaza de Madrid en Octubre del segundo de los años referidos.

En dicha cuadrilla figuraban los rejoneadores Antonio de los Santos y Francisco Salvatierra y los pegadores José Franco, Manuel y Francisco Rato, José Chucha, José Narciso y Ezequiel José Balada.

*
* *

Habiéndonos ocupado en este capítulo del arte de rejonear á caballo, tan en boga en Portugal, á manera de apéndice nos permitiremos reproducir las reglas que para la práctica de dicha suerte escribió D. Miguel Marcelo Tamariz, en octavas reales, publicadas en 1771, y de cuyas reglas son contados los ejemplares que existen, y que seguramente han de agradecernos los buenos aficionados, y han de leer todos con gusto.

REGLAS PARA REJONEAR Á CABALLO

ESCRITAS POR

DON MIGUEL MARCELO TAMARIZ

Y PUBLICADAS EL AÑO 1717

I

Qué traje debe prevenir el caballero para presentarse á rejonear.

Requiere el traje para el rejoneo
limpieza y compostura en la decencia,
y grave el corte para que su aseo
cause á la vista seria complacencia;
armado y calzón, más que al recreo
han de servir para la resistencia;
el sombrero, la capa, espada y gola,
á la antigua ha de ser, noble española.

II

Cualidades que deben concurrir en el caballo para el rejoneo.

La lealtad del caballo es la primera;
sea de entre dos sillas su estatura;
con los pies fuertes para la carrera
y á propósito lumbré en la herradura;
pronto al salir, que repelando, quiera
obediente, la fuerza y la blandura;
cabeza firme al entrar derecho,
animoso y fornido de anca y pecho.

III

Qué largo ha de tener el rejón con asta, y que hechura para ser bueno.

El rejón en dos varas consistente
de acero á puño, y ha de guardar forma
recta, piramidal, precisamente,
y á todos uno servirá de norma;
su corazón, el hierro refulgente,
claro de sus efectos nos informa;
el recto, artificial y débil pino,
violento ha de estallar de puro fino.

IV

Pajes de rejón: deben ser seis, al menos cuatro, y nunca sin dos.

Seis pajes de volantes necesita
el caballero, cuatro por lo menos,
brida y estribo, dobles facilita
con ellos suertes, como sean buenos;
la derecha, el furor al bruto irrita;
los de la izquierda, de rejonos llenos,
vistan de corto (nada soldadesco)
alegre, alborotado, algo burlesco.

V

Antes de montar: para entrar á la lid se ha de registrar el caballo.

Para la valerosa lid, sangrienta,
que (con la fiera que terror vomita
en el circo), temible se presenta,
cuyo triunfo el esfuerzo solicita;
debe el buen caballero que la intenta
notar un medio que la facilita,
advirtiendo mucho antes de montallo
el atavío firme del caballo.

VI

El valor en los ensayos adquiere hábito para extrañar los lances.

Este mismo cuidado repetido,
de norte habrá servido en los ensayos,
donde el valor brillante habrá adquirido
hábito contra temidos desmayos,
que produce el coraje embravecido
de los lunados brutos, fuertes rayos
que si al ánimo falto lo sereno
mira el estrago sin sentir el trueno.

VII

Cómo debe entrar en la plaza el caballero con los pajes de rejón.

Con gravedad airosa y comedida
ha de entrar en el circo el caballero,
y con la salva de atención rendida
ofrecer sus afectos lo primero;
en siendo soberano el que presida
no debe usar con otro de este esmero;
y al menos, dos volantes que le sigan
á esta atenta expresión también le obligan.

VIII

Requiere este arte valor, sosiego y prudencia.

El buen uso de este arte valeroso,
el hacerse bien visto y despejado,
nace de aquel prudente gobernoso
proceder reflexivo y sosegado,
que da el conocimiento con reposo
y recibe el valor asegurado;
que por lo mismo que es la lid con brutos
previene la razón más atributos.

IX

No debe el caballero confiarse en su destreza, ni olvidarse de su persona.

No debe el caballero confiarse
en la experiencia ni valor que alcanza;
ni de sí propio deberá olvidarse
porque luzcan ingenio ó maestranza;
antes bien, del peligro recelarse
apartando la nimia confianza,
pues más peligro lleva el confiado
que el advertido ardid del confiado.

X

Cuando vaya a entrar en alguna suerte no atienda á otra cosa que á mirar por su persona.

En la suerte no cuente con amigos;
ni el ¡ay! atienda del apasionado;
porque vienen á ser tan enemigos
todos, como el que tiene preparado.
Iguales depondrán como testigos
de sí fué ó no el choque aventurado;
y aunque insistan ó aparten, por bien tenga,
hacer del lance lo que le convenga.

XI

Ha de entrar toda suerte á la jineta, no á la brida, que no es tan firme, y cuidar del manejo del caballo.

Del caballo le importa el buen manejo,
la firmeza le encargo, de la silla;
el primero depende del consejo
que es quien sus movimientos acaudilla;
con ésta, el ejercicio hace cotejo
de la jineta: nueva maravilla,
que venciendo á la brida en el aseo,
ofrece á menos riesgo, más trofeo.

XII

Debe advertir el caballero á qué lado recarga más el toro para rastrear su intención.

Cuando provoque, ó fuere acometido,
debe notar, en el instante, atento,
ya sosegado el toro esté, ó movido,
á qué lado recarga lo violento;
que de aquí la intención ha conseguido
para obrar con mayor conocimiento
y burlar el peligro, que se infiera
del furor irritado de la fiera.

XIII

Suerte recia: es muy lucida, pero necesita mucho primor para ejecutarse bien.

Ha de entrar á la suerte cara á cara
provocando del bruto la osadía,
é instándole si acaso se repara,
siempre en proporcionada simetría;
si acomete escarbando, ó si se para,
observe, del partir, la tropelía;
porque en recibirla está la suerte,
y que el golpe del bruto desacierte.

XIV

Se entra en esta suerte, salvando la cabeza del caballo de la del toro.

Salvará la cabeza del caballo
siempre de la del toro, y la derecha
asta, para más bien asegurallo,
ha mirar, sin duda, ni sospecha
la derecha espaldilla, que así hallo,
lleva cierta y lucida entrada hecha,
para herir la cerviz embravecida
y sacar el caballo sin herida.

XV

Daráse guía al rejón á la menos distancia: bajo el brazo, que forme semicírculo.

Dará guía al rejón el caballero,
fuerte y airoso, á la menor distancia;
el brazo, bajo; porque considero
ser el alzarle intrépida arrogancia:
semicírculo forme con esmero
y no le extienda, que es extravagancia;
que al brazo circulado, le encadena,
más afeada pujanza y menos pena.

XVI

Así se incorpora con más brevedad al costado para que se rompa al cebar el rejón.

Estando bajo, le incorpora breve
á su costado, donde comprimido
el rejón, con el puño, cuando bebe,
de dos fuerzas, el pino, estalle herido:
logrando así, la fiera no le lleve,
y el triunfo, de el combate, decidido
por darle victoriosa recompensa
la más debilidad de la defensa.

XVII

Adelante de la cruz que forman los brazos de el toro, ser la herida; si se yerra,
sea por delantera.

De la cruz adelante, dé la herida,
no alta, no al soslayo ni ladeada,
al centro ha de mirar su fiel medida,
y si al acaso la sacare errada
sea por delantera, porque impida
la intención de aquel choque, no esperada,
y desarme de el bruto la violencia
del rejón en la simple resistencia.

XVIII

Convendrá que la herida no sea muy grande: debe antes de darla determinar
el entendimiento.

La magnitud de la herida determina
antes de darla, el noble entendimiento;
el arte y compostura es quien la inclina
á que el rasgo se explique ó no sangriento;
nunca el acero guiará de esquina
porque al acometer, si es muy violento,
la fuerte piel lo corre y desauna
y no queda la brecha en media luna.

XIX

Cruzada: suerte vistosa: nótese bien las tres octavas que siguen.

En entrando á la suerte, prevenido
sobre sus piernas estará el caballo,
y el jinete en las suyas ha seguido
el orden de jineta en amparallo;
al cebar de el rejón lo más brufido
afloje rienda, y, por mejor, sacallo,
dejando al toro en cólera deshecho
repele un poco en el ijar derecho.

XX

De cada una de estas suertes nacen otras de su especie.

De esta suerte, con garbo ejecutada,
de su especie se siguen infinitas,
porque si la prudencia es ajustada
la viste y hermosea de inauditas,
de cada proporción de esta cruzada
(que así se llama), vienen las finitas
del arrogante toro que, cansado,
fía á la fuga su terror osado.

XXI

Quiere para ejecutarse con primor, mucho sosiego; y para repetirse, mucho más.

Éstas requieren que el caballo ocupe
del toro el sitio que quedó vacío,
y en él que su cadera desocupe
la delantera del jinete brío,
y á la violencia que el lunado escupe,
sosiego, maestría y señorío,
que repetidas por dificultosas
son para el caballero más lustrosas.

XXII

Debe el caballero terciar la plaza con sosiego por si descubre lance de suerte.

Huya del ocio el caballero en plaza
terciándola continuo con reposo
que desdiga de cobarde traza
y que de ardor desdiga presuroso;
sea su discurrir solo, si enlaza
para fuerte algún lance provechoso,
que cuando sea hallar toro parado
halla lo mismo aquí que ha deseado.

XXIII

Suerte una vez elegida, es desaire del valor (y peligro conocido) el dejarla.

Suerte elegida no la desestime
que una vez empeñado es gran desdoro,
sea valor ó ingenio quien le anime
será en el lance su mayor tesoro;
y aunque consejo acaso se le intime
no aparte su intención de la del toro
por si éste le acomete embravecido,
que si huye, el caballero habrá cumplido.

XXIV

Suerte de toro parado, si le aguarda firme se entrará á paso quieto.

La suerte que á pie firme el toro espere
entre con el caballo á paso quieto,
y no le saque hasta notar si hiere
el rejón, la cerviz; porque discreto,
de este tardado lance, considere,
que si se yerra, se verá en aprieto:
y en cebando, sacarle con presteza,
que otra suerte prepara á su destreza.

XXV

Esta suerte que sigue es rara; si acontece sáquese el caballo lo mismo que si se cebara el rejón.

Si consintiere el toro ser herido,
sin tocarle, señálele la herida,
del pino retirando lo lucido,
por bajo, con la mano más caída:
saque por la derecha sin olvido,
con sosiego el caballo, no de huida:
que el no herir al indefenso bruto
de lustroso valor es atributo.

XXVI

En toda suerte, el caballo de perfil, no le aventure sin rejón.

En estas, y otras suertes, no aventure
(sin el rejón, que guía para ofensa)
el caballo; y advierta mientras dure
en la lid, que es su única defensa:
guíele de perfil, porque asegure,
á la suerte, la entrada más propensa,
que si no guía el toro, muy afuera,
otra, mudando sitios, le reitera.

XXVII

Suerte, que el toro entra culebreando, párese el caballo para hacerse objeto al acometimiento.

Si el toro acometiere culebreando,
ó ya después que se pasó la suerte
pare el caballo: y ha de ser notando
si el mismo toro que paróse advierte:
que mientras, como á centro caminando,
va, con furia, que en nada se divierte,
puede entrar, paso quieto el caballero,
ganando la cabeza lo primero.

XXVIII

Suerte á toro movido, no es acierto entrarla, pero en siendo acometido, puede recibirla.

Suerte á toro movido, que la excuse
le prevengo, por ser nada vistosa;
mas si es acometido, no rehuse,
ajustarse á su entrada peligrosa:
lo mismo que en las recias, aquí use
de prudencia, y caballo; que otra cosa,
bien que experiencia y gran valor alcance,
no ha de sacarle airoso de este lance.

XXIX

A boca del toril se recibe el toro como venga; no hay suerte fija, pero la perspicacia del caballero puede hacerla.

A boca del toril, no hay suerte abierta,
todo es peligro, nada certidumbre;
y para hacer posible alguna incierta,
sólo el conocimiento, aquí es la lumbre:
si para entrar á suerte, línea cierta,
tomare el toro, si de ella algún vislumbre,
no pierda la ocasión; entre la suerte,
antes que aquel momento desacierte.

XXX

Suerte de rincón: nótese bien sus reglas por ser dificultosa.

La suerte de rincón, toro parado,
es difícil, falaz y peligrosa,
mas si la testa mira hacia el tablado,
entre, con vigilancia cautelosa,
por la derecha, del furor lunado;
al tablado su izquierda; y provechosa
será esta acción de la victoria avara,
cebando el hierro si ganó la cara.

XXXI

Si se hubiere entrado, caballo prevenido (que no desdice), al cebar el rejón sáquese el caballo por la derecha.

Prevenido el caballo, si la ha entrado,
al unirse con él, y dar la herida,
trocando sitio, en término abreviado,
encuentra otra, más fácil, repetida:
con esto le desvía del tablado,
donde más sosegada y prevenida
según la situación que se prevenga
es dable que otra, recia también, tenga.

XXXII

Si tuviese el toro la testa á la plaza, éntrese con la misma regla, pero si cabe, con más vigilancia.

Sólo en aquesta suerte es permitido,
de rincón, ó costado, prodigiosa,
entrar con el caballo algo movido,
y no en otra aunque sea peligrosa;
si la testa á la plaza ha reducido,
la misma regla guarde generosa;
que aunque tres juntas, de tablado cuente,
á una se reducen solamente.

XXXIII

Suerte que recargue el toro, no suelte la astilla del rejón.

Si el toro, enfurecido, recargase
y otra ó más suertes fiero pretendiese,
si prontos hay rejones, deberáse
tantos fijar como ocasiones viese.
Con la astilla, si no, debe, si instase,
desvanecerle cuando acometiese;
y el caballo se saca tranqueando,
cuya cola la fiera irá peinando.

XXXIV

Denota cobardía en todas suertes sacar el caballo corriendo, y es temeridad (y más en esta suerte) sacarle despacio.

Miedo denota si se saca aprisa;
si despacio, desprecio mal fundado;
pero el sacarle á trancos (1) nos avisa
un medio, entre los dos, proporcionado:
el libertarle es regla muy precisa;
el huir del peligro es muy notado:
conque elija el valor con el consejo,
cómo debe portarse con despejo.

XXXV

Si corre sin objeto el toro la plaza, no debe apartar de él la vista el caballero, por si descubre suerte.

No hay suerte en la carrera atravesada,
si el bruto el coso sin objeto gira;
pero la perspicacia amaestrada,
sólo en el toro ha de llevar la mira;
porque si le descubre, preparada
y fácil suerte le dará su ira;
éntrela sin temor ó pasión necia,
con la regla observada de la recia.

(1) De prisa y sin arte.

XXXVI

Las reglas que siguen las siete octavas se deben conocer para huir de ellas.

Sobre las que ha notado reglas dadas
debe observar, prudente y advertido,
las que se siguen, para despreciadas
y entregar sus astucias al olvido.
Todas, por lo común, son desairadas,
sin precepto ni lustre prevenido,
sin valor, sin prudencia, con arrojo,
con miedo, con vergüenza, con sonrojo.

XXXVII

Suerte atravesada, mala.

Atravesada suerte, nunca buena:
que el toro encuentra, todo descubierto,
á lo largo el caballo; y á más pena,
no le reservará de herido ó muerto:
de prepararse al choque, se enajena
del caballero el más prudente acierto,
y si al centro el avance da seguida,
á más de lo que venga es la caída.

XXXVIII

Suerte por las ancas del caballo, que llaman ancas vueltas, mala.

Prohíbese la suerte de anca vuelta,
demuestra incertidumbre y cobardía;
pues cebado el rejón, fácil se suelta,
porque está incierto el pulso que le guía:
es fealdad del cuerpo la revuelta,
que forma sin concierto ó simetría;
y si pierde el rejón sin fin es suerte,
y aun el toro la gana si se advierte.

XXXIX

Entrar á la suerte dando vueltas alrededor del toro, mala.

Dar tornos á la fiera se recusa,
que es provocar huyendo, si parada,
campana al caballero no rehusa,
y en no huir le confiesa está aceptada:
si acomete de golpe es muy confusa
la proporción, de suerte no esperada,
y es más fijo del toro horrible encuentro,
por dar en superficie de su centro.

XL

Suerte á caballo parado, mala.

A caballo parado se prohíbe
cualquiera suerte como desairada;
que, á la verdad, en ella se percibe,
más que de rejoneo, de lanzada:
si el caballero lo último concibe,
que en la razón, no es fácil, ajustada,
note que perderá por sus despechos,
al menos el caballo por los pechos.

XLI

A suerte perdida, caída ó atropellamiento, se prohíbe sacar la espada.

A todo caballero se le priva,
si acaso perder suerte le acontece,
como que golpe grave en sí reciba,
ó en el caballo, cuando el choque crece,
ó que ambos caigan, con la furia viva
que una suerte perdida les ofrece,
sacar la espada, intrépido y osado,
por vengarse en la saña del lunado.

XLII

Es peligroso y mal visto.

Dicta el coraje sólo aquella obra
guiando al caballero al precipicio,
y en esto pierde más honor que cobra,
por no estar la razón en su ejercicio,
para su aplauso en este lance sobra,
que entró la suerte á reglas y sin vicio,
que si choques no hubiera aventurados,
reglas sobran y también cuidados.

XLIII

En tropezando ó cayendo el caballo (si está en suerte), no desampare el rejón.

Si al mismo acometer se resbalase,
tropezase el caballo ó si cayese,
tenga cuidado que el rejón no pase,
lo mismo que al caballo sucediese;
que él solo allí (si acaso peligrase
y la fiera la mira en él pusiese)
le podrá libertar, bien manejado,
sacando el golpe de la fiera errado.

XLIV

Si al caballero, al entrar en la suerte, se le cayese el rejón, sacará el caballo como si le hubiere puesto.

Si al mismo entrar ó recibir la suerte
la fatal contingencia, ó el acaso,
ó ya por corvo, ó ya por nada fuerte,
ó porque fué de empuñadura escaso,
cae el rejón, en nada se divierte:
saque el caballo con el mismo paso,
que en toda recia, y del mismo modo
que si hubiera fijado el hierro todo.

XLV

Lo que debe el caballero haber ejecutado antes de rejonear en público.

En la función privada de herradero
(cuyas burlas previenen estas veras)
se debe ejercitar el caballero
con acciones modestas y severas:
con esto todo espíritu guerrero
las novedades vence las primeras,
porque pueda el valor, con regla ufano,
en presencia agradar del soberano.

XLVI

Lanza, pica ó garrochón son los instrumentos más á propósito para usar bien luego el rejón.

Con pica, lanza ó garrochón seguro
es lo más acertado que se ensaye;
y advierta, si se ve en algún apuro,
en que el estarlo fué, y no desmaye,
que como así proceda, le aseguro
que en todo coso con el tiempo raye
su sosiego, primor y maestría,
disposición, ornato y valentía.

XLVII

Encárgase, por último, el mucho ejercicio y observancia de estas reglas.

Estas las reglas son que ha comprendido,
para el Arte, y primor del rejoneo,
nuestro corto advertir; pero adquirido,
de la experiencia su lustroso aseo:
que esta no olviden, con afecto pido,
ni aquellas: si pretenden el trofeo,
porque de todo junto las memorias,
coronarán sus sienas de victorias.

CAPÍTULO XLVI

Pegadores ó mozos de forcado.—Su presentación en Madrid.—Modo de pegar.—Pegas de frente.—Pegas de espalda.

Ni suerte, ni medio de lucirse, ni ostentación de gallardía, ni valor propiamente dicho; nada hay en los forcados capaz de llamar la atención del público, sobre todo actuando en muchas corridas.

Es algo en que no interviene la estratagema ni el arte; una lucha brutal cuerpo á cuerpo, de la que nadie sale victorioso; los mozos de forcado, porque siendo muchos los que intervienen, á ninguno puede achacarse la victoria, y el toro porque ya se descuenta que no ha de ser el vencedor, toda vez que su rendimiento sólo depende del número de los que tratan de derribarlo.

Se da el nombre de pegadores ó mozos de forcado, á ciertos individuos que, sin valerse de engaño alguno para burlar la acometida de la res, sino por el contrario, provocándola y contando únicamente con la fortaleza de sus brazos, se dirigen al toro y lo sujetan.

Como se ve, esto no es ni más ni menos que la suerte de mancornar, cuya práctica está tan generalizada entre los vaqueros del campo de Salamanca; pero es de menos exposición y lucimiento, cuanto para efectuarla tienen que ir

por grupos de seis, ocho ó diez pegadores, mientras para mancornar puede haber bastante con uno.

La suerte de pegar se efectúa con toros embolados, después de haberlos corrido y mareado con los capotes, y cuando ya están muy apurados de facultades, por haber sufrido además diferentes coleos.

La suerte de mancornar la verifican en España en cualquier terreno, en la dehesa, sin auxilio con que acudir en momento determinado, y allá van los vaqueros con sereno ánimo hacia el toro, que se engalla y espera, separadas las manos, pronto al arranque, siguiendo con fija mirada la figura del hombre que á dos pasos le cita, le alegra con la voz, y lejos de rehuir su ataque, se encuna y abraza á las palas de los cuernos, mientras el animal, sorprendido, le zarandea con coraje, ansiando verse libre de aquel obstáculo tenaz, pegado á su testuz con más vigor que la lapa á la roca.

¡Ay del hombre, si el menor abatimiento paraliza sus fuerzas y le hace caer! Entonces el espectáculo de fuerza se convierte en espectáculo de sangre, y la res, encorajinada, se revuelve, pateo, dobla el rabo, azotando con rabia el aire y empitona al pobre vaquero caído á sus pies, y se lo echa de un cuerno á otro, juega con él, lo pisa, lo olfatea, vuelve á derrotar con más ímpetu, y la desdichada víctima sufre las más crueles angustias, bajo un cielo azul que, como es natural, presencia indiferente su agonía; la vista, enturbiada por el terror ó por la sangre, distingue á lo lejos, entre vuelta y vuelta, un bulto, dos, muchísimos, ya cerca, ya lejos; son toros que pacen tranquilos, y chaparros que se pierden en las líneas del horizonte; el socorro está á dos leguas; el extremo del cercado también, ¡hay que morir!

A los dos días, y por mera casualidad, aparece en cualquier periódico una noticia que bien pudiera estar concebida así:

«Ayer tarde, y en la dehesa del acaudalado propietario y conocido ganadero Sr. D. Fulano de Tal, ocurrió una sensible desgracia.

»Un vaquero fué cogido por un toro, que le dejó muerto á los pocos instantes. El animal causante de la desgracia es, según nuestras noticias, uno de los que el simpático ganadero destina á las corridas de tal ó cual punto».

De donde resulta que la muerte del vaquero anónimo sólo ha servido como reclamo al dueño de la ganadería.

Esta es la lucha constante de los héroes desconocidos. Pero es la verdadera lucha.

Porque hay riesgo.

Por eso acostumbrados en España á este género de lucha del hombre contra el toro, sin que aquél evite el peligro limando ó enfundando las astas que le pueden causar la muerte al ejecutar todas las suertes de la tauromaquia, claro es que la presentación de los pegadores portugueses en nuestros circos taurinos no había de producir efecto alguno, pudiendo asegurar con antelación que semejante suerte, ya que así se la denomina, ni aun por la fuerza de la costumbre se lograría abrirse camino en nuestro público.

Bien lo demostró el de Sevilla allá por los años de 1830 á 32, en que se dió una función con pegadores portugueses, siendo Intendente de la provincia el Sr. Arjona, y de cuya función salieron los espectadores poco satisfechos.

Algunos años más tarde, en 1851, fué ajustada por la empresa de la plaza de Madrid una cuadrilla de pegadores, compuesta de Victorino de los Reyes, José Franco, Manuel y Francisco Rato, José Chucha, José Narciso y Ezequiel

José Balada, á la que acompañaba el rejoneador Antonio de los Santos, y una *troupe* de cinco ó seis indios más ó menos auténticos, que ponían rejoncillos á los toros esperándolos á la salida del toril, arrodillados á corta distancia de la puerta.

La primera corrida en que actuaron tuvo efecto en la tarde del día 28 de Julio, y un periódico taurino, el único que se publicaba en aquella fecha, decía lo siguiente de su resultado:

«Toda la habilidad de los indios, que vestían casacas á lo Luis XIV, de colores muy rabiosos y armados de rejoncillos, consiste en recibir al toro de rodillas ó sentados en el suelo, clavarles el rejón en donde pueden, dejándose caer al mismo tiempo, con lo cual consiguen que el animal salte por encima.

»Imparcialmente hablando, debemos decir que esta suerte es vistosa, pero para una ó dos veces cuando más.

»Clavaronle veinte y dos palos.

»Salieron en seguida los pegadores.

»Esto no pasa de ser una mojiganga.

»Siete portugueses vestidos con trajes del país con gorros colorados á la marinera se tiran al toro como perros de presa y le sujetan.

»¡Valiente hazaña con un animal rendido, destrozado además en el toril, y embolado por añadidura.

»Así lo hicieron en efecto.»

.....

«No montando en el brioso corcel en que había dado su leccioncita de equitación, sino en una acémila de fea estampa, aunque muy bien arrendada, se presentó el caballero Dos Santos á rejonear al cuarto toro de Gaviria, retinto y grande, pero embolado, según tradicional costumbre portuguesa.

»Indudablemente, el caballero es buen jinete, sabe coger bien las vueltas á los toros, y los rejonea con una destreza admirable.»

»Siete rejoncillos le clavó, suerte que ejecuta á paso de banderillas, á la cual le ayuda notablemente el caballo, que en ella está muy amaestrado.

»Después de rejoneado, fué sujeto el toro por los pegadores.»

.....

«El séptimo de la tarde fué rejoneado por el señor Dos Santos con la misma destreza y habilidad que al cuarto.

»Le clavó ocho palos y aparecieron de nuevo los pegadores.

»Al primero que se acercó al toro le tocó ejercer de víctima, llevando un horrible y fuerte testarazo en las costillas y quedando medio reventado en el suelo, habiéndolo tenido que retirar entre cuatro. Los compañeros sujetaron luego al toro.»

.....

«La suerte de rejonear á caballo, dice el mismo periódico al apreciar el resultado de la corrida, sería de mucho más lucimiento si los toros no fueren embolados, que es como lo hacen los españoles.

»La suerte de los negros es vistosa, pero no tiene lances.

»*La de los pegadores es propiamente de pega.*»

Con peor éxito trabajó la misma gente en la tarde del 31 del mismo mes, puesto que Dos Santos estuvo poco afortunado en el cuarto toro, y al intentar poner el primer rejón al séptimo fué alcanzado y derribado, perdiendo en la caída una de las botas de montar, lo que le hizo tomar asco al cornúpeto, y no clavarle sino dos rejoncillos entrando de cualquier modo.

Los indios tampoco agradaron al público.

El caporal de ellos fué cogido por el segundo bicho, que lo lanzó á gran altura.

La suerte no fué más favorable á la *troupe* del vecino reino en la tercera corrida, que tuvo lugar el día 3 de Agosto del mismo año.

Dos Santos rejoneó con poco lucimiento á los toros tercero y séptimo, y resultaron lastimados cinco pegadores, uno por el bicho tercero, dos por el quinto y otros dos por el séptimo.

Y aún llamarán brutal al espectáculo con toros de puntas.

Al año siguiente volvieron á ser ajustados por la empresa de la plaza de Madrid, y actuaron en la corrida que se celebró en la tarde del día 14 del mes de Octubre.

El programa de la fiesta era el que sigue:

«1.º Un toro de puntas de la ganadería de D. Saturnino Ginés.—Picadores: El *Pelón*, *Uceta* y *Hormigo*.—Banderilleros: *Mateo* y *Rico*.—Espada, Manuel Trigo.

2.º Un toro embolado para los indios y negros, que sujetarán luego los pegadores y será muerto por uno de la cuadrilla española. (1).

Los pegadores trabajan siempre á pitón embolado, y si ocurriese que uno perdiese la bola, se retirará al corral y saldrá otro sustituyéndole, y es condición previa para todas las suertes que ejecutan los pegadores, que antes de arrojarle sobre el toro, éste haya sido lanceado de capa por un torero de la cuadrilla española entre la cual se presentará por *primera vez* en Madrid Antonio Carmona, conocido por *el Gordito*, natural de Sevilla, que forma parte de la compañía de pegadores.

3.º toro. Embolado, para ser rejoneado á caballo por

(1) Lo mató Mateo.

Antonio dos Santos y Francisco Salvatierra y muerto por uno de la cuadrilla española (1).

4.º toro. De puntas, de la ganadería de D. Manuel Suárez Jiménez, vecino de Coria del Río, con divisa lila y blanca.—Picadores: Pelón, Uceta y Hormigo.—Banderilleros: Sánchez y el Tato.—Espada: Manuel Trigo.

5.º toro. Embolado destinado á los indios y pegadores.

6.º toro. De puntas, con divisa amarilla y rosa, de don Ildefonso Rozalén, vecino de Colmenar, para la cuadrilla española (2).

7.º toro. Embolado para ser rejoneado por Francisco Salvatierra, montando un caballo en pelo (3).

8.º toro. Embolado, al que después de sujeto le pondrán una silla y freno para rejonear con él Salvatierra al

9.º toro. Embolado (4).»

Transcurridos próximamente diez años, llegó á Madrid otra cuadrilla de pegadores, que actuó en varias fiestas nocturnas que se celebraron en la memorable plaza de los Campos Eliseos, aquella plaza en que hizo su presentación ante el público madrileño la célebre cuadrilla de niños cordobeses, dirigida por el banderillero *Caniqui*, y de la que formaba parte el inspirador de esta *Tauromaquia*, el célebre espada Rafael Guerra (*Guerrita*), apodado entonces *el Llaverito*; aquella plaza, en fin, donde se han dado á conocer tantos toreros, que después han obtenido merecida reputación.

(1) Francisco Salvatierra dió tan enorme batacazo que tuvo que ser retirado á la enfermería. Otro acto inofensivo de los toros con bolas. Mató á la res el novillero Rico.

(2) Llevó perros.

(3) Por haber resultado lastimado el rejoneador por el tercero, se encargaron del bicho los indios y los pegadores. Le mató Rico.

(4) Por la causa indicada, no pudo verificarse lo anunciado, encargándose los indios y pegadores de los dos toros, que fueron muertos á estoque, sin que ocurriese lance alguno digno de mención.

El éxito de los pegadores en aquella época no pasó de regular, y la suerte de sujetar á los toros no dejó rastro alguno en nuestro país, sino para ser imitada por algunos individuos en corridas de novillos, y figurando en los carteles como una de tantas mojjingangas que se organizaban para dar alguna variedad á los espectáculos durante el invierno.

Pocos años hace, volvieron á trabajar en la plaza de Madrid otros pegadores, sin conseguir triunfo alguno sobre los que ya habían demostrado sus aptitudes en anteriores épocas.

Su trabajo no logrará los beneficios de la gloria y la posteridad taurómaca; se encogerá de hombros con indiferencia al saber que hubo en Portugal cuadrillas de pegadores entre toreros tan brillantes.

Tomar por oficio la pega, es tomar á costumbre el recibir trastazos, con lo cual no han de estar conformes muchas espaldas ni muchos pechos. El público no vé en los pegadores habilidad ninguna, sino una especie de pelota, que lanza (si esto fuera posible) un animal á discreción.

Pero no divaguemos, y hablemos únicamente de lo esencial.

La suerte de sujetar á los toros que, como ya hemos dicho, en España se conceptuó siempre como una cosa sin valor, por creerla el público de poca utilidad práctica, en Portugal figura en la mayor parte de los espectáculos taurinos como una parte integrante, y son no pocos los que se dedican á ejecutarla.

La suerte de pegar, de que vamos á ocuparnos, consiste en que uno de los forcados, el caporal (1) regularmente, cita

(1) Se da este nombre entre los forcados ó pegadores al que figura al frente de ellos y los dirige en la ejecución de las pegas.

al toro, y al acudir éste y dar la cabezada el sorteador se arroja sobre el testuz evitando en lo posible la violencia del golpe, encunándose y abrazándose bien á las astas, pegando el cuerpo á la cara del animal.

En tal posición debe resistir los derrotes hasta que acudan los seis ú ocho compañeros que forman la cuadrilla, quienes se abalanzan con prontitud sobre la res, agarrándose á la cola, orejas, patas y manos, hasta que rendida cese de cabecear y aun de moverse, en cuyo momento la sueltan y se retiran, siendo el primero que debe efectuarlo el ó los que estén á la cabeza, y los últimos los que lo estén á la cola, para evitar la acometida á los primeros.

También es conveniente que para este momento haya uno ó dos lidiadores prevenidos y situados á una distancia prudencial y hacia la cabeza de la res, con el objeto de prevenir cualquier accidente, y á fin de que los pegadores puedan terminar la suerte con más seguridad y lucimiento.

La ejecución de la suerte, según se desprende de lo manifestado, requiere en los que hayan de efectuarla, no sólo mucho valor y una fuerza nada común, sino grande habilidad.

Esta es muy precisa para evitar el primer golpe, que siempre es grande, dado el poder de los toros, aunque estén castigados y faltos de facultades,

Para conseguirlo debe el forcado ó pegador medir bien el tiempo y el terreno de modo que al ir á dar el toro la cabezada, y en el momento de la humillación, se encuentre ya con el cuerpo en la cuna y sujetas las astas entre sus brazos.

Efectuándolo así, el toro podrá elevarlo y zarandearlo en sus movimientos para desasirse de aquel bulto, pero sin

que el forcado sufra golpes de importancia si logra pegarse bien.

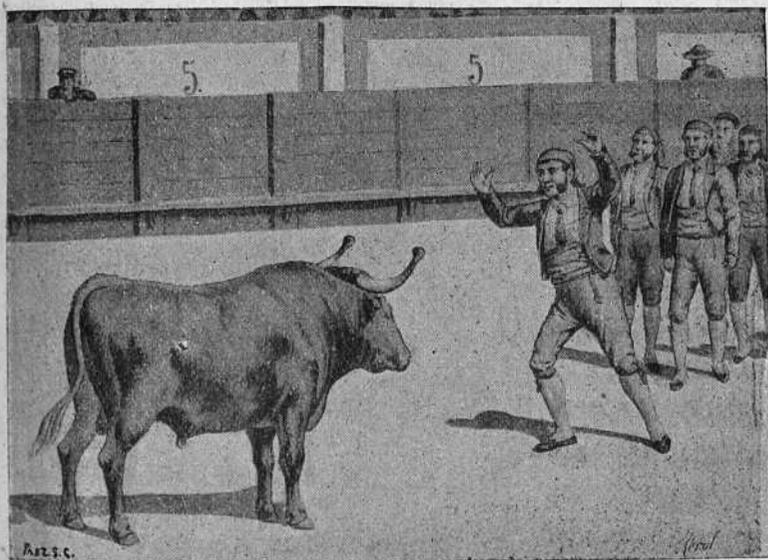
En aprovechar el momento de la humillación para encunarse está el verdadero mérito de la suerte.

Cuando se retrasa esta oportunidad, y, por tanto, el forcado ó pegador no calcula bien el tiempo al pretender sujetar al toro, es seguro que será despedido ó arrojado antes ó después de ejecutarlo á impulsos de la fuerza del testarazo que le dé el cornúpeto.

Dos maneras hay de ejecutar la suerte en su primera parte.

Una, llamada pega de frente.

La otra, denominada pega de espaldas.



Suerte de pegar de frente.

Para efectuar la pega de frente ó de cara, el individuo encargado de marchar en primer término hacia el toro,

le citará ó desafiara de frente, y una vez llegado el momento preciso de encunarse, que ejecutará como anteriormente hemos descrito, se abrazará á las astas, pegando el cuerpo al testuz y resistiendo el cabeceo en tanto que los demás pegadores se hayan agarrado y sujetado á la res hasta rendirla.

Cuando esto se haya conseguido, y previniendo á sus compañeros que va á dejarse en libertad al bicho, se soltará y apartará para que inmediatamente después hagan lo propio los demás forcados.

* * *

Para pegar de espaldas, y como desde luego se sobreentiende, desafiara el forcado al toro vuelto de espaldas, siempre desde la distancia necesaria, que cuanto más corta sea, mejor, para que sea menor el ímpetu de la res.

Así colocado, y con la cabeza vuelta ó escorzada lo preciso para poder ver con precisión la llegada del bicho á jurisdicción, y en el momento en que humille, como en la pega de frente, se encunará bien, y abrazará á las astas de modo que cada una de éstas quede debajo de cada uno de los brazos del forcado como formando asa.

Ya en esta posición, los mozos de forcado ó pegadores, como en la pega de cara, acudirán á sujetar á la res.

El remate de la suerte y acto de soltar á la res, se verificarán como hemos descrito anteriormente.

La pega de espaldas, á no tener gran práctica para ejecutarla, es más expuesta que la de frente, porque en ésta es simultáneo el acto de pegar el cuerpo al testuz y agarrarse á los cuernos, y en la de espaldas ha de haber algún retraso más en sujetar las astas, por la posición misma que tiene el individuo.

Tanto para practicar una como la otra pega, es indispensable que el toro haya perdido su empuje y facultades.

Para ello, ó bien se rejonea antes á los toros, ó se les banderillea, y si aún con ésto los forcados no juzgasen estaba en disposición, se les quebrantarán más con recortes ó capotazos, ó bien coleándoles por individuos que, como Calasanz y otros, son en Portugal una verdadera especialidad para llevarlo á cabo.

Teniendo los toros todo su vigor y poder sería difícilísimo y expuesto contener su empuje y sujetarlos.

Aunque no muy generalizado en Portugal, los pegadores ó forcados suelen poner en práctica otro modo de detener, cuyo origen no es portugués, seguramente, sino una derivación de la costumbre que existía en las antiguas corridas reales españolas, ya descritas, y que consistía en colocar la guardia tudésca debajo del palco real, sin más amparo que el de las alabardas para defenderse de las acometidas de los toros.

Ultimamente en las fiestas de toros organizadas en Madrid, con motivo de los enlaces del rey Don Alfonso XII, primero con Doña Mercedes de Orleans y después con la actual reina regente Doña María Cristina, fué respetada esta costumbre y los guardias Alabarderos vinieron á sustituir á los antiguos soldados de la guardia amarilla y guardias de Corps.

Para repeler la acometida violenta de la fiera, dichos guardias se sitúan en la misma forma que las líneas que componen un cuadro de infantería, para rechazar las cargas de la caballería.

La primera línea con la rodilla derecha en tierra, y el

arma inclinada lo suficiente para que las puntas de las bayonetas puedan herir los pechos de los caballos, apoyando la culata en tierra para tener más seguridad de aguantar el empuje.

La segunda fila, en actitud de arrodillarse y haciendo hincapie sobre la pierna derecha con el arma apoyada sobre su cadera del mismo lado.

Y la tercera de pie derecho y en posición conveniente para prestar auxilio y fuerza á las dos anteriores.

En tal situación y prevenidos con las alabardas en la forma descrita, esperan el derrote del toro, á cuyo bulto convergerán las lanzas todas.

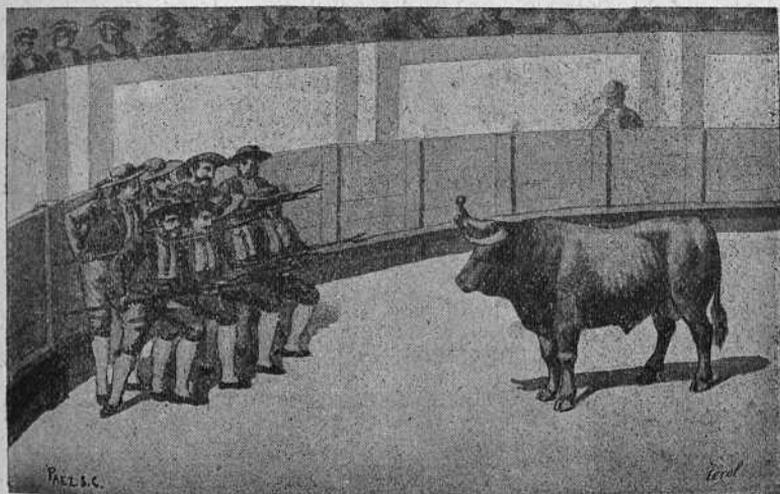
Si el animal acomete es casi seguro que, al sentirse herido por tantas armas, desistirá de su empeño y tomará viaje para otro lado; pero si su bravura y coraje son grandes, recargará cuanto pueda hasta entregarse vencido, cayendo ante el grupo, herido de muerte y jadeante, en cuyo caso, y según costumbre, el cuerpo de la res pertenece de derecho á los guardias, caso que ocurrió en las fiestas reales celebradas en Enero de 1878, con el toro *Milagroso*, de la ganadería de D. Manuel García Puente y López (antes Aleas), que se metió entre las filas de los Alabarderos, desordenándoles en un principio, para caer á los pocos segundos acribillado de heridas y después de haber sido coleado por Felipe García, que acudió en auxilio de los guardias oportunamente.

La cabeza disecada del referido toro se conserva en el cuerpo de guardia del cuartel de Alabarderos, como recuerdo de haberle muerte en buena lid, no sin haber sacado algunos guardias desperfectos en las prendas de uniforme.

Esto mismo, con ligeras variantes, es lo que ejecutan

los forcados para detener á los toros y derribarlos ó sujetarlos, sólo que sustituyen á la alabarda con unos palos de haya ú otra madera de bastante resistencia y de poco más de metro y medio de longitud, que tienen en su parte superior una horquilla de hierro de esta forma \vee , pero con los extremos achatados para no herir ni perjudicar en demasía á las reses que hayan de detener.

Para ejecutar esta suerte, los forcados se sitúan junto á la barrera colocados en una ó dos filas, apoyando los que están detrás las espaldas sobre los tableros, y los primeros con la rodilla derecha en tierra ó, por lo menos, con la inclinación conveniente para resistir mejor el empuje del toro, teniendo, tanto los forcados de una como de otra fila, apoyado también el regatón de la vara en las tablas de la barrera.



Forcados esperando al toro.

Una vez en tal actitud, un peón llamará la atención del toro para llevarlo hacia el sitio que ocupan los forcados.

Conseguido esto, y ya frente á frente, para que el toro acometa le llamarán la atención, bien hablándole, moviéndose ó dando algún paso hacia él alguno de los individuos de los que estén situados en los extremos de las filas.

En el instante de acometer el animal, todas las horquillas se enristran hacia él para impedir que llegue al grupo.

Si además de detener el ímpetu del toro hay el propósito de derribarle, en este caso dos ó tres de los más prácticos dirigirán sus horquillas á los remos del bicho, y es seguro que, teniendo tino para engancharle por debajo de las rodillas, se le hará perder el equilibrio y caer ante el grupo, verificado lo cual se retirarán para que se incorpore de nuevo.

Cuando no se lleva más fin que el de hacerse con él y sujetarle, en el momento que llega hasta el grupo y se le ha detenido en su acometida, suéltanse las horquillas y se abalanzan á él los forcados rápidamente, agarrándose, como mencionamos al ocuparnos de las pegas de frente y de espalda, unos á la cabeza, otros á las orejas, alguno á la cola y los restantes donde les sea posible, hasta que se da la voz de «¡dejar al toro en libertad!», lo que se efectúa en la misma forma de que hablamos.

Véase, pues, si no teníamos razón para decir que esta manera de detener á las reses no es más que un remedo de los lances que han ocurrido con los guardias walonas, los de Corps y Alabarderos en nuestras corridas de fiestas reales.

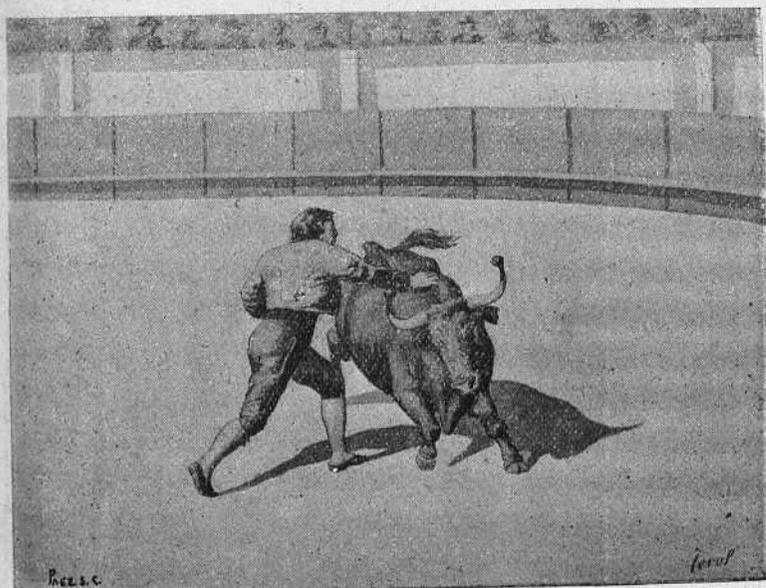
*
*
*

Para complementar cuanto queda dicho sobre el toreo portugués, hemos de ocuparnos de otra de las suertes que se ejecutan en las plazas de aquel reino, y á la que tam-

bién suele dársele el nombre de pegas, cuando no es otra que la de parchear.

Para efectuarla, el lidiador lleva en la palma de una de las manos ó en las dos á la vez, un parche, ya redondo ó ya cuadrado, de lienzo ó hule de color claro, untado con trementina ú otra materia pegajosa.

Una vez dispuesto, parte hacia la res, después de haberla citado convenientemente como si fuese á banderillar al cuarteo, al sesgo, de frente, á la media vuelta, etc., con arreglo á las condiciones de su adversario, y al llegar al centro de la suerte y en el momento de la humillación, pega el parche ó los parches, bien en la cara del toro, ó bien en lo alto del morrillo, como se representa en el fotograbado.



Suerte de pegar ó parchear, dejando el parche en el morrillo.

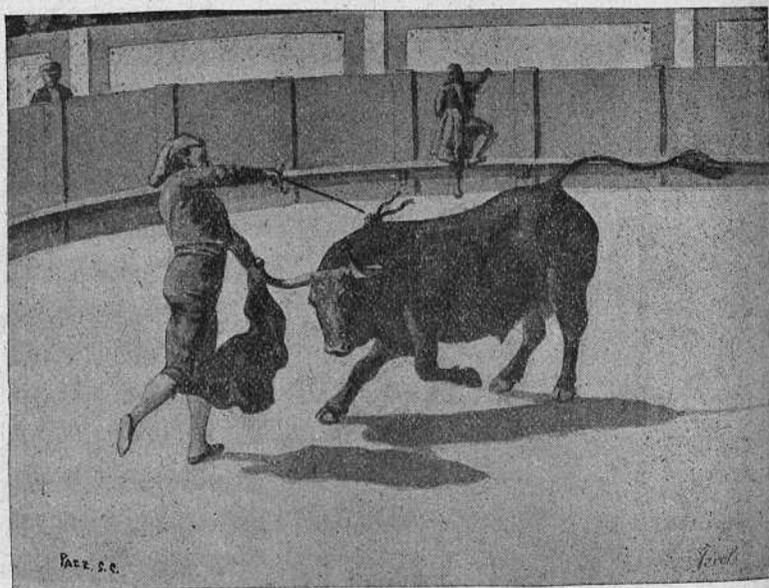
Para evitar un percance al que parchea, en cuanto ejecuta la pega ó deja adherido el parche sobre la cara ó morri-

llo de la res, debe estar situado otro lidiador en sitio próximo para llamar la atención del toro hacia él, inmediatamente que el pegador ha metido los brazos, puesto que como no se le causa ningún daño á los toros que pueda detener por un momento su acción ofensiva, es natural que salga en persecución del bulto que se le ha acercado.

La suerte de pegar ó parchear, como hemos indicado en otra parte de esta obra, debe practicarse con toros boyantes y nobles.

*
* *
*

Del último tercio de lidia en el vecino reino no nos ocupamos, porque en sus circos taurinos sólo la simulan hoy los toreros españoles cuando toman parte en sus corridas.



Simulando la estocada de muerte.

Para el efecto, las espadas que se usan suelen ser de madera revestida de hoja de lata ú otro metal por el esti-

lo, de la misma forma y dimensiones que las que usan los matadores de toros españoles.

Al extremo que corresponde á la punta de los estoques llevan adherido ligeramente un rejón como el de las divisas, con sus cintas convenientemente arrolladas, y que se extienden en el momento en que el espada, después de haber pasado de muleta, marcando la estocada en cualquiera de las formas que se conocen de estoquear, clava el rejón en el morrillo de la fiera.

La manera de estoquear, pues, en el vecino reino, puede decirse que tiene más de la suerte de banderillar, tal como se practicaba en el siglo pasado cuando se clavaban los arponcillos uno á uno, llevando el diestro, para entrar con más ventajas en la cara, un capotillo arrollado al brazo izquierdo si llevaba el palo en la mano derecha, y viceversa, que de la suerte de matar que ejecutan nuestros espadas.

CAPÍTULO XLVII

TOREO MEXICANO

Algunas reflexiones acerca de aquel territorio.—Indios y traficantes.—Los dos toreros.

¡América, país vigoroso por excelencia! Tú eres aquel en que los españoles constituyeron la raza de los americanos verdaderos, animando, nuevo dios, el cuerpo de Motezuma con el espíritu de Hernán Cortés.

Tierra virgen, te enamoraste de tus conquistadores; y tierra madre, adoptaste á cuantos te necesitaron.

Los unos fueron para tí la serpiente de la fábula.

Te mordieron en el corazón.

Pocos fecundaron tu suelo.

Pero todos quisieron esterilizarte.

Al mercader le diste cuanto imaginara en sus sueños: pieles y minerales, frutos y simientes, plumas y tejidos; abriste tus terrenos auríferos bajo la acción de su piqueta demoleadora, que, en el ansia brutal de su avaricia, hubiera perforado el mundo, y le trajiste entre las ondas de tus ríos las pepitas de oro, germen de tantos crímenes y base

de tantas fortunas. ¡Ay de tí! El primer barco de vela que arribó á tus playas fué tu fatalidad y también fué tu suerte.

Tú debieras ser como aquella loca tranquila que, vuelta á la razón, quiso pegar al médico por haberla transformado en cuerda. Eras tan feliz con tu ignorancia, que no podías suponer que aquel barco, tan pequeño en relación con aquel mar que surcaba, te había de traer una cultura tan grande y una fatalidad tan cruel; te dió hombres y te quitó poetas; te echó al cuello el dogal de la ilustración y conociste la sociedad, el primer martirio de los hombres cultos.

A través de tus bosques, enmarañados por las lianas, tendidas como inextricable red al paso del hombre; junto á las cavernas húmedas donde se oía gruñir al rinoceronte; sobre los cauces de las torrenteras, junto á las cuales duerme el caimán y baja el martín-pescador persiguiendo al insecto; sobre la tierra, henchida de gérmenes y brotes; junto á los árboles seculares, cuyas ramas eran una explosión de nidos y un mundo de vida y aromas, el ingeniero tendió los rails y pasó el tren, secando los gérmenes, manchando la atmósfera irisada, ahogando el ruido de los torrentes con su respirar afanoso, y recorriendo en tres horas todo el país que el caballo salvaje recorría en un mes.

Sobre el cementerio donde el indio escondía, bajo el sencillo túmulo, los huesos de sus padres, el ojo ávido de un inglés, ávido siempre, aunque no le resguarde el monóculo, descubrió la veta de la mina, trajo un cargamento de obreros y, ahondando, buscó el hierro, pero encontró también las osamentas.

¡Oh fortuna! ¡Para un inglés no hay nada despreciable! Con los huesos de todos los cadáveres de la tribu hizo una

buena remesa de botones para el mercado londonense, y el hierro de la mina lo destinó á blindar sus buques.

En tanto, los indios, silenciosos, huyeron hacia las vertientes de Sierra Madre, anonadados por la destrucción y sedientos de venganza; pero el minero, impávido, fundió bombas y los ametralló con ellas.

Este minero, que no ha de ser inglés necesariamente, sino español, francés ó noruego, siempre que sufra el histerismo del negocio y sienta todas esas lujurias del traficante, que hacen á esta especie de hombre esclavo del debe y el haber, abismándole más en sus cotizaciones que el filósofo en sus pensamientos; ese ser cosmopolita, banal, efímero, pero necesario, que acapara, vende, tasa á su padre como una antigüedad y piensa en el tanto por ciento en que podría tratar con el amigo el goce de su mujer en un plazo fijo; ese parásito que desde la cuna á la huesa pasa su vida en la Aritmética sin llegar al Álgebra, después de agotar la mina, tendió sus miradas hacia la selva.

Al verle, nuevo Moisés, sobre el pico de la montaña, descubierta la calva puntiaguda, puesto el dedo índice de su mano sobre los delgados labios de su boca, y caladas las gafas, todos le hubieran confundido con uno de esos sonámbulos que hacen continuamente poesía y que jamás la escriben; con uno de esos admiradores que se quedan extáticos ante lo eternamente visto y se conforman con ver lo que hay á sus plantas, abismo, bosque, ciudad ó lago, sin pretender rasgar el horizonte con su imaginación, como hacen los otros eternos admiradores de lo que no se ve. Hubiéranle tomado por un Mungo Park, cuando era solamente un Rougon.

Sus ojos no admiraban.

No eran de poeta.

Eran de perito tasador.

Le importaba poco la sombra gratisima, el vívido verdor de las ramas, las graciosas curvas de las altas copas mecidas por el viento.

Para él sólo tenía mérito el valor intrínseco del tronco grueso y parduzco que rodeaba en su imaginación con un brillante cinturón de monedas; los obreros de la mina, saltaron de la oscuridad á la luz, de la galería al sendero, del barreno á la tala y del antiguo bosque sólo quedó una llanura pálida en la que sólo brotaba el musgo.

Y los indios huyeron más y ahullaron como las fieras en sus cubiles; pero el incendio les destruyó sus tolderías y la ruina fué la consecuencia de la devastación.

Triste destino el de los suelos privilegiados y el de las mujeres hermosas. A los dos se les admira y se les posee y luego se les abandona ó se les pierde por completo.

Las costas hospitalarias de América siguieron abriendo, sin embargo, sus magníficas ensenadas y sus resguardados puertos á todos los buques del mundo que vomitaron desde el fondo de su sentina, á imitación de los negreros, toda la escoria social de Europa y todos los harapos de la miseria recogidos en los dinteles de las cárceles. Las inmensas llanuras de las Pampas fueron recorridas por millones de emigrantes que iban á la región argentina en busca de más trabajo ó de más holganza. California ofrecía un inagotable filón de oro, y cada veta arrancada al cuarzo iba salpicada con la sangre de muchas manos que se herían disputándose el preciado botín.

Pero al cabo, la emigración y el negocio tenían que nacionalizarse; su país tenía que ser aquel cuya savia habían cogido, y á cuyo clima se había ajustado su temperamento. El minero que había conquistado Terranova, el Canadá

y la Jamaica, cayó de hinojos ante la india de fulgurantes miradas y labio grueso y desdeñoso, y el humilde paria y el triste quídam enseñoreados por el constante afanar se unieron á las criollas y se hicieron americanos.

Fundáronse las pequeñas y las grandes repúblicas, y por razón de fronteras ó elecciones de presidentes anduvieron á tiros los unos contra los otros, y el indio de la montaña y el de la llanura, serios de costumbre, rieron entonces.

Oyeron tronar los cañones de los Sudistas y la fusilería de Chile contra el Perú, y se encogieron de hombros. Para ellos no existía otro placer que seguir retirados, gozando los placeres de la tierra virgen en que nacieron, entregados á su libertad primitiva; durmiéndose arrullados por el tronar continuo de los saltos de agua, oyendo el rápido ale-tear de los insectos y de las aves; resguardándose del sol que abrasa, en la sombra de sus bosques idolatrados, luchando con las fieras y huyendo de los hombres.

El carácter del indio de raza participa algo del español. Es digno y orgulloso.

Aventurero por cualidad y no por oficio.

Adora la lucha salvaje, aquella en que tiene menos probabilidades de vencer, es decir, ese género de lucha que es un excitante para las almas verdaderamente valerosas.

Desde su edad más tierna salta sobre un corcel, se lanza á la carrera como un vendabal, y traspone horizontes y salva obstáculos y sortea mil precipicios y lanza las bolas, que es su habilidad, y tiene ese supremo orgullo del árabe, el de morir sin palidecer.

Pero detengámonos un momento y preguntémonos lo mismo que preguntará, de seguro, el lector ¿á qué viene este preámbulo soporífero? ¿Cuándo entran ustedes en materia? ¿Es preciso hablar del emperador Justiniano para ocu-

parse de los firman otorgados por Napoleón en el Sinaí. ¿No? Pues si se habla de toros, déjense ustedes de disquisiciones y al toreo.

¿Qué han pretendido ustedes probar? Una cosa sola; que entre el verdadero *maremagnum* de conquistados y conquistadores, ya americanos todos, predomina el carácter español, que fué el primitivo, y por afinidad, sus aficiones y costumbres.

Todas las obras teatrales españolas tienen fácil acogida en sus escenarios; los poetas de allá adoptan con fervoroso entusiasmo á los nuestros; los comediantes españoles solo guardan de América recuerdos dulces, y en ella ponen sus esperanzas del porvenir y, últimamente, nuestros toreros en cuanto pisan el suelo de una de esas ciudades más entusiastas por nuestra fiesta, México, por ejemplo, se acclimatan allí, y dejan transcurrir los años sin acordarse de volver á España.

Algunas de las principales figuras del toreo español han pasado por México y Lima, dejando allí una memoria imperecedera.

Los toreros de allí llegaron á nuestras plazas, y el público en masa les tributó ovaciones sin cuento.

¿Existe, sin embargo, la misma identidad entre la afición al toreo y la forma de practicarlo?

Vamos á verlo.

Pero antes empezaremos por hablar del principal agente; del toro americano comparándole con el español.

* * *

Digamos, primeramente, que en México, Lima y otros países, se crían toros de bastante alzada y bravura, pero inferiores á los de España, de tal modo, que bien puede

asegurarse que los menos bravos (no los mansos), son superiores á los de más coraje y pujanza de aquellas regiones.

La causa de ello está en el clima y en que los pastos de España son más sustanciosos y fuertes que los de aquellas regiones, aunque en verdad menos abundantes; pero su calidad hace á los toros ligeros, duros y poderosos en sus acometidas, mientras los americanos son tardos y flojos.

Esto explica el que con ellos puedan ejecutarse suertes que con los españoles no podrían llevarse á cabo sin grave riesgo de quien lo intentara.

Por tales razones, en el territorio de Lima, por ejemplo, los lidiadores del país matan á los toros yéndose á ellos de frente, sin auxilios de capotes ni muleta, es decir, á cuerpo descubierto.

Esperan á que el toro acometa, y al verlo venir, avanzan hacia él con pausado andar, á pasos largos y oblicuos, en términos que, con tales movimientos, se separan tanto del camino seguido por el toro, que al llegar éste, el lidiador se echa á la izquierda libre de todo compromiso, y hunde el estoque en el cuerpo de la res á cabeza pasada.

A fines del siglo pasado, esta operación la practicaban valiéndose de un puñal que llevaban en la mano derecha y con él daban á la res en el sitio del descabello, operación que repetían, cuando al primer golpe no caía el toro á sus pies, hasta conseguir sus propósitos, pero dando frecuentemente ocasión á esas escenas repugnantes que vemos aquí cuando marra distintas veces el puntillero.

Para dar muerte á un toro en esta forma, se requiere no sólo una extraordinaria serenidad, sino también una precisión extrema para no marrar el golpe y para medir bien el terreno, haciendo el oportuno quiebro con el cuerpo tan en

el centro de la suerte, que el lidiador pueda salir de él con facilidad y quedar libre en el momento de dar la puñalada.

La práctica de esta suerte con los toros del país, no obstante la dificultad que implica, es mucho más fácil de llevarla á cabo que con toros de casta española, como lo probaremos copiando las siguientes líneas que, á propósito de esto, encontramos en un manuscrito titulado *Las fiestas de toros*, por D. José de la Tejera (1), impreso recientemente, y del que sólo se ha hecho una edición de 25 ejemplares, por cuenta del distinguido escritor Sr. Carmena y Millán.

Dice así:

«Hace más de treinta años que un limeño se presentó en la plaza de Cádiz á executar la referida suerte, y habiéndole cogido y estropeado el toro al hacerla, tomó inmediatamente Joseph Cándido (2) el puñal, y á la segunda salida dió muerte á la fiera, sin embargo de que hasta entonces no tuvo aun noticia de la explicada suerte.»

José Cándido desde entonces la ejecutó en diferentes ocasiones con gran habilidad y destreza suma, pero no á cuerpo limpio como sin duda la había efectuado siempre, y pretendió efectuarla el limeño de referencia, sino llevando en la mano izquierda el ancho sombrero entonces en boga, semejante al que usan los picadores de hoy, ó un capote, y en la derecha un afilado puñal algo mayor que el de dimensiones corrientes.

Una vez en el terreno, citaba á la fiera esperándola á pie firme, y al llegar y embestir, marcaba al animal la salida

(1) Este manuscrito, curiosísimo, debió escribirse, como anota el Sr. Carmena, en el primer cuatrimestre del año 1802.

(2) José Cándido murió desgraciadamente el 23 de Junio de 1771 en la plaza del Puerto de Santa María, de modo que esto debió tener lugar años antes.

con el engaño, capotillo ó sombrero, hiriendo á cabeza pasada en el sitio del descabello.

Podría en alguna ocasión, bien por la rapidez del toro, ó bien por algún brusco movimiento del mismo, no resultarle la suerte, pero así y todo, al intentarla demostraba el torero no sólo su pericia y superioridad entre sus contemporáneos, sino una sangre fría y un valor como se requiere en todo aquél que pretenda ejercer con provecho el oficio de lidiador de toros.

Las suertes que desde que se practica el toreo en América ejecutaban y aun ejecutan á pie los naturales del país, tienen mucha semejanza con cuantas vemos efectuar en las capeas españolas, pudiendo presumir, en consecuencia, que llevada esta afición por nuestros compatriotas á aquellas regiones, cuando aún el toreo no había llegado al emporio á que ha llegado después, los americanos hicieron progresar aquel toreo á su manera, introduciendo nada más ligeras variaciones, para poner de manifiesto su arte, su frenético valor, y más que nada, su pericia como jinetes y adiestradores.

Entre las distintas suertes que allí se han ejecutado hasta ocurrir la emigración de toreros españoles que iban á América á buscar aplausos y fortuna y gloria, figuraba la de cercar al toro un pelotón de hombres armados de una especie de chuzos ó lanzones, con los que herían al animal en los cuartos delanteros, con predilección, desjarretándole luego, es decir, exactamente lo mismo que se practicaba en nuestras corridas cuando después de rejoneado un toro, ó en la imposibilidad de ejecutar con él suerte alguna, se daba la orden de desjarrete, cosa que por vergüenza nuestra se lleva aún á cabo en algunos pueblos de España.

La suerte de banderillas era un mal remedo de la manera de ejecutarlo en nuestras plazas.

Los individuos que habían de colocarlas tomaban un arpon en la mano derecha, y se iban al toro de cualquier modo y sin arte, y le clavaban en donde les venía á mano, después de diferentes mojigangas y jugueteos del peor gusto, y en los que la mayor parte de las veces salían arrollados y atropellados, cuando no eran víctimas de algún percance de más transcendencia.

Las suertes de capa estaban á la misma altura, y se torea en pelotón, sin orden ni concierto, como en las sudichas capeas, procurando únicamente eludir la acometida del toro, el que, por su propia falta de facultades y bravura, quedaba manso á los pocos capotazos que sufría.

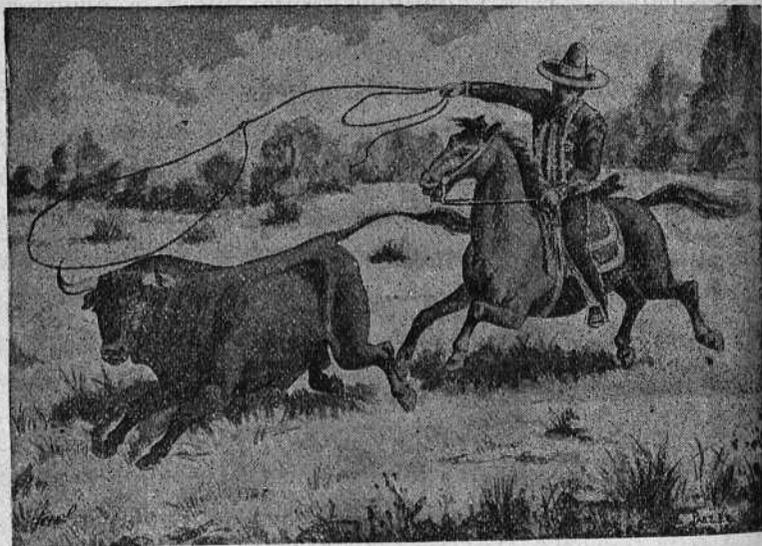
Pero si el toreo de á pie puede decirse que estaba en la infancia en aquellas regiones hasta hace unos treinta años, en cambio en el toreo á caballo nos llevan considerable ventaja, según asegura también uno de nuestros principales escritores taurinos.

Ni aquí faltan jinetes excelentes ni en América deja de haber hombres con las condiciones necesarias para poder ejecutar todas las suertes del toreo á pie; pero lo seguro es que el uno es privilegio de los toreros españoles, y el otro lo es de los americanos, de quienes se puede decir, sin vacilación ni asomo de duda, que son los primeros jinetes del universo, entre los que se distinguen, en primer término, los gauchos de la región andina y los indios é hijos de México.

La diversión favorita de éstos, su mayor goce, estriba en perseguir reses bravas, en acosarlas, en lazarlas y aun en montarlas si llega la ocasión, atravesando llanuras, venciendo obstáculos, subiendo y bajando escarpados ce-

rros, salvando ríos y hasta metiéndose en donde sólo las fieras buscan su guarida para conseguir su objeto, haciendo presa en la res brava (1), de la que salieron en persecución y que al fin de la jornada se entrega jadeante y aburrida.

De este ejercicio dimanán todas las suertes de á caballo, ese toreo que con tan singular maestría se lleva á efecto en la república mexicana, fiando todo los que lo ejecutan no sólo á su valor, sino á su destreza maravillosa y á su habilidad en el arte de la jineta.



Modo de enlazar en el campo.

Figura entre estos ejercicios, en primer término, el de enlazar á los toros por los cuernos ó las patas, valiéndose de una guindaleta, reboleándola y tirándola desde el ca-

(1) Toros salvajes, búfalos, bisontes, y otras fieras que por sus condiciones es expuesto el cobrarlas por otros medios.

ballo que montan, aunque éste y el toro que persiguen vayan corriendo con toda la velocidad que puedan llevar perseguido el uno y persiguiendo el otro.

El lazo consiste en una larga tira de cuero trenzado, para hacerla más consistente, y terminada en una argolla de hierro, que sirve para formar el nudo corredizo. Suele tener unos treinta metros de longitud y se sujeta á la silla por el extremo contrario al que forma el nudo.

Otro aparato terrible, pero de gran sencillez, y con el que juega la maestría soberana de los indios, consiste en tres bolas de igual tamaño sujetas á otros tantos ramales ó correas, dos de una vara de longitud y el otro algo más corto, y que el jinete rebolea y lanza con ímpetu, enredándolo á los pies del animal que persigue, pero con tal seguridad, que lo paraliza en su carrera. Este procedimiento se usa mucho en el Perú y en Buenos Aires, y por medio de él recobra el Naudon, especie de avestruz muy común en las llanuras argentinas y se inutiliza á los guanacos y á los toros salvajes.

A más de ésto los encuerdan ó enmaroman haciendo un lazo de toda la guindaleta, que llevan arrastra por el suelo, á excepción de una de sus extremidades, una de las que va sujeta á la cincha ó cola del caballo, y la otra, cogida por el jinete, cuyo respectivo brazo lo extiende recto atrás y haciendo con la parte de la guindaleta que pueda elevar, como un arco proporcionado, para que sobradamente pueda el bicho meter la cabeza.

Cuando el jinete ha tirado la cuerda y el toro ha entrado quedando sujeto en la lazada, el indio tira de la guindaleta, con rapidez, en términos que cuanto más forcejea por huir el animal lazado, más se sujeta y oprime, sin tener otro espacio en su huida que el que le consiente el lazo,

mientras el potro corre á su izquierda dejándole detrás, huyendo sus derrotes, tirando de él cuando escarba y cornea y haciéndole, en fin, esclavo de su maestría.

Una vez asegurado el lazo y sujeto el bicho, muchos jinetes, especialmente los gauchos suelen apearse para derribar á la res.

Para efectuarlo, ó le mete la cola por entre las piernas, tirando de ella hasta hacerle perder el punto de apoyo, ó la pasan de un ijar á otro por debajo del vientre, y suspendiendo un poco los cuartos traseros y tirando de la cola por un lado, dejan caer al toro hacia el lado opuesto, en cuya posición le atan de pies y manos ó le dan muerte, si éste fué su propósito, al hacerse con él.

También suelen derribarlos de un bandazo ó tirón repentino con la guindaleta.

Para efectuarlo así la dejan en banda sin más objeto que el de acercar el caballo al toro. Este partirá entonces con precipitación hacia el individuo que le desafía é incita, alejándose de él.

Como el caballo se encuentra preparado para resistir el tirón, que necesariamente ha de hacer el toro al querer apoderarse del objeto que se le escapa, entra con tal frenesí y coraje, que dando una media vuelta con todo el cuerpo sobre la cabeza, queda panza arriba, posición que no le es fácil abandonar por impedirselo el caballo con sus continuados tirones.

En el Perú se enmaroman del mismo modo, pero para efectuarlo llevan el lazo hecho con antelación y sujeto á una vara de más de tres metros de longitud, en forma parecida, si no igual, á la usada por algunos enlazadores de Andalucía.

A principios de siglo, y cuando comenzaba en la vieja

Europa el furor por emigrar á Buenos Aires, como el tráfico más fácil que se ofrecía á aquellos expatriados era el de las pieles, se dedicaron á la caza de toros salvajes con más fe que los buscadores del oro en las tierras australianas. La exportación de dichas pieles al viejo mundo les ofrecía pingües resultados y se propusieron sacar el mayor partido posible.

La caza se hizo un acto febril, una tarea continua, una lucha sin descanso y un acosar sin freno; se cazaba con artemañas, con cepos, con trampas y toda esa riqueza de torturas para cuya aplicación es tan fecunda la mente del hombre. Los tupidos juncales y las altas ramas de los bosques ocultaban todo un mundo de hijos de Nembrod, que no llevaban ojeadores ni jaurías, ni trompeteros con cascacas, ni fogosos corceles, sino que, por el contrario, y como una lucha de guerrilleros, cada cual obraba por su cuenta según y su parecer.

Sucedía que el interés común hacía reunirse á unos cuantos para prestarse auxilio y hacer más productiva la caza; después de comunicarse el medio que á cada cual había ocurrido para destruir más de prisa, aquella sociedad anónima de mercaderes de pieles sin curtir se ponía en camino y establecía el vivac durante la noche junto á las márgenes de un río.

Cuando les parecía que la hora de cazar era llegada, no uno sino todos los socios, incluso las mujeres, se prevenían para la matanza, valiéndose del medio aprobado por la sanción general, y que solía ser el desjarrete, tomando, como era natural, las mayores precauciones para que el golpe primero fuera seguro y evitara la repetición.

Habría lector que imagine que esto de evitar el segundo golpe probaba un sentimentalismo profundo; pero se equi-

vocará seguramente, pues la esperanza de hacer más productivo su comercio era lo que les inducía á no dar nada más que un golpe para no estropear la piel ó estropearla lo menos posible.

Apostados, como hemos dicho, tras de los árboles ó las plantas de agua que bordean los ríos, aquellos míseros cazadores, con el puño de la hoz ó el regatón de la media luna apretados convulsivamente, esperaban oír la respiración fatigosa ó el característico resoplido de la res que olfatea; á veces, los murmurios del viento en el bosque les hacían latir más de prisa el corazón, y entonces la luna se iba á reflejar en las hojas de acero que se movían entre las hojas de los arbustos.

Al fin todas las miradas convergían en un punto; un rumor lento, ruido de yerbajos que aplasta un cuerpo formidable, se oía detrás de la espesura; abríase la maleza, y, rompiendo la cortina de sombras, todo un ejército de ruminantes alargaba sus cabezas hacia la corriente fatídica, fondo que, con el brillo lunar, las destacaba más vigorosamente.

De pronto resonaba un silbido, y las fieras humanas se lanzaban con furor sobre las otras fieras, en tanto que un extraño griterío y una confusión de rugidos y voces llenaba de ecos el espacio. Aquí un cazador, con su media luna tendida hacia el ijar de un toro asombrado, buscaba el sitio donde dar el golpe más útilmente, juzgándole certero. Allí, una especie de amazona desgrenaada y unos desarrapados chicuelos se abrazan á los cuernos de la res que agoniza, resistiendo sus cabezadas é impidiéndola levantarse. Allá, un grupo numeroso revela con sus voces de júbilo que el animal cogido excede en tamaño y proporciones á lo que se esperaba. De un lado, una faca, rápida como

una centella, hiende el pecho palpitante, haciendo salir, como un fatídico surtidor, un torrente de roja sangre arterial, que corre á teñir las purísimas linfas del río. En otro lado se desuella y descuartiza, y luego se origina la disputa sobre el tanteo de á quién toca más, si al que se expuso ó al que dirigió, y se olvidan los tratos anteriores ante la exhuberancia del despojo, y los puñales de la caza se hierguen para ser homicidas.

Esta era la fórmula empleada más comunmente por los primeros salvajes que vertió Europa sobre los bosques vírgenes de América.

En la llanura se empleaba el desjarrete á caballo primero y el enchuzamiento después.

Para éste, varios hombres, armados de una especie de lanzas de dos metros y medio de longitud, y que llevaban adherido en su extremidad superior, en vez de cuchilla, un hierro agudo y punzante, recorrían, á caballo también, los extensos prados por que pasaran antes los dejarretadores, y mataban á las reses introduciéndolas el pincho por la inmediación del codillo izquierdo.

Esta operación no estaba, ni está, puesto que aún se practica, exenta de peligros, pues las reses bravas, á pesar de estar imposibilitadas de uno de sus remos, adelantan muchas veces hasta los caballos, acometiendo con mucho ímpetu; y como es preciso que los jinetes se metan muy sobre la espaldilla del toro para herirle, es necesario, en previsión de cualquier percance, mucho tino al dar la lanzada, y prontitud y maestría para regir y volver el caballo en tiempo oportuno.

Otra manera de cazar, y de la que ya hemos dado algún detalle, es la de las bolas, llevándolas unidas á la guindaleta y ésta sujeta á la cincha ó á la cola del potro, al que

tienen amaestrado admirablemente para burlar la acometida de las reses por medio de recortes, hasta el punto de que en muchas ocasiones el caballo, por sí y sin jinete que le rija, queda tirando del toro por medio de la guindaleta, y dejándole á discreción del cazador.

Una manera semejante á la de derribar toros con las bolas, que llevan también unidas por una sola correa, emplean los indios para coger gatos, tigres, aguaras, bisontes, potros salvajes, avestruces y otros animales, así como distintas aves que cazan al vuelo, tales como las auras (1), el condor (2) y otras de la misma índole.

Pero si estas operaciones arriesgadísimas las llevan á efecto con tanto éxito los pehuenches, araucanos, los gauchos, los cazadores del Brasil y los indios de México, poniendo de relieve sus dotes de jinetes sin segundo, también hubo toreros españoles que acosados por la necesidad, viéronse en el caso de imitarles, aventajándolos muchas veces.

Aquella vida de libertad salvaje y de sencillez pastoril; aquellos temperamentos fogosos que se ven obligados á buscar en la lucha algo que compense la calma abrumadora de las tolderías y el trabajo monótono y escaso de las estancias en que el indio nómada cultiva lo que le hace falta, y le hace falta poco en vista de su sobriedad; aquellos días largos y abrumadores en que el Pampero sopla en las llanuras argentinas, levantando nubes de polvo con su

(1) Especie de buitre americano, que pertenece al género catarato. Es ave de rapiña, de dos pies de altura, con matices verdes y encarnados, la cabeza roja y el pico y los pies de color de carne.

(2) Ave de rapiña del género sarcoranfo y la familia de las vulturídeas, indígenas de la América meridional. El macho tiene en la cabeza una cresta cartilaginosa que le ocupa la frente y parte del pico. Todo el plumaje del cuerpo, cola y parte de las alas es negro, y las alas secundarias que cubren las alas son de un blanco hermoso.

aliento abrasador; aquellas noches poéticas y tibias en que ni la nube más leve empaña los cielos, siempre magníficos, siempre pródigos en estrellas, que parecen explosiones de luz, mundos nuevos que brillan sobre aquel nuevo mundo; la pereza que sujeta el cuerpo á la hamaca con tirones de hastío; el poder del espíritu que sueña sin cesar y abate las energías materiales, todo esto necesita un reactivo poderoso.

Al alborear una mañana, cuando entre las copas de los árboles cantan los cardenales amarillos y los jilgueros, el indio sacude su inercia y se pone en pie; su rostro aceituado revela la vida y el afán; su cuerpo se mueve con ligereza y saltando sobre su nervioso coreel, luego de trasegar un trozo de *charqus* (1), rociado con un traguete de ginebra, si la hay, se lanza á campo traviesa, buscando, como D. Quijote, nuevas aventuras, llevando en vez de lanza, bolas y lazo, y dérribando en lugar de caballeros de los Espejos y criados follones, guanacos y avestruces y toros. ¡Qué hermosa libertad! ¡qué hermosa vida! Salta el caballo, sin que le hostiguen las espuelas, sobre anchurosos campos, esmaltados de grama, en que revuelan las aves, produciendo leves rayos de irisados colores al herirlas el sol naciente.

Allá á lo lejos no hay ciudades de atmósferas mal sanas ni torres envueltas en pardas neblinas, sino arcos de espléndido follaje, árboles corpulentos de ramas retorcidas y anchas hojas, sombras azuladas y un cielo azul, siempre azul como el Bósforo, más azul que los Andes vistos á gran distancia, más puro y más terso que las mejillas de una virgen.

(1) Como tasajo.

No hay temor de que la voz humana turbe los oídos del viajero con ese tono desagradable que recuerda al mundo en medio de la soledad. No; el día y el hombre se prodigan y se devuelven caricias de luz y caricias de pensamientos, admiraciones y venturas, entregándose recíprocamente á dos goces: el hombre, al de sentir á Dios admirando á la naturaleza, y el sol, el de envolver al hombre en una red de oro, como para demostrar que todo hombre que va por el mundo silencioso y grave entregado á sus pensamientos y huyendo de la sociedad, merece la aureola de un Dios.

Ahora bien; esta es la manera de ser del indio, su raza es igual, y aquella costumbre es su tradición.

Lucha, porque se considera nacido exclusivamente para luchar, y en aquello indudablemente existe el mérito, ¿pero qué calificativo merecerá el extranjero que no contando con semejante costumbre y arrojado de pronto á las costas de América, se vé obligado á luchar como el indio y á hacer lo que él hace?

La necesidad es gran maestra, pero el repentizar es gran mérito, y en esto se han llevado la palma algunos toreros españoles, entre los que se encuentra el célebre Manuel Domínguez, uno de los valientes diestros que más se han distinguido recibiendo toros, y algunos otros que mencionaremos después, y entre los que se encuentra uno cuya accidentada historia vamos á referir en forma novelesca para quitar en lo posible esa tormentosa aridez de todo lo biográfico.

Para esto empleemos capítulo aparte.



CAPÍTULO XLVIII

Algo que puede servir de prólogo.—La quilla rota.—Hermanos por el peligro.—Los guerrilleros—Deuda pagada.

I

Alborea, pero inútilmente. Los primeros resplandores del día no pueden deshacer las brumas que pesan sobre el mar como los sueños fatídicos sobre el corazón. La nube, desenvolviéndose en sus senos, hace alarde de tonos cada vez más enlutados; se dilata, pero se condensa, y el reflejo mortecino del sol que nace, sólo arroja esa claridad tristísima de los días de otoño, cuando el viento, descorriendo sin cesar brumas grises, deja paso á ese fulgor que ilumina melancólicamente los arroyos y los torrentes formados por la lluvia.

Debajo de la niebla pesada, está el mar rugiente y aterrador enarcando sus olas como para verse libre de aquel hastío insoportable de los vapores condensados. Entre el ruido metálico de la resaca óyese el lejano y bronco sonar de la sirena del buque que pide puerto, y á veces algo así como el eco de una voz llega á la costa, proviniendo de las lobregueces del abismo.

Es uno de esos rumores que no pertenecen al mundo, y que, por fortuna, aún no ha analizado la ciencia, destru-

yendo el encanto más grande de la tempestad, porque son su mayor misterio, y en vano la mente podrá fingir en sus delirios murmullos iguales. Las olas producen extrañas melodías, pausas inesperadas, silencios profundos y crescendos en que parece que el globo, con crugimientos horribles, se disgrega y va á lanzar sus trozos podridos á las inmensidades del espacio.

Desde el horizonte, la oleada engruesa y se alarga; llega vacilando, como si titubeara en romperse ó anegar la tierra. Desprende á veces entre los arcos verdosos que forma, un ligero rizo de espuma que se pierde en seguida, rebota, hendiendo las aguas á su paso, y rompe en la escollera y se alza majestuosa, rígida al principio, desigual después, escupiendo á un lado y otro su iracunda saliva y retirándose humilde con suavidades de seda que se arrastra para volver en seguida más vibrante y atronadora.

Y en tanto las pequeñas olas juegan como tritones é hipan, enredándose en los escollos, en cuyos picos agitan sus alas, esquivando la espuma que los salpica, gaviotas y petreles los pájaros de las tempestades.

Todo esto pudo verse, durante las primeras horas de la mañana de 14 de Octubre de 1836, desde la playa de un pueblecillo situado en las costas de Chile, y que no hace al caso nombrar.

Aquel pueblo ó villorrio, como los de casi todas las costas de todas partes, era pescador principalmente, y decimos esto porque entre sus pequeñas industrias figuraba el contrabando también.

Pero esto, fuerza será decirlo en pró de los sencillos pescadores, sólo se ejercía, ó cuando la ocasión incitaba ó cuando llegaba un año en que la pesca desaparecía de aquellos lugares.

En la mañana que antes citamos, todo el pueblo, hombres, mujeres y niños, estaba en la playa con la ansiedad pintada en los ojos.

Ante su vista se representaba el drama nunca terminado de *El hombre vencido por el mar*, y todas las escenas se desarrollaban lo mismo que siempre.

A un lado plegarias y rezos, útiles sólo para el corazón del que implora. A otro, hombres afanosos por atar cabos y empujar sus lanchones hasta donde llegaban las olas. De una parte, maldiciones y gritos; de otras, *ohes* vigorosos sin respuesta, y toda una muchedumbre desesperada llegando hasta el mar pero no pasando de allí.

Las sombras intimidan mucho.

Y el mar, como saben nuestros lectores, estaba cubierto de sombras.

Vamos ahora al lugar del combate.

Disipemos con nuestros ojos, más potentes que el viento y las olas, las pardas nubes que envuelven á las víctimas.

Las lanchas pescadoras han desaparecido.

Las unas han encontrado el puerto, las otras el fondo; un puerto también.

Sólo un bote lucha á la desesperada, y no diremos que capea al viento, porque sus dos velas, con todos sus rizos y cordajes han desaparecido; pero sí se mantiene bastante bien, aunque es indudable que la marejada lo tragará al fin.

Dos hombres lo tripulan.

El uno sujeta con una mano la pala del timón, siempre enderezado hacia la boca del puerto, mientras con la otra maneja como puede un remo que nada puede contrarrestar la violencia de las aguas.

Su compañero, achica sin cesar la que entra en el bote,

entregándose á su tarea con esa actividad febril que da la desesperación y que centuplica las fuerzas de un hombre.

Los dos tienen tiempo, sin descuidar su situación, de mirar con ojos desesperados en derredor suyo, y parece que la palidez de la niebla va á reflejarse en sus pupilas dilatadas. ¡Siempre el mismo espectáculo! ¡Siempre la ola que pasa y la que la sucede con igual murmurio una que otra, con violencia igual, trayendo amenazas de muerte, como aquellos abismos de Caribdis que cita Schiller en su balada de la copa de oro! ¡Ah, pobres náufragos! No esperéis socorro de los hombres que, harto débiles ó egoístas, no han de venir en vuestro auxilio. No esperéis, no, de vuestras fuerzas, porque se agotarán al fin, que todo esfuerzo humano es ficticio, pues no es eterno. No esperéis que el huracán decline, ni que el mar se aplaque, ni que el cielo engalanado con su eterno azul se presente de nuevo ante vuestros ojos. Tenéis la tumba preparada en el terrible elemento que ondula á vuestros pies, ¿qué más da? Tumba por tumba, ésta os llevará en sus corrientes hasta el vientre de un tiburón ó hasta una rama de coral. En la tierra, vuestra materia sólo serviría de jugo y abono. Plantas y gusanos, la reproducción de la vida, pero ¡ay! esas plantas no brotan regadas por el llanto de los que quedan, ni esos gusanos tienen más importancia que la memoria que guardan los demás del que muere. Luchad, luchad por instinto; luchad hasta el fin, por conservar la vida que tanto queréis; luchad hasta que la mano se desuelle al contacto del remo; sacad el agua de vuestro bote, aunque parezca que no tiene fondo como las cubas de las Danaides; luchad, y esperadlo todo de Dios.

Mas el viento arrecia y los infelices pescadores se sienten sobrecogidos por angustia mortal. La oleada se lleva el go-

bernalles como arrancó la vela, y la lancha empieza á girar como si la hubiera cogido el Maelstróm ó alguna manga del mar de las Indias.

Uno de ellos se echa sobre la parte de popa y quiere sustituir con el remo el timón, y el mar se lleva al hombre también; la quilla está rota, la espuma envuelve cascabeleando al que aún está en pie, pero éste afronta su furor y se lanza á ella.

El combate regular ha cesado y se entabla la lucha cuerpo á cuerpo: dos sombras sobrenadan y se hunden, cobijadas por la sombra eterna de la bruma, siempre cernida sobre el mar; de pronto, una de las dos sombras se rehace y nada con vigor, remolcando á la otra. ¡Generosidad sin límites! Allí, donde nadie lo ve, hay un hombre que se sacrifica por otro; por una sola vez no interviene la vanidad en un acto sublime del hombre. ¡Animo! La tierra no está lejos, y los rostros pálidos de los espectadores se iluminan con ese alborozo del que salva con la intención sin arriesgar nada. ¡Animo, pescador! ya te lanzan un cabo, ásete, pero cuida de evitar las rocas, que tienen menos compasión que las aguas, y tan poca como los hombres.

Ya tocó en la orilla, y cae desfallecido y medio agarrotado por su compañero, que por el ansia de no morir, incurre en el afán humano de querer matar á quien le salva.

☞ Pasa tiempo y los dos vuelven á la vida; los dos se contemplan y se abrazan.

—Jacobó—dice el salvado al salvador,—te debo la vida.

—Jenaro—contesta el otro,—ruega por la mía en la santa virgen del Puerto.

—No lo olvidaré, pero desde hoy somos hermanos.

II

—¿Marchan?

—No.

—¿Se retiran?

—Tampoco, se han replegado y luchan con más encarnizamiento que nunca.

—Esos quiclucas son tercicos.

—Espera; del flanco de la montaña baja la caballería de Mendoza al galope, y parece que va á cargar.

—Mala ocasión han elegido, porque entre aquellos retamares veo moverse algo, y me parece que son las bocas de los cañones enfilados hacia ellos. Los van á diezmar y lo siento. La caballería es el verdadero rayo de la guerra.

—Calla, Jenaro, y déjate de compasiones, que me parece que por este lado vamos á tener serenata también.

—¡Diantre! Cuidado con el puente, y á defenderlo hasta morir. ¡José!

A esta voz del jefe del destacamento, avanzó un mozo español de tipo y también de raza. Era de buena estatura, no muy pródigo en carnes, pero sí recio y musculoso. Vestía airosamente el traje chileno, y calzaba soletas aseguradas con gruesas trencillas de badana. Amplio sombrero le cubría, y bajo sus alas anchurosas se destacaba un pañuelo de vivos colores anudado hacia la nuca, en la forma gitana; sobre su antebrazo derecho descansaba el largo fusil, y completaban su marcial atavío, el ancho cinturón, á cuyos bordes se asomaban las voluminosas culatas de dos pistolas, el chifle (1) nacional y el pesado machete.

(1) Cuerno donde se lleva el aguardiente.

—¿Qué hay?—preguntó sin más ceremonias, fijando en el jefe sus grandes ojos negros llenos de luz.

—¿Eres hombre para salir con tu partida y amilanarme á aquella gentuza?

—¿Que si lo soy? ¡Aónde me los he de tragar?—dijo socarronamente y con marcado acento andaluz.

—Pasado el puente. El objeto es hostilizarlos y contenerlos después sin dejarlos ganar un palmo de terreno hacia el río mientras la acción esté generalizada por allí.

Y tendiendo su diestra hacia el horizonte, señalaba pesadas humaredas, rápidamente producidas por el incesante tiroteó que se escuchaba, y entre cuyo fragor, como ecos de muerte, resonaban los cañonazos más graves, más augustos, guardando pausas entre trueno y trueno.

José no dijo una palabra; pero dando dos pasos al frente, erguido y en actitud arrogantisima, gritó á pleno pulmón:

—Sordaos y banderilleros ar mando de esta güenísima presona ¡vamos pa lante! No se diga que los hijos de España que torear á los toros de Cormenar se achican ante los fusiles araucanos! Chile es España ú lo que sea. ¡Viva Chile!

Después de semejante arenga digna de figurar entre las alocuciones célebres de Napoleón, José dió media vuelta hacia la derecha, y seguido de su reducida tropa, que no llegaría á cuarenta hombres, enfiló la entrada del puente.

Pronto se escuchó hacia aquel sitio un nutridísimo tiroteó, y vióse retroceder en seguida á las guerrillas enemigas; pero esto fué cosa de un momento. Rehiciéronse al punto, y puestos en ala atacaron con ímpetu á la escasa fuerza de José.

Este, poniéndose á la cabeza de los suyos, se lanzó el primero á la lucha, y ora disparaba su fusil, ya haciendo con

él un molinete, lo dejaba caer sobre las cabezas de los enemigos, derribándolos como si fueran frágiles cañas.

Este combate aislado tenía lugar en el valle, por cuyo fondo cruzaba un río ancho y profundo que hacía doblemente envidiable para los enemigos del bando del Sr. José, la conquista del puente, con tanto arrojo defendido, y que por efecto de los metrallazos que sobre él se habían disparado, más que puente, era algo así como un hacinamiento de ruinas, puestas allí por el acaso, y respetadas por el tiempo para comodidad de los caminantes.

De repente se escuchó un vivo fuego de fusilería, y detrás de los bosques que esmaltaban las primeras estribaciones de la sierra, vióse surgir una avalancha de indios feroces que volaban en auxilio del enemigo.

El destacamento mandado por José tuvo un momento de pánico, y cometió esa imprudencia que en todo soldado es un crimen.

Volvieron la vista atrás, y se encontraron aislados completamente.

En pocos momentos, el terror que había paralizado á la pequeña tropa se convirtió en desorden, é insensiblemente comenzaron á retroceder los guerrilleros valerosos hacia la embocadura del puente, mientras, persiguiéndolos y lanzando voces de júbilo, un grueso pelotón de enemigos se lanzaba tras ellos.

El jefe marchaba á la cabeza montando un mulo castaño, con jaez á la berberisca, y la cabezada llena de avalorios y espejuelos.

Había ya repasado el puente la fuerza de José, y el sudicho jefe empezaba á pasarlo seguido de los suyos, cuando sucedió una cosa extraña.

El que anteriormente había atendido por el nombre de

Jenaro, se adelantó solo, como si él pudiera oponerse al paso de la fuerza enemiga.

El del mulo palideció al verle, y dijo con apagado acento:

—¡Jenaro!

—¡Tú! ¡Jacobó!

—Cédeme el paso.

—Nunca.

—No soy tu enemigo.

—Ni yo tuyo.

—Pero soy soldado y defiendo á Orive.

—Maldito sea, yo también soy soldado y defiendo solamente á Chile, cuya causa es más noble.

—La felicidad de la república depende de su presidencia.

—Eso dicen todos.

—No discutamos. Déjame pasar.

—Si logras derribarme y á los que vienen tras de mí, es posible que consigas tu intento.

El jinete y el infante, en quienes nuestros lectores habrán reconocido desde luego á los dos pescadores, con cuyas hazañas empezamos esta verídica narración, se contemplaron breves momentos, sosteniendo esa lucha de pasiones y de recuerdos que tan pronto hace nacer el odio, como domina el que ya se empezó á sentir.

Jacobo rechinó los dientes.

El otro permaneció tranquilo.

Y la tropa de los dos bandos se olvidaron un momento para contemplar aquel grupo, sin comprender por qué aquellos dos hombres se detenían á hablar, cuando debían atacarse como lobos hambrientos.

De repente, Jacobo volvió la cabeza hacia los suyos, y haciendo una señal espoleó á su lujoso macho; pero la

mano férrea de su antiguo amigo, sujetando al animal por las riendas, le hizo encabritarse y dar un violento salto hacia atrás.

El aventurero sacó su machete, y Jenaro desenvainó su sable.

—De los dos únicamente depende el negocio—rugió Jacobo con cólera.

—Ya lo sé; por eso es necesario que no pases.

—Me debes la vida.

—Ya te pagué la deuda, Jacobo; ahora vuelve hacia atrás, y si alguien intenta pasar el puente, te ruego por Jesucristo que no seas tú: mira que la conciencia de mi deber pudiera extinguir por completo el recuerdo de aquel acto generoso que, por serlo y por la hidalguía de tu alma, no me has debido recordar; las circunstancias han cambiado, Jacobo; hijos del mismo país, el azar nos ha puesto en distinto ban lo. Sólo tú y yo podemos saber el por qué no me has hendido el cráneo con tu sable ni yo te he levantado con mi revólver la tapa de los sesos. Si vienes como parlamentario, desmóntate y habla; si como enemigo, retrocede, que estamos dando mal ejemplo. Acuérdate de cuando tripulábamos juntos la misma lancha y el producto de nuestra pesca era siempre igual para los dos.

—No; gruñó Jacobo con sordo acento; soy fatalista, y puesto que nos encontramos en esta situación, creo ciegamente en que es el destino quien nos lanzó á ella. Los hombres de mi temple se proponen pasar y pasan. ¡Vive Cristo! Creo que si hubieras estado en mi situación no hubieras vacilado tanto, porque no soy tan imbécil que no vea que esa palabrería insulsa no es ni más ni menos que una grosera táctica. Quieres ganar tiempo; pero te han venido mal dadas: apártate.

Jenaro levantó pausadamente su pistola, y dijo con calma aterradora:

—Si das un paso, me veré en la precisión de matarte.



Rojo de cólera el aventurero de Chile rasgó con sus acorados espolones el vientre de su macho y quiso avanzar; pero Jenaro, apuntándole sosegadamente, disparó, y le hizo caer por la grupa.

José entonces se precipitó en sus brazos.

—Te has portado como un hombre—le dijo.

—¿Lo crees así?—contestó modestamente Jenaro.

—Con toda mi alma.

—¿Tú que conociste la historia de ese hombre generoso, y, por consiguiente, la historia de mi salvación, hubieras hecho lo mismo?

—El soldado—exclamó enérgicamente el andaluz—no es un hombre en campaña; es una bala de carne que empuja otras de plomo. Er generá dise que aquí te estás, y te es-

tás allí aunque te pudras. Nadie te impide tener frío, calor desagerao, bascas de muerte; pero todo te prohíbe fartar á la consigna.

Pus bien: tu consigna era defender er puente. Cumpliste con la humaniá al advertirle, y te echó en cara su servicio. ¡Mal trabucaso le den al hombre que echa en cara los beneficios que hace!

—A esa historia le falta un epilogo—murmuró sordamente Jenaro.

—¿Cuál?

—He de pagar mi deuda; el hombre que no paga no puede vivir orgulloso.

En seguida lanzó una oblicua mirada al cadáver y pareció olvidar el suceso, viendo los detalles de la acción que en aquel instante se desarrollaba con mayor impetu que nunca. Los ecos de las montañas repetían sin cesar ese fragor horrible, ese tronar continuo que es un clamoreo de muerte. Desde los ribazos, desde la llanura, desde los flancos del monte, desde las frondosas orillas del río, el humo subía á perderse en la atmósfera nacarada y entristecida por los últimos rayos crepusculares. Pronto el toque prolongado de las cornetas anunciaron el final de aquella jornada; la conclusión de aquella escena de la guerra civil, en que tantos hombres se mataban por si éste ó aquel debían ocupar la presidencia de la República, como si no fuera más útil para un país la sangre de diez mil ciudadanos que la elección de un presidente.

Una triste pedantería nos ha obligado á inventar esas tres sílabas *Pro-gre-so*, que en lo relativo á la guerra son el disimulo de la barbarie, y en las demás cosas de la vida el disimulo de la evolución.

Nos hemos empeñado en que el mundo se alargue cuando

rueda; le queremos hacer una línea á través de lo infinito, siendo una grosera bola ó un elipse todo lo más, y creemos que se inventa cuando se repite. Dios, mofándose de nosotros, nos ha dejado como el hombre deja la castaña á la mona; los usos, las costumbres y las creencias para que nos entretengamos hasta morir, y por eso hemos variado mil veces de indumentaria, de religión; nos hemos llamado retrógrados, anárquicos, moderados y terroristas, en el orden político, y sabios, filósofos y soñadores, en el orden moral.

Hemos anatematizado los babilonios y hemos creado á París y á New-York; hemos creído progresar derribando á Vesta y á Júpiter, y nos hemos hecho esclavos de la mujer.

Aplicando la ciencia á la lucha, inventamos armas doblemente mortíferas que los gladios de Roma y las catapultas de Grecia, y nos tenemos por mucho más civilizados.

¿Á qué se llama barbarie? ¿No lo es la matanza? ¿Es menos digno de censura el Dos de Mayo que la noche de San Bartolomé, porque el hombre haya saltado á través de unos cuantos siglos? ¿Vale más Cronwell que César? ¿La sangre que se pierde en las batallas de hoy, no arrebatada para siempre una vida lo mismo que en las batallas de ayer? ¿Hemos cambiado los hombres de armazón y organismo?

¡Ah! no; somos, sin más variantes que nuestras creencias estúpidas, la misma bestia humana que no supo imponerse en el paraíso á sus sacudimientos nerviosos y á las tentaciones de su deseo; somos los hombres primitivos hechos carne mil veces; sí, verdaderos montones de carne, desgastados por el mucho andar y degenerados por el roce; procesión ridícula que vaga de una parte á otra dando vueltas y vueltas en rededor de ese mundo que no tiene más mérito que la bola del escarabajo; multitud que se

creo noble porque lucha con guante, y vistosa porque ha variado mil veces los guiñapos con que se cubre su osamenta.

Evitemos salirnos de la cuestión, tratando de amontonar pruebas para testificar que el mundo no ha cambiado y que la guerra es brutal, cosa que saben los que la hacen mucho mejor que los que filosofan acerca de sus resultados, y sigamos con nuestra historia.

Hemos dicho que las cornetas habían anunciado el fin de la jornada.

Llegaba la noche, y la luna, esa hostia de lo infinito, según Víctor Hugo, se levantaba majestuosa en un cielo sin nubes.

Por todas partes empezaban á manchar la oscuridad naciente, mil puntos de luz.

Los campamentos hacían alarde de su animación característica.

Los soldados, que esperaban la muerte al nacer la aurora, querían vivir treinta años en una sola noche.

Los camilleros cruzaban por todas partes con sus pesadas cargas, uniendo á la pésima impresión de la batalla, la que les hacían los lamentos ahogados de los heridos que conducían al hospital de sangre.

Todos iban hacia allá, hacia el último extremo del valle, huyendo del río, cuyas ondas tanta sangre había llevado.

Sólo un hombre caminaba hacia él y parecía poner todo su empeño en evitar el encuentro de las patrullas y de las camillas.

Por fin llegó al puente funesto, sobre el que aparecían multitud de cadáveres.

Al otro lado, el enemigo había establecido su vivac y se oían sus cánticos y sus vociferaciones resonar á lo lejos.

El caminante, que á juzgar por su uniforme era un jefe de cierta categoría, se detuvo un momento, y los plateados rayos de la luna descubrieron entonces la pálida faz de Jenaro.

¿Qué buscaba allí? ¿Iba á congraciarse en su obra? ¿Iba buscando algún despojo lo mismo que un soldado vulgar?

No; su cabeza se inclinaba sobre el pecho con la tenacidad del que se siente dominado por una de esas ideas fijas que nada pueden torcer y que nada saben respetar.

Se inclinó sobre aquellos héroes muertos y buscó afanosamente.

Al fin, hincando una rodilla en tierra y haciendo prodigiosos esfuerzos, consiguió sacar abrazado un cadáver que vestía el uniforme enemigo.

Era el cadáver de Jacobo.

Su rostro, visto á la claridad de la luna, infundía un espanto sin límites, porque la bala de su amigo habíale destrozado por completo la cabeza, dando á su semblante una crispatura que hacía mucho más terrible, más acentuada la expresión feroz de su fisonomía cobriza como la de un mula'o.

Jenaro, abrazándole tiernamente, como si aún viviera, le llevó arrastrando hacia uno de los lados del puente en que la metralla había hecho más destrozos.

Debajo de sus pies pasaba el río mugidor, haciendo saltar su agua espumosa que á la claridad de la luna adquiría lívidos tonos.

—¡Hermano mío!—dijo dulcemente—cuando me salvaste la vida arrancándome á la furia del mar, sólo me pediste que yo rogara por la tuya á la Santa Virgen, que era la patrona de todos nosotros, de nosotros los pescadores, no los guerrilleros. Aquel día contraje contigo un compromi-

so más solemne que los que se juran ante el altar. Juré ante Dios mentalmente perder la vida por tí; pero no juré perder el honor. ¡Me le quisiste comprar con tu acción generosa, y yo te dí la muerte para evitarte la infamia de tu pensamiento! Tú me sacaste del abismo... volvamos á él.

Y sacando con mano nerviosa un revólver de su cinturón, y estrechando con mucha fuerza el cadáver de Jacobo, se colocó tan fuera del destrozado pretil, que el movimiento más leve podía precipitarle á la tumultuosa corriente.

En aquel momento se oyeron esos pasos característicos de la tropa, y en el extremo del camino, sombreado por grandes árboles, apareció una fuerte avanzada.

Oyóse en el silencio el piñoneo de las llaves de los fusiles al ser amartillados.

—¿Quién vive?—gritó una voz robusta.

Sobre la plataforma del puente, inundada de luz, se destacaba vigorosamente la erguida figura de Jenaro sosteniendo el cuerpo de Jacobo.

—¿Quién vive?—preguntó la voz por segunda vez.

—Vive—respondió Jenaro con un gemido melancólico—el que no está desesperado.

Sonaron cuatro tiros, á los que respondió una detonación más apagada, y la patrulla siguió, mientras los cuerpos de los antiguos pescadores caían rebotando al abismo.



CAPITULO XLIX

En la cantina.—Se da á conocer un nuevo personaje.—La prisión.—El torero y el caudillo.—La sentencia.—Un aviso á tiempo.—¿Quién es ella?

Si nos refiriéramos á un ejército regular, podríamos decir que el toque de silencio había sonado y que sobre la inmensa planicie en que se hallaba erigido el campamento no resonaba el más leve rumor; pero como tratándose de países tan agitados como la república Chilena, sobre todo en el tiempo á que aludimos, no sólo no era posible contar con un ejército organizado, sino que, por el contrario, en los frecuentes disturbios políticos que ensangrentaban el país, sólo intervenían fuerzas heterogéneas, verdaderas bandadas de aventureros de todas partes, molucas é indios feroces, los cuales no reconocían más ley que su independencia, ni otra disciplina que su capricho, diremos sencillamente que después del combate sostenido durante todo el día los cuerpos se entregaban deliciosamente al descanso, sin esperar órdenes para hacerlo, y bajo la lona de las tiendas no se oía más ruido que el violento roncar de los cansados combatientes.

Al exterior rugían los ocelotes (1), que aspiraban las

(1) Especie de gato montés.

emanaciones de la sangre derramada recientemente, y de vez en cuando las sigilosas pisadas de los escuchas y las voces de los centinelas.

Situada en medio del campamento podía verse una tienda muy grande, consistente en una inmensa lona vieja, remendada y tendida en forma de tejadillo sobre dos pies derechos. El fondo estaba recubierto con bálago, piedras y ramaje, y la puerta, ó, mejor dicho, abertura que daba acceso á lo interior, ostentaba un cartel en que una mano inhábil había escrito, con tan mal gusto como pésima ortografía, estas elocuentes palabras:

KANTINA

AY HAVES Y HAGUARDIENTE DE CAÑA

SE ASA Y SE FRÍE

Ocupando el centro de aquella madriguera digna de tal ejército, veíase un mostrador circular, y junto á él un reducido hornillo lleno de brasas y cubierto por un asador enorme, al que daba vueltas un indio, asando en partes dos ó tres mochuelos y un colimbo. Dos ó tres veladores de caña y tres sillas de tijera eran todo el ajuar de aquel tenducho, ocupado á la sazón por más de cincuenta hombres de todos los países, castas y edades, que no coincidían en más ideas que en la de intoxicarse fumando tabaco de Virginia en los requemados cubos de sus pipas.

Apoyados los unos sobre un codo y el cuerpo en tierra, tendidos á la larga los otros y sentados en cuclillas á la usanza árabe los demás, todos podían servir de muestrario de las distintas razas de la tierra. Allí el rojo quichua cubierto con su piel de guanaco, parecía dormir mientras sus labios sonreían con esa sonrisa astuta que es su sello ca-

racterístico, el sol interior que anima continuamente su semblante. El malayo de torvo ceño y vestido con los colores más chillones para que se destacara mejor sin duda la tenebrosa oscuridad de su rostro, empuñaba el chassepot, como si su corazón, sediento de matanza, estuviera contando por latidos los minutos que faltaban para el nuevo día, y, por consiguiente, para el nuevo combate. La frente slava, la frente que se inclinó tal vez hacia la corriente del Danubio meditando si sería mejor la inmigración que el suicidio, se inclinaba también ahora buscando con sus pensamientos aquellas desoladas estepas en que Tolstoi cantó la *Sonata de Kreutzer*.

Resguardado en la sombra el grave pampero, de rostro bronceado y con tatuaje artificial, deja descansar junto al gastado inglés de lacio pelo rubio, el fusil que vomitó la muerte en la lucha, y todo esto, revuelto y presentado en semejante zahurda, recordaba las noches de Santa Walpurgis, trazadas por el pincel fantástico y caprichoso de Teniers, en que del fondo de las cavernas se destacan sapos hediondos y mujeres con pies de gallina.

El nauseabundo olor á tabaco refumado hacía irrespirable aquella atmósfera, mezclándose con los vahos del sudor corrompido que exhalaban los cuerpos, y los trajes multicolores desgastados por los brezos de las montañas y las penalidades de la lucha. El alma pura de un idealista se hubiera sobrecogido de temor al penetrar allí; y, sin embargo, como en todo mundo grande ó pequeño en ampliación ó en miniatura, allí había también algo que no pertenecía á la masa común.

Lo selecto de aquella sociedad ocupaba el centro de la reunión.

Allí estaba el Sr. José rodeado de otros españoles, que

empuñaban en vez del trabuco la guitarra, arma generosa que suele fusilar los oídos, pero alegre también el corazón de los expatriados, según quien la maneja; aunque es justo confesar que entonces estaba manejada por las manos de un andaluz que acompañaba con ella sus cantares.

Los demás coreaban el canto ó palmoteaban sin cuidarse de si á sus contertulios les interrumpían el sueño ó les hacían más llevadera la velada.

Sin embargo, pudiera asegurarse que toda la reunión oía con gozo aquella música improvisada, guardando silencio mientras las prolongadas notas de las *soleás*, *malaqueñas* y *polos* llenaban los aires con los acentos queridos de la Macarena, Churriana y el Perchel; cualquiera, puesto de pronto sobre el suelo de Chile, y errando por sus llanuras sin saber á dónde iba á parar, hubiera confundido el Bell con el Guadalquivir, sorprendido por semejantes cadencias en medio de la noche.

El guitarrista era un mozo andaluz que no había prescindido en nada del traje de su tierra; pantalón ajustado de talle, chaquetilla corta de paño pardo con bastas coderas, sombrero calañé que participaba no poco del catite jitano, y manta jerezana con borlas. Tenía quitado el sombrero, y el largo mechón de cabellos negros y trenzados que iba á esconderse en su camisa junto á la nuca, revelaban á todos su profesión.

Era torero como el Sr. José, y poseía esa gracia peculiar á los hijos de la tierra baja; mientras con el índice y el pulgar de su diestra arrancaba á las cuerdas vigorosas notas, con la otra mano recorría nerviosamente el clavijero, y sus ojos, negros como las aceitunas de Córdoba, brillaban mirando hacia arriba, buscando en sus recuerdos inspiraciones para sus cantares.

He aquí algunos:

Yo tengo mi mare en Lora,
y al acordarse de mí,
con lo que la probe llora
se ensancha er Guadalquivir.

Macarena de mi vida,
no me vengas con desplantes,
que ya me han dicho tus ojos
que me quieres más que á nadie.

Una explosión de vitores y aplausos acogía cada cantar.
Hasta los rusos y los ingleses aplaudían.

Entonces, y á instancias del Sr. José, el *tocaor* varió el ritmo de la música, y cantó la canción siguiente:

Ven conmigo, gitanilla,
á los toros otra vez;
tú te pones tu mantilla,
yo mi manta de Jerez,
y entraremos en Sevilla
como el sultán entra en Fez.
Va mi jaca braceando,
cual si al andar eligiera
la tierra que va pisando;
tú te vas contoneando
con la mano en la caera.
En la plaza hay mucha gente,
y algazara y vocerío,
pero cesa mansamente
cuando entramos de repente
por la puerta del tendío.
Todos con la vista baja,
y esquivando mis enojos,
miran tu faz y mi faja,
porque si brillan tus ojos
también brilla mi navaja.
Trianera, trianera,
haz que tu vista hechicera
sea sólo para mí,
que no quiero ir desde aquí
al Peñón de la Gomera.

El músico se interrumpió de repente, y todos contuvieron el entusiasmo pronto á desbordarse.

Los pasos precipitados de una patrulla resonaron al exterior, y un hombre jadeante entró en el tenducho.

—¿Qué hay, Montmidier?— preguntaron algunas voces.

El interrogado, que á cien leguas trascendía á parisién del barrio latino, es decir, á calavera en ambos continentes, respondió, mientras enjugaba su cabeza:

—Hay, que estábamos mandados por un traidor.

El Sr. José levantóse de un salto al oír esto, y gritó, encarándose con el francés:

—Eso es mentira.

—Caballero...

—Dicho está; Jenaro Colmenares no era un traidor á sus ideas.

—Los míos le acaban de dar la muerte.

—Será un asesinato más.

—Vamos á las pruebas y evitemos los vituperios.

—Han de ser claras.

—Han de ser como son. A las nueve de la noche recibí la orden de patrullar por ahí, é hice la mayor parte del camino sin novedad; de pronto, y al desembocar en el puente, ví á la claridad de la luna, el bulto de un hombre que vestía el uniforme de soldado, no la ropa del guerrillero. Dí el ¡quién vive! y nadie contestó.

Aquella figura, que estaba junto al pretil del puente, se contentó con volver el rostro, pensando sin duda que le habían de proteger contra nuestro fuego las insignias que ostentaba en su traje. Yo le reconocí al punto. Era Jenaro, sí; Jenaro que iba á pasarse al enemigo.

—Era Jenaro, que iba á salvar á un hombre—interrumpió el Sr. José con voz vibrante.

—A ver si calla ese—exclamó la voz soez de un aventurero de la Unión.

—¿Quién lo ha dicho?—rugió el torero frenético de ira y echándose atrás.

—Yo—dijo la misma voz, asomando por entre los hombros de los circunstantes una cabeza enorme y granujienta, que revelaba á uno de esos hombres en quienes la energía moral ha muerto para dejar paso á la energía alcohólica; aquel rostro era todo brutalidad é ignorancia, y tenía, por precisión, que despertar la antipatía de todo el mundo.

Pero por desdicha existe una relajación humana que se llama curiosidad.

La agresión del yankée, podía originar una lucha.

Y qué mayor delicia que estos espectáculos.

Pronto los asistentes formaron un cuadro, en cuyo centro y como en una cárcel de hierro quedaron encerrados el torero, el americano y Mr. Montmidier.

Digamos algo de éste, para que el lector pueda ver cuál era el móvil que le guiaba al intervenir en una lucha fratricida, en que no era por tal ó cual presidente por lo que guerreaban los más, sino por la esperanza del botín, ó por alguna causa especialísima.

La causa que había convertido en guerrero al francés, era la más vulgar.

El amor.

Pero no ese amor que inspira las grandes obras ó las grandes páginas.

No era el amor de Tasso á Eleonora de Este, ni el de Petrarca á Laura, ni el de Edgardo á Lucía, ni siquiera el de Luis XV á Juana Vaubanier.

Era una pasión por la carne aumentada por el sacrificio.

Montmidier había sido poeta.

Pero poeta de pié forzado, de esos que reducen su gloria á aconsonantar frases y frases, durante esas largas noches

de invierno en que el Sena se cristaliza, y los bohemios y los trasnochadores, buscan religiosamente las *brasseries* para gritar como energúmenos, más que al calor de la mortecina lumbre de la estufa, al calor del abigarramiento y del humo de sus pipas de barro.

Al principio de su vida quiso ser un personaje de Poe, y se entregó á los amores fantásticos que huyen de la carne como la sombra de la luz.

Pero su modo de ser exclusivamente material, le pedía amores menos castos.

Su cara larga y aguzada por la barbilla como la de todos los hombres astutos, no provenía en su favor; su boca abierta á todas las sonrisas, y careciendo de todos los dientes, no parecía un molde á propósito para fundir esas palabras huecas que son algo así como los suspiros de monja, un dulce que empalaga. Sus ojos velados por la miopía primero, y luego por los lentes de diverso grosor que llevaba puestos constantemente sobre la nariz inconmensurable, el lunar de largos pelos color de cáñamo, que ostentaba en su mejilla izquierda, su calva sucia é incipiente, en fin, hacían de él uno de esos personajes que en las operetas cómicas representan invariablemente al agente de policía.

A fuerza de amar á las grisetas, mirando el amor bajo todas sus fases, sintió el hastío de la amabilidad femenil, y apurando de salud, y de capital perdido en el juego, se fué un día á Montparnasse, y sacando del bolsillo la única moneda de cobre que le quedaba la echó á lo alto.

Si hubiera salido cara, Montmidier, que había hecho ya testamento dejando sus lentes á Mausard, y á Thiers su obra póstuma titulada *Memorias del último hombre de la Francia*, se hubiera levantado infaliblemente la tapa de los sesos.

Pero por fortuna salió cruz, y la cruz para Montmidier era entonces el símbolo de la emigración.

Cuando encontraba algún conocido de boulevard ó algún amigo de figón, les solía decir:

—¿Sabes que me voy?

—¿A dónde?

—A la América del Sur.

—¿Y qué vas á hacer allí?

—A poblar las terribles soledades argentinas.

—¿Vas solo?

—Con mis *vastos* conocimientos.

Encaróse con el Director gerente de la empresa de las Mensagerías marítimas, y pidió plaza en un buque en calidad de cocinero.

—¿Ha practicado usted mucho el oficio?—preguntó el funcionario.

—No, señor; pero soy muy ducho en flambres.

—¡Ah!

—Soy poeta; y como Rossini es un gran cocinero, me he dicho: vaya, pues seré Rossini.

—No lo diga usted alto por si se ofende.

—¿En qué quedamos?

—En que todos mis cocineros han sido negros; pero entre ellos no ha habido nunca un poeta, y si yo le admitiera á usted se resentiría la clase.

Nuestro héroe, terco ante el destino, se contentó con encogerse de hombros, y después de pasarse la mañana contemplando los cadáveres de la Morgue y escupiendo al Sena desde el Puente Nuevo, aprovechó la dulce quietud del crepúsculo, y, sobre todo, la ausencia del sol, y se puso en camino para el Havre.

Como no llevaba dinero, no se marcó tampoco itinerario.

La verde alfombra de la campiña era el mantel espléndido de su mesa.

Bien que sobre aquella mesa no solía haber otro manjar que alguna manzana ó algún membrillo que había costado al anfitrión más de un deterioro en su indumentaria al es- calar las tapias de una huerta.

En Audemer ganó seis sueldos copiando un bando del alcalde.

Esto le entretuvo seis horas; pero en cambio le dió derecho á comer un pan de cebada y á beber un vaso de vino.

Al fin llegó al Havre y se embarcó en uno de esos grandes buques que después de haber sido negreros se dedica- ron á transportar inmigrantes, cargamento que merece me- nos cuidado que las pacas de algodón.

Llegó á Chile, y al encontrarse solo le sucedió una cosa extraña.

Sintió un deseo vehementísimo de amar á una de esas doncellas doradas, descendientes de los Incas ó de los Mo- lucas ó de una raza cualquiera, con tal que sus cabellos fueran de un negro azulado y cayeran en desorden sobre la espalda, llevando de adorno sobre la cabeza una corona de plumas amarillas y rojas. Su pecho moreno debía ostentar- se sin veladuras para sus redondeces, y en su cara, preci- samente ovalada y pálida, de una palidez mate, debían brillar dos ojos negros y relucientes como la entrada del averno; su boca debía tener labios lascivos, gruesos y rojos; su vestido debía consistir en una especie de tonelete ó falda corta de riquísimo raso de colores que sólo ocultara la ro- dilla, ese único punto antipático para Montmidier, y que dejara al descubierto la pierna robusta, calzada con medias de seda y valiosísimo zapato de charol; sentíase, en fin, el

Vasco de una Sélíka americana, vertida al francés por Barnum.

¡Sueño inútil! Cuantas mujeres se ofrecían á sus ojos eran de lo más vulgar que puede soñarse. Rubias insípidas, morenas aceitunadas y ceñudas, contra las que aseguraba que tanto valía adorar á un camarero del café de París; blancas pelinegras, que son un bocado exquisito, y morenillas de ojos grandes y azules, el tipo de mujer que siempre agradó más á los idealistas.

Cierto día, el 22 de Octubre del año 36, un día espléndido de primavera en aquel hemisferio austral, Montmidier paseaba por las calles de Concepción, y no podía menos de recordar á la vigilancia urbana de París viendo brotar entre las piedras de la calle de aquella ciudad chilena el césped y el jaramago, mudos compañeros de las ruinas, los cementerios y las poblaciones abandonadas.

De repente, un suave perfume le hizo levantar la cabeza, y estuvo á punto de exhalar un grito.

Una mujer había pasado junto á él.

Y aquella mujer era una india verdadera, pero sin plumas, sin medias de seda, que se vieran á lo menos, sin tonelete, y con los cabellos peinados y recogidos.

Al pasar, le había lanzado una mirada que le dejó sobrecogido.

Una de esas miradas que desde Marco Antonio á Marco Bruto han hecho á todos los hombres esclavos de todas las mujeres.

Montmidier echó á andar detrás de aquella forma blanca, que caminaba con la elegancia de un cisne y la majestad de una reina.

Cruzó calles y plazas, y como la Elvira de Espronceda, llegó al campo, internándose al fin en un bosquecillo de

gomeros, entre cuyo intenso verdor se veían blanquear los muros de una casita, que despertó en el joven francés alegres ilusiones. La fachada principal, sobre la que daba el sol de plano, ostentaba en su centro una puerta sombreada por ancho cobertizo, sobre el que se alzaban enlazándose las malvas y las madreselvas; cuatro ventanas decoradas con persianas verdes, se abrían sobre los macizos de flores que llenaban el ambiente con su suavísimo perfume, y entre las flores se ostentaba una pajarera, dentro de la que saltaban dos ó tres pájaros de espléndido plumaje, y en cuyos barrotes producía el sol deslumbradores destellos de oro.

Distraído momentáneamente Montmidier por la decoración espléndida que se presentaba ante su vista, no pudo menos de pensar:

—Si á todos estos árboles, y á esta casa, y á estas flores, y á esa pajarera, y á esa mujer las rodeara una verja dorada, me creería en Fontenay-aux-roses, á pocas leguas de París; la verdad es que la patria es una gran cosa.

Ya iba á exhalar un suspiro, cuando la extraña volubilidad de su pensamiento le ahogó en su corazón.

La desconocida se había vuelto hacia su perseguidor, y de espaldas á la casa y medio oculta entre un jaral, parecía una de esas heroínas de los cuentos de los hermanos Grim.

Montmidier la tradujo al francés en cortos instantes.

Era una hermosura espartana que tocaba á silencio en el corazón del que la veía; su rostro estaba dibujado perfectamente, si la expresión nos vale, y sus líneas eran correctas y puras y muy armónico el conjunto, pero le faltaba vida como al mármol de Paros; tenía los ojos de un negro profundo, y, sin embargo, aquellos ojos no animaban

el semblante, sino que lo decoraban como un detalle necesario; su boca, roja como las cerezas, no estaba contraída, ni expresaba desdén, ni anhelo, ni tenía ese reflejo húmedo de los temperamentos apasionados; y todo su cuerpo, envuelto en una especie de bata rayada, lo suficientemente justa para dejar adivinar algo de las formas espléndidas de aquella mujer, llenaban de admiración pero no despertaban la simpatía; parecía la estatua yacente de una emperatriz que había dejado su panteón para guiar al aventurero.

Este la contemplaba atónito y se sentía completamente trastornado.

Su ideal le había salido al encuentro.

Una mujer insensible, es decir, un obstáculo que vencer.

Una mujer que no era como las demás.

Ya se empezaba á llenar su alma de júbilo, cuando la dama, levantando el brazo con los tres movimientos de un autómata de la *Coppelia* de Hoffmán, llamó á Montmidier.

Este se acercó sombrero en mano.

—¿De qué hemisferio venís?—preguntó ella con una voz tan lánguida, tan débil y exenta de dulzura, que parecía venir del otro mundo.

Montmidier se quedó alelado creyendo que estaba delante de una monomaniaca, pero había tal seguridad en la pregunta y tal fijeza en los ojos de su interlocutora, que no vaciló en responder:

—Casi del hemisferio boreal, señora; pues aunque me he criado en París, he nacido en Compiègne, departamento del Oise.

—¿A qué legión pertenecéis?

—A la de los desocupados.

—¿Qué buscáis?

—Amor.

Al decir esto, el joven adelantó un paso creyendo encontrar una mirada de simpatía que turbara con un relámpago la eterna sombra de aquellos ojos. Pero aquellos ojos permanecieron fríos y mudos, y la voz de la mujer, más glacial que nunca, exclamó sin desprecio y sin arrebató:

—No reúne usted condiciones.

—¿Cómo?—exclamó estupefacto Montmidier.

—El amor, como la luz, como los aromas, como todas las galas de la naturaleza, necesitan objetos dignos en que fijarse, y usted, como tantos otros, rompe el equilibrio de la hermosura y la suprema ley de la armonía. Sígame usted.

Y volviéndose con ademán tan acompasado, tan lento, tan musical como una sinfonía de Delibes, se dirigió hacia la puerta de la casa.

Montmidier, dispuesto á continuar hasta el fin aquella original aventura, penetró detrás de ella.

Ya había subido la extraña mujer unos cuantos escalones, cuando volviéndose de repente, dijo:

—Pase usted delante.

—Señora—exclamó respetuosamente el joven,—me he quitado las gafas, y ahora, á no ser por la claridad que difunden sus ojos, tendría que caminar á tientas.

Después, y al pasar á su lado:

—¿Usted es por casualidad de Iverness?—dijo.

—Soy—dijo cogiéndole el brazo con un vigor que negaba su indiferencia de costumbre,—soy india de la sierra madre.

Y fuese ilusión ó realidad, el francés vió salir un relámpago de aquellos ojos.

Cuando llegó al piso primero, estaba completamente enamorado.

La incógnita empujó pausadamente una puerta y entró, seguida siempre del aventurero; penetró en una habitación ricamente decorada, en cuyo centro, y rodeando á una mesa maqueada y cubierta de copas riquísimas, entre las que blanqueaban algunos rollos de papel, había hasta diez hombres, que vestían el uniforme militar chileno.

Uno de aquellos oficiales, que tenía el pecho cuajado de grandes cruces y encomiendas, y era sin duda el de más graduación, alzóse de su silla al penetrar en la estancia los recién llegados.

—¿Qué hay, Violeta?

—Poca cosa—respondió la insensible.

El general (en Chile hay muchísimos generales) hizo una seña.

Poca cosa, ó sea Montmidier, avanzó con altanería.

—Tienes aire de neófito—dijo el soldadote lanzando una carcajada brutal que no halló eco en los circunstantes.

El francés dirigió una mirada rápida á su interlocutor, y, sin embargo, tuvo tiempo de examinarle de pies á cabeza.

Era un hombre atlético y de más de mediana estatura. Su cabeza, coronada de cabellos recios y cortos, era grande y desproporcionada, y su frente, corta é incapaz, al parecer, de encerrar otras ideas que las que sugiere la astucia; dos ojos pardos, que nunca dejaban de moverse, brillaban bajo sus cerdosas cejas, denunciando la falta de imaginación que en los hombres vulgares es sustituida por una malicia extremada; sus carrillos, redondos y cubiertos de cicatrices, así como su barbilla redonda bajo la cual caía una papada gruesa y fofa, no tenían el menor asomo de barba.

Según hemos dicho, vestía el uniforme chileno y ostentaba las insignias de una alta graduación; tenía algo del

tipo con que la historia nos retrata al mariscal Lannes, y, como aquél, era soez en alto grado; pero le faltaba mucho para llegar á ser tan grande.

Todo su ser respiraba egoísmo y brutalidad.

Era militar, como pudiera ser carnicero, y para él la espada, el arma del honor, no tenía más mérito que la cuchilla.

—¿De dónde vienes?—preguntó como había preguntado antes la que él designó con el nombre de Violeta.

—De Francia—dijo Montmidier.

—Eres francés, según eso.

—Soy francés.

—¿A qué logia perteneces?

—A ninguna.

—Serás de la nuestra.

—Como gustéis.

—¿Hace mucho que has llegado á América?

—Doce días.

—¿Eres revolucionario?

—Adoro el 93.

—¿Qué es eso?

—¿No habéis leído la historia de Francia?

—Yo sólo conozco la historia de los hijos del Sol. Tú amarás la libertad.

—Sí.

—¿Quiéres ganar dos pesos cada semana?

—¿Y qué tiene que ver la libertad con los dos pesos?

—Responde.

—Si no es comprometido, no hay inconveniente.

—Hay que hacer la guerra.

Y después de un momento de reflexión, añadió, volviéndose hacia sus contertulios.

—Este no valdrá para eso.

—¡Hasta el grano de arena es útil—exclamó uno de los circunstantes con aquella solemnidad mística que había chocado tanto á Montmidier cuando escuchaba á Violeta.

—Su rostro—prosiguió el generalote examinando al joven como un mulatero su mercancía, su rostro es más útil que su naturaleza mezquina; esa cara delgada, angulosa y pálida, revelan la astucia; pero ese cuerpo débil y enfermizo está tan próximo á caer como la encina podrida del monte al paso del vendaval; sí, hermanos míos, ya estoy cansado de reclutar brazos, y me hacen falta inteligencias; no quiero tigres, quiero zorras.

Montmidier se inclinó.

—Pero—añadió el Hércules, cambiando de tono y mirando con zozobra á Violeta, que con el busto erguido y caídos los brazos á lo largo del cuerpo parecía la estatua de la impasibilidad,—cómo has venido tú con él.

—Yo...—exclamó presuradamente el joven.

La india le lanzó una de sus miradas, frías de costumbre, pero tan elocuente que hizo callar á Montmidier.

—Creo, como tú—respondió silabeando casi lo que decía y sin variar las inflexiones de su voz en lo más mínimo,—que te hacen falta inteligencias.

—Sí; pero hace un mes sólo me reclutas hijos de la vieja Europa, y eso merece una explicación.

Montmidier sintió que un rayo de luz exclarecía las tenebrosidades de su cerebro.

Adiós sueños de indias salvajes, independientes, apasionadas; las de mórbidos brazos desnudos y ojos de fuego, las de cabellera de azabache y boca de alhelí; la única que había conocido era más helada que un témpano y tenía por oficio el ser *india rastreadora*, es decir, lo que en la vieja Eu-

ropa, como decía el general, se conoce con el nombre de *gancho*.

¡Horror! Pero tal vez aquello era una apariencia nada más, y la actitud de aquella mujer un antifaz de su martirio.

—¿Qué explicación quieres?—exclamó Violeta.

—Eres mujer, y eres...—ya iba á decir su origen, pero se contuvo—eres demasiado vengativa para olvidar aquello... la mujer que vive con un hombre sin quererle, está siempre dispuesta á hacerle traición.

Ante la magnitud de aquel exabrupto que tanto podía ofender su dignidad femenina, parecería lo natural que Violeta demostrara su disgusto de cualquier manera, pero en su rostro no se movió ni un solo músculo.

Aquel autómatá esperó, sin duda, para mover los labios, á que acabara de darle cuerda su autor invisible, y luego, con voz muy clara y muy reposadamente, exclamó:

—Eres un celoso ridículo.

Un rayo de cólera brilló en los ojos del conspirador, y guiado por el ansia de enfadarse que sienten los que confunden la brutalidad con la energía, adelantó un paso hacia la joven.

Todos se levantaron.

Montmidier sintió deseos de estrangularle.

—Ya hablaremos después—prosiguió el general;—y luego, volviéndose hacia Montmidier, dijo con tono soez:

—No te pregunto tu nombre, ni me hace falta averiguarlo, porque si mañana caes en la lucha, como tus brazos no me podrán ser útiles ya, no me importa ni quién hayas sido en el mundo, ni cuál ha sido el papel que has venido á desempeñar. Debo decirte quién soy yo, para que sepas á quién sirves, porque aunque no seas mi esclavo...

Montmidier quiso interrumpir.

—Aunque no eres mi esclavo, lo cierto es que yo contrato tu vida por dos pesos á la semana, y á pesar de todos los abolicionistas, habrá una esclavitud eterna: la necesidad que se deja oprimir. La estancia que pisas es una logia donde se reunen los hombres nacidos en el país de los veinte volcanes, en ese país que un día dominó el Inca Yupanqui y que se alzó soberbio contra la dominación española. En Chile hace falta una paz definitiva y una libertad sin límites, y esa paz bendita sólo puedo traerla yo, que aspiro á la presidencia de la República.

Montmidier sonrió como hubiera podido hacerlo Voltaire ante la modestia de aquel candidato.

—Perú á un lado y la Argentina al otro—continuó diciendo con calor el pseudopresidente,—amenazan á todas horas comerse esta joya resguardada por los Andes y acariciada por el grande Océano. Arde la guerra entre los apasionados de Quiroga y los míos; pero ya veremos quién ocupa por fin la presidencia. Francés, ¿quieres ser mi partidario?

Al decir esto, dejó caer su mano derecha sobre el hombro de Montmidier.

Este, mirando de reojo á Violeta, exclamó con tono alegre:

—Americano, cuenta conmigo.

—Bueno; toma esta bolsa, busca un guía y monta sobre un mulo que te proporcionarán en cierta casa de Concepción, á donde serás conducido. Desde allí, y andando diez leguas diarias, te encontrarás dentro de una semana sobre las márgenes del Bell, á cuyas márgenes acampa, según mis noticias, la sección de mi ejército que manda Mendoza. Llevarás estos pliegos y se los darás al jefe, diciéndole que traslado mañana mismo mi cuartel general á Arauco, don-

de, si ocurre novedad, recibiré por tu conducto la noticia de lo que sea: tú no llevas otra misión. Ahora marcha.

Montmidier sintióse gozoso de que aquel animal, facilitándole los medios para vivir, le proporcionara igualmente el de visitar de continuo á la mujer aquélla que, en su opinión, había de ser desde entonces su Norte perpetuo. Así, pues, cogió los papeles con una mano y el bolsillo de seda con la otra, é inclinóse ante los individuos de la lógia y de su fastuoso hermano mayor, con más urbanidad que Richelieu ante los zapatos de Luis XV.

Violeta le acompañó hasta la salida.

Montmidier alargó su mano despidiéndose.

Ella no notó su acción al parecer, y volviéndose de pronto con el movimiento pausado y monótono de costumbre, dijo sin variar de voz:

—Velaré por usted.

Montmidier se puso en camino aquella misma tarde, y había transcurrido un mes desde aquel día cuando ocurrió la escena que empezamos á referir.

Volvamos á ella.

Según hemos dicho, los asistentes al infecto tenducho habían hecho corro alrededor del español y el americano del Norte.

Los muchachos del Sr. José estaban decididos á jugarse el todo por el todo.

Pero una mirada del maestro los contuvo.

—Si no fueras un borracho estúpido, y vieras claro—dijo el torero,—podríamos hablar; pero yo, con las gentes como tú, no discuto estas cosas; ¿me has llamado embustero?

—Sí, sí, sí—gritó frenético el americano.

—Pues oye; cuando Dios permitió que mi madre me con-

cibiera, quiso hacerme español, para que fuera un hombre digno, y español soy de casta y de sangre. Aventureros é hidalgos hay en mi tierra, que se dedicaron siempre á defender sus títulos y sus fueros, y embargados con semejante ocupación, no hemos tenido tiempo de aprender á mentir como vosotros, comerciantes de arroz, que apoyais en la palabra patriotismo, una porción de medios para negociar más y con más provecho; ¿quién te manda meterte en lo que no te importa?

—Veo que eres un traidor, y te denuncio á los demás para que sepan con quién tratan. ¿No eras amigote de ese... de ese traidorzuelo ruin á quien acaban de matar y que esta mañana se puso á conferenciar con un enemigo acerca de cómo se había de valer para entregar el puente? ¿Quién había á su lado? Tú, que ahora, mientras tu compinche iba á terminar el pastel que nuestras avanzadas han descubierto, querías entretenernos con músicas...

Un rugido y una blasfemia interrumpieron al newyorkino, y al mismo tiempo el que había tocado la guitarra, se plantó de un salto en medio del círculo; pero el Sr. José, no queriendo que nadie interviniera en aquel asunto, blandió el puño y lo dejó caer con tanta fuerza sobre la cara de su agresor soez, que lo hizo rodar ensangrentado por el suelo.

En el mismo instante él y su compañero se sintieron vacilar.

Dos ó tres indios lanzándose sobre ellos los sujetaron fuertemente.

—¡Traidor! ¡traidor!—gritaron algunos.

—¡Imbéciles! ¡Canallas!—rugió el Sr. José, volviendo hacia la turba su rostro lívido de coraje.

—¡Al cuartel general!—gritaba el americano mientras

procuraba contener la sangre que se escapaba de su nariz.

—Que declare delante de los jefes—exclamaron todos.

—Vamos donde queráis—dijo el torero muy sobre sí; —pero no olvidéis que en España no hay traidores; que nadie sino la necesidad y la simpatía que tuve por los que os pagan me obligaron, y que si me dejáis suelto, no quedábais uno solo para contar vuestra proeza.

Un coro de carcajadas y algunos ahullidos de desprecio fueron la contestación que obtuvo.

Hiciéronle salir de la cantina, así como á sus tres compañeros, convenientemente amarrados, y los condujeron al cuartel general.

Dos oficiales de ejército se paseaban delante de una tienda.

—¿Qué es eso?—preguntaron al ver avanzar al pelotón.

—Un traidor á quien queremos que se fusile.

—Diréis más bien á un traidor á quien queréis que se juzgue.

—Es lo mismo.

—No, por cierto—exclamó Montmidier; que á pesar suyo se sentía atraído hacia los prisioneros. La vida de un hombre es demasiado preciosa para responder de ella á capricho.

—Tiene razón ese hombre—contestó el oficial;—¿de qué clase son los prisioneros?

—Paisanos—dijo uno.

—Entonces no es de mi incumbencia el resolver acerca de su delito, sino del ciudadano presidente; es preciso que los llevéis á Arauco para que él tome el acuerdo que mejor le parezca; pero, ante todo, ¿en qué se funda vuestra acusación?

Montmidier enteró minuciosamente al oficial de cuanto

había ocurrido, pero con imparcialidad y sin engalanar su relato con detalles de su cosecha.

—La traición—exclamó el oficial mirando fijamente al Sr. José, que es el que tenía más próximo,—parece probable, pero el delito de agredir á un compañero es, desde luego, un crimen en la guerra.

—Yo no tengo superiores—exclamó con dignidad el señor José.

—En la guerra sí, amigo mío.

—Yo no combato á las órdenes de nadie; soy guerrillero y además no soy del país.

—Dicen que poseéis antecedentes respecto á la conducta de Jenaro.

—Es un secreto que á nadie pienso revelar, á menos que...

—Decid.

—Á no ser de una precisión extremada.

El oficial se volvió hacia Montmidier, que detrás de sus anteojos miraba con un interés cada vez más creciente la figura simpática del torero.

—Sargento—dijo,—es necesario que con una fuerte escolta conduzcáis estos hombres hasta el campamento de Arauco; volved á la tarde y os daré el parte escrito. Llevadlos.

Montmidier vió el cielo abierto al par que sentía en su corazón extraña amargura.

Iba á contemplar, á oír, á gozar el perfume de aquella flor excéntrica, de aquella Violeta que había encontrado en Concepción.

Pero iba á llevar también un hombre á la muerte. Y aquel hombre, aquellos hombres mejor dicho, tuvieran ó no razón, le interesaban en alto grado.

A las seis de la tarde se puso la comitiva en marcha.

La tarde estaba hermosa, pero saturada de esa electricidad que es la mensajera de las más furiosas tempestades; ni un soplo de viento refrescaba el rostro, ni hacía ondular las amarilis que esmaltaban las anchas praderas y entre las que se hundían los pies de los caballos, como en una mullida alfombra. A veces un pajizo rayo de sol iba á iluminar desde el ocaso los lejanos montes de un sombrío azul, ó las pálidas llanuras cuajadas de liquen, ó los lagos y charquetales cuya superficie no rizaba ni la brisa más leve. Algunos pájaros, muy pocos, pasaban piando, plegando el vuelo, ó hendiendo los aires como flechas, pero ningún canto alegraba aquella tarde triste. Hacia el Oeste el conjunto era arrebatador; pequeñas nubes ligeras y rizadas como espuma huían velozmente entoldando algún trozo de cielo azul en que empezaba á temblar una estrella, entre zonas de fuego.

Desde la altura por que marchaban los viajeros para seguir después el camino de Arauco, veíanse en primer término los dilatados bosques como oscuras manchas, los senderos perdidos entre mil accidentes, las desnudas rocas desde donde elevaba el condor su majestuoso vuelo, y el valle profundísimo á donde la noche había llegado muchísimo antes que el día acabara de alumbrar aquellas montañas de carmín y aquellos horizontes en que la mirada se perdía buscando la línea divisoria de lo material y lo etéreo, del cielo y de la tierra, del monte y la nube, del dominio del hombre y el centro de Dios.

Montmidier había dejado la delantera y cabalgaba junto al Sr. José y su amigo, á quien llamaremos desde ahora Diego.

Los otros dos toreros iban detrás, entre las gentes de la escolta.

El Sr. José marchaba cabizbajo y seguía con mirada distraída las ondulaciones del camino, que teñía con luz agrisada aquel pesado anocheecer.

Diego canturreaba entre dientes.

Y Montmidier alzaba de vez en cuando la cabeza, irguiéndose sobre su sillín y tratando de aspirar con fuerza algún átomo de aire.

Los toreros, sintiendo desconfianza hacia su compañero, habían resuelto callar.

Él, en cambio, no sabía cómo empezar una conversación que le hiciera simpático.

—Si no tenemos cerca algún albergue—dijo mirando hacia el horizonte del Sur, negro como la tinta,—vamos á pasar una mala noche.

El Sr. José ni le miró siquiera.

Diego prosiguió su cántico.

Montmidier no desmayó por eso.

—Vamos á tener mala noche—siguió diciendo,—y lo sentiré por ustedes.

Al oír esto, que se podía tomar por un sarcasmo más que por una finura, el Sr. José lanzó al joven una mirada rápida y luego preguntó:

—¿Es usted americano?

—No, señor; soy francés y para servirles.

—Está bien; ¿tardaremos mucho en llegar?

—¿Adónde?

—Al pueblo de Arauco.

—No; pero...

—¿Qué?

—Arauco, en esta ocasión, es la muerte.

—Es igual—respondió el torero con la sencillez de un espartano, esa sencillez que admiraba tanto á los indios,

para quienes los hombres de valor son los primeros en el orden del mundo.

—Es que, si ustedes lo desean, yo quiero y puedo salvarlos.

—¿Usted?—exclamó Diego vivamente; y luego, como respondiendo á una sospecha súbita, se entregó de nuevo á sus cantares.

La palabra espía había resonado en su imaginación.

—¿Qué puede usted ir ganando en ello?—preguntó el señor José.—¿Usted, que denunció á Jenaro?

—Caballero—dijo Montmidier mientras refrenaba su jaco, que se encabritaba y quería escapar al galope, como queriendo huir de un riesgo desconocido aún para todos;—caballero, yo no denuncié á nadie; relaté un hecho, y nada más; yo no he abrazado la causa en que milito por entusiasmo, sino puramente por la necesidad del que se muere de hambre y se ve obligado á comer; pero, honrado en mi modo de portarme, soy consecuente con todos los defectos de los que me abrieron los brazos cuando mis compatriotas me rechazaron de los suyos, y sólo ante una gran injusticia les haría traición. Ignoro si fué mi gente la que mató al Sr. Jenaro, ó si fué él mismo quien se hirió al verse descubierto. Yo le intimé para que se rindiera; los demás dispararon, y yo cumplí con mi consigna; pero bajo la fe de ciudadano parisién, pobre y con honra, declaro que jamás he producido á un hombre el más leve rasguño.

El Sr. José, convencido completamente de que se las había con un desgraciado y no con un mal hombre, le contó sin rebozo la historia de Jenaro, la escena del puente y el presunto epílogo que había tenido la historia.

Al terminar, Montmidier, que había escuchado con el

alma puesta detrás de los oídos, no dudó nada de lo que le contó el torero, y en poco estuvo que se arrojara en brazos de éste.

—Es preciso que os salvéis—murmuró—la noche está cercana, y á dos palmos de terreno no se va á distinguir un seto de una catedral: pongámonos al habla con vuestros compañeros, y en cuanto acabe de oscurecer volvemos grupas y...

En aquel momento, y como tratando de evitar á Montmidier la menor idea de fuga, oyóse un pronunciado galope á la espalda de la comitiva, y un nuevo destacamento vino á reforzar la guardia de los prisioneros.

Montmidier exhaló un suspiro, y el Sr. José volvió á bajar la cabeza.

En tanto caía la noche, y gruesas gotas de agua comenzaron á salpicar la llanura con esa profusión que aumenta en dos minutos el caudal de los arroyos, convirtiéndolos en torrentes, y haciendo intransitables los caminos.

Á eso de las nueve estalló un trueno horroroso, y el Sur se desgarró con violentas luces cárdenas y continuas detonaciones. Los viajeros habían espoleado inútilmente sus caballos, que se negaban á dar un paso más y se encabritaban, locos de terror, cada vez que un relámpago, con su siniestra claridad, iluminaba en el espacio de un segundo los grandes árboles, las laderas de los montículos y las pálidas llanuras, cruzadas por ríos improvisados; durante las pausas brevísimas de la tormenta se oía precipitarse el turbión en los barrancos y gorgotear el agua en la oscuridad, cayendo en las simas ignoradas por los viajeros y cubiertas tupidamente por la maleza.

De pronto, al fulgor de un relámpago, vióse correr á un

hombre hacia uno de los lados del camino, mientras su caballo, libre del freno y de las bridas, huía en medio de la oscuridad.

Uno de los toreros que acompañaban al Sr. José, había desmontado é intentaba fugarse valido de las circunstancias.

—Hasta la vista, maestro; yo no quiero morir en América.

Todos los fusiles apuntaron hacia el sitio de donde había salido la voz; pero un grito ahogado, un grito de angustia que se fué perdiendo gradualmente y que erizaba los cabellos, evitó que los tiros saliesen.

Montmidier fué el primero que corrió con el afán de socorrer al que así gritaba, pero no pudo pasar adelante.

Desde el sitio adonde había llegado adivinó lo ocurrido, viendo en cierta parte del torrente que corría mugidor delante de él, una extensa mancha de sangre.

—¡Un caimán!—dijo.

El Sr. José hizo la señal de la cruz y quiso echarse á nado, dispuesto á salvar á su amigo.

—Es inútil—dijo un indio que marchaba detrás;—rézale como si acabaras de visitar su tumba: los caimanés no sueltan su presa.

—Ni los hombres tampoco—añadió Diego sentenciosamente; y empezó á rezar.

Ya de madrugada hallaron una ranchería donde confortaron sus miembros ateridos y secaron sus ponchos, y dos días después avistaban el pueblo de Arauco.

Cuando llegaron á él, el sargento, ó sea Montmidier, ya que no podía hacer otra cosa, hizo que entraran el parte escrito al general, al pseudo presidente de la república, al amante de Violeta; en fin, al hombre más respetado entre

los suyos por su prestigio militar, su amor al pueblo y su ignorancia supina.

El general, á quien llamaremos Orive, y conste que es nombre supuesto, ordenó que los prisioneros fueran trasladados al calabozo hasta que él se sirviera disponer otra cosa.

Aquella misma tarde los llamó para interrogarlos, y procuró que el juicio despertara gran interés, como hacía siempre que se trataba de juzgar á un traidor, el crimen más punible según aquel hombre, que, defendiendo los intereses de Chile al parecer, no buscaba sino la defensa de los suyos, y nuestros lectores saben ya cuáles eran.

El acto debía verificarse en una de las salas de la vetusta casa que le servía de albergue.

Detrás de aquella casa y rodeado de tapias bajas que cerraban por delante una huerta y por detrás un campo-santo, alzábase una severa construcción, que no era otra cosa sino un monasterio edificado en tiempo de Valdivia, con destino á los franciscanos, y que no era en verdad una belleza arquitectónica. En 1820 aquel monasterio, abandonado hacía mucho tiempo, fué restaurado convenientemente para que se instalara en él una comunidad de monjas agustinas.

A eso de las tres de la tarde, el general Orive reclamó la presencia de los presos.

Cuando el Sr. José penetraba en aquella casa donde debía ser juzgado, las campanas del monasterio empezaron á doblar tristemente.

—¿Es por nosotros?—preguntó Diego sonriéndose á uno de sus guardianes.

—Quiá, no, señor—le respondió el soldado,—es por la abadesa de la comunidad que murió anoche.

—¡De todos modos, es una mala sombra!—murmuró sor-
damente el Sr. José.

La sala en que el juicio había de celebrarse estaba adornada con grandes cortinas; en el fondo y construido de un modo bastante rústico, ostentábase el estrado para el Tribunal.

Largos bancos de encina que ocupaban toda la longitud del salón estaban ocupados por los curiosos, entre los que, como es lógico suponer, preponderaban los araucanos y los militares, pero formando singular contraste con aquellos rostros aceitunados ó curtidos por el sol y el aire, y con aquellos trajes extraños, veíase en un rincón el busto de una mujer hermosa, que parecía allí una flor destacándose sobre el cieno.

Aquella mujer era Violeta, siempre con su actitud fría y sus ojos indiferentes.

Dos ó tres mujeres más la rodeaban.

El primero que penetró en la sala fué el Sr. José, despertando con su presencia un murmullo de admiración.

Al entrar se había descubierto, y su cabeza, detallada vigorosamente en la penumbra de la puerta, aparecía llena de majestad; la frente despejada, y ni una arruga que pudiera anunciar el temor; brillantes los ojos, pero tranquilos, y el labio desdeñoso como el que se ve obligado por las circunstancias á desempeñar un papel ridículo que su severidad condena.

El presidente hizo una seña para que se acercara el señor José, tanto peor dispuesto á juzgarle, cuanto mejor había sido la acogida que el público había dispensado al reo, trábandose entre los dos el siguiente diálogo:

—¿Cuál es el nombre que usted tiene?

—José.

—¿Nada más?

—No, señor.

—Pero el apellido...

—¡Ah! El apellido no es el nombre; ponga usted Domin-guez... si quiere.

—¿Y si no quiero?

—Si usted no quiere ponerle, yo no he de decir otro.

—Está bien. ¿Cuál es su patria?

—España. ¿No lo había usted conocido?

—¿De qué pueblo?

—De Gelves.

—¿Dónde está Gelves?

—En Sevilla, hombre; anda usted mal de datos.

—O guarda usted más consideraciones á la presidencia, o me verá obligado á expulsarle continuando el juicio sin usted,—gritó el presidente rojo de ira.

—Haga usted lo que guste—dijo sencillamente, pero con sarcasmo, el torero.

Montmidier, que había ido á situarse en un ángulo de la sala, devoraba con la vista á Violeta y á sus nuevos amigos, y no cesaba de murmurar por lo bajo:

—¿Su arrogancia lo va á perder! Lo pierde sin remedio.

Al fin continuó el interrogatorio.

—¿Cuál es su profesión?

—Lidiador de toros allí; aquí guerrillero.

—Se le acusa á usted de traidor.

—Tengo una prueba en contra.

—Cuál.

—Que recibo á los toros, y para eso hay que matar muy de frente y muy por derecho.

Cesó por fin el interrogatorio del Sr. José y comenzó el de Diego, pero éste no tuvo ninguna importancia; todo el

delito del muchacho consistía en haber salido á la defensa de su jefe, cosa muy natural.

El presidente, que según su criterio, podía ejercer también de fiscal, se levantó para probar en un largo discurso, preñado de imágenes terroríficas y detalles fantásticos, que así como Diego debía ser absuelto y libre inmediatamente, el Sr. José debía ser considerado como un reo de alta traición, á pesar de la generosa fábula que el preso había inventado para dar á la traición de su amigo Jenaro Colmenares todas las apariencias de una acción sin ejemplo, y terminó diciendo á gritos, lo mismo que un clown desde el tabladillo de una barraca.

—Señores y señoras; en vista de todo lo dicho, no vacilo en pedir la pena de muerte para ese hombre. Mañana al ser de día se ejecutará la sentencia.

—¡Bárbaro!—gritó una voz desde las profundidades de la sala.

El presidente, sin tener en cuenta la dignidad de su cargo, tiró del sable al oír aquel insulto, y se dirigió presuroso hacia donde había sonado.

Entonces se produjo un serio tumulto.

Todos los asistentes querían ganar la puerta á puñetazos y los guardias trataban en vano de detener aquella larga cuña de carne que empujaba al reo y á sus guardianes hacia la salida.

El Sr. José sintió de pronto que una mano nerviosa le cogía otra de las suyas, depositando en ella un papel y retirándose vivamente.

El general, en tanto, blandía su sable en todas direcciones y gritaba con voz de trueno:

—¡Violeta, Violeta! ¡Aquí!

Ninguna voz contestó á la suya.

Violeta, Montmidier y Diego, habían desaparecido.

—¡Ah! miserable—rugió entonces el militarote volviéndose hacia el Sr. José, mesándose con desesperación los largos pelos de su lunar, y haciendo salir de aquella boca que parecía la abertura de un sumidero, una espantosa colección de blasfemias;—tú las pagarás todas juntas; llevadle, llevadle,—añadió dirigiéndose á los soldados;—me respondéis de él con la cabeza; que le rodeen de soldados y que le confiese un cura si cree en Dios, hasta mañana que yo mismo daré la orden de fuego.

Y desapareció vomitando imprecaciones, mientras el torero se dejaba atar las manos pacientemente sin dejar de reír.

—¿No temes morir?—le preguntó un indio.

—No.

—Eres un valiente.

—¡Bah! me hago cuenta de que voy á recibir una cornada en el corazón.

Poco después era encerrado en un calabozo y sintió que al exterior aseguraban la puerta con una fuerte barra de hierro. Entonces dió un suspiro de satisfacción al hallarse solo, y sacando de la descosida costura de su calzón el papel que de un modo tan misterioso había recibido, pudo leerle á la escasísima luz de una claraboya llena de telarañas.

Decía así el billete, sobre el cual, según se adivinaba por la letra, había corrido la mano de una mujer ó la de un neurótico:

«Serán próximamente las cuatro cuando os encierren otra vez; nada temáis, pues velan por vos; cuando cierre la noche y no percibáis ningún ruido en la galería, dirigíos hacia el muro mismo en que se abre la claraboya y tatead

hacia la izquierda. Allí habrá un sitio donde sonará á hueco; buscad entonces hacia el rincón y como á dos pulgadas del suelo una especie de tornillo que no tendréis más que empujar para que se abra una puerta, por la que penetraréis cerrándola en seguida cuidadosamente. Era un secreto de los frailes ¿comprendéis? Al pasar la puerta habréis penetrado en el camino de la salvación. Esto bastará; ánimo y esperanza.»

Ni una letra más ni una menos.

El Sr. José volvió el billete en todos sentidos, y únicamente al dorso vió una letra medio borrada, como si por aquel lado se hubiera empezado á escribir. Un rayo de alegría brilló en sus ojos, pero luego se sintió acometido por un presentimiento extraño.

—¿Será una emboscada?—pensó, y añadió rectificando su pensamiento:

—Una emboscada, ¿y para qué? ¿no estoy destinado á morir cuando aparezca el nuevo día?

El nombre de Diego asaltó su mente, pero luego lo rechazó.

—Imposible—exclamó,—es tan extraño como yo en el país; el sargento Montmidier, que tan favorable se me mostró... ¿tampoco! es preciso conocer muy bien el terreno que se pisa para dar todos estos detalles.

De repente se quedó parado.

¡Ah! aquella mujer sin duda ¿quién sabe?—dijo recordando haber visto á Violeta al entrar en la sala... en fin, es preciso salvarse y veremos después.

En seguida fué hacia la puerta y escuchó, percibiendo el ruido de los grandes pasos del centinela; luego miró por la claraboya el reducido pedazo de cielo que empezaba á entoldar la noche, y se dirigió hacia la pared donde debía

empezar su salvación, tanteando el muro con golpes febriles.

Luego se detenía, y parodiando sin darse cuenta la frase que Bretón puso en labios de Quevedo, repetía maquinalmente:

—¿Quién es ella? Dios mío, ¿quién es ella?



CAPÍTULO L

La evasión.—Quién era la monja.—Una mujer al natural.

Para todo el que espera, el tiempo es un martirio y el reloj un verdugo. Nunca se adelanta, nunca sufre el menor retraso esa máquina infernal que marca segundo á segundo, sin detenerse, sin parar, el curso de la vida. La ley puede vacilar, puede enternecerse, porque á través de su máscara de hielo sólo es un hombre quien la aplica; el dolor que nos consume, se extingue ó se calma; el enemigo que nos ataca, puede retroceder y cambiar de opinión; los rigores de la fortuna y las inflexibilidades de una mujer, los destruye el tiempo ó los tuerce la súplica; pero al tiempo, ¿qué súplica le podrá destruir? El hombre condenado á muerte podrá detener un péndulo, pero los demás seguirán marchando, y su tic-tac eterno se le clavará en el corazón. La sonriente faz de la mujer amada, sol único que puede alumbrar el paraíso de la vida, no es lo mismo al pasar cada minuto; el amor, ese reflejo de la juventud, dura menos que el rayo amarillo de sol que centellea entre las nebulosidades del crepúsculo, y en cambio, para el preso que intenta evadirse, cada minuto dura un siglo. ¡Ilusión fatal! El reloj de la vida no se detiene. ¡Sumar! ¡Sumar siempre,

esta la historia! Sumar el segundo, el minuto, el día. Amontonar vicisitud sobre vicisitud, enterrar el instante de la alegría con el instante de dolor, y traer la hora de la felicidad, de la evasión, de la muerte, de la duda, del infortunio, todas las horas de la lucha mundana, sin que el grito salvaje del placer logrado ó el ahullido de la ambición satisfecha, el gemido del que agoniza, ó el grito gozoso del que se ve libre, entorpezca el curso de sus ruedas dentadas, de sus nervios de acero, de aquellas manecillas que, como los dedos de un fantasma, se agitan marcando la hora; sin que pueda ahogar su sonido, que parece la voz que dice: «Viajero de la vida, has llegado á tal estación sin contratiempos ó con ellos. Dios te paga el viaje, y no tienes derecho á conocer el itinerario; viajas hacia desconocidos países, admira y cree; desespérate ó muere, tu destino es inmutable, está marcado el lugar en que has de quedarte para siempre, y todo es inútil mientras no recorras los kilómetros que has de recorrer».

El calabozo que nuestro personaje ocupaba, era muy á propósito para tan tristes reflexiones. Largo y estrecho, interceptado por aquel formidable postigo, tras el cual se relevaban continuamente los centinelas, iluminado apenas por aquella claraboya, por donde apenas entraba ya un resplandor velado del anochecer, más parecía tumba que prisión, tal vez lo era más.

El Sr. José paseábase con agitación de un lado á otro, andando de puntillas, escuchando si á través de las junturas de la puerta, llegaba hasta él algún ruido, tosiendo á veces como un hombre dormido para inspirar más confianza á sus guardianes, y yendo siempre á terminar sus paseos junto aquel ángulo, junto aquella puerta invisible que le debía colocar de nuevo entre los vivos.

Llegó la noche al fin, y la excitación nerviosa del torero llegó á su colmo.

A intervalos oía sonar una hora en el reloj del monasterio vecino.

Y antes y después, aquellas campanas que encendían en su mente la fe supersticiosa, seguían doblando con fúnebre tañido.

Oyó dar las nueve, las diez.

Cada vez que el reloj sonaba, alzábase del suelo y se dirigía hacia el muro, pero un esfuerzo soberano de su voluntad le detenía en su propósito.

—Hasta las doce, no—exclamaba sordamente;—á la hora en que los muertos abandonan su tumba, dejaré yo también la mía.

Y acurrucado en un rincón trató de dormirse, pero una especie de sonnolencia, cuajada de sangrientas pesadillas, le acometió á poco. En el continuo fluir de los sueños veía ora los espesos bosques que había recorrido la noche anterior á las claridades de la tormenta, ya una ciudad fantástica que aparecía y desaparecía alternativamente. Aquella ciudad estaba alumbrada por un sol de fuego, y presentaba risueños jardines, blancos muros, un ancho río por el que derivaban buques de todas las naciones, y allá á lo lejos las caladas agujas de una catedral gótica; de pronto caía la noche, y un caliginoso vapor envolvía á la ciudad entera; las llamas brotaban como serpientes de fuego, y luego se apagaban de pronto. De sus cenizas salía un esqueleto que le miraba fijamente y se aproximaba hacia él. Aquel esqueleto conservaba aún la cabeza que había soportado en el mundo, y aquella cabeza ¡cosa extraña! aquella cabeza era la suya; tenía sus mismos ojos, sus mismas facciones y el eco de su misma voz. Mientras se le acercaba la visión es-

pantosa, sus ojos le contemplaban fijamente, y de su boca salían estas frases: «tú mueres de tí mismo, llegó el momento de morir», y su huesosa mano se aferraba á su cuello, y el Sr. José se estremeció, se sintió morir.

En medio de todo esto, no cesaba de oír el tañido de las campanas y el ruido prolongado del viento en alguna enramada próxima.

De repente despertó sobresaltado.

Le parecía que á todos estos ruidos se mezclaba un chirrido extraño.

Creyó que la puerta de su prisión se abría sin rumor alguno, y que en virtud de una nueva orden del déspota, le sacaban de allí para asesinarle. Llegó su alucinación hasta el punto que se vió obligado á llegar al postigo para convencerse de que no estaba abierto, y de que desde su negro dintel no se veían los pálidos rostros de los soldados del piquete puestos en fila, y que lo que había creído los cañones de los fusiles, no era ni más ni menos que la sombra de los barrotes de la claraboya, esfumados en la pared por la claridad de la luna.

Estaba convencido, pero no quiso esperar más tiempo. ¿Quién sabe si aquella alucinación no era un presentimiento?

Se dirigió hacia la puerta, se tendió en el suelo y escuchó largo rato.

Ningún rumor llegó hasta él.

O los centinelas se habían dormido, ó se creía la prisión bastante segura para intentar una evasión.

Fuera lo que fuera, el preso no se entretuvo en pensar á qué causa se debería aquel silencio.

Adelantóse á la pared, rozó el suelo con su mano calenturienta buscando el escondido resorte, palpó por mil si-

tios diferentes; pero aquel áncora de salvación no parecía.

El Sr. José se detenía, limpiaba su frente empapada de sudor y proseguía con más ímpetu su faena; recorrió todo el muro, ensanchando sus manos, apoyando en él su cabeza ardorosa, todo su cuerpo, ¡nada! ¡nada! aquello parecía una burla infernal.

El preso lo creyó así, y para desahogar su impotente rabia dió un golpe violento contra la pared.

Entonces se oyó un zumbido extraño, y el torero sintió que refrescaba su rostro el aire puro. Palpando como un ciego buscó la entrada que la casualidad le había deparado, y estuvo á punto de lanzar un grito al sentir bajo sus pies los primeros peldaños de una escalera. Sin embargo, no se olvidó de la advertencia consignada en el papel, y cerró la puerta cuidadosamente.

Cada paso suyo le parecía que resonaba como un martillazo sobre una campana chinesca, y parándose aguantaba la respiración, creyendo que así disminuía lo que era, á su entender, un ruido formidable.

Al quinto ó sexto escalón, que había ganado á tientas, parecióle ver cierta claridad, y un rumor confuso, como el de la marea lejana, llegó á sus oídos; ascendió por fin á lo alto de la escalera y empujó un postigo entreabierto.

Un vapor tibio y perfumado llegaba hasta allí; ¿dónde se encontraba? Cualquiera, al verle con su andar sigiloso como el del jaguar, le hubiera tomado por un ladrón. Era una verdadera sombra que andaba sin que sus pasos produjeran ecos. Así llegó al fondo de un pasillo, y entonces se encontró frente á la puerta ojival de un aposento, antesala al parecer, del sitio de donde provenía la luz.

Nuestro protagonista, arrastrándose casi, penetró en

aquella habitación, y sus ojos se dilataron de estupor y asombro al arrojar una mirada á la estancia vecina.

Era una pieza octógona, cuajada de molduras doradas é imágenes religiosas; á un lado enormes sitaliales levantaban sus respaldos góticos hasta la mitad de la altura de la pared, perdiéndose en la sombra sus duros asientos de encina. En el centro, y sobre enorme catafalco, rodeado de paños negros con lágrimas de plata, yacía un cadáver vestido con un hábito de trasparente blancura y rodeado de cirios que crugían y chisporroteaban al oscilar, arrojando sobre el rostro del muerto una extraña confusión de reflejos y sombras.

Junto al lecho mortuorio, una mujer vuelta de espaldas y vestida también de blanco parecía rezar, y allá de las profundidades del inmenso salón, cubiertas de sombra, el ruido incesante que de tal modo había llamado la atención del Sr. José, seguía zumbando como una salmodia que debiera durar eternamente. A veces aquel rumor insólito, debilitándose por grados, degeneraba en una sola voz, voz triste, monótona, semejante al gemido de una monomaniaca, y á la que luego volvía á reunirse el eco de las otras voces hasta llegar á un crescendo que parecía repetir seres invisibles desde todos los ámbitos de aquel extraño albergue.

La hora, la oscuridad, lo crítico de las circunstancias, avivaron de tal modo la superstición del torero, que este se revolvió en su sitio azorado, creyendo que detrás de él se alzaban de súbito pavorosos fantasmas que le contemplaban con miradas sangrientas. Llegó á tanto su excitación, que le pareció que allá en las profundidades de aquella mansión misteriosa se producían mil ruidos sin nombre, el roce de cadenas que se arrastraban, suspiros ahogados, vo-

ces confusas, golpes sordos y horribles crepitaciones y risas lejanas, y siempre, siempre, como un martilleo fúnebre, oía aquel doblar triste, aquellas campanadas lúgubres que habían acompañado su sueño y que habían poblado su espíritu de tantas inquietudes.

Al fin la misteriosa y devota dama se puso en pie, se persignó, y sin producir otro rumor que el del ligero roce de su vestido blanco fué á perderse en la oscuridad.

Entonces ocurrió un fenómeno extraño que aumentó doblemente el espanto del ignorado testigo de aquella escena muda. El Sr. José, algo repuesto de su asombro, se atrevió á contemplar fijamente aquellas facciones que la muerte había paralizado. El cadáver era el de una mujer de indeterminada edad, de pómulos algo salientes y abultados párpados; su boca estaba contraída por una mueca que tenía mucho de sonrisa; pero ni en su rostro ni en sus labios había puesto todavía su tinte cárdeno la muerte.

De pronto le pareció á nuestro personaje que las dos manos de la difunta se movían y se apoyaban sobre las dos bandas del féretro, que sus ojos vidriados se abrían desmesuradamente como los ojos de un míope, que todo el busto, en fin, se alzaba, como el cuerpo de Lázaro de su sepulcro, y que miraba á su alrededor.

El Sr. José lanzó un grito ahogado; y loco, frenético, sin saber á dónde iba, sin cuidado de tropezar, y deseando encontrarse con sus guardianes para que lo fusilaran con tal de no volver á ver lo que había visto, se lanzó fuera de la estancia, siguió el corredor, bajó escaleras, y llegó por fin á un patio inmenso, donde se mecían los árboles al suave aliento de la brisa, y donde la luna proyectaba su benéfica claridad.

El torero, que iba de asombro en asombro, se dió muy

pronto cuenta de que había salido de Scila para entrar en Caribdis. Aquel lugar era un cementerio, y los árboles que el viento mecía y entre cuyas vacilantes ramas se veían temblar las estrellas, eran sauces que se doblaban lánguidamente sobre las tumbas, como velando el sueño de los muertos depositados á sus pies.

Una figura siniestra elevábase junto á una sepultura.

El Sr. José, que carecía de la presencia de ánimo del príncipe Hamlet, no quiso interrogarla y se santiguó, pero pronto pudo convencerse de que aquella aparición era la de un hombre, y, sobre todo, un hombre alegre, puesto que cantaba, olvidando el respeto que merecía aquel recinto:

Díme, madre, en qué estrellita
al morir habitaré,
porque todas me contemplan
como diciéndome: «ven».

Mas no bien había acabado el último verso, cuando volviendo la cabeza y viendo cerca de sí la pálida faz del torero, comenzó por ahullar como un condenado pidiendo socorro. El fugitivo procuraba en vano calmarle; aquel hombre que parecía el guardián de los muertos, sin darse á razones, huyó como alma que lleva el diablo.

—¡Habrás bestia!—se dijo el Sr. José golpeándose la nuca y sin saber qué partido tomar.

Sin embargo, como lo que se podía presumir era que aquel hombre reuniría gente, encaminándose de nuevo al cementerio en busca del aparecido, éste tuvo por conveniente dominar sus terrores y buscar otra vez refugio en aquella estancia maldita.

Volvió á vagar como alma en pena por los corredores desiertos, y volvió también como impulsado por la fatalidad, á la cámara mortuoria.

El cadáver había recobrado su primitiva posición, lo cual hizo creer al torero que había padecido una alucinación y nada más.

Hasta se atrevió á penetrar en aquella especie de capilla y examinarla á su sabor; el rezo se había extinguido por fin, y no se oía más ruido que el restallar de los blandones y el martilleo del corazón de nuestro personaje; el techo de la estancia estaba pintado al temple, y tenía por asunto al profeta Elías esperando junto al arroyo al cuervo que le traía el pan; las paredes ostentaban deliciosos frescos, quizá de la época de Valdivia, según lo resquebrajados y comidos de color que estaban. Servíanlos de orla anchas molduras doradas de fabricación muy reciente, y desde la mitad del muro hasta el suelo, formando artístico contraste con el ornato general, servía de zócalo una brillante combinación de azulejos. En un ángulo relucían las anchas trompetas de un órgano enfundado á medias, y en el fondo, y á la luz indecisa de una lámpara de aceite, podía verse una celosía sobre ancha ventana que se abría sobre un templo, silencioso y abandonado, que iluminaban también dos ó tres lámparas de aceite.

El silencio, la solemnidad, ese vaho fresco y húmedo de las iglesias, la resguardada celosía, el órgano, el murmullo del rezo, todo consiguió reconstituir al fin la realidad en el cerebro de aquel hombre, y sacarlo de su penosa abstracción.

Comprendió todo; recordó que el monasterio colindaba con su calabozo, y que en aquel monasterio había muerto la abadesa, que era, sin duda alguna, la que veía delante.

De repente oyóse un violento rumor de pasos, burdel de gente que iba y venía, que hablaban y parecían presas de extraña agitación.

El Sr. José observó que frente al sitio ocupado por el cadáver de la monja, había una especie de tragaluz ó círculo, cubierto con una vidriera de cristales de colores, á través de los que la luna arrojaba sobre las baldosas del suelo torrentes de luz.

Abrió sigilosamente el fugitivo la vidriera y miró.

El tragaluz se abría sobre el camposanto, y entre los cipreses y sauces, entre las cruces de las sepulturas, podía verse un pelotón de individuos con hachones que examinaban todos los rincones del camposanto con agitación febril, sin que ninguno de ellos se separara del grupo, y todos con visibles deseos de terminar su tarea cuanto antes.

Capitaneando aquella gente, en cuyas manos brillaban las armas, el Sr. José reconoció al guardián, que gesticulaba como expresando el temor que había sentido ante la extraña aparición.

—¡Ahora verás!—exclamó el torero, á quien había ocurrido una idea diabólica, pero que era tal vez la única que podía salvarle.

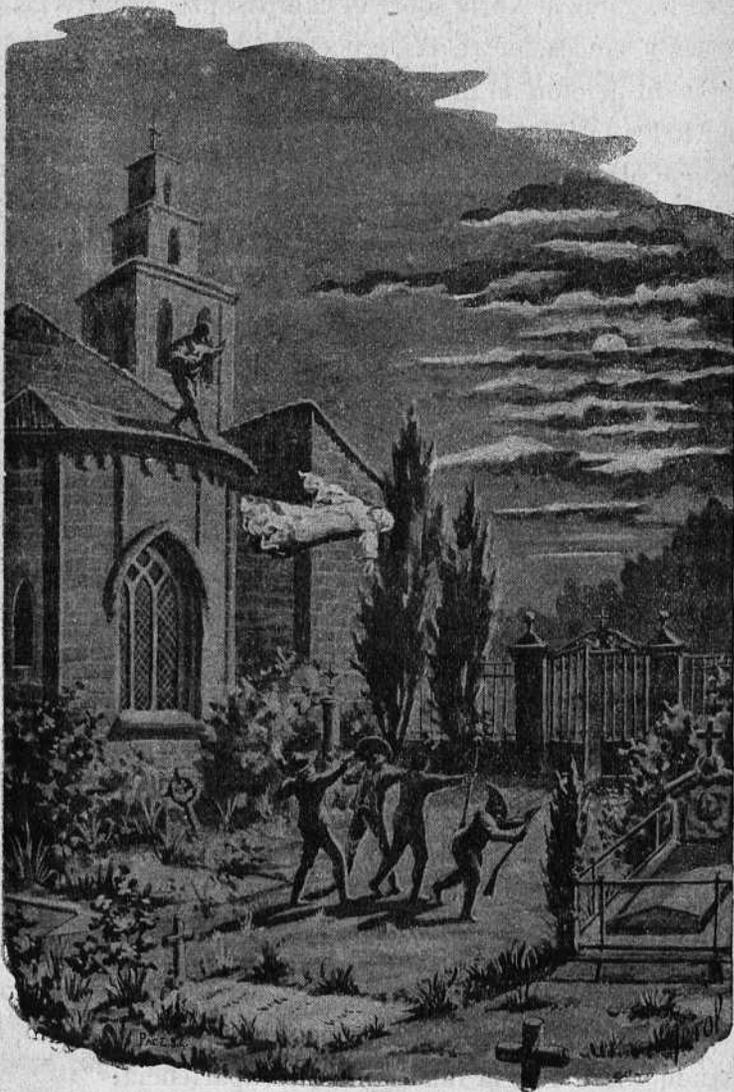
Abrió el tragaluz completamente, y no sin persignarse y sentir secreto temor en el alma, apagó los cirios y metió el brazo por debajo del cadáver arrancándolo de su pesado féretro; en seguida se fué hacia la abertura circular y lanzó dos ó tres gritos estridentes, que desde luego llamaron la atención de aquellos vigilantes nocturnos.

Pronto vió que dos ó tres señalaban el tragaluz á los demás, y que al fin quedábanse todos observando aquel punto negro.

—Ha llegado la mía—murmuró el Sr. José;—y empujó el cuerpo de la superiora hacia el exterior, chocándole, que sin gran esfuerzo por su parte, el cuerpo se irguió, tomando á la luz de la luna fantástica apariencia:

Un grito de horror resonó entonces bajo los árboles, y mil puntos de fuego brillaron en la oscuridad, corriendo como estrellas erráticas.

Pero esto no le bastaba á nuestro héroe, y cogiendo al cadáver por la cintura y resguardándose tras él, salió á la



cornisa y lo lanzó con fuerza al espacio; el cuerpo dió dos ó tres vueltas en el aire, y después cayó sordamente.

Entonces la dispersión fué general.

Todos, ahullando como demonios, ganaron la salida del cementerio, mientras al parecer, bajo el piso de aquel aposento, resonaban rugidos de desesperación y frases de amenaza.

Aquel otro ruido no provenía del monasterio, sino del edificio próximo.

Su fuga había sido descubierta.

El Sr. José se lanzó sobre la rama de un árbol, y después cayó al suelo desde una altura de treinta pies.

Levantóse al punto y echó á correr buscando la puerta, pero de pronto se detuvo paralizado por el terror.

La monja, la abadesa, el cadáver, en fin, envuelto siempre en su blanca túnica, corría desesperadamente en persecución suya, gritándole con voz de chantre: ¡Eh, Sr. José, Sr. José!

Este, repuniéndose al punto, redobló su velocidad; pero la sombra le alcanzó, sujetándole por el brazo mientras gritaba:

—¡Diantre! ¡Así dejáis á los amigos que lo hacen todo por salvaros?

—¡Mr. Montmidier!—exclamó el torero en el colmo de la sorpresa.

—El mismo ¡vive el cielo! pero ¡ea! que el tiempo corre; no lo perdamos, y ayudadme.

Resguardado á la sombra de un panteón, Montmidier se despojó de sudario y toca, hizo un envoltorio con todo aquello, y poniéndoselo bajo el brazo:

—Corred—gritó empujando al fugitivo hacia la puerta, —corred y no me pidáis explicaciones, que un minuto que perdamos os aproxima á la muerte.

Los dos hombres abandonaron el cementerio y empezaron á recorrer callejuelas sombrías, parándose al fin junto á una puerta que se abrió á una palmada suya, cerrándose en seguida tras ellos.

—Al fin—dijo alegremente una voz en la que el Sr. José reconoció al punto la de Diego.

Tras él apareció la hermosa figura de una mujer.

Era Violeta.

La encantadora había perdido, momentáneamente á lo menos, sus apariencias de estatua. En sus hermosísimos ojos brillaban la actividad, la vida; sonreía su boca, y su pie golpeaba impaciente el suelo.

—Vamos, vamos—gritaba;—con cuánto cuidado me habéis tenido, Sr. José; tres horas acechando Diego y yo sin escuchar nada, nada; mil veces juzgamos descubierto el complot, y la desesperación nos ha mordido con el diente de la duda...

—Pero usted no es...

—Sí, yo soy, yo era, mejor dicho, la esclava de ese déspota á cuyo lado me retenía sólo el deseo de vengarme. Ya os contaré; sus celos podían en él más que las preocupaciones políticas, más que todo; es posible que mi abandono le mate, pero ¡ah! sería horrible que no muriera á mis plantas asesinado por mí. Sin embargo, he tenido miedo, os tuve lástima y os he querido salvar. Montmidier me ayudó. Sobre una pared del despacho de aquel hombre había un plano de la casa que os servía de prisión. Mil veces, por disipar mis horas de hastío, había contemplado aquel croquis y me había perdido por los subterráneos del edificio, haciendo la casualidad que encontrara la puerta por donde habéis subido al monasterio. Montmidier puede deciros lo demás.

—Lo demás—dijo el francés presurosamente, como que-

riendo contener el flujo de palabras que salía de los labios de aquella mujer antes tan silenciosa,—lo demás es muy poco. Entré en el monasterio y me dí á pensar qué hora sería la mejor para ejecutar el plan que había madurado. Pronto sonó la hora de comer, y me dije: «el afán de comer suspende los rezos y hace abandonar los cadáveres, esto es positivo». Bueno; ¿pues qué hago? salir en seguida de mi escondite, y guiado por el olor bajar al refectorio: toda la comunidad estaba allí engullendo gravemente, mientras la monja á quien tocaba de lectura silabeaba mirando de vez en cuando los sabrosos manjares y dilatando las ventanas de su nariz lo mismo que un perro pachón y lo mismo que este servidor de ustedes, dominado á la sazón por horrible gazuza. Hice un esfuerzo, sin embargo, subí al coro, arranqué del mondado cráneo de la abadesa la blanca toca, y me la puse; luego la despojé de su hábito, y vistiéndole como mejor pude arranqué á la momia de su caja, la arrojé como un montón de huesos inútiles debajo de los paños mortuorios, y me tendí en el féretro, escondiendo bajo el sudario mi mano izquierda, que sostenía los lentes, y la diestra, que empuñaba un revólver. Así estuve cuatro horas largas. La procesión de monjas desfiló ante mi; quedó una sola, rezó y se fué, y cuando me incorporaba para ver si me habían dejado en paz, un grito me hizo caer otra vez en mi eterno sueño.

—Conque fué usted—exclamó el Sr. José no pudiendo contener la risa...

—Yo, yo mismo; yo, que comprendí vuestra maniobra al abrir el tragaluz y me erguí como Juana de Arco ante sus verdugos.

—Perdone usted, perdone usted—dijo el torero sin poder más.

—¿El porrazo?

—Sí, hombre; sí.

—Mayúsculo ha sido; pero, en fin, estáis salvado, y eso es lo importante.

—Salvado á medias nada más—repuso Diego.

Montmidier exhaló un suspiro viendo la mirada de Violeta fijarse intensa en el Sr. José, cual si quisiera devorarlo.

—Llora, alma; llora tu ilusión perdida—murmuró, y después se puso á cantar por lo bajo la famosa aria de *Stradella*,

Pietà, signore, di me dolente

Pietà, signore.

—¿Hacia dónde nos dirigiremos?

—A Valparaíso—dijo Diego;—allí podemos embarcar.

—No—exclamó Montmidier;—á la Argentina.

—No—dijo el señor José con alegría,—al Brasil; allí nos espera la gloria y la fortuna, amigos míos; mi nombre es allí respetado, y las plazas de toros me abrirán sus puertas y el público nos colmará de atenciones. Al Brasil: allí se extinguió ya el ruido del cañón, y la paz reina en todas partes.

—¡Viva el Brasil!—exclamaron todos.

—¿En qué pensáis, Violeta?—dijo de pronto Montmidier. La mirada de la india expresaba el terror.

—¿No oís?—dijo.

Todos escucharon atentamente.

Nada se oía.

—Sin embargo—exclamó la joven,—presiento un peligro próximo.

En aquel momento, y como para justificar los temores de Violeta, resonaron en la puerta repetidos golpes.

—Huyamos—gritó Montmidier;—llevemos los caballos á la puerta falsa; tomad vos.

Y al decir esto, puso un revólver en manos del Sr. José; pero cuando todos se disponían á montar y ya Violeta había sido colocada en la grupa del potro destinado al torero, aquellos golpes se repitieron con tanta violencia, que la puerta parecía ceder.

El Sr. José se dirigió hacia allí, dispuesto á vender cara su vida.

—¿Qué hacéis, insensato? Montad—dijo Montmidier en voz baja:

—No; montad vosotros, yo quedo aquí para guardaros las espaldas.

—Maestro—dijo Diego cogiéndole del brazo,—creo que lo que queremos es la salvación y no el riesgo sin necesidad.

—Os lo suplico—añadió Violeta, arrojando sobre él su mirada más dulce.

—Mal trabucazo os den—dijo el torero cogiendo las crines y montando de un brinco.

Poco después los cuatro amigos se lanzaban á galope tendido por los sombríos campos, no sin que oyeran silbar algunas balas que se perdieron entre las altas yerbas como ellos se perdían en la oscuridad.



CAPÍTULO LI

Los fugitivos.—Una escena trágica.—Epílogo.

I.

Aunque todo duelo tiene la desesperación por caricatura, es posible que el más hábil pintor no hubiera podido hacer la caricatura de Orive, cuando notó la desaparición de Violeta. No se paseaba por su estancia como hacen todos los héroes de novela, sino que fué á ocultarse en el rincón más sombrío, para pensar á sus anchas qué medio podría haber para vengarse más cruelmente. Estaba en esto, cuando dos golpes dados discretamente á la puerta, le sacaron de su éxtasis meditativo.

—¡Adentro!—gritó, como hubiera podido decir: «Pena de la vida al que entre», y luego se puso á contemplar el techo con distraída mirada.

Entró un jefe de guardia, y se cuadró militarmente.

—¿Qué hay?—preguntó el general.

—Señor; una cosa grave.

—¡Dos!—murmuró distraídamente Orive, no pensando ya ni en Chile ni en ideas políticas, sino en cómo y por qué había desaparecido aquella autómatas á quien había

obligado á que le adorara más que á un dios. ¡Dos! repitió con lúgubre acento.

—Una, mi general.

—Bien, cuenta.

—Es que...

—¡Vive Dios! Has nacido, como yo, en Moule, y los hombres de nuestro país no vacilan.

—El prisionero se ha escapado.

Orive, herido vivamente por la sorpresa, quiso ponerse en pié y cayó de la silla.

—Los hombres de Moule no vacilan, pero caen,—pensó el oficial.

—¿Que se ha escapado?—exclamó Orive dando un rugido.

—Completamente.

—Miserable; se escapan los presos que custodias y vienes á deshonorarte diciéndomelo y no te has pegado un tiro en el corazón.

—Señor, no se trata de un hombre, sino de un vampiro, un trasgo, una sombra, no sé qué decir; los centinelas no han dejado de vigilar ni un solo momento; la puerta ha permanecido cerrada toda la noche; no hay más reja en el calabozo que una mirilla, resguardada con fuertes barrotes de hierro. Yo puedo guardar á un hombre; á un demonio no le guarda ni Satanás, dicho sea con el debido respeto.

—¡Mi caballo! Vengan veinte hombres para que me sirvan de escolta; necesito veinte hombres y diez mil tiros en la cabeza del que me ha burlado,—gritó el general enteramente descompuesto.

En su mente se habían encendido una serie de hogueras infernales, que avivaba sin cesar el aire de los celos.

Para él no había duda. Violeta amaba al reo; Violeta había salvado á aquel hombre; Violeta huía con él; quizá estaban ya en territorio extraño, y embriagados en ese amor carnal, tan frenético cuando empieza, se reían de su memoria mirándose con deleite sobre la mesa del festín á través de esos vinos que enardecen la sangre, juntando los labios ávidos y rojos en prolongados besos, buscándose en la sombra las manos calenturientas y lanzándose esas miradas que revelan un mismo pensamiento; brillantes cuando desean y buscan, lánguidas y dulces cuando la satisfacción del placer logrado sustituye al deseo.

—No, no,—rugía frenético, y se mesaba los cabellos como queriendo arrancar aquellas ideas que poco á poco se apoderaban de él.

Al fin encontró el caballo dispuesto y salió. ¿Pero qué brújula le guiaría en medio de la noche? ¿Dónde estaban? ¿Hacia dónde habrían partido?

Un hombre se acercó de pronto á su estribo, á tiempo que sonaron unas cuantas detonaciones.

—¿Qué es eso?—exclamó.

—A los fugitivos—murmuró el hombre falto de aliento;—es á los fugitivos...

—¿Los han encontrado?—preguntó el general con alegría diabólica.

—Sí, señor; pero cuando yo vine les habían perdido la pista; ahora se dirigen hacia una casa en que sospechan que están.

—Guíame, guíame hacia esa casa, y te doy un peso por cada minuto que se gane.

Llegaron á la casa que había albergado á los fugitivos.

La puerta estaba de par en par, y la jaula vacía.

Orive salió por la puerta falsa y puso su caballo á galope, confiando ciegamente en que le guiaría su instinto.

En la primera posada que entró tuvo un feliz hallazgo, que le confirmó en la creencia de que los perseguidos no tardarían en caer de nuevo en sus manos; era un brazalete de Violeta, perdido sin duda en uno de sus transportes amorosos ó bajo la presión brutal de la mano del miserable á quien amaba.

Orive, incansable como todo el que sufre el acicate de los celos, corrió, reventó tres caballos, y al fin, al caer una tarde, su corazón empezó á palpar con tal violencia que parecía que iba á romper su cárcel; sobre el mismo camino por donde él iba, y entre el polvo que levantaban sus caballos, el general había visto destacarse cuatro siluetas sobre el fondo nacarado del horizonte; allí estaba Violeta, ¡Violeta! su autómeta, el maniquí de sus caprichos convertida en brillante amazona, como cuando vagaba por las márgenes del Colorado, donde él la conoció. Entonces era una adolescente de frescos labios, que iba á cazar con los indios rastreadores y cantaba las canciones melancólicas de los indios de la montaña.

Orive era por entonces un soldado brutal, para quien las palabras de su jefe emanaban de Dios.

No tenía más concepto del orden social, que el que prescribe la disciplina.

Se trataba de someter á los indios rebeldes, es decir, de exterminarlos.

Le dijeron que incendiara, é incendió; su caballo salvaje se hundió hasta los corvejones en las cenizas á que había quedado reducido el albergue de los padres de la hermosa joven. Sus mismos padres yacían entre las escorias calcinadas.

La india, que entonces se llamaba Quichua y llevaba,

rodeándola el cuello, una hermosa gargantilla de vidrios azules, se había escondido en el bosque, entre las jaras y las violetas.

Por eso, Orive la puso el nombre de esta flor.

Cuando la encontró tan resguardada, tan púdica, queriendo ocultar sus provocativas desnudeces con las trenzas de su pelo, Orive tembló como un fauno y se lanzó hacia ella sediento de placer.

Ella se resistió, pálida como la muerte. La diestra de aquel bandido se había crispado sobre la gargantilla, y debajo de la gargantilla brotó la sangre.

El soldado venció como había vencido en muchas batallas, pero mientras sus ojos lanzaban miradas intensas, devorando las morbideces de Violeta, la mirada arrogante y desesperada de Quichua se había fijado en él, y sus labios habían dicho:

—Morirás á mis manos; te lo juro por las cenizas de mis padres que blanquean en la llanura.

Después, Violeta se convirtió en la mujer superficial que hemos presentado á nuestros lectores.

Y una y otra, Violeta y Quichua, la india salvaje y la esclava pasiva, se habían cambiado en la hermosa amazona que galopaba allá á lo lejos entre nubes de polvo.

—Corre, vuela, hijo de Satanás—gritaba el despechado amante, espoleando su corcel;—vuela, y ¡ojalá en cada vaivén tuyo hicieras volverse el mundo entre tus cascos de acero! ¡Sois míos! ¡Sois míos!—decía tendiendo el brazo en dirección de aquellos fantasmas que huían como huye la esperanza del hombre.—¡Sois míos! Y no tenéis alas: el corzo se rinde en el llano, y el corzo es veloz como el viento, ¡hip! ¡hip!

En aquel instante, los fugitivos comenzaron á bajar

un repecho y desaparecieron á la vista de su perseguidor.

Este redobló su galopar sin freno, mientras murmuraba: El águila y el condor buscan más fácilmente su presa en el fondo del valle. Allí iré á buscaros.

En pocos minutos llegó él también al mismo repecho por donde los fugitivos habian bajado.

Un valle estéril, sin un árbol, sin un accidente ni una roca, se presentó entonces á su vista. El ancho cinturón de montañas que le rodeaban, hundían sus crestas en un cielo diáfano, azul; el camino serpeaba como una cinta pálida que iba á esconderse entre las estribaciones de la serranía.

Pero ni en el camino, ni el valle, ni en el monte, aparecía un solo viajero.

Orive, erguido sobre su potro, que se había quedado inmóvil á la entrada de un desfiladero, parecía una estatua ecuestre ó algún genio de aquellas soledades, petrificado por la lumbre del cielo.

Tendió la vista hacia todos lados, con una angustia inconcebible, y quedó pálido de asombro.

Violeta y sus compañeros habían desaparecido.

II.

Supongamos que el espacio anterior constituye un entreacto y que el telón va á alzarse de nuevo ante la decoración del epilogo. En las comedias, el entreacto es de media hora; aquí, de diez líneas; en la vida real, suele no existir ó durar diez minutos; sin embargo, relativamente en esa media hora, entre esas pocas líneas, en esos minutos, suelen pasar diez años. Nosotros nos contentaremos con suponer que ha transcurrido uno solo.

Atención, lectores; público, á tu sitio; la cortina se levanta silenciosamente y los ojos se dirigen al escenario.

La decoración representa el interior de una choza velada por oscuridad profunda. Al foro, ancha puerta por la que se puede ver á lo lejos, á la claridad del crepúsculo, la cordillera de los Andes y el cráter del Antuco, temblando como una estrella de primera magnitud y destacando su claridad rojiza en el horizonte.

Cerca de la pared de la izquierda, é inmediata al proscenio, puede verse una especie de lecho, formado con lianas y balago, sobre el cual se agita una forma humana. Aquella forma es el Sr. José, junto al cual permanece en actitud meditabunda Violeta. De pronto, suena la voz del guerrillero y ella parece despertar; hablan; oigamos lo que dicen:

SR. JOSÉ. Quichua, mujer adorada, oye; todos los sufrimientos los soportaría, con tal de no verte sufrir. Yo sé poco, pero me figuro que el pensar demasiado ha de hacer daño al corazón.

VIOLETA. *(Sonriendo.)* Según lo que se piense, según lo que se guarde en el alma.

SR. JOSÉ. ¿Qué guardas en la tuya?

VIOLETA. Amor... esperanza. *(El Sr. José sonríe.)* ¿No lo crees?

SR. JOSÉ. Incertidumbre, resignación; sabes que me vas á perder y sientes ganas de llorar; llora, sí. Si á mí no me hace daño el ver llorar á las mujeres... ni á ellas tampoco... ¡Son tan dulces sus lágrimas! ¡Las favorecen tanto! Oye: América me ha sido fatal, y mi destino me tenía reservado el morir en ella; no... no me interrumpas... lo sé.

Montmidier te lo decía anoche y yo lo escuchaba perdido en esa sombra, que no es tan triste, sin embargo, como la que me va á ocultar eternamente á tus ojos. Montmidier, decía: si no encuentro lo que es necesario y se nos viene encima el segundo acceso, lo matará la perniciosa. Sí, lo oí, y se me paralizó el corazón y lloré también. Ahora, mira, ahora ya me he acostumbrado á la idea de la muerte, y me sonrío; ¡la ví tantas veces tan cerca, que en mí es una costumbre esperarla! (*Cogiendola del talle.*) Que venga, y á ver si me aparta de tí.

VIOLETA. ¡Loco! ¡Dudar de Dios á los treinta años!

SR. JOSÉ. Mira, Violeta. Vine aquí buscando la gloria á mi modo. Dejé á mi patria un día, y como el sol doraba el puerto cuando me alejé, creí que seguiría dorando el mundo por donde fuera yo... todo es inútil; la eterna noche se me cae encima y sin vengarte...

VIOLETA. Desecha tus rencores y piensa en vivir para mí; no llenes tus delirios de muertes imaginarias, de duelos y amarguras; piensa en tu gloria, en tu Sevilla, en esa ciudad que tanto quiero porque la quieres tú. Partiremos juntos, y donde estemos, amándonos, allí estará nuestro paraíso.

SR. JOSÉ. (*Como si no la oyera.*) ¡Qué felices son esos tigres negros, esas panteras de las montañas, que pueden ir en busca de su enemigo y despedazarle; la sangre de Diego, pide venganza, Violeta; era mi tierno amigo, mi hermano, como Montmidier, y su sombra me persigue en mis horas de calentura y me señala el territorio de Chile como diciendo:

allí caí, allí debes vengarme. ¡Oh! no; mientras aliente, ese será mi pensamiento único.

VIOLETA. (*Aparte.*) Y el mío también.

SR. JOSÉ. ¿Te acuerdas? La hospitalaria todería estaba de fiesta por nosotros. ¿Quién laza mejor que los indios? decían frenéticos de gozo, haciendo galopar sus caballos entre los espesos jarales; ¿quién como los indios detendrá á los toros en sus furiosas acometidas? Los españoles, respondí, y entonces vinieron á traerme el mejor potro diciéndome: Mira si lo pruebas; y corrí y lacé, y desmontándome y arrancándome el poncho, toreé á pies juntos y quietos, que es la verdadera escuela de Ronda. Allí sólo jugaban los brazos. Después cogí el machete, igualé al toro bravo y noble como un vazqueño, y le recibí según mi costumbre, hundiéndole el acero hasta el pomo, mientras las manos de aquellos indios aplaudían y sus bocas dejaban escapar exclamaciones de entusiasmo. De pronto, te veo avanzar pálida y convulsa hacia mí: ¡*Huyamos!* decías, ¡*huyamos!*; le he visto, nos cela, y este suelo es de Chile aún. Tú, Diego, Montmidier y yo, salimos huyendo. La noche se acercaba y con la noche la tempestad y los relámpagos, que nos descubrían á los ojos de nuestros perseguidores. Oigo su galopar violento, quiero volverme, suena un tiro, el caballo de Montmidier se encabrita y Diego cae para no levantarse más. Ni aun el consuelo tuve de estrecharle contra mi corazón; y yo, que oí las campanas de su bautizo, oí su cuerpo rebotar de roca en roca y rodar hasta las entrañas del abismo...

¡y quieres que olvide! no; reza, Quichua, reza para que la hora de vengarme suene pronto, aunque esa sea mi última hora...

VIOLETA. *(Como sobresaltada.)* ¿Has oído?

Sr. JOSÉ. *(En tono de broma.)* No temas; es la muerte que zumba á mi lado...

VIOLETA. Sería el viento.

Sr. JOSÉ. Dame agua... vuelve mi acceso; el último.

VIOLETA. ¡Dios mío! y Montmidier no llega...

Sr. JOSÉ. Así estará de Dios.

VIOLETA. Había creído escuchar el galope de un caballo... ¿otra vez? Si no me equivoco, tú vivirás; José... corro á buscarle; él es ahora la salvación... la vida.

ESCENA II

Sr. JOSÉ. *(Arrastrándose fuera del camastro.)* ¡La vida, la salvación! ¡Pobre mujer! toda el agua de las torren-teras de aquella noche en que murió el desdichado Diego; toda el agua que caló mi cuerpo, no serían bastante para calmar mi sed abrasadora. Agua, Violeta, agua. *(Asomándose á la entrada.)* ¡Cuánta sombra! ¡Violeta! ¿me habrá abandonado? No, no se abandona á los moribundos...

ESCENA III

El Sr. José.—Un hombre que entra.

HOMBRE. *(Que trae una linterna en la mano.)* Se les ayuda á bien morir.

Sr. JOSÉ. ¿Quién eres?

HOMBRE. Busca en tus recuerdos quién te odia más en el mundo, y me conocerás en seguida.

SR. JOSÉ. ¡Tú! ¡Orive!

HOMBRE. Tienes buena memoria.

SR. JOSÉ. ¿Quieres asesinarme?

HOMBRE. No; destruirte.

SR. JOSÉ. Tarde será.

HOMBRE. Sobre tí pesa una condena.

SR. JOSÉ. Sobre tí una amenaza.

HOMBRE. Mil veces me habéis burlado, pero ahora el burlador no eres tú, ténlo por seguro. ¿Dónde está tu concubina?

SR. JOSÉ. Habla con más respeto de esa mujer, ó...

HOMBRE. Harapo miserable, ¿qué has de hacer? Si el puñal se te caería de las manos, y de una patada puedo hacerte saltar los sesos.

SR. JOSÉ. ¿Qué oigo? ¡Poder de Dios! Dame, dame calentura, fuerza bastante para ponerme en pie... (*Incorporándose.*) Así será... (*Apoyándose en la pared.*) Ea, ya estoy... Orive, tengo sed, y tu sangre podrá apagarla. Tiembla, asesino de los indios sin defensa, seductor de Quichua, verdugo de Diego... Dios que me da esta fuerza soberana, me empuja hacia tí; lucha, lucha si quieres. (*Sacando un puñal.*) Cuestión de un minuto; la muerte se da antes que la vida... Escucha, ha de venir y es mía, solo mía.

HOMBRE. ¡Tuya! (*Con soberano desprecio y dándole un empujón que le hace caer.*) Por no mancharme en el sudor de tu agonía, no te estrangulo... Conque va á venir (*Se pasea frenético.*) Yo celebraré tu muerte con salmodias de besos y cantos de amor...

ESCENA IV

Entra Violeta, y al ver á Orive, da un grito.

VIOLETA. ¡Oh! (*Retirándose con horror de Orive que se la va acercando á medida que habla.*)

ORIVE. Vedla, mirala tan hermosa, tan gentil como aquel día en que la sorprendí en el bosque, ¡pobre garza que se quiso esconder del águila en brazos del milano! Ven, Violeta, ven, y después morirás... Ahora es preciso que le matemos entre los dos; ¿qué haces?

VIOLETA. (*Acercándose presurosamente á José y arrancándole el puñal de las manos.*)

ORIVE. ¿Sacas el aguijón?

SR. JOSÉ. (*Gritando descompuesto.*) ¡Hiere, hiere!

VIOLETA. (*Con calma solemne.*) Azote del indio, déspota y absoluto como el condor, para hacerte dejar tu ironía me basta á mí con una frase: te aborrezco tanto como adoro al hombre á quien odias.

ORIVE. Por eso, porque lo sabía, es por lo que deseo saciarme de sangre; sí, él escapó á su suerte, pero ahora no, ¿qué me importa tu desprecio si tengo su vida?

SR. JOSÉ. (*Colérico y haciendo por levantarse.*) Agua, que me sofoco; dadme agua que quiero ser un sólo minuto lo que he sido siempre. ¡Maldito de tí! ¡Cobarde, que vienes á insultar mi agonía y á mofarte de mis angustias!... ¡Dónde está Dios que no me pone un rayo en las manos para abrasarte el cora-

zón! Quiero morir, morir, pero revolcándome en tu sangre, para morir más satisfecho.

ORIVE. (*Acercándose y abofeteándole.*) Prueba..... já, já, já, já.



VIOLETA. Ya basta. (*Salta sobre él como un tigre, y después de sostener una lucha horrorosa, durante la cual parece desmayarse, deja caer el brazo y hunde el puñal en la garganta de Orive, que cae hacia atrás.*) Lo que juré por las cenizas de mis padres, está cumplido.

SR. JOSÉ. Gracias, Violeta... ¿por qué no me diste de beber?... Deja... déjame ese puñal, quiero yo también hundírselo en el corazón... *(Quiere sacar el arma de la herida y no puede, volviendo á caer desfallecido y lanzando una espantosa blasfemia.)*

ESCENA ÚLTIMA

MONT. *(Entrando.)* Ya está aquí lo que necesitaba, el sulfato... ¿qué es esto? *(Retrocede horrorizado.)*

VIOLETA. La justicia de Dios. *(Vacila.)*

MONT. ¿Qué os sucede? *(Fijándose en el muerto.)* ¡Orive!... bien; no pensemos en este detalle, y atajemos los progresos de la fiebre que empieza... Violeta, dadme un poco de agua.

SR. JOSÉ. Sí; pronto, pronto.

VIOLETA. *(Ap.)* ¡Qué egoísta es el mal! Ni siquiera ha visto que muero. *(Quiere acudir hacia el sitio ocupado por sus amigos, y cae de rodillas.)*

SR. JOSÉ. Sosténla, Montmidier... que vacila.

VIOLETA. No; ¡es que agonizo! *(Mete la mano por entre su justillo y la saca llena de sangre.)* El miserable me hirió al morir... ¡José, José mío: sálvate y huye..., yo no puedo hacer más que darte el último abrazo!

SR. JOSÉ. ¡Cosa extraña! Tu voz da á mi alma un vigor inconcebible. Ven, ven: quiero estrecharte contra mi corazón, y así tal vez te dé la vida. Ayúdame, Montmidier. *(Montmidier le aproxima á Violeta y vuelve el rostro inundado de lágrimas.)*

VIOLETA. *(Mirando á José con sus vidriados ojos.)* Te amé... más que á nada en el mundo... Adiós. *(Espira.)*

MONT. *(Ap.) ¡Ni una palabra para mí!*
(El Sr. José llora abrazado al cadáver de Violeta. La luz de la linterna da al cuadro apariencia fantástica. Óyense al exterior los rugidos del ocelote, que huele la sangre, y en el interior de la tienda los sollozos de Montmidier.)

TELÓN RÁPIDO.

EPILOGO

En 1858 pudo verse cierto día, cerca de Puerto Real, sobre la costa y embebido en la contemplación del Océano,



la figura de un hombre. Era el señor José, pálido, envejecido y, lo que era peor, solo. Montmidier había sentido la nostalgia de su París, y se fué á él y contó su historia, y París le abrió sus puertas tanto como al Sr. José le había cerrado las suyas España. El torero, al regresar, sólo había encontrado indiferencia y olvido. España es así. No hay país en el mundo donde más pronto se levante un panteón detrás de la sombra de un hombre. *Cúchares*, el célebre *Cúchares*, que había toreado con él, no le conocía; ninguno de sus contemporáneos, tampoco: era preciso empezar de nuevo.

Al sentir tal indiferencia, del ánimo del Sr. José se apoderaba una melancolía sin límites, y entonces, sin darse

cuenta de lo que hacía, con la inconsciencia de un maníaco, se dirigía á la orilla del mar. Allí, con la vista fija sobre aquel horizonte que le ocultaba el continente americano, creía ver alzarse desde su eterna línea azul dos fantasmas, pálidos y sangrientos, que le llamaban. Entonces los sollozos desgarraban su pecho, y escondía su cabeza entre las manos para oír mejor los gemidos de las olas, tan parecidos á los suyos. La pena le ahogaba, y no tenía á nadie á quien contar su pena. Un día llamó al mundo egoísta, y la voz de un hombre, que cantaba entre unos chaparrros, le respondió á lo lejos con este cantar, cuyos ecos se perdieron gradualmente, pero no sin dejarle grabado en el corazón del Sr. José:

Las penitas que yo tengo
¡ay! no se las cuento á nadie,
porque todo el mundo tiene
con sus penitas bastante.



CAPITULO LII

**Más lazadores.—Peal.—Mangana.—Jaripeo.—Lazar.—Colcar.—Rejo-
near.—Banderillas á caballo.—Montar toros.—Torear á caballo.**

Volviendo á nuestro asunto, hemos dicho que el Sr. Manuel Domínguez fué uno de los más hábiles lazadores que han existido.

A fines del año 1836 fué ajustado en condiciones para dar en Montevideo veintiocho corridas en el término de siete meses.

Poco tiempo hacía que se encontraba allí, cuando los disturbios políticos del país truncaron los propósitos de la empresa, y, por tanto, los del Sr. Manuel, que, como todos los españoles, fué obligado á tomar las armas y á intervenir en la guerra, en la que tales proezas ejecutó y tales heroicidades llevó á cabo, que fué objeto de la admiración de todos y demostró una vez más que era de la misma madera de aquellos que han dejado imperecederos recuerdos en todas las partes del mundo.

Apaciguado el país y coronado emperador del Brasil D. Pedro II, volvió Domínguez á su arte predilecto, toreando en Río Janeiro una serie de corridas. Pasó desde allí á Buenos Aires, y como le fuera negada autorización

para construir una plaza de toros en que dar unas corridas, se dedicó á enlazar reses para atender á sus necesidades; y de tal modo llegó á dominar la operación, que no había hijo del país que le aventajase en ello.

Su nombradía fué tanta, que se le nombró jefe de una partida de hábiles lazadores para hacer presa de caballos á los indios con destino al ejército, realizando para conseguirlo actos de gran arrojo, no sin tener que sostener verdaderas y rudas batallas con multiplicados enemigos, vencéndolos siempre y consiguiendo lo que hasta entonces nadie había logrado.

Tal nombre dejó Manuel Domínguez como habilísimo lazador y consumado jinete, que aun hoy se le recuerda con admiración por los hijos del país.

El otro lidiador español que en América ha obtenido triunfos semejantes á los de Domínguez, ha sido el matador de toros Manuel Hermosilla.

Marchó á América, y después de haber toreado con Ponce en diferentes puntos, al regreso de éste á la Península reforzó su cuadrilla y trabajó una serie de corridas en Córdoba, Orizaba, Puebla, Jalapa y otras poblaciones, con bastante buen éxito.

Cuando llegó la época de la terminación de la temporada, en vez de regresar á su país, prefirió continuar viviendo en aquellas regiones y allí sentó sus reales, pero deseoso de ensanchar sus conocimientos taurinos para conocer hasta el más mínimo detalle del toreo del país, donde se había naturalizado, se propuso aprender las faenas que indios y gauchos practicaban á pie y á caballo en campo abierto en aquel suelo privilegiado y excepcional.

Marchó, pues, en compañía de algunos indios rastreadores, y se amoldó á sus usos y costumbres, haciendo la

misma vida que ellos hacían, que era el modo más apropiado para conseguir lo que deseaba, obteniéndolo gracias á su arrojo, á su valor indomable y á los conocimientos que tenía de las reses, por la práctica que le había dado el ejercicio de la arriesgada profesión que abrazara en España.

Y enlazó reses bravas y caballos salvajes, y derribó fieras con tanta maestría como pudiera hacerlo el más hábil de los gauchos, de los que bien pronto consiguió ser respetado y admirado, aunque no querido, porque no podían ellos tener en estima á quien los sobrepujaba en todo cuanto se proponía.

La envidia, siempre mala consejera, le suscitó no pocas rivalidades.

La sangre fría y el dominio que de sí propio tenía, consiguieron durante algún tiempo dominarlas, como había conseguido dominar y vencer cuantos obstáculos encontraba en su camino, para lograr sus propósitos de ejecutar con ventaja todo cuanto pudieran efectuar los gauchos con las fieras.

Tales rivalidades fueron en aumento progresivo, hasta que llegó un día en que apurada su paciencia, se vió en el caso de dar á aquellos indios una severa lección, demostrándoles de cuánto era capaz, no sólo con las fieras, sino con los hombres.

Y esto fué causa de que tuviera que abandonar el país y regresar á España, donde volvió de nuevo al ejercicio de la profesión que abrazara, dejando muy bien puesto en América su pabellón de torero habilidoso y hombre de voluntad indomable.

*
*
*

Antes de pasar á ocuparnos de las suertes que del campo han llevado á los circos taurinos los hijos del país ame-

ricano, vamos á explicar lo que es la guindaleta, á que llaman en Méjico *peal* y *mangana*, según á lo que se aplica, y en Lima y Buenos Aires, *lazo*, para mejor comprensión de lo que llevamos dicho, y de las suertes de que hemos de ocuparnos más adelante.

El *peal* no es otra cosa que una guindaleta construída con la piel de un toro, de la que se separan los extremos poco resistentes, cortándola después en espiral hasta llegar al centro del lomo.

Es, por lo tanto, de una pieza y suele tener 34 ó 36 metros de longitud.

Una vez cortada en la forma referida, se cura y prepara de modo que queda muy flexible y de increíble resistencia y duración.

En Lima y Buenos Aires el lazo es de las expresadas pieles; pero se diferencia del *peal* en que éste va trenzado á la manera de los cordones de tres cabos.

El *peal* lleva también una argolla sujeta á uno de sus extremos para que por ella corra el lazo.

D. Joseph de la Tixera dice en su obra *Las fiestas de toros*, de que ya anteriormente hemos hecho referencia, que es muy esencial para la mayor consistencia, tanto del lazo como del *peal*, que las pieles de que se corte sean castañas ú oscuras, por ser menos porosas que las más claras, y que los toros de que se extraigan hayan sido muertos en el cuarto menguante de la luna.

Jarripeo.—Se da este nombre en México á las distintas suertes del toreo á caballo, que con singular habilidad y gran maestría ejecutan muchos de los lidiadores de aquel país en los circos taurinos regionales, que se diferencian poco de las de la misma índole que efectúan en el campo, y de las que anteriormente hicimos mención.

Entre ellas figura la de lazar, colear y derribar á caballo, la de montar toros, la de rejonear, la de banderillar y la de torear á caballo también.

La introducción en el toreo de la primera de las referidas suertes, la de lazar, es, como dice bien un escritor distinguido, una derivación genuina de la que practican en las Pampas los gauchos y los indios en México y otros países de América para cazar búfalos, bisontes, toros, caballos salvajes y otras fieras que abundan en algunas regiones de vegetación exuberante.

Para ejecutar esta suerte en la plaza montan caballos á propósito, de poca alzada, de gran resistencia y ligereza extremada.

El jinete que ha de efectuarla lleva la guindaleta perfectamente arrollada en su mano derecha, y en cuanto la res sale al circo comienza su persecución, examinando con atención las facultades que tiene y sus inclinaciones particulares.

Calculando después las distancias y persiguiéndola siempre, va desarrollando paulatinamente la guindaleta ó lazo hasta que adquiere la medida necesaria á su objeto, y determinando con exactitud el terreno que media entre el toro y el caballo que monta, le despidе hacia la cabeza del cornúpeto, á fin de que abrace en su parte baja los dos cuernos, por los que ha de sujetarle.

Conseguido esto, se separa con ligereza en dirección contraria á la que lleve la res, á fin de que se corra el lazo por el propio tirón que ha de imprimirse necesariamente á la guindaleta, por la carrera encontrada del toro y el caballo que monta el lazador, ó toma viaje adelantándose al toro con gran rapidez, á fin de que el lazo se apriete y no pueda ser despedido por la res en las más violentas cabezadas.

Pepe-Hillo, ocupándose de esta suerte en su *Tauromaquia* ó *arte de torear*, dice:

«Para coger las reses con lazos, se previene una cuerda delgada de treinta á treinta y cuatro varas, y en un extremo de ella se ata la cola del caballo, y en el otro se forma un lazo que se prende en la punta de una caña, ó vara más ligera y corta que la de detener; y el sobrante se enrosca y ata en la grupa con un bramante endeble que fácilmente se rompa al tirón; y cuando ya la res corre menos que el caballo, se empareja el jinete con ella y la enlaza por los cuernos; pero si acaso se embroca ó pára, se le entra á caballo levantado, y al pasar se le echa el lazo.

»Si el sitio en que se ejecuta esta acción es montuoso, ó tiene matas donde se pueda sujetar la cuerda, no se atará á la cola del caballo, por el peligro de que se enrede en alguna, ya cogida la res, y si ésta embiste, no pueda huir el jinete; pero entonces se meterá la punta de la cuerda por entre la cincha, y sujetará en el fuste delantero, sin atarla en él, para que en cualquier enredo peligroso, pueda soltarla el jinete y safarse: y tanto en este caso como en el de llevar la res atada á la cola del caballo, procurará no atravesarlo á los tirones que dé aquella, sino resistirlos por derecho, que así tiene el caballo unas fuerzas increíbles, y del otro modo está expuesto á caerse.»

Montes, también en su *Arte de torear á pie y caballo*, había de definir la manera de enlazar toros en esta forma por ser una suerte que, si en las plazas no se llevaba á efecto, se practicaba en el campo, y en tal concepto, no podía prescindir de ella en una obra de la índole de la suya, si bien dedicándola solamente las líneas que reproducimos á continuación:

«Para enlazar cualquier res deberá llevarse una cuerda de

cañamo del grueso que baste, y del largo suficiente para lo que se piense hacer después. Esta cuerda tendrá un anillo en uno de los extremos para meter por él la otra punta y formar así un lazo corredizo, el cual se puede poner en el extremo de un palo que tenga dos varas de largo, para poderlo echar mejor en las astas del toro y dejarlo enmaromado. Se entiende que para esta operación se le va acosando hasta ponérsele al costado izquierdo, y que se debe ir bien prevenido para si se vuelve alejarse con presteza. También se puede enlazar tirando la cuerda con la mano.»

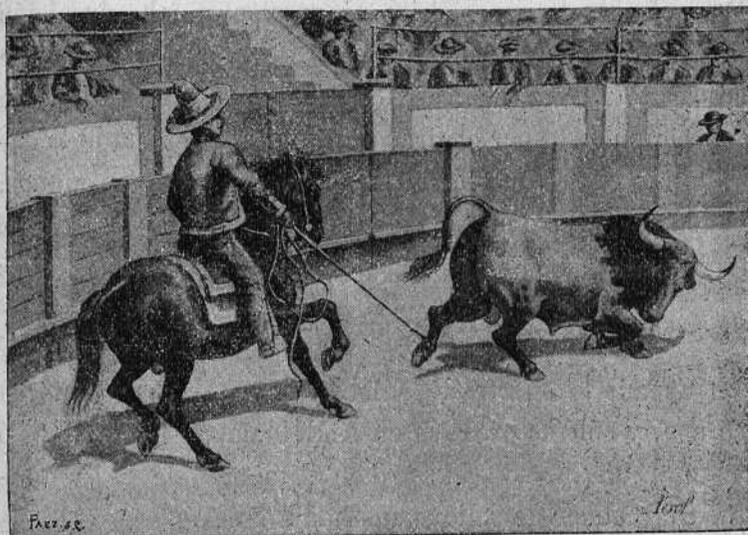
* * *

No solamente puede enlazarse á los toros por los cuernos en la forma que queda expresada, sino también por las manos, lo que presenta algunas mayores dificultades por la precisión con que ha de practicarse, midiendo bien los terrenos y el punto por que la res ha de pasar para que el lazo surta su efecto.

Para ello sale el jinete en la forma que hemos indicado, llevando el lazo arrollado á su mano derecha, comenzando á desarrollarlo en cuanto emprenda la persecución de la res, hasta que adquiera la dimensión precisa. Cuando el toro haya perdido en la carrera algunas facultades, procurará acercársele lo necesario, y al tenerlo á distancia conveniente, marchando siempre por el lado izquierdo, arrojará dicho lazo á las extremidades que se haya propuesto enlazar, deteniendo su carrera si el enlace lo ha verificado por las patas, y tomando viaje hacia la izquierda si lo ha efectuado por las manos.

El diestro sujeta en esta forma unas veces una de las patas y otras las dos.

Para el efecto es lo mismo con tal de que al dar el jinete el tirón, la fiera pierda el equilibrio y caiga.



Diestro mexicano en la suerte de lazar á un toro por las patas.

La guindaleta toma el nombre de *peal* cuando se pone en uso para las patas, y el de *mangana* cuando ha de emplearse para las manos, sin que por ello varíe mucho la dimensión de la guindaleta.

El *peal* y la *mangana* se arrojan del mismo modo.

La operación de enlazar toros por las astas ó por las extremidades, es de bonito efecto, cuantas más bravura y ligereza reuna el animal con que haya de practicarse.

Si, como queda indicado, sólo un hombre puede conseguir contrarrestar hasta los más pequeños movimientos de los toros, enlazándolos ya de un modo, ó ya de otro, claro está que cuando son dos los que enlazan, es más rápido y de mayor efecto, puesto que la res pierde el equilibrio con mayor presteza.

Cuando son dos los enlazadores, uno se encarga de echar el lazo corredizo á los cuernos en su parte inferior, como queda explicado, y el otro por una de las extremidades.

Para efectuarlo por parejas es preciso mucha precisión en los jinetes al echar el lazo, para que los dos tirones se produzcan á la vez, es decir, que el toro se encuentre á un tiempo impulsado por el tirón del que le ha sujetado la cabeza y por el del que le ha lazado las patas ó las manos, cayendo entonces como herido por el rayo.

*
* *

En España la suerte de enlazar toros á caballo está en poco uso, y sólo se practica en Andalucía en los acosos, ó cuando alguna persona diestra en el manejo de la guindaleta quiere poner de relieve sus habilidades.

También algunos mayores practican esta suerte, con especialidad cuando algún toro se desmanda, se sale de la pira y es preciso reducirlo á la obediencia y castigarlo, después de haber empleado otros medios para conseguirlo.

La manera más generalizada en nuestro país para enlazar toros, es á pie.

Para ello se lleva la guindaleta ó cuerda con que haya de efectuarse, sujeta por uno de sus extremos á una vara ligera, precisando que la res que haya de ser lazada esté con otras, para que rodeada y aquerenciada con ellas, se la coja desprevenida, puesto que estando sola precisamente, ha de huir y frustrar la acción, ó acometer, en cuyo caso es muy arriesgada la posición del individuo.

Estando en la forma indicada, la operación de lazar no presenta dificultades ni riesgo alguno.

Se arroja la guindaleta como hemos indicado, y ya el

lazo en la cabeza de la res, se tira con presteza para que se apriete y sujete bien, sin que puedan estorbar los cabeceos que ha de dar el toro en el momento de sentirse sujeto.

Cuando las reses están rodeadas ó acorraladas, se sujetan del mismo modo enlazándolas por las extremidades, lo que se ejecuta valiéndose de un cintero (1) y un palo de metro y medio de longitud, donde va hecho el lazo, y colocándose detrás de la res que ha de enlazarse, la incita á que huya, y al levantar el cuarto trasero, mete el lazo por debajo y tira para que se apriete.

También suele ponerse el lazo en el suelo y mover á la res hacia donde se ha colocado, y tan pronto pone un pie ó una mano en medio del lazo, se tira de él, quedando, desde luego, sujeta,

El enlazar á los toros por los cuernos se efectúa con frecuencia, tanto en España como en Portugal, ejecutándolo en corrales, colocándose los lazadores, desde la parte superior de los mismos, resguardados tras un burladero.

El objeto que se lleva en esta operación es, para que después de oprimirlos con el lazo, acercarlos á un muelco y embolarlos, operación que explicamos en el lugar conveniente de esta TAUROMAQUIA.

En varios pueblos se lazan las reses para enmaromrarlas y correrlas así.

* * *

Está tan generalizado en México el uso del lazo, y hay tanta destreza en su manejo, que se emplea para retirar de los circos taurinos á los toros que no se prestan á la lidia.

(1) Dase el nombre de cintero por los mayores á los lazos de cuerda, de que se hacen las cabezadas, y sirve para sujetar los toros. Sus dimensiones son mucho menores que la guindaleta.

La operación es muy breve, y, por tanto, de mejores resultados para los espectadores que el empleo de los cabestros.

La desigualdad del ganado bravo en aquel país, es causa de que en una misma corrida tengan que ser retirados del redondel dos, tres ó más toros, empleándose el lazo por juzgarlo más breve.

Cuando hay que retirar un toro, el que preside la fiesta ordena el lazo, y en un momento vuelve el toro rechazado al corral.

COLEO Á CABALLO

Entre otras habilidades que practican á caballo, figura la de derribar á los toros por medio del coleo.

Para efectuarlo, persiguen á las reses procurando cansarlas, y cuando han perdido algo de su velocidad se emparejan con ellas.

En este momento echan mano á la cola del toro lo más cerca posible del nacimiento de la misma, la agarran y tiran fuertemente de ella sin parar la carrera del caballo, derribándole con facilidad suma si va levantada el anca en el momento de imprimir el tirón.

Cuando el anca no va levantada, suelen rodearse la cola del toro al muslo para asegurarla mejor, cambiando de dirección y atravesándose con el bicho con la mayor rapidez posible.

Para efectuar esta suerte necesita el que ha de ejecutarla, no sólo montar un caballo que tenga mucha resistencia y obedezca bien á la rienda ó las rodillas del que lo monta, sino tener mucho brazo y ser un gran jinete.

De no reunir estas condiciones el individuo y carecer el caballo de los requisitos indicados, no debe intentarse por

la exposición que hay de sufrir un percance, que necesariamente ha de ser grave por no tener el jinete á su lado peón alguno que pueda acudir en su socorro, quedando, por lo tanto, á merced de la fiera.

Cuando reuniendo el caballo y jinete las condiciones enumeradas, ocurre, por cualquier motivo, que el toro, en el momento de verse perseguido de cerca y casi alcanzado, se revuelve de pronto y se hace con el bulto, si el individuo tiene serenidad suficiente debe apearse inmediatamente, y en el momento que haga por el caballo echar mano á la cola del bicho y tirar de pronto y con celeridad de ella y darle un par de bandazos á uno y otro lado hasta conseguir derribarle.

El coleo á caballo en el campo es de más fácil ejecución, porque los toros, aunque sean bravos, al verse perseguidos tienden á huir y á guarecerse entre la piara.

En la plaza, si el toro está huído, podrá efectuarse con facilidad; pero si es bravo será necesario, antes de intentar el coleo á caballo, como hemos dicho, hacerle perder facultades, á fin de poder llegar á él con menos exposición.

Con esta clase de toros el coleo á caballo es mucho más lucido que con los cobardes, y ha de agradar más á los espectadores que gustan mejor ver salvar los mayores peligros con habilidad que practicar con perfección aquello que carece de dificultades.

MONTAR TOROS

Otra de las operaciones que suelen ejecutar con los toros en algunas regiones de los estados mexicanos es la de montarlos, formando esta operación una parte de sus espectáculos taurinos.



Para ella se necesita mucho denuedo y gran fuerza y agilidad.

Con el fin de poder llevarla á cabo, los enlazan en la forma que queda expresada, y luego de conseguido esto tiran del cabo opuesto de la guindaleta hasta enfrontarlos con un palo que se fija en un punto de la plaza á manera de mueco.

Una vez sujetos á él se les coloca la silla, sujeta convenientemente á fin de que no puedan desprenderse de ella en sus rápidos movimientos al dejarles libres otra vez y al sentir montado sobre sus lomos al que ha de jinetear sobre él.

De otro modo puede llevarse á cabo la operación, y es como la vimos practicar en la plaza de Madrid á uno de los picadores que acompañaron á Ponciano Díaz en su excursión á España en el verano de 1889.

Una vez lazado y derribado el toro por los procedimientos que quedan explicados anteriormente, uno ó dos individuos sujetan al bicho para que no pueda cambiar de posición.

Así la res, se le pasa una especie de cincha por la parte delantera del vientre, cerca de los brazuelos, y por el nacimiento del costillar donde termina el morrillo.

Dicha cinta tiene en la parte superior un asa para que sirva de agarradero al jinete.

Hecha esta operación, se deja libre á la res, que se incorpora inmediatamente.

El diestro que haya de montarla tendrá asido el pretal que ha de servirle de punto de seguridad para afirmarse, y en el momento que el toro se levante, y antes de que se reponga, montará sobre él procurando hacerlo en la cruz, dejándose llevar á voluntad y en la dirección que quiera la res.

La suerte es de mucho efecto cuando el toro rebrinca, se revuelve y cocea para quitarse de encima al jinete, quien al conseguir no ser despedido, pone de relieve su mucha habilidad y su fuerza muscular en las piernas, que son, digámoslo así, la verdadera tenaza que ha de conservarle sujeto.

Además de los movimientos indicados del toro, no debe perder de vista los que imprima á la cabeza, porque el menor descuido pudiera acarrearle una cogida de las más graves, por la rabia que había de desplegar el toro al revolverse sobre el bulto.

De modo que no basta ser un consumado jinete para montar un toro, sino que precisa habilidad grande para conservar el equilibrio en los bruscos y rápidos movimientos que provoque la fiera, y evitar que le alcance en sus derrotes.

Si el toro es bravo el jineteo resulta de más efecto si uno ó dos peones se encargan de ejecutar algunas suertes de capa con la res, correrla, recortarla, etc.

El que lo efectuó en Madrid, si no miente nuestra memoria, fué el picador Celso González, ejecutándolo con sin igual maestría, demostrando que una vez montado no hay animal que pueda despedirlo, haga los movimientos que quiera, y aun dando saltos, como ocurrió con el bicho que intentó trasponer una ó dos veces la barrera.

Para apearse debe esperar el jinete á que el bicho, cansado y conociendo la imposibilidad de deshacerse del peso del hombre y de la opresión que necesariamente tiene que sufrir con la cincha y las rodillas del lidiador, se pare un momento, que debe aprovechar con ligereza, estando prevenido un peón para evitar que se revuelva en su busca.

Esta operación, que con mal éxito se intentó efectuar en la plaza de Madrid pocos años después en una corrida de novillos por quien no reunía ni aun la cualidad de buen jinete, no hemos de decir que cuando la practicó González introdujo una novedad en el toreo.

Y la prueba es que en el cartel en que se anunciaba la corrida del día 10 de Octubre de 1813 se decía lo que en extracto copiamos á continuación:

Toros dispuestos: Dos de la ganadería de D. Juan Díaz Hidalgo, de Villarrubia de los Ojos del Guadiana, con divisa encarnada.

Dos de D.^a María Josefa Fernández Manrique, de Braojos, con divisa morada.

Uno de D. Vicente Perdiguero, de Alcobendas, con divisa encarnada y verde.

Y uno de D. Julián de Fuentes, de Moralzarzal, con divisa azul y blanca.

Picadores: Antonio Herrera Cano, Joaquín Zapata, Julián Díaz y Alfonso Hijosa.

Espada: Manuel Alonso (*el Castellano*), con su correspondiente cuadrilla de banderilleros, en la que figuran Domingo del Corral y Ramón García.

Sobresaliente para estoquear el último toro, Alfonso Alarcón (*Pocho*).

El picador Cristóbal Díaz aparejará y montará el cuarto toro, y sobre él tocará la guitarra, cantará, etc.

REJONEO

A pesar de habernos ocupado de la suerte de rejonear toros con la extensión debida, no podemos prescindir de hacerlo nuevamente, no para explicar en la forma en que debe practicarse la suerte, sino para indicar de la manera que se ejecuta en las diferentes regiones de América.

Dos modos emplean para ello.

El uno situando el caballo algo atravesado hacia la izquierda, de manera que la cabeza de la res se dirija al estribo derecho del jinete, con el objeto de tomar viaje hacia adelante, en la dirección que tiene el caballo en el momento que el toro recibe el rejón.

El otro, ocupando toro y caballo una misma línea recta, con el fin de, sin salirse de ella, clavar el arma, con la que generalmente, apretando un poco, se mata á la res, por ser el rejón empleado el de hoja de peral.

En esta suerte el jinete no da salida al caballo ni hace con él otro movimiento que llamarle un poco á la izquierda, á manera que si se intentara hacer con él una pirueta sobre los pies, en cuya posición permanece el caballo los momentos que tarda el toro en ser víctima del valor y des-

treza del caballero si este tiene la suerte de clavar el rejón en el sitio debido.

Este modo de llevar á cabo la suerte de rejonear es uno de los más vistosos y lucidos que pueden ejecutarse con un caballo amaestrado conducido por mano experta, y práctico y seguro en el rejoneo.

Los rejones que para ambas suertes se emplean en América son rejones de muerte, y llevan en el extremo una lancilla de veinte á treinta centímetros, muy afilada y cortante por los dos lados.

O, mejor dicho, y según hemos manifestado, son los de hoja de peral que se usan por los rejoneadores en las corridas de fiestas reales, pero de hoja más prolongada y más estrecha.

BANDERILLAS Á CABALLO

Esta suerte, muy usual en México, es, sin género de duda, la más vistosa y lucida del toreo mexicano, así como también la más difícil y arriesgada que puede practicar un jinete.

Su ejecución, como dice muy bien un distinguido escritor, y desde luego se comprende así, reclama una inteligencia y seguridad extraordinarias, unidas á especialísimas cualidades de consumado jinete, y naturaleza resistente y vigorosa.

Efectúase de una manera muy semejante á la de rejonear á la portuguesa.

Ante todo es necesario colocar al toro en suerte, á cuyo fin es preciso que haya en el redondel un peón, no sólo inteligente y práctico, sino que conozca la suerte y esté pronto para auxiliar al caballero.

Estando, pues, en suerte el animal, si es boyante y acude bien al cite, el jinete, que llevará una banderilla en cada mano y las bridas en la izquierda, sujetas con los tres últimos dedos para que al llegar á jurisdicción puedan soltarse, dejando entonces al caballo en libertad, y rigiéndole exclusivamente con la torsión del cuerpo y el impulso de las rodillas, entrará al cuarteo con la desviación precisa para que el cuerno no alcance al potro.

Al llegar al centro de la suerte, llevando unidos los brazos é inclinado el cuerpo lo suficiente al lado en que va el toro, para lo cual es conveniente desestribarse del pie contrario, clava las banderillas, que tienen el mismo tamaño que las que se usan en España, procurando que queden colocadas en lo alto del morrillo.

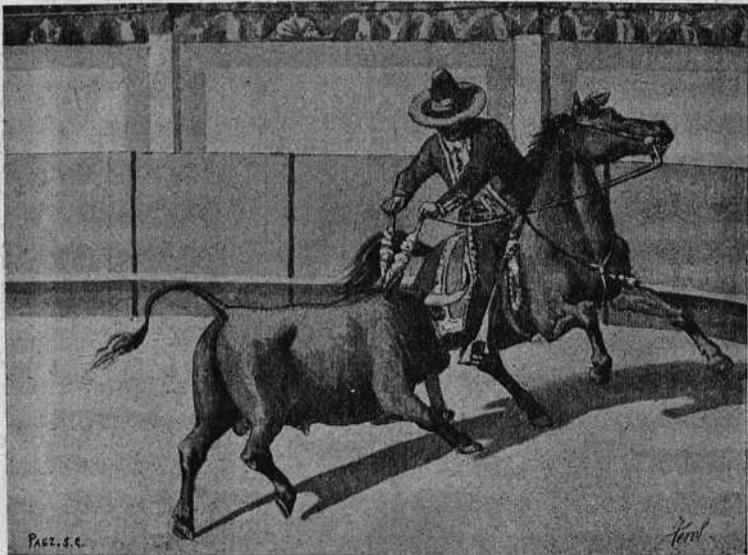
Y si así no sucediese y los palos resultaran clavados más ó menos altos ó con alguna desviación, no se desluce la suerte, puesto que las distancias, por bien que se midan, las dan el toro y el caballo, apresurando más ó menos el viaje que emprendan.

Cuando el toro está quedado en demasía y no acude á los cites, si tiene querencias determinadas, si es receloso, cobarde, etc., en tal caso las banderillas á caballo se colocan entrando á la media vuelta, bien situándose á corta distancia del bicho y tras de él, ó ya saliéndole algo lejos por detrás, teniendo en cuenta siempre cuanto hemos dicho al ocuparnos de la suerte de *banderillas á la media vuelta*.

En el primer caso y en el momento en que el toro gire, que lo hará humillando por lo cerca que ve el bulto que de improviso se le acerca, el jinete meterá los palos y saldrá de la cara con velocidad, por si acaso al sentirse herido el animal saliera en su persecución.

En el segundo irá apretando el paso del caballo, al ir

aproximándose á la res, y cuando llegue al centro de la suerte la citará, y al acudir el toro, revolviéndose, y en el momento de la humillación, clavará los palos, saliendo con cuanta ligereza pueda imprimir al caballo, para evitar cualquier contingencia por si el bicho arrancara.



Banderillas á caballo.

Tanto en uno como en otro caso, debe haber un peón situado convenientemente, para que tenga fija en él su atención el cornúpeto cuando el jinete se disponga á entrar en suerte, peón que también estará pronto para cuando el jinete haya clavado los palos, acudir y hacer que el bicho le deje franca la salida y no le persiga, á fin de que la suerte resulte de más lucimiento.

Por lo dicho, se comprende que de una ú otra manera el

banderillear á caballo es suerte de gran precisión, y de práctica, no sólo más difícil, sino también mucho más arriesgada que la de rejonear.

Debe sólo ejecutarse con toros bravos y nobles.

Ponciano Díaz, el matador de toros mexicano á quien durante el verano de 1889 vimos practicar la suerte de banderillear á caballo en la plaza de toros de Madrid, la lleva á efecto con igual destreza, teniendo el corcel con silla ó montando á pelo y sin que el toro reuna precisamente las condiciones antedichas; pero como en éstas y otras cosas lo absoluto es un mito y jamás puede dictarse una regla general sin que tenga excepciones, diremos que Ponciano ha nacido para hacer esto; que Dios le ha dado las dotes necesarias para lograr esta suerte de cualquier modo, siempre con éxito, y que los exclusivismos no pueden tener sino imitadores defectuosos.

Pero hay que distinguir.

La suerte de banderillear á caballo la pueden ejecutar muchos con los toros de las condiciones indicadas, es decir, bravos y nobles, pero con todos los toros, examinando el cambio de sus aptitudes á cada momento, manejando el caballo con arreglo á ellas, virar, buscando el sitio por donde ha de resultar más fácil esquivando la arrancada imprevista, tener que salirse del hocico del toro marrajo que parece desafiar y de pronto humilla y escarba; para eso, no es preciso únicamente ser banderillero, sino un observador nada vulgar y un torero de raza y de inteligencia.

Véase cómo un distinguido escritor juzgaba el trabajo ejecutado en Madrid por Ponciano Díaz en la suerte de banderillear á caballo:

.....

«Respecto al caballo y al jinete, es verdaderamente

asombroso cómo contribuyen de consuno á la perfecta realización de la suerte que nos ocupa.

»El primero, de poca alzada y recogido de cuerpo, pero inquieto y nervioso, corre con la velocidad del viento, y obedece á la mano que le guía, con una docilidad que encanta.

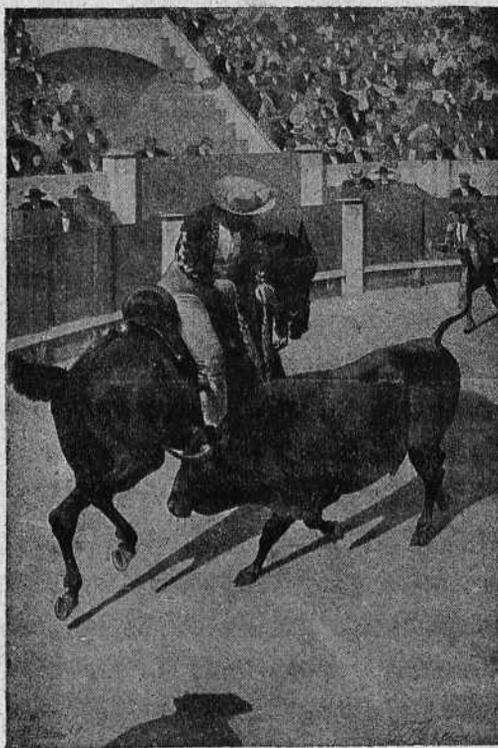
»El segundo, caballista infatigable, le maneja á su antojo, como el niño maneja el más ligero juguete, y con una finísima rienda, unida á otra supletoria que sujeta en los últimos dedos de la mano izquierda, contiene súbitamente el tendido galope del bruto, después de haberse sostenido en el momento capital de la reunión sobre los estribos si monta en silla, ó en la sola fuerza de sus piernas si es en pelo.

»Por eso el público, apreciando el mérito que encierra la suerte de banderillar á caballo, es la que ha aplaudido con más entusiasmo, y por eso Ponciano Díaz, que tan perfectamente la domina, alcanzará tantas ovaciones cuantas sean las veces que la ejecute.»

Poco tiempo después de haber regresado á su país Ponciano Díaz y los picadores Agustín Oropeza y Celso González, un diestro español, hábil jinete y picador de justo renombre, José Bayard (*Badila*), se propuso demostrar que así como lazando toros habían llegado los espadas Manuel Domínguez y Manuel Hermosilla á ejecutarla con tanta perfección como los más hábiles gauchos, banderilleando á caballo podía competir también con los que mejor llevaran á efecto esta suerte la de más lucimiento, y más arriesgada del toreo mexicano.

Y en una corrida memorable, aquella en que el célebre Salvador Sánchez (*Frascueto*) se despidió para siempre de un arte en que tanta gloria había alcanzado, celebrada el día

12 de Mayo de 1890, el ya referido picador puso banderillas á caballo con gran lucimiento, al toro cuarto de la tarde, llamado *Tirao*, de la ganadería del señor duque de Veragua.



Badilla poniendo banderillas á caballo.

La suerte de banderillar á caballo, de que venimos ocupándonos, se ejecutaba en Madrid cien años antes de que apareciera en su coso el célebre Ponciano Díaz, en aquella antigua plaza de toros que se levantaba extramuros de la puerta de Alcalá, y que fué derribada en Agosto de 1874.

Quien lo ejecutaba era el célebre matador Francisco Herrera Guillén (*Curro Guillén*).

Los carteles anunciadores decían:

PRIMER CARTEL.

«15.^a corrida de las concedidas á los Reales Hospitales, que se celebrará el lunes 18 de Octubre de 1790.

»Los 18 toros dispuestos pertenecen á las ganaderías siguientes:

»Seis á la de don Miguel Jijón, de Villarrubia de los Ojos, con divisa encarnada; cuatro á la de don Alvaro Muñoz, de Ciudad Real, con verde; cuatro á la de don Prieto Ramajo, de Ciudad Rodrigo, con blanca, y cuatro de la de don Francisco de Paula Marañón, de Alcázar de San Juan, con escarolada.

»Picarán los seis toros de la mañana Manuel Ximénez y Juan Molina Chamorro, y por la tarde, los cinco primeros, Juan Jiménez y Diego García (*Colchonillo*), y los cinco siguientes Laureano Ortega y Bartolomé Carmona.

»Los dos últimos serán lidiados por las cuadrillas de á pie, á cargo de los espadas Joseph Delgado (*Hillo*) y Francisco Garcés, que matarán los 16 de varas, y los dos últimos Francisco Herrera (*Curro*) y Juan Joseph de la Torre.

»Y para aumentar la diversión pública, se ha dispuesto que el penúltimo toro de la tarde salga vestido de fuego artificial, de manera que parezca un castillo ambulante que se incendiará por sí mismo, con las diferencias de luces y fuegos que sabe hacer el ingenioso Joseph Zamora, y que al último toro PONGA Á CABALLO BANDERILLAS DE FUEGO Francisco Herrera (*Curro*).»

SEGUNDO CARTEL.

«16.^a y última corrida de las concedidas á los Reales Hospitales de esta corte, que se verificará el lunes 8 de Noviembre de 1790.

»Los diez y nueve toros dispuestos para ella, pertenecen á las ganaderías siguientes:

»Seis á la de don Miguel Jijón, de Villarrubia de los Ojos del Guadiana, con divisa encarnada; cinco á la de don Severino Pérez Muro, de Autol, Rioja, con divisa escarolada; tres á la de D. Vicente Bello, de Palacio Rubios (antes viuda de Mercadillo), con divisa blanca; tres á la de don Francisco de Paula Marañón, de Alcázar de San Juan, con verde, y dos de limosna que ha dado al santo Hospital el piadoso corazón del señor Marqués de la Conquista, vecino de Trujillo, con azul.

»Picarán los seis toros de la mañana Diego García (*Colchoncillo*) y Juan de Amisas.

»Para aumento de la diversión, y en demostración de agradecimiento á lo que este respetable público ha contribuido con sus entradas al acrecentamiento del caudal para la asistencia de los pobres enfermos; viendo gustaron en la anterior corrida los fuegos artificiales, y que muchas personas, por ocupadas no pueden asistir por las tardes, se ha dispuesto que por la mañana, á más de los seis toros de vara, salga otro, al que PONDRÁ BANDERILLAS Á CABALLO Francisco Herrera (*Curro*).

»Por la tarde picarán los cinco primeros toros Laureano Ortega y Bartolomé Carmona, y los cinco siguientes Juan Jiménez y Manuel Jiménez.

»Los dos últimos serán lidiados por las cuadrillas de á

pie, á cargo de los espadas Joseph Delgado (*Hillo*) y Francisco Garcés, que matarán los 16 de varas, y los últimos serán muertos por los medios espadas Francisco Herrera (*Curro*) y Juan Joseph de la Torre, por el orden que les corresponde.

»El penúltimo toro se atará á un palo que estará colocado en medio de la plaza, y se le fijará una estatua sentada que representará la Europa, con sus adornos correspondientes, revestida con fuegos artificiales, hechos por el acreditado Joseph Zamora. Luego que el toro se suelte, se incendiarán por sí mismos de luces brillantes y fuentes de chispas alternativamente, hasta rematar en los últimos truenos.

»Al último toro, el citado Francisco Herrera (*Curro*)
PONDRÁ Á CABALLO BANDERILLAS DE FUEGO, y lo estoqueará.

»La corrida de la mañana comenzará á las diez y la de la tarde á las tres.»

*
* *
*

Desde luego puede presumirse que la suerte de banderillar á caballo no la ejecutaría el célebre diestro Curro Guillén á la perfección; mas debe ser tenido en cuenta que por aquellos tiempos no sólo no estaba muy adelantada la suerte de banderillar á pie, sino que los que la practicaban colocaban los palos uno á uno allí donde mejor podían; mas no sería de tan poco lucimiento ni lo ejecutaría tan mal el lidiador, cuando hubo que repetir esta suerte en las funciones sucesivas.

Lo que sí parece probable es que la suerte practicada por Guillén fuera algo muy parecido, si no idéntico, al rejoneo; pero de todos modos, bien podría ser la idea primordial de la que en los repetidos años de 1889 y 1890 vimos ejecutar en Madrid al celebrado Ponciano Díaz, y á Bayard después.

CAPÍTULO LIII

**Segue el toreo á caballo.—Suerte de picar.—Suerte de banderillas.
Suerte de matar.**

TOREO Á CABALLO

Si no bastasen para patentizar de un modo inconcuso la habilidad extraordinaria que en el arte de la jineta poseen los naturales de algunas regiones de América, y muy especialmente de México, las suertes descritas en el capítulo anterior, aún hay otra que añadir á tan larga lista.

El toreo á caballo.

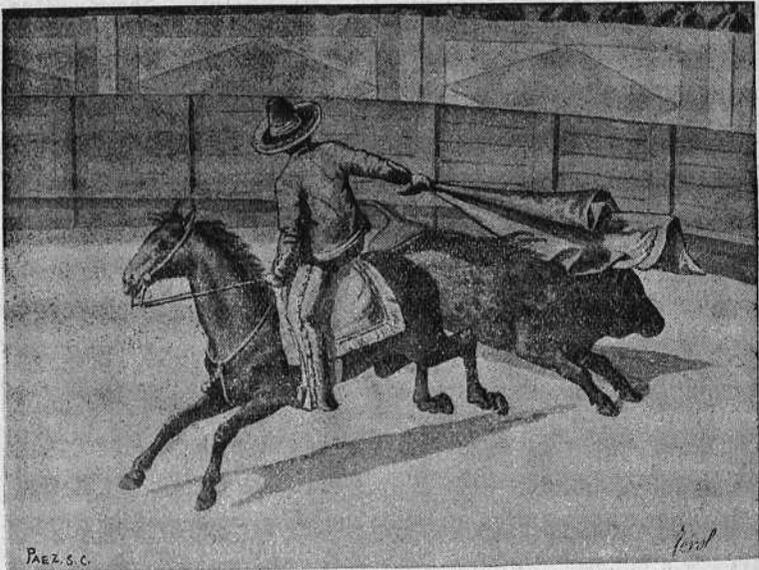
Esta suerte es tan digna de elogio y de ser consignada como las demás que hemos descrito, porque para consumirla se necesita, no sólo ser habilidoso jinete, sino tener dominio en el manejo del capote y gran conocimiento del ganado, para elegir las situaciones más proporcionadas al intento.

Lo difícil que es para el objeto manejar á un tiempo el caballo y el capote, salta á la vista, y se desprende desde luego al tener conocimiento de las dificultades con que muchas veces tienen que luchar los diestros de á pie para poder ejecutarlo.

Para torear á caballo se necesita, en primer término, si

la suerte ha de tener algún lucimiento, que las reses sean bravas y boyantes, y no estén exentas de facultades, porque de otro modo se quedarían, cortarían el terreno, ó haciendo caso omiso del capote, se harían con el caballo.

El modo de efectuarla, es tomando viaje el jinete hacia la res como para correrla, y una vez en el terreno, tirar el capote y salir flameándole, marcándole una dirección contraria á la que ha de tomar el caballo.



Gaucha toreando de capa á caballo.

También puede ejecutarse yendo despacio hacia la res, llamándole la atención con el trapo, cogido con ambas manos como para darle un lance al natural, y en el momento que acuda cargar la suerte, y soltando el capote de la mano izquierda, con la derecha marcar la salida necesaria, procurando no apartarlo de la cara hasta que haya rebasado la cabeza los cuartos traseros del caballo.

Correr á los toros por derecho montando á caballo, es de mucho efecto, si la res con que se ejecuta tiene bravura y nobleza, y el jinete sabe llevarla embebida en los vuelos del capote, guardando siempre una distancia proporcionada, y arreglando la marcha del caballo en que jinetea á la que lleva el toro en persecución del objeto que se mueve ante él, sin conseguir darle alcance.

El jinete procurará siempre llevar al toro por el lado derecho del caballo en su viaje, á fin de no tener que llevar el cuerpo en posición demasiado violenta, que le dificultaría el manejo del capote, objeto de la persecución de su adversario.

Llevar al caballo caracoleando en zig-zag para que el bicho que le persiga, obediendo á los movimientos semejantes que imprimirá al capote haga lo propio, es fácil y de lucimiento, cuando el bicho es bravo y celoso, y acude por el terreno que se le marca.

El caballo con que se toree ha de ser recogido de cuerpo, brioso, de corta alzada, corretón y dócil en extremo al rendaje y á los movimientos que le imprima el jinete con las piernas cuando se vea precisado á soltar las bridas para concentrar en el manejo del engaño toda su atención.

A caballo, pues, pueden darse lances naturales, correrse por derecho, abrir y cerrar á los toros, hacerles abandonar querencias, moverlos de un lado á otro, y, en una palabra, la mayoría de las que los peones llevan á cabo, sin gran riesgo, siempre que el jinete tenga seguridad en las condiciones del caballo que monta, conozca el manejo y empleo del capote, y no esté exento de los conocimientos que se requieren, tanto de las suertes como de los toros, en sus diferentes estados en la plaza, sus diversas maneras de acometer, de entrar en la suerte y rematarla.

El lucimiento será mayor, cuantos más sean sus conocimientos del arte de torear, y cuanta mayor sea su serenidad para ver llegar los toros á jurisdicción y marcarles la salida.

Los capotes que se empleen para torear á caballo han de tener, por razón natural, más longitud que los que generalmente se usan para el toreo de á pie, y desde luego se comprende la importancia de este detalle, teniendo en consideración que jinete y caballo presentan más bulto á los ojos del animal, viéndose obligados á que sea mayor el objeto con que se defiendan ú oculten; han de ser capotes pesados para contrarrestar la fuerza del viento en la violencia de la carrera, y de mucho más vuelo para que ondulen más y empapen á la res, haciéndola perder terreno en los rápidos zig-zag que en su marcha se ve obligada á describir, todo lo que da más ventajas al caballo y más tiempo al lidiador para medir los terrenos y salirse con menos exposición de la suerte.

Entre la gente de México que ejecuta el capeo á caballo, se distingue hoy la *Charrita* mexicana, que, según noticias, es en ello una especialidad.

*
* *

LA SUERTE DE PICAR

Desde que han ido á diferentes regiones de América cuadrillas completas de diestros españoles, ha sufrido no pocas transformaciones el toreo mexicano, adaptándose bastante al de nuestro país, tanto en la suerte de picar, como en todas las que se efectúan á pie con los toros, siendo en estas últimas en las que más han adelantado, y eso que las condiciones de las reses de aquella tierra no son ni con mucho

las que para la lidia tienen las que se crían en España, debido al clima y á los pastos, como ya hemos dejado consignado oportunamente.

Es muy general, tanto en México, como en Lima, Cartagena y otras regiones de América, ejecutar la suerte de picar como comunmente la practican los conocedores y mayores de las ganaderías españolas y muchos aficionados andaluces en el campo, es decir, sin parar á los toros.

Cuando actuaron en la plaza de Madrid en la corrida que tuvo lugar el jueves 17 de Octubre de 1889 los picadores mexicanos Agustín Oropeza y Celso González, que acompañaron en su excursión por España, Portugal y Francia al célebre matador de toros Ponciano Díaz, vinieron á corroborar lo expuesto.

Si bien como jinetes demostraron que son raros los picadores españoles que puedan competir con ellos, en cuanto á usar la vara de detener, con arreglo á lo que prescribe el arte para castigar á las reses y ahormarles la cabeza, nos parecieron muy deficientes.

Los dos picadores de referencia actuaron en la citada fiesta taurina, vestidos al uso de su país y como allí se practica, montados en sillas sin alto borren, y sin llevar resguardadas con hierros sus piernas, usando únicamente en la derecha, y de rodilla abajo, botín de cuero.

Efecto de su maestría y destreza jineteando, encuentran toro en suerte en todos los terrenos de la plaza, y en la acometida pinchan á brazo suelto, sin recargar el cuerpo sobre el palo, con el objeto de ahuyentar á la res y poder librar con facilidad el caballo, al que hacen obedecer con presteza, no sólo con las riendas, sino con la fuerza que imprimen á las piernas.

El resguardo que con los hierros tienen los picadores es-

pañoles, les permiten dejar llegar más á los toros y poder cargar la suerte, en tanto que si los mexicanos consintieran y el bicho besara el caballo, pudieran no salir bien en los derrotes.

En lugar de esperar los picadores mexicanos á que los toros partan hacia ellos, ellos van en su busca, de manera que no es posible que puedan dirigir la puya al morrillo, porque el toro, al ver que se le va acercando el bulto, va también cambiando de posición, para embestir con más seguridad y cuando cree poderse hacer con él.

La única ventaja que llevan á nuestros picadores es que para ellos no hay toros tardos ni pronto, buenos ó malos terrenos; en todas partes tienen suerte y hacen muy breve el primer tercio de lidia, librando mejor á los caballos, lo que les proporcionará en todas ocasiones el aplauso del público.

En cambio los toros picados en la forma en que lo hacen los diestros mexicanos, pinchando á brazo suelto y no dejando que los toros recarguen, pasarán á los tercios restantes recelosos, cobardes, queriendo coger, con la cabeza descompuesta y sin haber perdido las facultades necesarias, romaneando peso ó sufriendo el castigo necesario en lo alto del morrillo.

Los picadores mexicanos son de gran utilidad para los contratistas de caballos, y de mucha menos que los españoles para los toreros de á pie.

Las picas, que allí se denominan *piquetes*, son de la misma longitud que las de España; pero el hierro es de mayor dimensión y más estrecho, semejándose á las lancillas.

Apenas si tienen topes.

Resulta de todo lo que antecede, que la suerte de varas, practicada tal y como la vimos á Oropeza y González,

acreditados y renombrados picadores mexicanos, es deficiente, en tanto que ejecutada como prescriben las buenas reglas de la tauromaquia y la practican los picadores españoles, es la base para poder efectuar luego con lucimiento las demás suertes, porque es menos descuidada y está adaptada á lo que la práctica ha enseñado.

En cuanto en aquellos países se ensanchen más aún los conocimientos en tauromaquia, y cuantos lidiien se adapten á las reglas que ésta prescribe para todas y cada una de las suertes, la de picar será una de las más lucidas, por las especiales circunstancias de ser hábiles y diestros como ninguno en el manejo del caballo.

SUERTE DE BANDERILLAS

Practícanse en América y muy especialmente en la república de México, donde hay gran número de plazas edificadas, algunas de ellas con arreglo á los adelantos modernos, y no pocos lidiadores hijos del país, las mismas suertes de banderillas que en España, pero sujetándose menos á las reglas establecidas para efectuar cada una de ellas, puesto que lo fian todo á la ligereza de sus piernas.

En todas procuran lo primero ganar la cara de los toros con el cuerpo, esquivando la acometida de la res, y conseguido esto meten los brazos y clavan los palos.

De modo que bien salgan como está prevenido para el cuarteo, bien intenten el parear de frente, ya aprovechen el revuelo de un capote ó la salida del bicho de otro par, las banderillas puede decirse que le resultan de sobaquillo.

Rara vez cuadran en la cara de las reses.

En la forma de banderillar á la media vuelta es en la

que más se adaptan á las reglas del arte, por más que meten los brazos sin cuadrar apenas en el momento de la humillación.

De algunos años á esta parte han adelantado mucho los banderilleros mexicanos en la ejecución de la suerte que llena el segundo tercio de lidia, debido al gran número de banderilleros españoles que anualmente marchan á aquella república, muchos de los cuales han tomado allí carta de naturaleza al parecer, puesto que siguen permaneciendo allá y toreando con bastante aceptación durante todo el año.

Y más adelantarían si algunos de los banderilleros españoles que marchan á aquellas tierras fueran de los que aquí figuran en primera fila y están reputados como excelentes banderilleros.

Pero estos, que son escasos por desgracia en estos tiempos, prefieren la vida tranquila del hogar durante la invernada á exponer, tal vez sin resultado seguro, lo que hayan podido ahorrar durante la temporada de toros en nuestro país.

Y obran cuerdamente, siguiendo á la letra el adagio de que no debe dejarse lo cierto por lo dudoso.

LA SUERTE SUPREMA

Si, como queda consignado, en México hay notables deficiencias en lo que se refiere al toreo de á pie, claro está que donde estas han de notarse en mayor escala es en la preparación que necesitan emplear los diestros manejando la muleta convenientemente para la suerte suprema, para la suerte de estoquear.

Para ellos, que en todos los lances el esquivar la acometida de las reses ganándoles la cabeza con el cuerpo es el principal objetivo, sin cuidarse de burlar á la fiera con el engaño y marcarle el viaje que deba seguir, la muleta tiene que ser un auxiliar secundario; es decir, lo contrario de cuanto aquí ocurre, porque de su acertado empleo depende siempre el buen éxito que hayan de tener en el momento de entrar á matar.

Los pases de muleta, por lo tanto, más que para ahormar la cabeza de los toros les sirven para defenderse de sus acometidas y hasta para marearlos y descomponerlos.

Gracias que abusan poco del trapo, que si no en muchas ocasiones les sería difícilísimo, si no imposible, poder llenar su cometido.

Por esta causa su toreo resulta deficiente y movido por la índole misma de su manera especial de practicarlo, pues no es posible ganar la cara á los toros con el cuerpo sin imprimir á los pies los giros y movimientos necesarios.

Es, pues, el toreo de muleta empleado por los matadores mexicanos, completamente distinto del nuestro.

Aquí, la quietud es lo necesario, lo indispensable.

Allí, lo primordial es el movimiento para ganar la cara de sus adversarios.

Aquí la muleta tiene por objeto castigar á las reses, quitarles los resabios que pudieran conservar ó tener, ahormarles la cabeza y adaptarlas en lo posible á las condiciones del matador.

Allí no sirve sino para resguardarse de las acometidas, sin tener en cuenta que luego es preciso entrar en la cara.

Aquí con la muleta se sujeta á los toros huidos, se baja la cabeza de los engallados, se levanta la de los que humillan, se endereza á los que se acuestan de uno ú otro lado,

se destronca á los que tienen muchas facultades, se desengaña á los cobardes, se consiente á los celosos, se para á los revoltosos, se saca de las querencias á los que las tienen, se les cuadra, se les iguala y se les deja, en una palabra, en condiciones para ser estoqueados con la menor cantidad posible de dificultades.

Allá no se cuidan de nada de esto, porque la muleta en sus manos no es más que un objeto de defensa, sin que se tienda con ella á transformar á las reses, á las que se les deja franco el camino que quieran tomar, y eso que de diez años á esta parte se han adiestrado no poco, aprendiendo de los matadores que todos los inviernos marchan de España á aquellas regiones.

En lo que allí hay semejanza con nuestro país es en la manera de estoquear, si bien no entran todo lo corto que es debido; pero una vez engendrado el movimiento de avance, entran en línea recta, marcan la salida de la res en debida forma y clavan los estoques con valentía y decisión.

Es decir, que en América, en aquellos puntos en que está más desarrollada la afición, en aquellos en que hay naturales del país que abrazan el arte de lidiar reses bravas en la forma que se practica en España, abundan más los matadores que los toreros, debido á cuanto acabamos de indicar.

Las suertes de matar más en uso y mejor ejecutadas en la región mexicana son las del volapié, á paso de banderillas, á toro corrido y á la media vuelta.

Las demás resultan á veces más por las condiciones de los toros que por la voluntad de los que las ejecutan.

La diosa casualidad entra en mucho, si no en todo, en el resultado.

Y eso que, como repetimos nuevamente, de pocos años

á esta parte han ido perfeccionándose mucho los diestros del país, lo que hace esperar que en término más ó menos largo el toreo allí sea lo que debe de ser.

Hay mucha afición y no faltan condiciones en sus individuos, que son los principales elementos para conseguirlo.

Semilla y de buena clase tienen, la tierra está bien acondicionada, y, por tanto, con un poco de esmero y cuidado para que fructifique, brotará á satisfacción de todos.



CAPÍTULO LIV

De otras particularidades.—Tientas.—Encierros.—Enchiqueramientos.—Plazas de toros (su construcción).—Dependencias.—Servicios.—Precios de ajustes.—Valor de toros y caballos.—Presupuesto de una corrida de novillos en San Pedro de Zacatecas.

Terminada la descripción del toreo americano propiamente dicho, no hemos de pasar á otro asunto sin ocuparnos con la mayor concisión que sea posible de algo que se relacione directamente con él, detalles poco conocidos de los aficionados españoles y que deben tener en cuenta los diestros antiguos y noveles que, desconociendo la manera de ser del espectáculo en aquel territorio emigran á él, buscando una especie de descanso de las faenas fatigosas que hicieron en España, y deseosos de lograr la gloria y el oro á costa de muy pocos esfuerzos.

La imaginación va más adelante que lo que la realidad permite; un día el torero, medio tendido ante la mesa del café, envía á su imaginación á las costas americanas cruzando el mar en un segundo. La gente de allá le festeja, le agasaja, le lleva y le trae ni más ni menos que á un nuevo Mesías; las mujeres se quedan arrobadas mirándole, y los hombres y los chicuelos le contemplan como diciendo: «ese hombre está siempre en peligro; ¡qué grande! ¡qué gallardo! Le daremos todo el dinero que quiera á cambio del

solaz que nos proporcione, de las delicias que nos haga gozar viendo su arrojo con el capote, sus cambios con la muleta, sus pases de pecho, su lancear sosegado é inteligente».

¡Oh hermoso sueño! El héroe, siempre sentado ante la mesa del café, ve la plaza cuajada de gente, el circo iluminado por un sol espléndido, las manos aplaudiendo, las bocas vociferando y los ojos arrojando llamas. Casualmente en aquel momento se entreabre una cortina de la puerta de entrada, y un nuevo parroquiano penetra en aquella especie de fumadero de opio; dirige su vista inquieta hacia todos los lados del café, y consigue llamar la atención del torero que sueña.

El nuevo contertulio es un hombre de amplios carrillos surcados por venas color de sangre, recios bigotes negros, ojos chicos y relucientes, frente estrecha, sombrero cordobés, recio bastón y un puro de á kilómetro. Es el tipo del empresario ultramarino en busca de toreros que quieran arriesgar la piel por módico precio allende los mares.

Es el hombre, en fin, que subasta el peligro.

Pronto sus ojuelos se fijan en nuestro protagonista y se dirige á él. Propone, y su proposición es aceptada con gran alegría del torero, cuyo sueño, el sueño que le ocupaba á la sazón, va á realizarse.

Entonces empiezan las fatigas.

El empresario, como es natural, le ha dado algún anticipo, y el hombre se ocupa en la adquisición, desempeño, limpieza y recosido de taleguillas, caireles y demás; se hace un capote de paseo del raso más brillante; huronea á su vez por las madrigueras de costumbre, buscando como el empresario, dos, tres ó cuatro chicos que lleven poco por llevar cornadas y no se muestren rehacios en seguir á la gente que les *pueda sacar* y dar toros.

¡Ea! la cuadrilla está lista y no hay más que partir; silba el vapor; la locomotora arrastra los vagones de estación en estación durante veinticuatro ó treinta horas, tiempo mínimo usado en España para que el tren recorra una distancia relativamente grande, sin contar con las contingencias que puedan presentarse, tales como choques, descarrilamientos, etc., etc. Bueno; pues durante esta primera etapa del viaje los chicos silban, cantan, ahullan, se asoman á la ventanilla buscando un átomo de aire regenerador ó se cobijan en cualquier ángulo del coche, embozándose en su plegada chaquetilla de dril para sentir menos el frío, y el maestro ó aprendiz de categoría contratado como espada busca en balde el sueño atarugado en su compartimiento de segunda, entre viajantes y curiosos que tratan de indagar qué dolor se experimenta en las cogidas y cuánto rinde cada fiesta, censurando de paso, ellos, público que silbará mañana, la brutalidad que cometen los espectadores al protestar groseramente de las faenas malas de un torero.

El contratado para el Nuevo Mundo sonríe, explica, habla andaluz más ó menos forzado, y mientras el tren sigue su derrotero y van pasando una á una esas horas terribles en que la lengua se pega al paladar y se siente allá, en el fondo del estómago, la labor difícil del salchichón fraudulento contra el que no hay digestión que valga.

¡Qué importan estos incidentes para la gloria que se espera allende el Atlántico, allí, donde hasta los bajonazos se aplauden y el saltar bien la barrera produce el delirio!

Al fin se llega al puerto, el buque espera, la torería ocupa sus respectivos camarotes, zarpa la nave y empiezan los hombres, mareados y locos, á rodar por el entrepuente, ni más ni menos que la célebre carronada de que habla Víc-

tor Hugo en su *Noventa y tres*. El matador sufre la influencia del mareo también; pero ¿qué importa? los paños del carbón están atestados; el agua sobra, el viento es favorable y auxilian las velas, y el capitán asegura que dos días después se avistará la costa americana, es decir, la costa de aquellas tierras en que los toreros son dioses y en que se aplauden los bajonazos, los saltos de barrera, etc.

Llega por fin el suspirado día,

como dijo el otro, y en efecto, la plaza está llena de gente, ávida de presenciar las faenas del guapo mozo á quien por cuenta del empresario ha bombeado la prensa local con un mes de anticipación; el sol brilla, la gente aplaude el vistoso paseo... En resumen: el principio del sueño es igual.

En España es imposible ser torero sin tener un corazón muy valeroso. *En las Américas* todo pasa.

Sale un toro bravucón de la tierra, los chicos se atolondran, el matador se desconfía, los picadores huyen. Pero ¿qué importa una y mil veces, si allí se aplauden hasta los bajonazos?

Faena del diestro:

Un pase embarullado de tanteo, á cuatro leguas del testuz. (Expectación en el público.)

Otro pase con acompañamiento de temblor de piernas, curvatura violentísima de la espina dorsal, y, por último, el bajonazo y... silba estrepitosa y banquetas al redondel.

Desengañaos, desengañaos, los que buscáis la Jauja eterna y vais á ocultar vuestro modesto estilo de toreo ante aquel público que juzgáis inocente y benévolo; desengañaos: aquel público podrá ser benévolo, pero inocente ya no lo es. Allí se ha progresado en todo; por allí han pasado las figu-

ras más eminentes de la tauromaquia; allí, cuando una empresa necesita toros, no va al bosque y los caza, sino que tiene sus ganaderías, con sus reseñas y la historia de cada toro, y se siguen, como en España, procedimientos para aquilatar la bravura de una res, y los que la practican son aficionados tan buenos como los de nuestra península; mucho más si, como los de México, están habituados á ver corridas. Quite Dios la venda de vuestros ojos para que veáis entonces que los bajonazos y las malas lidias alcanzan tantas protestas en América como en Europa.

Pero, no obstante, y ya que hemos hablado de que en las ganaderías de aquellas comarcas se practican operaciones para conocer la bravura de los toros, digamos algo respecto á las mismas, empezando por la manera de tentar, que más que tiente es prueba.

*
*
*

Tientas.—Son pocos los ganaderos que en México hacen la tiente en la forma usual en España.

La manera más generalizada en el país, consiste en colgar un muñeco en el corral ó cercado donde haya de practicarse la operación, con el objeto de ver si las reses destinadas á la prueba hacen por él; esto, como se verá, es algo así como una imitación de lo que se hacía en España en algunas antiguas ganaderías, valiéndose de un dominguillo.

Cuando el becerro está solo en el cercado, los vaqueros llaman su atención meciendo ó agitando el maniquí, alzándole y quitándole de su alcance cuando el animal derrota, operación repetida cuantas veces juzgan oportunas para la clasificación de la bravura del torete.

Lo perjudicial que es esta manera de probar la valía de

los becerros, salta desde luego á la vista para los buenos é inteligentes aficionados.

Un becerro tentado de esta manera, cuando ya toro salga á una plaza para ser lidiado, mostrará desde luego sus tendencias á derrotar alto, ó se quedará cerniéndose en las suertes, ó se hará de sentido.

Las ganaderías mexicanas de algún renombre han desechado desde luego esta clase de tientas, y las llevan á cabo como en España, empleando más generalmente el aceso que la tienta en corral.

Algunas, sin embargo, prescinden por completo de esta operación, fiando únicamente la bravura de los toros á la bondad de la casta, ó creyendo con la mejor fe que la tienta no es una operación precisa, y que un becerro que demuestre las mejores condiciones en el tentadero, puede degenerar en el tiempo que transcurre hasta hacerse toro de lidia ó viceversa.

En los demás países americanos donde se crían toros, rara es la ganadería que se ocupa de las operaciones preliminares que son tan necesarias para su mejora, así como tampoco tienen en cuenta que las reses de plaza exigen un cuidado sin límites y gran escrupulosidad para la elección de los pastos.

Y á esto se debe el que resulten muchas reses mansas y que haya precisión de que los jueces (presidentes) al poco de salir al redondel se vean en la precisión de ordenar la aplicación del lazo.

*
* *

Encierros.—En México, San Luis de Potosí, Guadalajara y Puebla, los encierros de los toros se verifican generalmente como en España. En los demás puntos de la Repú-

blica Mexicana, en Montevideo, Lima, Buenos Aires y otros puntos, suelen llevarse las reses destinadas á ser lidiadas á las plazas en cajones, en los que se meten valiéndose de los lazos.

* * *

Enchiqueramientos.—Una vez los toros en los corrales con la debida anticipación y valiéndose de medios semejantes á los que se emplean en España, se les encierra en los toriles, en cuya construcción hay bastantes deficiencias.

Por la parte superior no están los toriles cubiertos convenientemente, puesto que tienen únicamente unos tablones, separados el uno del otro de 70 á 80 centímetros.

Sobre estos tablones, de bastante consistencia, se colocan las personas que por gusto ó por obligación van á presenciar el enchiqueramiento, y de las cuales muchas se quedan después de terminado, llamando la atención de los toros é inquietándoles para que quieran alcanzar con sus derrotes á las personas indicadas.

¿Qué ocurre con esto? Que los bichos cuando salen llevan altísima la cabeza y hacen dificultosa toda la lidia, sembrando el pánico entre los lidiadores, y más cuando no tienen recursos para poder ahormar aquellas cabezas descompuestas, lo que necesariamente ha de aburrir á los espectadores, á más de tenerlos en tensión continua por el peligro que ven.

Esto tiene fácil remedio.

Basta, como se ha hecho en alguna plaza y debe hacerse en todas, cerrando completamente los toriles en su parte superior, dejando únicamente una trampilla para que el vaquero encargado de su custodia pueda verlos de cuando en cuando, trampilla que puede abrirse en cuanto se haya retirado toda la gente.

Plazas de toros (su construcción.)—El número de plazas de toros que hay en los diferentes estados de América y muy especialmente en la República Mexicana, edificadas la mayor parte de ellas de treinta años á esta parte, es bastante crecido y demuestra que la afición ha tomado allí gran incremento.

La construcción de todas es muy semejante á las de España, siendo de las que figuran en primera línea en México las de la capital, San Luis de Potosí, Tacubaya, Guadalajara y Puebla, en las que se siguen en un todo las costumbres españolas para el orden de sus funciones, y son las que en el país dan cartel á los toreros que trabajan en ellas una serie de más de seis corridas por temporada.

Entre ellas las hay de obra, otras de obra y madera y algunas de madera.

En todas se ha dado preferencia al tendido.

*
* *

Los locales anejos á las plazas de toros, son, por regla general, poco capaces y no bien acondicionados.

En los corrales hay poco espacio para tener los ocho ó diez toros que se encierran para cada espectáculo, como también están faltos de amplitud el lugar destinado á caballeriza.

En la mayoría de las plazas faltan sala de toreros y capilla.

Las enfermerías son pobres, y el servicio médico está generalmente muy descuidado.

Entre las plazas en que está todo mejor montado, figura en primera línea, la de Bucarelli, en la capital de México.

En las plazas de los demás países americanos está todo bastante descuidado, y se han dado muchos casos en que

un lidiador lesionado ha tenido que pasar de la plaza á su domicilio para que se le practicase la primera cura.

El servicio interior de plaza está aún menos cuidado que los demás.

En lo único que nos llevan ventaja es en la prontitud con que es devuelto al corral un toro en cuanto el juez que preside la corrida, que es un individuo del Ayuntamiento, da la orden de lazo.

No bien la bocina lo hace saber, cuando ya los individuos á cuyo cargo corre este servicio, están en la plaza dispuestos á cumplir la orden, la que llevan á efecto del modo que hemos explicado al ocuparnos de la suerte de enlazar.

En México y en la plaza de Bucarelli, en algunas corridas se han retirado los toros al corral valiéndose del cabestraje como en España, haciendo muy pesada la faena, por no estar los cabestros enseñados convenientemente á arropar á los toros y conducirlos fuera de las plazas.

*
*
*

Como detalle curioso vamos á dar la siguiente relación de precios á que se pagan toros y toreros en la República Mexicana:

Los toros que tienen más alto precio son los de la ganadería de Tepeyahualco, que se pagan á 250 pesos mexicanos cada uno.

Los de las de Atenco, Piedras Negras, Santín y alguna otra, á 200.

Y las demás oscilan de 50 á 150, según el nombre y crédito de la ganadería.

Los matadores de toros de cartel, es decir, los que tie-

nen alternativa, vienen á cobrar de 100 á 200 pesos libres, y los de segunda categoría, ó los novilleros, de 50 pesos en adelante hasta 100 ó 120.

Los picadores del país cobran de 20 á 25 pesos mexicanos por corrida, y los banderilleros igual cantidad.

Los precios indicados respecto á toreros no varían en mucho, salvo para contados lidiadores, cuando gozan de gran crédito ó llegan de España ajustados por empresas particulares.

*
* *

En México, en cuantas corridas se celebran, pagan los empresarios al Ayuntamiento el 21 por 100 de la entrada bruta, sin que tenga que satisfacer otra clase de derechos por concepto alguno.

En las demás poblaciones, á más del arrendamiento de la plaza, hay que satisfacer 100 pesos por la licencia para celebrar la corrida y 30 por timbre.

*
* *

Otro de los gastos que en nuestras corridas de toros es crecido, el servicio de caballos, allí se hace con excesiva economía, puesto que suelen costar de 5 á 20 pesos cada uno.

*
* *

Hé aquí el presupuesto de una corrida celebrada en plaza de segundo orden, documento que no deja de ser curioso.

La fiesta se celebró en la plaza de toros de San Pedro de Zacatecas.

	<u>Pesos.</u>
Renta de la plaza por corrida, y á más doce localidades de preferencia.	75
Licencia.....	100
Timbre.....	30
Banda militar.....	35
5 toros á 25 pesos uno (1).....	135
5 caballos á 8 pesos uno.....	40
Servicio de sarro (banderillas).....	5
Por encajonar los toros.....	5
Servicio de plaza.....	5
Dependientes y expendios.....	10
Impresiones preventivas y tiras.....	20
Extraordinarios y pastura.....	10
Cuadrilla.....	150
	<hr/>
TOTAL.....	660
	<hr/>

El lleno de la plaza de referencia, á los precios ordinarios, arroja un total de 1.200 pesos.



(1) Los toros, una vez muertos, se pagan á 12 pesos.

CAPITULO LV

**Los toreros mexicanos.—Algunos datos históricos.—Un cartel de 1839.
El paseo.**

Sin que esto sea un españolismo exagerado, tenemos derecho á creer que, si no todos los progresos de las repúblicas americanas que ayer fueron nuestras colonias, á lo menos todas las semillas que después fructificaron allí, fueron llevadas por los españoles. Han sido nuestras dos, tres siglos, y cuando sacudieron el yugo de la dominación, no pudieron extinguir, sin embargo, sus tendencias de raza. Verdad es, que nuestra fiesta nacional ha ido creciendo y ensanchando su círculo con una lentitud extremada, pero hay que tener en consideración que en un país como México, por ejemplo, donde va y viene de continuo esa marejada política que la hace ser independiente en 1808, constituirse en república veinte años después y admitir para engrandecerse una población en que la raza española, compuesta de dos millones y pico de habitantes, se pierde entre una población mixta de cerca de nueve millones, no puede ostentar esas referidas tendencias de raza, si no muy paulatinamente.

¿Pero sólo por esto vamos á decir que aquella región no

cuenta con elementos propios, y que es de pura necesidad la intervención de los toreros españoles para que el espectáculo resulte con todo el clasicismo de que ha de estar adornada la fiesta? No; por aquellos remotos países han cruzado las personalidades más sobresalientes en nuestra historia del toreo; pero entonces México tenía ya un toreo propio. El conjunto no era igual, los detalles sí; la levadura de España mezclada á la sangre ardiente del azteca, tenía que buscar ese espectáculo grandioso que ofrece el riesgo continuo y ocasión de demostrar el valor sin límites, la gallardía del cuerpo y el tesón del alma. No bastaba al mexicano, hijo de españoles, seguir con vista perezosa al condor que remonta los nevados picos del Anahuac, ó entregarse en los inextricables bosques á la persecución del bisonte y el toro amizclado como el indio; no satisfacía á su corazón montar el potro y tender el lazo para aprisionar al mesteño (1). Sus antecesores le habían hablado de su país natal; las brisas del Pacífico traían tal vez entre sus ráfagas el hálito perfumado de los azahares de Andalucía, y aquellas estrellas que reflejaban su luz temblorosa en la corriente del Zacatula y aquel sol que producía iris espléndidos en los saltos de agua del Guanacuatlan, iban á reflejarse también sobre la pausada corriente del Guadaluquivir y sobre las crestas de las olas que van á morir junto á la Caleta de Cádiz.

En aquellos países donde la imaginación meridional encuentra campo abierto para todas sus inspiraciones y fantasías, sobre aquel suelo cantado por lord Byron, habían nacido los mantenedores de aquel espectáculo sangriento, pero grandioso. Allí dormían el sueño de la eternidad los

(1) Caballo salvaje.

Romeros, *Pepe-Hillo*, *El Africano*, *Chiclanero*, *Cúchares*... todos los que se habían abismado ya bajo sus laureles.

Era preciso trasplantar la fiesta y hacerla suya; era preciso fundar un toreo español para que luego fuera mexicano. ¿Si se hablaba el idioma de Castilla, qué mucho que se nacionalizara la costumbre también? ¿Era preciso ser dos veces ingratos á España! ¿Quedarse con el idioma y con la costumbre para declararlos después independientes como México!

En los comienzos de la afición aquella, se creyó que su base fundamental podía ser el toreo á caballo, ya que los naturales eran tan diestros jinetes; es decir, el espectáculo con ligeras variantes comenzó allí como en España, por caballeros antes que por peones.

Un distinguido escritor mexicano decía, ocupándose del atraso en que se encuentran la mayoría de los diestros de su país, que si bien no era de esperar que muchos de ellos llegasen á mayor adelanto, unos por no estar en edad para ello y otros por su falta de facultades, había otros, en cambio, que poseían cuantas cualidades se requieren para el objeto, contando con uná decidida afición, y que con el más leve esfuerzo podían alcanzar un lugar envidiable en el oficio, no faltando en las filas de los lidiadores mexicanos, á pesar de su toreo defectuoso, quien revelara el alma y la capacidad suficiente para ser una verdadera gloria en la historia del arte taurino, y que por su ignorancia de las reglas de dicho arte, no llegarán donde debieran.

Si cuentan de antemano con el valor, que es la cualidad principalísima ¿qué les falta? ¿Agilidad? No; sería risible que hombres entregados de continuo al ejercicio de la caza y obligados á vencer, con esa condición, tantos obstáculos naturales, carecieran de ella; ¿qué les falta, pues? El pre-

cepto, la enseñanza útil, y no la manera caprichosa y antojadiza de los que, no poseyendo sino ligeras nociones de su arte, aprenden un tranquilo y dos suertes mal practicadas, y las sacan á relucir siempre, pareciéndose en esto á los escritores de poca imaginación que sólo poseen dos ó tres ideas y las hacen valer para todas sus obras.

Hasta que, como ya hemos dicho, marcharon á América diestros españoles de reconocido valer, unos con el fin de ensanchar su esfera de acción y otros ajustados por importantes empresas del país, los toreros mexicanos han caminado casi siempre por una senda sin luz que guiase sus pasos y les condujera á puerto seguro.

Gaviño, que en todo caso podía pasar por un iniciador, nada podía enseñarles, por la razón sencilla de que él no tenía otros conocimientos del arte de torear, que sus buenos deseos, acompañados de no escaso valor, pero al fin su intervención no fué tan pernicioso para la afición mexicana, como la turba de medianías que, creyendo poseer todas las habilidades de tan difícil profesión, se enseñorearon del país, llevando por torcidos rumbos, á los que con más condiciones que ellos para brillar, se entregaron ciegamente en sus manos.

Sin maestros que disipen con sus luces las sombras del entendimiento, no hay posibilidad de adelantar un paso en lo que el hombre se proponga.

Sin el precepto, sin la noción, sin el estudio artístico concienzudo, Van-Dick no hubiera podido en ocasiones superar á Rubens, su maestro, ni sin ser arquitecto hubiera conseguido el diablo hacer la catedral de Colonia. *Cúchares* rayó á más altura que su maestro Juan León, pero *Cúchares* fué un buen discípulo de la escuela sevillana, antes de conseguir lo que pudiéramos llamar su estilo propio.

El valor, ese valor particularísimo del torero que, como dijimos en otro lugar de esta obra, consiste en conservar delante del toro la presencia de ánimo necesaria para ejecutar en el momento que lo reclame la suerte precisa, pues para todos los momentos del torreo las hay, sin aturullamientos y sin caer en el extremo contrario de la temeridad; la ligereza, ó mejor dicho, la agilidad y soltura en los movimientos, no para ser un saltarín de batuda, sino para echar fuera con el engaño, sea capote ó muleta, al toro de más codicia y poder; la flexibilidad de las caderas y la tensión sin agarrotamiento de los brazos para lancear con elegancia y finura; la condición de mostrarse indiferente para las precipitaciones y clamores ó protestas del público, que por inteligente que sea, no lo puede ser tanto como el torero que es inteligente, en el instante de ejecutar lo que se propone; la imitación de los buenos modelos y la fuerza de voluntad para no descarriarse por sendas que en el momento pueden ofrecer claridades deslumbradoras, pero que jamás guían al pináculo de la fama; el ver toros y escuchar consejos atinados de los que brillaron en el arte, todo esto reunido es lo único que puede hacer buenos lidiadores. Los demás caminos sólo conducen á esa muerte moral que se llama medianía, fosa común de todas las profesiones del mundo.

* * *

A mediados del siglo actual, y en la generalidad de las corridas que se verificaban en México, se les serraban las puntas á los toros para evitar peligros á los diestros que por entonces tomaban parte en el espectáculo.

No obstante, en ocasiones se jugaban reses de puntas, y cuando tal acontecía se aumentaban los precios de las lo-

calidades, debido á que los lidiadores que toreaban exigían, como es consiguiente, mayor estipendio por su trabajo.

Poco á poco, y en vista de que las corridas que se daban con toros despuntados no rendían utilidades, y en las otras sucedía lo contrario, fueron desterrándose aquéllas y siendo éstas las únicas que se celebraban.

Por lo que respecta á los ajustes de los diestros, diremos que han sufrido pocas alteraciones.

La tarifa de precios por la que á mediados de siglo se contrataba á los toreros, era muy semejante á la que hoy sirve de norma á las empresas.

De un periódico que se publicaba en México en 1888 tomamos las siguientes:

TARIFA ANTIGUA

Picadores.....	Desde 16 hasta	25 pesos.
Banderilleros...	» 12 »	30 »
Matadores.....	» 50 »	100 »

TARIFA MODERNA

Picadores.....	Desde 16 hasta	40 pesos.
Banderilleros...	» 20 »	60 »
Matadores.....	» 80 »	200 »

Debemos advertir que, según datos que se nos han suministrado, excepción hecha de los precios de los matadores, que suelen alcanzar por su trabajo mayores cifras que las indicadas, con particularidad si son matadores españoles con alternativa, es raro que á un picador ó á un banderillero se dé el máximun de esta tarifa, puesto que, habiendo en México exceso de personal de estas clases, hay quien se conforma con el estipendio que se les ofrece, añadiendo que en esto hay también excepciones, dependiendo

de la fama y renombre de los diestros, así como de su categoría.

*
*
*

Como hemos hecho mención de la suerte de banderillar á caballo, y dejamos consignadas las reglas á que deben ajustarse los lidiadores para llevarla á cabo con el lucimiento que se requiere, vamos á reproducir las siguientes líneas, que encontramos en un periódico mexicano, sobre quién fué el primero que la practicó en aquella república.

Dice así el citado periódico:

«Por los años de 1853 ó 54 el público de México fué testigo de un gran acontecimiento: un torero mexicano, bastante conocido por aquella época, dotó al arte con una suerte, que se puede reputar como invención suya, puesto que no hay noticia de que otro diestro, con anterioridad, la hubiese ejecutado (1).

»Nos referimos al célebre Ignacio Gadea y á la suerte de parear á caballo.

»Gadea puso banderillas á caballo por primera vez en una corrida que se organizó por mandato de Su Alteza Serenísima D. Antonio López Santa-Anna, y dedicada al Embajador de España.

»El resultado fué brillante para Gadea.

»Repitió su suerte al poco tiempo en una corrida á beneficio de Gaviño, y marchó después para la Habana, donde entusiasmó á los cubanos con las banderillas á caballo.

»En la capital de la perla de las Antillas trabajó la cuadrilla de Gadea en catorce corridas, y la última, que fué á

(1) Por lo menos en aquellas tierras, porque en España, ya á fines del siglo anterior, Curro Guillén banderilleó á caballo en algunas corridas, según datos que hemos publicado.

beneficio del espada mexicano, le produjo la cantidad de *quince mil pesos en oro*, libres de todo gasto.

»Hasta la fecha no ha habido—sigue diciendo el periódico—ningún diestro que lo haya igualado siquiera en la suerte de parear á caballo: para afirmarlo basta el recuerdo de la corrida celebrada el 4 de Marzo del corriente año de 1888, en la cual se presentó el diestro Gadea, ya decrepito por los años, puesto que ha visto sucederse sesenta y cinco inviernos, y, no obstante su falta de facultades, pareó á caballo como no habíamos visto.

»La empresa, con justicia, lo anunció como inimitable en esta suerte.»

Por lo que de esta suerte hemos visto ejecutar á Ponciano Díaz durante su corta permanencia en España, sólo podemos decir que este diestro la ejecuta con singular habilidad y maestría, y que es una de las suertes en que se necesita ser, á más de habilísimo lidiador, consumado jinete.

* * *

Antes de cerrar la parte que al toreo mexicano se refiere, vamos á insertar un cartel de toros de 1839, que da una clara idea de cómo se encontraba el toreo en aquella época, y qué suertes eran las que estaban más en boga entre los diestros del país.

Dicho cartel nos recuerda otros de muchas de las corridas que tenían lugar en nuestras plazas de toros cuando el arte de torear estaba en su infancia, por decir así, en los que se anunciaba gran variedad de suertes, que de todo tenían menos de tales, y en las que el arrojo era la nota saliente.

Dice así:

TOROS

PLAZA DE SAN LUIS DE POTOSÍ

DOMINGO 7 DE JULIO DE 1839

*Gran función dedicada al Sr. General de brigada
y Comandante de armas del Departamento.*

CUANDO generalmente se ha manifestado gustoso el pueblo potosino por el aprecio y consideraciones que el Sr. General de brigada, don Isidro Reyes, y Comandante de armas del Departamento, se ha dignado dispensarle, la compañía de gladiadores quiere dar una prueba de su reconocimiento á tantas bondades, y á las con que particularmente se ha servido distinguirlo, acogiendo sus débiles tareas.

Y ya que afortunadamente tiene la dicha de cumplir los deseos de su corazón, tiene también el placer de dedicarle la presente función, dispuesta en los términos siguientes:

Un lucido partimiento de plaza dará principio á ella, practicado por el Batallón permanente de Toluca.

En seguida se lidiarán cinco soberbios y hermosísimos toros que se han escogido entre la bien acreditada raza del Rancho de Bocas, con los cuales se practicarán las suertes siguientes:

CASIMIRO CUETO hará el salto mortal, vendados los ojos.

JESUS RAMÍREZ picará un toro con Juana la Pola en la silla.

ILDEFONSO GARCÍA jineteará otro, y cuando éste se halle reparando en su mayor fuerza, se le pasará al pescuezo.

☞ ANTONIO ESCAMILLA CON LOS PIES ENGRILLADOS en el centro de la plaza, pondrá dos banderillas. ☞

Concluirá la función con el toro embolado que saldrá para el público.

* * *

Si la compañía lograre con esta función el objeto que se propone, será una de sus mayores satisfacciones.

PAGA DE COSTUMBRE.

El tamaño del programa original que se nos ha facilitado y que hemos copiado á la letra, es el de 30 centímetros de longitud por 20 de ancho.

El programa original está impreso en raso azul y carece de pie de imprenta.

*
*
*

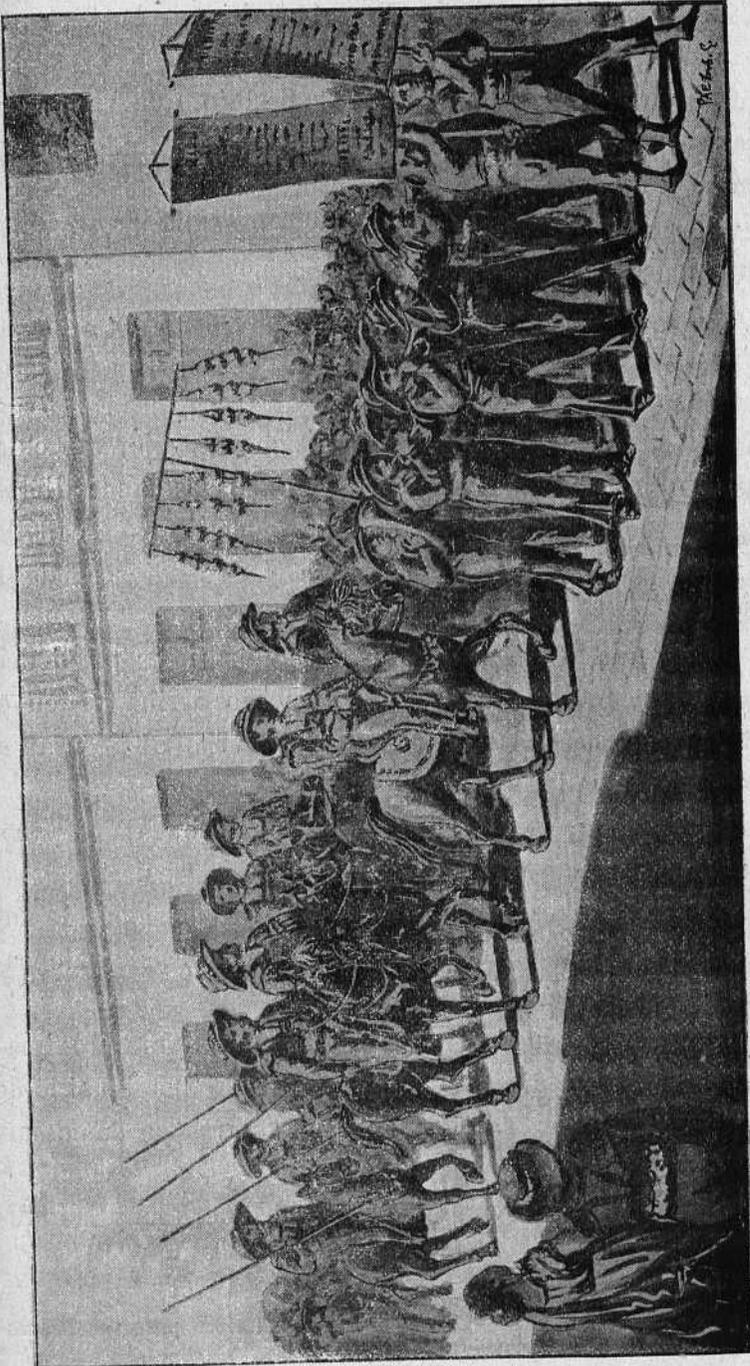
En todas las poblaciones de la República de México donde se celebran corridas de toros, excepto en la capital, se conserva aún la costumbre, importada seguramente de España, donde se ha efectuado en varias ocasiones para llamar la atención y atraer espectadores, y donde aún se verifica en algunos pueblos, el que por la mañana del día de la corrida los diestros que han de tomar parte en el espectáculo recorran en forma de cabalgata las principales calles de la población (1).

Esta exhibición que se anuncia en los carteles diciendo: «A las once de la mañana hará la cuadrilla el paseo de costumbre.» Sale á la hora indicada del hotel ó fonda donde se hospeda la cuadrilla ó el matador más antiguo si hubiese anunciado más de uno para torear, y como queda indicado, recorre un gran trayecto, seguido de gran número de curiosos que se apiñan alrededor de la gente de coleta.

El orden de esta comitiva es generalmente el que sigue:

1.º Dos hombres ó muchachos, llevando á manera de estandartes dos grandes cartelones anunciando la corrida.

(1) En el cartel de la plaza de Madrid, anunciando para el día 6 de Febrero de 1842 una corrida de novillos, se decía que se celebraría la pantomima titulada *La Pata de Cabra* (escenas de Vulcano y los ciclopes), y que la comparsa que había de ejecutarlas en la plaza se reuniría con la música en la plaza de la Constitución, y desde ella marcharía formada á la plaza de toros, dirigiéndose por la calle Mayor, Puerta del Sol y calle del Duque de la Victoria, yendo Vulcano en un carro triunfal y D. Simplicio y su escudero montados en los burros en que habían de picar, como se efectuó.



2.º La música que ha de actuar durante la fiesta, tocando piezas populares y pasos dobles.

3.º El surzo de banderillas (1) de lujo, que van colgadas en un palo en esta forma  y sostenido por otro en su parte media formando con él una 

4.º La cuadrilla á caballo, generalmente, llevando este orden:

1.º El matador ó los matadores.

2.º Los banderilleros.

Y 3.º Los picadores.

Si la cuadrilla de á pie marcha en carruaje, van en el primero los matadores y en el segundo los banderilleros, siguiendo detrás de este carruaje los picadores á caballo.

Y 5.º Las mulillas de arrastre y dependientes de la plaza.

El traje de los lidiadores para este paseo es por demás particular, puesto que de medio cuerpo arriba visten el traje de luces de plaza, y de medio cuerpo abajo usan el pantalón de calle.

Es decir, que llevan chaquetilla, chaleco, faja y pañoleta, como si fuesen á torear, y pantalón de paisano.

Cubren la cabeza, bien con el sombrero cordobés de anchas alas, ó bien con el sombrero charro del país galoneado de oro ó plata.

Una vez terminado el paseo, que suele durar próximamente hora y media, vuelve la comitiva al hotel ó sitio de donde partiera, y va dejando á los toreros en sus domicilios.

Los mozos que llevan el surzo de banderillas y las mu-

(1) Surzo de banderillas.—El conjunto de banderillas que están dispuestas para la corrida. El servicio de banderillas.

lillas para los arrastres, desde aquel punto se encaminan á la plaza de toros.

Este paseo es obligatorio y suele consignarse en los ajustes.

Cuantos diestros españoles de más ó menos categoría han toreado en las diferentes plazas de aquella República, lo han efectuado así, ya en coche ó á caballo, siendo esta la forma más generalizada; pero á pesar de ser una costumbre, convendría ir desterrándola, para evitar que lo que es un espectáculo serio, se convierta en una mascarada ridícula, á que no se deben prestar los toreros de ningún modo, puesto que ellos van á ser agentes de la corrida, pero en manera ninguna anuncios de sí mismos ni pregones de empresarios.

CAPÍTULO LVI

TOREO FRANCÉS

Implantación de las corridas en Francia.—El primer empresario.— Los toreros que le acompañaron.— Construcción de una plaza.— Los anuncios.— El éxito que se obtuvo.— Qué diestros son los llamados á hacer que las corridas de toros tomen allí carta de naturaleza.

Hémos, por fin, consagrados á la descripción del toreo francés, cosa que parece, en verdad, una sátira. ¡Toreo donde rige la ley Grammont! Afortunadamente, existen ya pocas personas que sustenten la extraña teoría de que el toro pueda ser animal doméstico, y el enamoramiento por nuestro arte se propaga con una celeridad epidémica allende el Pirineo.

¡Cómo se reirán ó habrán reído, por lo menos, los simpáticos ciudadanos de las provincias meridionales francesas, á costa de sus compatriotas que padezcan la *bonhomie* de anatematizar, el drama sangriento, la hecatombe española y otras galanuras por el estilo, de aquellos que imaginan que un toro de Aleas ó de D. Félix Gómez, por ejemplo, puede salir á la pista de un circo ó al escenario des *Folies Bergeres*, doradas la recia encornadura y la pezuña durísima, á tocar con la lengua el manubrio de un organi-

llo ó saltar por los aros más ó menos pausadamente! ¡Oh, almas generosas! Eso se consigue del elefante, el animal casto de la India; pero no del toro, que pace en las laderas de los montes de Colmenar ó en los extensos prados de Sevilla, y que ha vencido y vencerá siempre al león, al rey de los desiertos. Al elefante se le domina con la persuasión de la caricia, si vale la palabra. El león huye ante el bastón ferrado ó el látigo del domador; pero la res bravía, el toro español, consiente que un hombre cargue todo su peso sobre la dura lanza que apoya en el ensangrentado morrillo; busca y acosa sin decaer; ruge desesperado, se destroza la lengua, desencaja una barrera de fuertes tablones, campaneá un caballo con su jinete, lanzándolos lejos de sí con más fuerza que la piedra sale de la honda; resiste á mil heridas, y con todas las venas abiertas y con todas las vísceras medio paralizadas por la fuerte hemorragia arterial, trata de sustentarse en pie y acomete aún, y á veces le reanima la furia y parece revivir, y cae para siempre sin volver la cara ante los que le han perseguido y le matan.

¡Tan grande es la figura de Jules Gerard esperando al león, como la de Manuel Domínguez recibiendo á un toro! la fiereza del enemigo es igual, y la consecuencia puede ser la muerte. Así lo han comprendido los aficionados de allá, que dicho sea sin ofender á nuestros más conspicuos aficionados, nos ganan en verdadera afición y enamoramiento del arte.

Los toros sin defensa, los toros embolados les parecen cosas de juego, y la imitación de la suerte suprema una parodia incalificable, y á despecho de prefectos y policia-cos los toros de lidia salen sin bolas ó con ellas, y el entusiasmo crece y los gritos hacen soltar al matador el plu-

merillo inútil ó la espada fingida, y empuñar el duro acero con que se despachan los toros á la española. Y los aficionados que tienen semejantes exigencias no son la hez, no son el populacho, son gentes cultas, individuos que brillan en las esferas del arte, de la judicatura, de las ciencias, personas verdaderamente discretas que han visto que en España no se va á los toros como fué Dumas padre á la antigua plaza de Madrid; de calañé y levita, quejándose después de que el público se burlara de su originalidad extemporánea, ni que todos los españoles somos toreros, ni que los toreros son el modelo indispensable para el pintor de pandere-tas, ni el hombre que se pasa la vida junto á una chula de bordado mantón, subido á la mesa y empuñando la guitarra vestido con el traje de luces y colgado del hombro el capote de paseo con las chillonas grecas de oro.

No; admiten y quieren el arte en sí, pero no empezando por el ambiente del espectáculo, sino por la razón de la fiesta; desde que vieron el primer lance de capa, colocar el primer par de banderillas ó entrar al espada, comprendieron que todas aquellas cosas encerraban algo más que la valentía; que allí había algo matemático y que la habilidad de los agentes que la practicaban suplía con ventaja á su inconsciencia. Que para tomar á un toro con la suerte de la verónica el lidiador se veía obligado, por la presencia del riesgo, á calcular bien los tiempos de la acometida y los movimientos de sus brazos; que el pareador tenía que elegir con rápido golpe de vista el momento propicio para entrar en suerte, elegir el terreno en que había de practicarla, y arreglar su manera de hacerlo á las condiciones de los toros, y que el espada, en fin, necesitaba para ser un torero excelente poseer todos los conocimientos de los lidiadores que intervinieron en los tercios anteriores y dominar

perfectamente su trabajo, aplicar el pase de necesidad, analizar las tendencias del toro, coartarle sus defectos, sujetarle si era huído, darle bien la salida y aprovecharse de su actitud si era codicioso, y producirle la muerte como exigen las circunstancias.

A mediados del corriente siglo presenciáronse en Francia las primeras corridas de toros tal y como tienen efecto en España, siendo emperador Napoleón III, y con motivo de su enlace con la condesa de Teba, después emperatriz Eugenia.

El prefecto de Bayona, población en que aquellas tuvieron lugar, expidió la correspondiente autorización para el objeto en 26 de Junio de 1854, verificándose las fiestas en los días 6, 7 y 8 de Agosto del mismo año, con toros de acreditadas ganaderías españolas, lidiados por las cuadrillas de Cayetano Sanz y Gonzalo Mora.

En dichas corridas, que fueron presididas por los emperadores, los diestros rayaron á gran altura, especialmente en la última, en que Cayetano Sanz, aquel rey del capote y lego de la espada, ejecutó cuantas suertes de capa se conocen, y se dieron por otros individuos de la cuadrilla los saltos de la garrocha y el trascuerno.

El entusiasmo que dichas fiestas produjeron en los espectadores fué grande, y numerosos los obsequios de valor que recibieron los toreros, no sólo por parte de las augustas personas cuyo enlace se solemnizaba, sino por parte de otros personajes que las presenciaron.

No fué, sin embargo, el público propiamente dicho el que asistió á estas corridas aristocráticas, sino lo más granado de la nobleza de Francia, en cuyos individuos despertó el espectáculo, como hemos dicho, gran interés; pero como una de las condiciones de carácter de los nobles

de siempre es la versatilidad más absoluta, nada tiene de extraño que aquella solemnidad taurina se olvidara más pronto que unas carreras en Longchamps ó una expedición á Versalles. El pueblo, el único que por no tener medios de ver es el que retiene mejor en su memoria lo que mira, no tuvo ingreso en la plaza sino por medio de una muy reducida representación.

No sucedió lo mismo euando precisamente por aquella misma época se celebraron varias corridas en Perigueux, capital del departamento del Dordoña, y antigua capital del Perigord, ciudad de 25.000 almas, y situada á 499 kilómetros S. S. O. de París.

Entonces ganó gran número de adeptos y admiradores el magnífico y grandioso espectáculo español, que cuenta por centenares los partidarios que entran á sumar diariamente en las filas de la afición.

Desde que en Francia se levantó el primer circo taurino (Arenes) y se verificó una corrida, la fiesta, á que se da por los pobres de espíritu y de corazón y por los que no saben apreciar su valor, el título de drama sangriento (*drame sanglant*) obtuvo un éxito franco y justo; el éxito que merece un espectáculo en que se demuestra la superioridad de la inteligencia del hombre sobre los demás seres de la creación, y que necesita de todas las esplendideces del día para ser lo que es.

Las corridas de toros despertaron en Francia un entusiasmo indescriptible, sobre todo en la parte del Mediodía. Aún hoy que está la fiesta adoptada allí para siempre, dí-gase lo que se diga, sirviendo de verdadero lazo de unión entre ellos y nosotros, aun hoy que la costumbre debiera acarrear algo parecido á la indiferencia, el anuncio de una corrida en Perpignán, en Mont de Marsán, Bayona ó Nimes,

¡Nimes! la ciudad torera, la población verdaderamente enamorada del arte de los toros, un solo anuncio, decimos, pone en tensión los nervios y llena de alegría el alma de los aficionados franceses.

Pero no basta; su afición no se contiene detrás de los Pirineos, sino que se desborda y los rebasa, y llega á San Sebastián, y á Pamplona, y á Bilbao, y ve las corridas, y sin descansar vuelve de nuevo á sus hogares para contar y saborear recordándolas, las proezas de nuestros lidiadores contemporaneos, cada vez más queridos y admirados allí, ó para comentar en sus cafés, en sus círculos, en sus lugares de tertulia, todos los lances de la corrida, sin olvidar el menor incidente, el más ligero detalle; todo queda grabado en aquellas imaginaciones que han comprendido de una vez y para siempre la verdadera grandeza del espectáculo.

Los toreros que tuvieron la suerte de tomar parte en las primeras fiestas taurinas que se celebraron en Francia viéronse, no solamente aplaudidos con entusiasmo, sino agasajados y obsequiados como nunca pudieran soñar.

El número de *amateurs* que obtuvieron las corridas, fué extraordinario desde entonces; un rasgo cualquiera de valor, de habilidad ó de maestría, tan frecuentes en la lidia de reses bravas, hacía latir de júbilo el corazón y desbordar el entusiasmo.

Cada uno de los espectadores, ante los variados lances que se suceden en la fiesta, se sentía impulsado á batir palmas para premiar de este modo el mérito de lo que presenciaban con admiración siempre creciente, con satisfacción infinita, deshaciéndose más tarde en entusiastas elogios y espontáneos vítores.

Ya se sabe que la fiesta taurina, cual ninguna otra de

cuantas se conocen, arrebatada y subyugada á los espectadores desde los primeros momentos, para producir luego el entusiasmo y la admiración.

Las corridas de toros allí donde se celebren, siempre y cuando tengan efecto con toros de casta y lidiadores de valía, gustarán al principio, y entusiasmarán más tarde de seguro.

A la primera corrida se asistirá por curiosidad; á la segunda para darse mejor cuenta de lo que se ha visto; á la tercera por empaparse mejor y comprender hasta qué punto un pedazo de percal puede servir de tanto; á la siguiente se asiste ya por costumbre y admiración, y luego... luego por la fuerza irresistible que manda todo lo grande, todo lo que seduce, todo lo que arrebatada, todo lo que entusiasma y hace latir el corazón de un modo extraño, imposible de explicar.

Y la prueba está en el entusiasmo que despertaron las corridas de toros en París y en Palermo en sus últimas exposiciones, y hoy en Alais, Arlés, Bayonne, Dax, Mont de Marsán, Nimes, Marseille y otras muchas poblaciones del Mediodía de Francia; en Algés y en Orán de la Argelia francesa, y en Buenos Aires, Lima, México, Brasil, Venezuela y demás países de América. Todos, en una palabra, hasta los insensibles hijos de la nebulosa Inglaterra, se sienten poseídos de un entusiasmo sin límites cuando vienen á esta encantadora y poética España y presencian una corrida de toros.

Sería ocioso y tendríamos que llenar planas enteras de esta obra, si citáramos el gran número de personajes extranjeros que en sus despachos y en sus salones, y ocupando puesto de preferencia, tienen colocados trofeos taurinos ú objetos que han servido en las corridas que presenciaron,

y que adquirieron á crecidos precios, objetos que guardan con amor como recordatorio indeleble de una fiesta que despertó su admiración, y en la que piensan con esa melancolía que producen los recuerdos de aquello que ya no se espera volver á ver.

Es tal la situación del espectáculo taurino en Francia, y son tantos los partidarios con que cuenta, que puede asegurarse que las corridas tomarían en poco tiempo el mismo ó mayor desarrollo que tomaron en España en los dos últimos siglos.

Bastaría para ello con que se revocase la ley Grammont y se permitieran los toros de muerte.

Expuestas las anteriores consideraciones, y antes de entrar á detallar las suertes especiales que se ejecutan por los lidiadores hijos del país, que constituyen un toreo especial, vamos á indicar á nuestros lectores la historia de la implantación de las corridas de toros en Francia, el desarrollo que tomaron, y el estado actual en que se encuentran, valiéndonos para el efecto, de las notas publicadas por un periódico profesional de la vecina república, suscritas por un distinguido aficionado de nuestro país, D. Mariano Armengol, que conoce en alto grado las costumbres de la región meridional francesa, y no ha dejado de contribuir con su valía á que el arte de los Romeros tome vuelos allí donde él se encuentra.

*
* *

El empresario que organizó las primeras corridas en Francia fué D. Pablo Mesa, natural de Cádiz, hombre sagaz, hábil, experimentado y conocedor de este género de espectáculos.

Su espíritu práctico hacía de él el único hombre é indispensable para dirigir el negocio y llevarlo á producir excelentes resultados.

Su decisión sin límites, su clara inteligencia, su astucia y su fecunda imaginación, y los resortes que encontraba á mano para salvar las mayores dificultades que se le opusieran en sus asuntos y salir airoso de ellos, su elasticidad de rostro para imprimir en él cuantas variaciones precisaba para inspirar confianza, respeto, etc., y un cinismo á toda prueba, eran cualidades más que suficientes para hacer de él el hombre preciso para emprender con éxito la explotación, no sólo del negocio taurino, sino de otro cualquiera que iniciara ó se le encomendase.

Reunía, pues, las cualidades indispensables que necesita tener un empresario de toros.

Fiado en ellas y en su buena estrella, no titubeó en plantear el negocio, llevándolo á efecto con singular atrevimiento, en la forma que vamos á dar cuenta.

*
* *

En uno de los primeros meses del año de 1860 llegaron á Barcelona el indicado D. Pablo Mesa, el novel matador de novillos Andrés Fontela y dos banderilleros madrileños poco conocidos.

Don Pablo había ido á la capital del Principado con el objeto de ajustar á un par de torerillos de los que por entonces se encontraban en Barcelona, con el fin de agregarlos á la cuadrilla de Fontela y adquirir varios efectos necesarios para las corridas, tales como banderillas, moñas, divisas, etc., en una palabra: para terminar los preparativos necesarios, á fin de trasladarse á una villa de la vecina re-

pública, donde aseguraba tener escrituradas cinco corridas de toros.

Un empresario de esta villa, según decía Mesa, había tomado el negocio y le había brindado con darle una participación en él.

Para evitar las dudas que sus palabras pudiesen suscitar, mostraba D. Pablo á todo el mundo un contrato en el cual estaba consignado cuanto aseguraba, y en el que figuraban cláusulas muy ventajosas para los toreros que se decidiesen á acompañarle y á ayudarle á cumplir su compromiso.

Uno de los muchachos contratados fué José Ruiz, conocido por el *Catalancillo*, que gozaba fama de hábil saltador de garrocha, y el otro era un diestro inteligente y entusiasta aficionado á la fiesta, que sabía al dedillo las plazas de toros que por entonces existían, y que estaba al tanto de cuantas evoluciones se marcaban en el espectáculo.

De tal modo extrañó á este último la revelación de don Pablo, que sin poderse contener cuando les presentaba el negocio y el porvenir que allí tenían, exclamó:

—¡Corridas de toros en Francia! Jamás oí hablar de semejante cosa; y es más, creo que allí no existe plaza alguna, porque para que torearán en Bayona Cayetano Sanz y Gonzalo Mora en las tres corridas organizadas con motivo del matrimonio de Napoleón III con la condesa de Teba, hubo necesidad de habilitar la plaza, y si hubiese existido alguna, en ella se hubiesen celebrado.

Don Pablo, sin turbarse en lo más mínimo por el razonamiento del muchacho, rigurosamente exacto, replicó con una gravedad y acento de convicción tales, que al más incrédulo hubiese hecho creer:

—Sí, zeño, en Fransia, asin como suena. Aún no jase un

me que se terminão la prasa que estamos yamaos á inaugurar. Eztas corrias serán, después de las que has sitao, las primeritas que sé celebrarán en este país en la forma y manera que las que tienen lugar en Seviya, en Jerez, en Cai, en er Puerto y en Madrí, porque las que tién lugar en algunos pueblos de Fránsia, en naica se paresen á las nuestras. Se componen de carreras, sartos, brincos y quiebros, y pare usté de contar, y va veréis ustés si es tal como lo digo.

Como los gastos de viaje y la manutención de todos corría á cargo del empresario, el muchacho no replicó una palabra y firmó el contrato con que se le brindaba, como antes lo habían hecho sus compañeros.

Era ésta la única formalidad que faltaba por llenar.

A la mañana siguiente, la cuadrilla emprendía el viaje con dirección á la villa francesa, en que debía torear.

Dicho viaje fué feliz y divertido en extremo. Eran los expedicionarios jóvenes y toreros por añadidura, para que la tristeza huyera de su compañía.

Durante una parte del camino, no cesaron de entonar cantes flamencos, de bailotear y de contar chascarrillos é historietas picarescas, con la gracia que es peculiar á los hijos de la mayoría de las regiones españolas, y muy especialmente de la tierra baja.

*
* *

Una vez en Perigueux, término del viaje, se instalaron en el mejor hotel, y el dueño, una vez enterado por D. Pablo del objeto que les condujera á la población, les recibió con gran contentamiento.

Como que veía tras el negocio de los toreros el que ha-

bían de reportar á su fonda las corridas, con los forasteros que acudirían á presenciarlas!

No le hubiera ocurrido lo propio en nuestro país, donde puede asegurarse que difícilmente hubiesen encontrado fonda en que hospedarse, fiándolo todo á la eventualidad y sin una señal positiva que respondiese del pago.

Ya acomodados convenientemente, y después de haber descansado de las fatigas de un viaje largo é incómodo, porque en aquel tiempo no existían los medios de locomoción que hoy, los jóvenes hicieron su correspondiente *toilette*, y se dedicaron á pasear, con el fin de conocer la población.

Cuando se disponían á salir, D. Pablo les reunió en su habitación, con el fin de hacerles importantes revelaciones á todos convenientes.

Los muchachos no podían esperar la sorpresa que les preparaba Mesa.

Una vez todos reunidos, les habló de esta manera:

—Nos encontramos en Francia. Hemos llegado al punto á que nos dirigíamos; y puesto que es preciso, porque no puede pasarse por otro punto, he de manifestar á ustedes, caros amigos, que les he traído engañados. El contrato que visteis en España, este documento que ahora hago pedazos, es falso, y ni en Perigueux hay plaza de toros, ni empresario, ni persona alguna que haya pensado en organizar corridas. Estamos en la población de que os hice mención, y lo malo, lo peor, no es esto, sino que no podemos volver á España, so pena de hacerlo peregrinando y á pie, puesto que las últimas cuatro pesetas que me quedaban pasaron al bolsillo del cochero que desde la estación nos condujo á la fonda.

Cómo se quedarían los jóvenes toreros al escuchar tales

palabras, fácil es de presumir. El asombro se pintó en sus semblantes, y anudóse la lengua en sus gargantas.

La revelación había sido terrible.

Comprendiendo D. Pablo el efecto, siguió su discurso con mayor calma cada vez, diciendo:

—Pero no hay que apurarse por esto. Sería ahogarse en poca agua. Hernán Cortés, cuando marchó á México, para que la gente que mandaba no retrocediese, mandó quemar las naves que les condujeran á aquellas tierras. Si una vez allí, con habilidad y energía conquistó el imperio de Moctezuma, nosotros, siguiendo su línea de conducta, alcanzaremos más de lo que nos habíamos propuesto. Si no hay en Perigueux plaza de toros, nosotros la construiremos. Si no hay toros, los compraremos. En cuanto al dinero, brotará en abundancia y tendremos, no sólo para tirar aquí, sino para derrochar en España á nuestro regreso.

El asombro seguía aumentando entre los toreros á cada frase de D. Pablo.

—Fontela—continuó diciendo—estaba en el secreto; cuando salimos de España conocía la martingala. Y si no os lo dije á los demás, fué porque, de saberlo, no os hubiérais aventurado á seguirme y á secundar mis planes; á cooperar al éxito de la empresa, que, aunque os parezca sembrada de dificultades y complicaciones, es más fácil de llevar á puerto seguro que organizar en España una corrida de novillos. Seguramente no hubiérais querido pasar la frontera y seguirme, porque nadie quiere abandonar su patria, su casa, sus afecciones, sin tener aseguradas las ventajas que debe reportarle su sacrificio, sobre todo cuando él gana en su país lo suficiente para vivir.

Uno de los jóvenes á quienes no había logrado convencer la astuta peroración de D. Pablo, se levantó furioso y